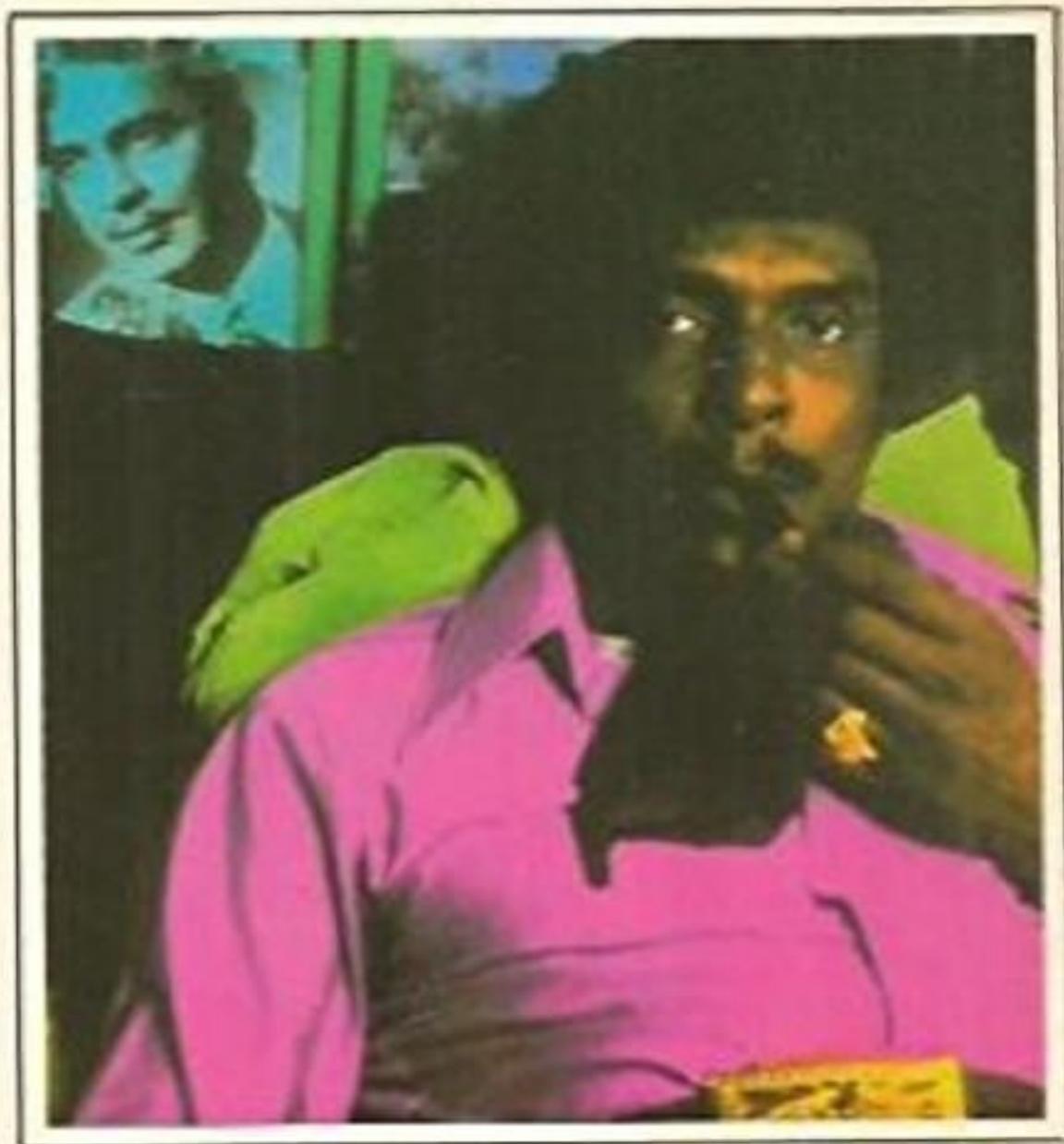


ICEBERG SLIM

Pimp

Memorias de un chulo



Lectulandia

A finales de 1960 y principios de los 70, si uno quería un libro de Iceberg Slim, el último antihéroe del gueto, no podía acudir a una librería sino a una peluquería o a una tienda de licores afroamericana. *Pimp. Memorias de un chulo* (1967) es un tipo diferente de historia estadounidense, la historia de un joven decidido a tomar lo que la sociedad no quiere dar. Un retrato hirviente, sucio y crudo de la brutalidad, la astucia y la codicia de un proxeneta en los bajos fondos de Chicago. Una sonora advertencia contada por un auténtico superviviente que, casi 50 años después, estremece como el primer día. Ésta es la historia de la vida de Iceberg Slim: su secreto mundo interior, los olores, los sonidos, los miedos y los pequeños triunfos en su peculiar mundo, los siempre acechantes peligros de la cárcel, la adicción y la muerte. Un viaje por el infierno de un hombre que vivió para contarlo y terminó dando voz a las prostitutas y estafadores del gueto. El libro que trajo la literatura negra a las calles vuelve a mostrar a la generación hip hop de qué va todo esto. Lo que *El arte de la guerra* de Sun Tzu fue a la antigua China, *Pimp* lo es a las peligrosas calles.

Lectulandia

Iceberg Slim

Pimp

Memorias de un chulo

ePub r1.0

Titivillus 09.11.2017

Título original: *Pimp, The Story of my Life*
Iceberg Slim, 1967
Traducción: Peter A. Muckley
Ilustración de Julio Vivas a partir de una foto del autor
Diseño de cubierta: Julio Vivas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN^[*]

He aquí el autorretrato de un artista ex proxeneta, rufián, drogadicto y canalla. Al menos esto es lo que Iceberg Slim (el Flaco) dice de sí mismo. Sin embargo, su principal objetivo al escribir *Pimp* era persuadir a los jóvenes negros del gueto, cuyas únicas salidas suelen ser el tráfico de drogas o la prostitución, de que no siguieran su ejemplo.

En el año de su muerte, 1992, la revista *Esquire* estimó que las ventas totales de sus libros (siete títulos) superaban los seis millones de volúmenes. Esto le convertía en el autor afroamericano más vendido de todos los tiempos, sin olvidar que *Pimp* es hoy por hoy el número uno de la lista de «libros más robados» en las librerías de los Estados Unidos e Inglaterra. Un hecho que quizá habría divertido a Iceberg Slim.

Publicado en 1967 en Estados Unidos, no fue dado a conocer en Europa hasta 1996, gracias al entusiasmo de Irvine Welsh, el autor de *Trainspotting*.

Su popularidad es atribuible a que la inmensa mayoría de sus lectores son de raza negra y conocen o se identifican con el mundo apartado tras la «alambrada de espino» que separa a blancos y negros. Iceberg, su cronista, les ha dado voz, sin paternalismo, ni apologías, sin caer en el panfleto político-racial. Según *Los Angeles Times*, es su «brutal sinceridad» la que le ha conducido a ganarse su éxito en Norteamérica, aunque esto apenas le sirve para ser reconocido por la burguesía negra.

La imaginería del submundo del gueto, las metáforas de su propia cosecha, la realidad alucinógena y la innegable influencia de su palabra en las corrientes artísticas de vanguardia, tanto en la literatura como en el cine y en la música *rap*, son algunas de las razones para considerarle imprescindible en la biblioteca del lector interesado en la literatura del siglo xx.

En el South Side de Chicago, un gueto tan vasto como implacable, nació Robert Lee Maupin, un cuatro de agosto de 1918. Desde entonces, nadie ha escrito bien el nombre original del escritor, empezando por el hospital donde nació, en el que aún hoy consta como Robert Lee Moppins, como si fuera una especie de fregona enana (*Mop*: 'fregona', *-ins*: sufijo diminutivo, véase Mary Poppins). Desde entonces Iceberg fue cambiando de personaje y de nombre. Fue sucesivamente: Jim Youngblood, Johnny Cato, Iceberg Slim, y, finalmente, Robert Beck, cuando en 1960 tomó el apellido del segundo marido de su madre y emprendió la senda del escritor redimido. De todos modos, pasará a la historia como Iceberg Slim, su nombre de batalla, un apodo adquirido de forma peculiar, como descubrirá el lector cuando se adentre en la jungla de las calles de Chicago a través de la lectura de *Pimp*. Así le

bautizó el gueto y así ha quedado.

¿En qué momento de su vida cambió Iceberg Slim la «profesión» de chulo por la de escritor? Pasó siete años en la cárcel cumpliendo cuatro condenas, irónicamente ninguna de ellas por proxeneta. En la última, tras haberse fugado como un Houdini negro, fue aislado durante largos meses en una «caja de acero». Fueron éstos los momentos que le hicieron reflexionar y detestar una vida que no era tal. Entre otras cosas, porque explotar a las prostitutas no era más que una forma de esclavitud al servicio del capitalismo.

Antes de adiestrarse como chulo, guiado por su maestro Dulce Jones, el más chulo entre los chulos de Chicago, autor del *Libro secreto del chuloputas*, Robert Lee Maupin fue un excelente estudiante. Llegó a ser becado para la prestigiosa Universidad de Tuskegee (Alabama), por aquel entonces la universidad para negros más famosa del mundo. Expulsado un año más tarde, aprendió el resto en las calles y cloacas del ventoso Chicago.

A los cuarenta y dos años, tras su periplo carcelario, Iceberg Slim decidió dedicar su nueva vida a escribir sobre su gente.

Pimp muestra el sello artístico de Robert Beck: metamorfosis de los personajes, planteamiento de un enigma al principio de cada episodio, narración surrealista de lo que acontece, la similitud como técnica preferida, y sobre todo una jerga callejera demoledora. Cada uno de los elementos mencionados puede ser relacionado con formas artísticas diversas: la tradición oral africana del *griot*, el realismo mágico, los dibujos animados, y por supuesto, la literatura fantástica y la literatura picaresca. En su conjunto, crean el arte específico beckiano, el del gueto urbano actual. Un arte que perfeccionaría en su primera novela, *Trick Baby*, en la que el escritor deja atrás la brutalidad de los chulos, para dar paso a otras formas, más ingeniosas, de sobrevivir en el gueto.

Es posible que su tardía llegada a Europa se deba a que no estamos precisamente ante un escritor de *best-sellers* convencionales, sino ante un hombre cuya obra ha sido sistemáticamente censurada y menospreciada tanto por el *establishment* como por la mayor parte de la crítica académica y la industria del cine, probablemente debido a su turbio pasado y a lo sincero e impúdico de su testimonio.

Digamos una última palabra acerca del curioso método de Iceberg Slim, lo que él llamaba «escribir en el techo». Consistía en tumbarse en la cama mirando al techo y crear escenas enteras antes incluso de coger la pluma. No es difícil imaginar que este método fue consecuencia de haber estado enjaulado en tantas celdas. Esto nos recuerda lo que dijo otro artista, acusado en su día de delincuente: «Todos estamos en la cloaca pero algunos miramos hacia las estrellas». Su nombre era Oscar Wilde.

PETER A. MUCKLEY y EDUARDO FUENTES

ADVERTENCIA

A través de este libro llevaré conmigo al lector hacia el secreto mundo interior del chulo. Desnudaré mi vida y los pensamientos del chulo que he sido. El relato de mi brutalidad y de las artimañas que he utilizado para alcanzar mis objetivos os llenará de repulsión. Pero si consigo salvar aunque sólo sea a una persona, hombre o mujer, de la tentación de caer en este lodo destructor, si consigo convencer a alguien de que utilice su juventud y su inteligencia de una forma más útil para la sociedad, la repugnancia que haya podido suscitar con este libro se verá largamente compensada.

Desgraciadamente, me es imposible —y lo siento— narrar todas las experiencias de mi vida de macarra, pues ello requeriría media docena de volúmenes como éste. Pero lo que he vertido de mí mismo en este único libro me permitirá atenuar los remordimientos que me causa esta existencia abominable. Tal vez algún día logre ganarme el respeto de los demás apareciendo como un ser humano más constructivo. Pero lo que más anhelo es convertirme en un hombre apreciable a ojos de mis hijos y en memoria de esa maravillosa mujer que reposa en su tumba, mi madre.

PRÓLOGO

Despuntaba el alba, el gran Cadillac rodaba disparado por las calles. Mis cinco putas charlotteaban como urracas embriagadas. Olía el tufo que sólo tiene una puta callejera después del tute de una larga noche. El interior de mi napia tenía mono. Suele pasar cuando no eres más que un cerdo esnifador de cocaína.

Me ardía la nariz. El pestazo de aquellas putas y el gángster que se estaban fumando eran como cuchillos invisibles rascándome hasta el cerebelo. A pesar de la pila de pasta que había en la guantera, mi talante era peligroso, estaba de muy mala hostia.

—¡Hostia puta, zorras! ¿Es que alguna de vosotras se ha cagado encima o algo parecido? —dije desgañitándome. Abrí el deflector hacia mí.

Durante un largo momento hubo silencio. Entonces Rachel, mi señora puta, dijo con voz complaciente y pelotera:

—Papaíto, rey, no es a mierda lo que hueles. Hemos estado currando toda la noche. Los coches de esos primos donde damos el callo no tienen baño. Papaíto, fijo que hemos estado empleándonos a fondo para ti. Lo que hueles son nuestros sucios culos de puta.

Sonreí con ganas, por dentro por supuesto. Los mejores chulos guardan sus emociones bajo una carcasa de acero. Yo era de los más gélidos. Las putas soltaron risitas ante el burdo gracejo de Rachel. A un chulo le alegra que sus putas rían. Así sabe que aún están bajo su ala.

Aparqué el Cadillac suavemente junto al bordillo, fuera del hotel en el que se alojaba Kim, mi última y preciosa adquisición. ¡Dios! Qué ganas tenía de descargar a la última puta. Así podría volver a mi hotel, mimarme la napia con cocaína y estar a solas. Todo buen chulo sabe que él es su mejor compañía. Su vida interior es rica en astucia y maquinaciones para poder dominar a sus putas.

Al salir Kim, le dije:

—Buenas noches, nena, hoy es sábado. Mañana quiero a todo el mundo en la calle al mediodía en vez de a las siete como hoy. He dicho al mediodía, no cinco minutos después o dos minutos después. A las doce en punto quiero que estéis al pie del cañón, ¿te has enterado, nena?

No contestó. Hizo una cosa extraña. Rodeó el Cadillac y vino hasta mi ventanilla. Se quedó mirándome un largo instante. Su hermosa cara aparecía tensa en el oscuro amanecer.

Entonces dijo con su acento cursi de Nueva Inglaterra:

—¿Vas a pasarte a verme esta mañana? Hace un mes que no pasas una noche

conmigo. Así que vuelve, ¿vale?

A un buen chulo no le pagan por follar. Se gana su paga por saber siempre qué decirle a una puta a la velocidad de un rayo. Sabía que mis otras cuatro putas habían levantado las orejas para ver cómo reaccionaba con esta preciosa zorra. Un chulo con una zorra refinada en el establo tiene que tener el juego bien amarrado. Las putas siempre están buscando el punto flaco de su chulo.

Me encajé una máscara terrorífica en la cara y le dije con voz lenta y letal:

—Zorra, ¿te has vuelto loca? No hay una sola puta en esta familia que me proponga o me fuerce a hacer nada. Y ahora coge tu asqueroso culo amarillo, llévatelo arriba, mételo en el baño y, después, a la piltra. Mañana a las doce en la calle, como he dicho.

La zorra ni se movió. Los ojos se le achinaron de furia. Noté que iba a darme la brasa contándome su vida, allí en la calle, delante de mis putas. Si hubiera sido diez años más ingenuo, habría saltado fuera del Cadillac para partirle la mandíbula y pisarle el culo. La trena seguía fresca en mi memoria.

Sabía que la zorra estaba intentando meterme en una en errona cuando escupió su invitación:

—Venga, písame el culo. ¿Para qué hostias necesito a un hombre al que sólo veo cuando viene a por su dinero? Ya estoy harta. No soporto los establos ni los soportaré. Sé que soy la zorra nueva que tiene que demostrar lo que vale. Bueno, qué hostias, estoy cansada de esta mierda. Lo dejo.

Paró a coger aire y encenderse un pitillo. Pensaba bombardearla en cuanto terminase. Me quedé sentado, mirándola. Luego prosiguió:

—Me he levantado más primos en los tres meses que he estado contigo que en dos años con Paul. Tengo el coño inflamado y dolorido. ¿Vas a patearme el culo antes de que me largue? Si es así, hazlo ahora porque me vuelvo a Providence en el primer tren que pase echando humo.

Era joven, marchosa y con mucho garbo para los primos. Era el sueño de cualquier chulo y ella lo sabía. Me estaba probando con sus monsergas. Ahora aguardaba tranquilamente una respuesta gilipollas.

Mi fría fachada le había defraudado. La vi marchitarse según le decía con voz gélida:

—Escucha, zorra pijotera, nunca he tenido una puta de la que no pudiera prescindir. Cuando una puta me abandona, yo lo celebro, zorra. Eso deja un hueco para que otra zorra que valga la pena ocupe su lugar y se convierta en estrella. Mira, zorra ruin, si te cago en la cara, tendrás que abrir bien la boca y alegrarte.

Un coche patrulla cargado de polis pasó muy despacio. Puse cara de gilipollas sonriente, congelándola hasta que pasaron de largo. Kim seguía allí clavada aguantando el chaparrón helado. Continué implacable:

—Zorra, no eres más que un cero a la izquierda. Antes de mí tenías un chulo de saldo sin pizca de reputación. Nadie ha oído hablar de ese hijoputa salvo su madre.

Sí, zorra, volveré esta mañana para llevar tu culo de pacotilla a la estación.

Salí disparado de allí. Por el espejo retrovisor vi a Kim caminando despacio hacia el hotel. Iba alicaída. Hasta que descargué a la última puta se podía oír a un mosquito cagando en la luna. Les había demostrado a todas que estaba hecho de hielo macizo.

Volví a por Kim. Estaba lista y callada. Camino de la estación, yo iba revolviendo las páginas de ese libro del chulo que guardaba en el coco. Estaba buscando la manera de retenerla sin besarle el culo.

No encontré ni una línea para un caso como aquél. Al final resultó que la zorra estaba tanteándome y marcándose un farol desde el principio.

Acababa de echar el freno de mano en el aparcamiento de la estación cuando la zorra se vino abajo. Sus ojos estaban empañados mientras decía, haciendo pucheros:

—Papi, ¿de verdad que piensas dejarme marchar? Papi, yo te amo.

Arremetí con la indiferencia para amarrarla bien, mientras le decía:

—Zorra, no necesito una zorra protestona y bocazas. Necesito a una zorra que me quiera de por vida. Tienes que irte. Después de toda esa mierda tempranera, está claro que tú no eres esa zorra.

Mi labia la hizo filetes. Se derrumbó en mi regazo llorando y suplicando quedarse. Yo tenía una teoría sobre las zorras que abandonan. Raramente lo hacen sin llevarse un buen fajo. Así que le dije:

—Dame esa pasta que te has quedado y te daré otra oportunidad.

Ya lo creo que se hurgó en el escote. Sacó cerca de quinientos pavos y me los entregó. Ningún chulo que se precie dejaría marchar a una hermosa puta con un montón de rodaje por delante. La dejé quedarse.

Por fin conducía camino de mi hotel. Me acordé de lo que el Dulce Jones, el maestro chulo que me instruyó, decía acerca de las putas como Kim.

—Flaco —decía—, una preciosa zorra negra y una puta blanca son lo mismo. Las dos entrarán en un establo para hundirlo. Dejarán al chulo sin puta y con el culo al aire. Tienes que hacerles dar el callo rápida y duramente. Sacarles el máximo jugo lo antes posible. Flaco, el chuleo no es ningún juego de amor. Cómeles el tarro y no se te ocurra meterles el nabo. Cualquier pamplinas que se crea que una puta le ama no debería haber salido del culo de su madre.

Mis recuerdos volaron hacia Pepper. Y después más atrás. Entonces me acordé de lo que me había dicho sobre el Georgia. Me había dicho:

—Flaco, espero que todavía no hayas follado con esa bonita zorra. Créeme, Flaco, un chulo no es más que una puta que ha invertido con ellas los papeles del juego. Flaco, sé amable con ella en proporción a la pasta que te da, nunca más. Sácale un pastón a la puta antes de practicar el sexo con ella. Para el chulo, una puta no es más que otro primo. No te dejes hacer el Georgia. Exige siempre la pasta por delante, como una puta.

Estaba en el ascensor elevándome hacia mi apartamento. Pensé en la primera zorra que me hizo el Georgia, cuando tenía tres años. Se pasó por la piedra mi cabeza

sin pagar. Ahora sería vieja y canosa. Si pudiera encontrarla, fijo que le iba a hacer pagar esa cuenta pendiente en mi conciencia.

1. ARRANCADO DEL NIDO

Se llamaba Maude y me metió en su cama en 1921. Yo sólo tenía tres años. Mamá me hablaba de ello, y cada vez que lo hacía, su rabia e indignación eran probablemente tan fuertes y viscerales como cuando sorprendió a la otra gimiendo y jadeando a punto del orgasmo, con mi diminuta cabeza, bien sujeta por sus enormes manos encajada entre sus muslos de ébano.

Mamá trabajaba largas horas de lavandera y Maude había sido contratada como niñera por quince centavos al día. Maude era una joven viuda. Curiosamente, en Indianápolis, Indiana, gozaba de buena reputación como devota fundamentalista del Evangelio.

A lo largo de los años he tratado de recordar su cara, pero lo único que soy capaz de recordar es aquel ritual tan chungo. Apenas me vienen a la memoria sus palabras, pero sí su excitación cuando estábamos solos.

Lo que recuerdo con más intensidad es aquella oscuridad húmeda y olorosa y los pelos de cepillo haciéndome cosquillas en la cara. Pero, con más intensidad aún, recuerdo mi pavor cuando en el momento salvaje de su clímax, apretaba a lo bestia mi cabeza, con más fuerza todavía, hacia el interior de sus fauces peludas.

No podía aspirar ni un soplo de aire hasta que, como si de un enorme globo negro se tratase, ella exhalaba un suspiro silbante y se relajaba exhausta liberando mi cabeza.

Qué dolor me producía aquella presión contra los frágiles músculos del cuello, y donde más, en la raíz de mi lengua.

Mamá y yo habíamos venido a Indianápolis desde Chicago, donde, al sexto mes de embarazo, a mi padre se le empezó a ver el plumero como haragán irresponsable y hortera de zapatos bicolor.

En aquella pequeña población de Tennessee, su ciudad natal, se ocupó de acosar a la hermosa virgen engatusándola hasta el matrimonio. Los padres de ella, con gran alivio, les dieron su bendición deseándoles lo mejor en la tierra prometida, allá en el Norte, en Chicago.

Mamá tenía diez hermanos. Su casamiento suponía una boca menos que alimentar.

El padre de mi padre era un excelente cocinero y le había adiestrado en el oficio, así que al poco de llegar a Chicago consiguió un puesto de chef en un gran hotel de segunda categoría. Mamá se colocó de camarera.

Mamá me contaba que incluso trabajando ambos hasta doce horas al día, seis días a la semana, eran incapaces de ahorrar un chavo ni de comprar muebles o cualquier

otra cosa.

Nada más llegar a la gran ciudad, el idiota de mi padre se convirtió en un crápula de campeonato. Era incapaz de mantenerse lejos de las exquisitas furcias mulatas de culo enorme, auténticas perras malabaristas del sexo. Lo que no le birlaban ellas, lo perdía a los dados en timbas de mala muerte.

Una noche en el hotel se esfumó de la cocina. Al final mamá lo encontró en la despensa, sobre un saco de patatas, arremetiéndolo con ganas contra una camarera medio blanca que le tenía enganchado por detrás de la espalda con sus piernas.

Según me contó ella, les arrojó encima todo aquello de lo que pudo echar mano. Después de aquel estropicio se quedaron todos sin trabajo.

Mi padre juró entre lágrimas que se enderezaría y que iba a comportarse como un hombre, pero carecía de voluntad, del aguante necesario para resistirse a las emociones más rastreras de la ciudad.

Empeoró tras nacer yo y tuvo la jeta de proponerle a mamá que me pusiera en las escaleras de una iglesia católica. Naturalmente, mamá se negó, por lo cual él me estampó contra la pared en señal de disgusto.

Sobreviví a ello y él nos abandonó, con sus deslumbrantes zapatos bicolor y su sombrero hongo de medio lado en plan chulo.

Así comenzó un invierno amargo. Mamá metió en una bolsa tenacillas y cepillos, me envolvió cálidamente en unas mantas y se echó a la ciudad, desoladora y hostil, llamando a las puertas, con la bolsa en una mano y conmigo en la otra.

Su forma de presentarse era algo así como:

—Señora, puedo rizarle el pelo y dejárselo precioso. Por favor, déme una oportunidad. Sólo por cincuenta centavos puedo dejarle el pelo tan deslumbrante como el dinero nuevo.

En ese momento de la alocución, mamá me contaba que apartaba la manta descubriendo mi carita con ojazos. Verme en sus brazos en un día bajo cero funcionaba como un hechizo. Se las arregló para sacarnos adelante.

Aquella primavera salimos de Chicago hacia Indianápolis con unas nuevas amistades de mamá. Estuvimos allí hasta 1924, cuando un incendio arrasó la lavandería manual donde ella trabajaba.

En Indianápolis no había trabajo para mamá, y durante seis meses apenas nos las apañamos con los escasos ahorros. Estábamos sin blanca y casi sin alimento cuando un ángel alto y negro que había venido a visitar a unos parientes a la ciudad, entró en nuestras vidas.

Se enamoró al instante de mi esbelta y prediosa madre. Se llamaba Henry Upshaw y me parece que llegué a sentir por él lo mismo que él sentía por mamá.

Nos llevó con él de vuelta a Rockford, Illinois, donde regentaba una tintorería, el único negocio de negros en el centro comercial del pueblo.

En aquellos tiempos tan duros de la depresión, un negro de su posición era la envidia de la mayoría de los otros negros.

Henry era religioso, ambicioso, bueno y cariñoso. A menudo me pregunto qué hubiera sido de mi vida si no me hubieran arrancado de su lado.

Trataba a mamá como si fuera una princesa; cualquier cosa que ella quisiera, él la conseguía. Parecía una modelo de verdad.

Cada domingo, cuando los tres íbamos juntos a la iglesia en el reluciente Dodge negro, llamábamos la atención por la pulcritud de nuestras ropas al cruzar el pasillo frente al altar.

Únicamente los pocos abogados y médicos negros vivían y vestían tan bien. Mamá presidía varios clubs sociales. Por primera vez disfrutábamos de la buena vida.

Mamá tenía un sueño, se lo contó a Henry y él, como el genio de la lámpara, lo hizo realidad.

Se trataba de un opulento salón de belleza con cuatro ambientes. Sus cromados relucían en aquel diseño negro y oro. Estaba ubicado en el mismo centro de la zona comercial de los negros y prosperó desde el mismo momento en que abrió sus puertas.

La mayor parte de su clientela la constituían putas, chulos y timadores que llegaban del cochambroso barrio chino de Rockford.

Eran los únicos que siempre tenían dinero para gastárselo en su aspecto externo.

La primera vez que vi a Steve estaba haciéndose la manicura en el salón. Mamá sonreía a su atractivo rostro aceitunado mientras le limaba las uñas.

La primera vez que le vi no tenía ni idea de que sería la serpiente trajeada que iba a envenenar nuestras vidas.

Desde luego, no podía imaginarlo aquel último día en la tintorería, mientras la vieja prensa de planchado resoplaba nubes de vapor cada vez que Henry presionaba la tapa superior contra una prenda.

¡Jesús! Qué calor hacía en la tiendecita, pero cómo disfrutaba de cada momento. Era en las vacaciones escolares cada verano trabajaba a diario en la tienda, de sol a sol, ayudando a mi padrastro.

Aquel día, cuando me vi reflejado en los caros zapatos negros del banquero, fui probablemente el niño negro más feliz de Rockford. Mientras aplicaba el betún a los cantos de las suelas, murmuraba mi melodía favorita, «Primavera en las Rocosas».

El banquero se bajó del banquillo del limpia, se detuvo un momento mientras yo le quitaba las pelusillas de su traje caro y elegante y después, con una amable sonrisa, me apretó contra la mano una de cincuenta centavos, una moneda de las raras, y echó a andar hacia la calle bulliciosa.

Me puse a silbar mi melodía favorita, una lustrada costaba sólo diez centavos, menuda propina.

Tampoco podía imaginar entonces que aquel banquero no volvería a apretarme en la mano ninguna otra moneda, ni que durante los siguientes treinta y cinco años iba a recordar intensamente ese día como el último de mi verdadera felicidad.

Iba a apretar billetes de cinco dólares en las palmas de los limpiabotas. Iba a tener

zapatos hechos a mano, que costarían tres veces más que los del propio banquero, pero mis zapatos, aunque perfectamente hechos a medida, los calzaría con tensión y con miedo.

No pasaba nada fuera de lo normal aquel día. Nada de lo que pude ver u oír me puso en guardia frente a los acontecimientos precipitados y confusos que, durante el fin de semana, acabaron dándole un portazo a mi vida, apartándola de todo lo bueno, arrojándola hacia todo lo malo.

Mirando ahora hacia atrás, rememorando aquel último día en la tienda tan claro como si hubiera sido ayer, mi padrastro, Henry, estaba extrañamente callado. Mi mente infantil no pudo captar su pena, el quebrantamiento de su corazón.

Incluso yo, a pesar de mis diez años, sabía que este enorme y feo hombre negro que nos había rescatado a mamá y a mí de la hambruna general de Indianápolis, nos amaba con toda la grandeza y sensibilidad de su corazón.

Quería a Henry con toda mi alma. Fue el único padre que de verdad tuve.

Se habría salvado de una muerte prematura a causa de su corazón destrozado si en lugar de enamorarse tan locamente de mamá hubiera echado a correr tan rápido como hubiese podido lejos de ella. Para él ella fue la propia Muerte, de piel morena, con un vestido de la talla 38.

Aquella última noche a las ocho, papá y yo apagamos las luces de la tienda como siempre a la hora del cierre.

Con voz dificultosa y emocionada pronunció mi nombre: «Bobby».

Me volví hacia él, mirando hacia arriba su rostro tenso y fatigado, a la pálida luz de una farola. Yo estaba confuso y aturdido. Puso sus enormes manos sobre mis hombros, me acercó hacia él, estrechándome, sujetándome de esa forma tan extraña y desesperada.

Mi cabeza se apretaba contra la hebilla de su cinturón. Apenas podía oír el rápido fluir en voz baja de sus palabras lastimeras. Me dijo:

—Bobby, tú sabes que os amo a ti y a mamá, ¿verdad?

Los músculos de su estómago se contraían con espasmos contra mi mejilla. Sabía que iba a romper a llorar.

Abrazándome con fuerza a su cintura, le dije:

—Sí, papi, sí, papi. Nosotros también te queremos, papi. Siempre te querremos, papi.

Él temblaba diciéndome:

—¿Tú y mamá no me dejaríais nunca? Sabes, Bobby, no tengo a nadie en el mundo salvo a vosotros dos. No sería capaz de seguir adelante si me abandonarais.

Me enganché a él con todas mis fuerzas y le dije:

—No te preocupes, papi, nunca te abandonaremos, te lo prometo, de verdad, papi.

Qué espectáculo estábamos dando, aquel gigante de más de dos metros y el frágil chavalín agarrados el uno al otro, llorando en la oscuridad como si nos fuera la vida en ello.

Te aseguro que cuando finalmente llegamos al enorme Dodge negro y volvimos hacia casa, mis pensamientos eran de lo más retorcido.

Sí, los temores del pobre Henry tenían fundamento. Mamá nunca quiso a mi padrastro. Este hombre formidable y cariñoso sólo había sido una herramienta de conveniencia. Ella ya estaba enamorada de la serpiente.

Su plan era hacerse con mamá y largarse con ella a la ciudad de los vientos. El muy hijo de puta sabía que yo sólo sería un lastre, pero por la forma en que mamá iba tragándose sus martingalas, pensó que podría deshacerse de mí más tarde.

Sólo después de convertirme en chulo, años más tarde, conseguí enterarme de la trama completa de Steve y de lo imbécil que era en realidad.

Ya ves, el muy idiota tenía colada por él a una mujer inteligente con un marido liberal y atontolinado. Los negocios de ella iban cada vez mejor. El panoli del marido estaba ciego de amor y el dinero de sus negocios estaba a plena disposición de ella. Si Steve hubiera sido listo, podría haberse quedado allí un par de años controlando las cosas, sangrándoles un buen chorro de billetes a costa de ambos negocios.

Después, habría podido sacar a mamá de allí y con un buen capital haber hecho con ella lo que hubiera querido, incluso ponerla a «ejercer».

Créeme, tan colada estaba por él. Tenía que estar mal de la cabeza por aquel gilipollas para haber dejado todas sus prometedoras expectativas, llevándose sólo dos mil quinientos en efectivo.

Steve se lo fundió todo jugando al bacarrá a la semana de llegar a Chicago.

Llegué a implorarle a Cristo, en cuatro penitenciarías, que aquellos amantes desquiciados me hubieran dejado en Rockford con Henry cuando se dieron el bote.

Hay una escena de mi vida que nunca podré olvidar, aquella mañana cuando mamá terminó de meter nuestra ropa en la maleta y Henry perdió su lucha interior por su orgullo y dignidad.

Se hincó de rodillas y empezó a berrear como un niño escaldado, suplicándole a mamá que no le dejase, rogándole que se quedara, con los brazos amarrados a las piernas de ella y la voz ahogada de angustia, gimiendo su amor por nosotros.

Sus ojos agonizantes treparon hasta ella al tiempo que lloriqueaba:

—Por favor, no me dejes. Me vas a matar si lo haces. Yo no te he hecho nada, perdóname.

Nunca olvidaré el rostro de verdugo, que es lo que ella era, cuando le dio una patada sacudiéndoselo de encima.

Entonces, mintiéndole con una sonrisa repugnante, le dijo:

—Henry, querido, sólo quiero irme por una temporada. Volveremos, cariño.

Tuvo suerte, dado su estado, de que él no nos matase y enterrase a los dos en el jardín.

Cuando el taxi arrancó camino de la cita secreta con Steve, esperándonos al volante de su viejo Model T, volví la vista atrás hacia Henry, que estaba en el porche: el pecho se le hinchaba al tiempo que las lágrimas rodaban por su atormentada cara.

Para mí todo aquello era una espiral laberíntica, tan angustiada que no podía ni llorar. Después de una distancia y un tiempo indeterminados, llegamos a Chicago. Steve había desaparecido y mamá me estaba contando en la habitación de un hotelucho que mi verdadero padre iba a venir a vernos y me recordaba que Steve era su primo.

Steve era un cretino integral, aunque astuto, si es que entiendes lo que quiero decir.

Unas semanas antes, por orden de Steve, mamá entró en contacto con mi padre a través de un hermano suyo que era un mangante de Chicago.

Cuando mi padre cruzó la puerta de la habitación del hotel, apestando a colonia y disfrazado tope hortera, sólo pensaba en lo que mamá me había contado acerca de aquella mañana en que ese negro de piel marrón me estampó contra la pared.

Me observó un buen rato. Era como mirarse al espejo. Su sentimiento de culpa lo ablandó y me cogió, estrujándome contra él. Me sentí tenso y paralizado en los brazos del aquel extraño, pero yo también me había visto en el espejo cuando entró, así que le abracé lánguidamente alrededor del cuello.

Cuando se abrazó a mamá, ella tenía la cara vuelta hacia mí y tan de piedra como con Henry. Mi padre empezó a pavonearse por la habitación del hotel tirándose el moco con su puesto de chef personal del Gran Bill Thompson, el alcalde de Chicago.

Después nos dijo a mamá y a mí:

—Soy un hombre nuevo. He ahorrado un dinero y ahora sí que tengo algo que ofrecer a mi esposa y a mi hijo. ¿No queréis volver conmigo y probar de nuevo? He madurado, mis errores del pasado me remuerden amargamente la conciencia.

Como una viuda negra tejiendo su red alrededor de la presa, mamá puso la suficiente resistencia como para hacerle sudar tinta china antes de aceptar volver con él.

La casa de mi padre estaba atiborrada de muebles caros y obras de arte. Tenía miles de dólares invertidos en ropa cara y ajuares.

Una semana más tarde el mangante de mi tío vino de visita con Steve para montar el cotarro. Mi padre se tragó lo de que era un primo de la familia y ofreció a los chorizos coñac y sus mejores puros. Pasó otra semana antes de que le dieran el palo.

Recuerdo que por aquella época yo no tenía ni idea de lo que iba a pasar. No conocería la escalofriante realidad hasta que llegáramos a Milwaukee.

Aquella tarde en que sucedieron los acontecimientos, mamá estaba nerviosa mientras nos arreglábamos para visitar a unos blancos íntimos amigos de mi padre. Me lo pasé en grande con los hijos de nuestros anfitriones, que eran más o menos de mi edad. Todo lo bueno se acaba pronto, hubo que volver a casa.

A lo largo de mi vida he visto variados niveles de sorpresa y espanto en el rostro humano. Lo que nunca he visto en la cara de nadie es el asombro y la incredulidad que afloraron en el semblante de mi padre al abrir la puerta y entrar en su casa completamente vacía. Sus labios aleteaban enmudecidos. Era incapaz de hablar. Todo

había desaparecido, los muebles, las cortinas, todo, desde las cazuelas hasta los cuadros de la pared, incluso las pertenencias de mi madre.

Allí, en la casa vacía, mamá le abrazó, reconfortándole, llorando con lágrimas de verdad que fluían por sus mejillas. Supongo que lloraba de alegría, ya que el golpe había salido redondo.

Mamá se había equivocado de oficio. Debería haberse dedicado al cine. Simplemente con un papel pequeño, conseguir un Oscar por temporada habría sido pan comido para ella.

Mamá le contó a mi padre que nos iríamos a Indianápolis, a casa de unos amigos, hasta que pudiera levantar otro nido.

Cuando llegamos en tren a Milwaukee, que estaba a noventa millas, Steve había alquilado una casa. Las cosas de mi padre ocupaban cada centímetro de esa casa.

Aquellas cosas tan bonitas nos hicieron un flaco favor y no nos trajeron ninguna felicidad. Steve, enganchado a los dados, se las fue puliendo poco a poco en unas semanas, hasta perderlo todo en la mesa de juego.

Mamá trabajaba muchas horas como cocinera, por lo que Steve y yo estábamos solos muy a menudo.

En esos ratos me decía:

—Tú, pequeño hijoputa, sí, tú. Voy a reventarte el culo a hostias. Te lo advierto, si no te largas te mataré.

Era así de cruel conmigo. Mi madre me había comprado un gatito. Yo quería mucho al gatito y este hombre odiaba a los animales. Un día el gatito, como era un cachorro, hizo sus cosas en el suelo de la cocina.

Steve dijo:

—¿Dónde está ese pequeño hijoputa?

El gatito se había escondido debajo del sofá. Lo agarró y se lo llevó abajo, donde las paredes eran de cemento. Lo tenía cogido por las patas de atrás. Yo estaba mirándole desde arriba (es que vivíamos en el segundo piso). Cogió al gatito y le machacó los sesos contra la pared.

Recuerdo que había un parque detrás de casa, con suelo de cemento. Me senté allí en unos escalones, también de cemento, y lloré hasta vomitar.

Estuve todo el tiempo diciendo como en una letanía:

—¡Odio a mamá! ¡Odio a mamá! ¡Odio a mamá! —y— ¡odio a Steve! ¡Odio a Steve! ¡Odio a Steve! ¡Odio a Steve!

A lo largo de muchos años de tormento ella pagó su culpa.

La de haber tomado aquella terrible decisión en aquel lejano fin de semana.

Sé que el golfo de mi viejo se merecía lo que le pasó a sus bienes. Sé que fue la venganza de mamá, y me consta que la disfrutó, pero para un niño como yo fue amargo saber que mamá estaba metida en ello.

Puede que si mamá me hubiera ocultado el asunto del robo, sólo un poco, yo podría haberme resistido más a la enfermedad del chuleo. No sé, pero de alguna

manera, después del golpe, mamá ya no parecía aquella mamá dulce y honesta con la que yo rezaba en la iglesia de Rockford.

El otro día fui a su tumba y le dije por centésima vez desde su muerte:

—Mamá, no fue culpa tuya. Eras una chica ignorante de pueblo, no entendías nada. Fui tu primer y único hijo. No podías imaginar lo importante que era Henry para mí.

Me emocioné, dejé de hablarle a través de la tierra silenciosa y pensé en Henry, que yacería descompuesto y olvidado en su tumba.

Entonces, con un nudo en la garganta, le dije a mamá:

—Te resultaría feo, mamá, pero te juro por el cielo que a mí me parecía maravilloso. Le quería, mamá, le necesitaba. Ojalá pudieras haber mirado bajo su desagradable rostro negro, le hubieras querido un poco y te hubieras quedado con él. Podríamos haber sido felices, mamá, nuestras vidas habrían sido distintas, pero no te culpo por ello. Te quiero, mamá.

Me detuve mirando al cielo, esperando que ella estuviera allá arriba y pudiera oírme, luego continué:

—Desearía que aún estuvieses viva, estarías tan orgullosa de mí. No es que sea abogado como siempre quisiste, pero, mamá, tengo dos nietos maravillosos y otro más en camino, también tengo un encanto de hijastra que se parece mucho a ti cuando eras joven.

En la tumba de al lado había visita, un viejo y una niña de grandes ojos que tendría unos diez años.

Dejé de tirarme el pisto hasta que la pareja se marchó, entonces dije:

—Mamá, hace diez años que no me meto heroína. Hace cinco que no tengo una puta. Me he regenerado, trabajo todos los días. ¿Qué te parece, mamá, Iceberg el Flaco un hombre decente? No te lo podrías creer, mamá, llevo trajes sencillos de cincuenta dólares y el coche tiene diez años. Ahora tienes que creértelo, mamá. Adiós mamá. Vendré en Navidad, recuerda, siempre te querré.

Cuando me alejé de su tumba iba pensando: «No sé, puede que aquel lavacerebros de la prisión tuviera razón cuando me dijo que me había convertido en chulo por odio inconsciente hacia mi madre. La puñetera verdad es que no puedo evitar llorar en su tumba como si me desconsolara todo lo que hice para conducirla hasta allí. Puede que el odio escondido que no siento quiera que me ría de que ella esté ahí, bajo tierra. Puede que en realidad mi llanto sea una risa».

Unos noventa días después de que Steve reventara a mi gatito, mamá deshizo la ligazón de su encantamiento en un gris amanecer de abril. Mientras Steve yacía borracho, boquiabierto de estupor, mamá y yo recogimos los bártulos con todo lo que pudimos cargar y nos fuimos a un hotel. La habitación tenía hasta su propia plancha de cocina y un cuarto de baño al final del pasillo.

Steve había pisoteado nuestras vidas durante tres años y medio. Yo pronto iba a cumplir catorce.

El 4 de agosto, día de mi cumpleaños, nuestro viejo amigo Steve, con puntualidad diabólica, perpetró aquel evento inolvidable.

Desde aquella fría madrugada de abril había estado husmeando por los bajos fondos en pos de sus pardillos fugados sediento de venganza.

Yo estaba ansioso esperando a mamá en la habitación del hotel, pues había prometido hacerme una tarta en la cocina de su señora blanca. Me había prometido volver a casa antes de las seis para celebrar mi cumpleaños.

Bien, ya lo creo que volvió, pero el 7 de agosto. Llegó del hospital con la mandíbula rota envuelta en alambre y el cuerpo cubierto de cardenales.

Steve la había estado acechando y la atacó, con pies y puños, huyendo después a través de las mugrientas catacumbas del gueto.

Durante toda la noche y el día siguientes estuve agazapado en las sombras bajo sus escaleras con un punzón de hielo entre las manos. Nunca apareció. Se había mudado.

Veinte años más tarde, mientras contemplaba distraído por la ventana, en la suite de un hotel de lujo, vi algo que me resultó familiar en la figura encanecida y encorvada de un recogedor de basuras que estaba en la calle, tres pisos más abajo.

Me quedé en blanco, y cuando recuperé el sentido me encontré abajo, en la calle, en mitad de una mañana luminosa y espléndida, con una pistola en la mano y sólo con los pantalones del pijama rojo de seda puestos.

El camión de la basura torció por la esquina, media manzana más adelante, poniéndose fuera de tiro, y una pequeña multitud de paseantes se arremolinó observando con los ojos como platos la curiosa escena en la que Rachel, mi señora puta, me tiraba del brazo, suplicándome que dejara la calle.

Ésa fue la última vez que vi a Steve, pero la verdad es que, incluso ahora, no sé qué haría si nuestros caminos se cruzasen.

Puede que por muy dolorosa que fuera, aquella paliza le sentara bien a mamá. Recuerdo cómo me asustaba cuando en la habitación de aquel hotelucho se encendía el flash del letrero de neón iluminándole la cara. Tenía los ojos abiertos clavados en el techo, en trance, recordándole, ardiendo por él.

A pesar de lo inútil que era aquel hijoputa, tuvo que haber sido también un hijo de la gran puta en la cama.

Después de todo lo que nos había hecho, ella todavía tenía una terrible debilidad por aquel canalla. Lo bueno de aquella paliza fue que le curó esa debilidad.

Mamá aprendió una amarga lección por la vía dura. La campesina se había revolcado en el heno con el macarra urbano y ahora me tocaba a mí ver toda la tristeza y culpa que había en sus ojos.

No podíamos volver a las plácidas colinas verdes de Rockford. Ella había destruido allí a un buen hombre, a un hijo nativo. Henry murió un año después de dejarle. Hasta que ella se fue a la tumba, Henry estuvo saliendo de la suya, apareciéndosele en la penumbra de su soledad.

Mamá se desesperó por salvar al menos algunos fragmentos de su reputación, por recuperar el amor y el respeto que yo tenía por ella en Rockford. Porque ya había visto demasiado, había sufrido demasiado. La jungla había empezado a embalsamarme con acritud y dureza.

Fui perdiendo página por página las buenas normas de pensamiento y de actuación que había aprendido en misa con Henry, con la tropa de los *boy scouts* de Rockford. Estaba absorbiendo el veneno de las calles como un esponja.

En los callejones, después de clase, empecé a practicar el juego favorito de Steve, los dados.

Me volví peligrosamente obsesivo por encajársela a cualquier chavala con ganas de fiesta que fuera lo suficientemente débil. Una noche tuve que correr por mi vida cuando un enfurecido padre me pilló en el cobertizo de atrás de su casa empujando a lo bestia la cabeza de su hija entre mis piernas. Se me había agotado la paciencia con la dureza inusual de su himen.

2. LOS PRIMEROS PASOS POR LA JUNGLA

El tobogán estaba engrasado. Comenzaba mi deslizante caída en picado hacia el mismísimo fondo del pozo del infierno. Supongo que mi viaje descendente estuvo garantizado en cuanto conocí a un timador de tres al cuarto que resultó ser tan amable que acabamos siendo socios.

Mi socio timador se llamaba Party el Juergas. Antes de cumplir los veintitrés ya había pasado cuatro veces por la trena. Cada vez que le trincaron fue arrestado, bien por asalto a mano armada, bien por desvalijar tiendas.

Le colgaron el mote porque tan pronto como ligaba algo de pasta se largaba pitando al garito más cercano.

Nada más cruzar la puerta gritaba:

—¡Bien, hijos de puta, muertos de hambre, es hora de juerga, y Joe Evans ha llegado a puerto con suficiente viruta como para quemar a un elefante mojado! ¡A ver esos machotes, dejad ya de meterle el dedo a esas putas de polla larga y todos los demás que aúpen la panza hasta la barra y se pongan como cubas a mi cuenta!

Sus rasgos achatados de africano estaban pegados a una calavera que podría haber pertenecido a un troglodita. Era bajo, muy potente y negro resplandeciente.

Era lo bastante feo como para ensombrecer la luz de la mañana con el puño pero, por alguna extraña razón, resultaba irresistible para muchas de las blancas que husmeaban jadeantes por la parte negra de la ciudad, en busca de emoción, yendo a la caza del viejo mito: los negros lo hacen tan bien que te estremeces hasta las uñas de los pies.

Había un picadero de sábana rápida, con los reservados para clientes en la parte de atrás, dentro del callejón. Una noche estaba espiando a través de las cortinillas raídas de uno de esos cuartuchos cuando vi al Juergas por primera vez.

Los ojos estuvieron a punto de salirseme de las órbitas cuando vi a aquel bigardo con cara de vikingo, a su diminuta aunque voluptuosa acompañante blanca y a Party quitándose todos la ropa hasta quedarse completamente en bolas. Vi cómo movían los labios, así que pegué la oreja a la ventana, que estaba abierta un par de centímetros por arriba, y miré de reojo.

El sonriente blanco estaba sopesando delicadamente la herramienta de Party como si se tratara de una porcelana de la dinastía Ming. Emocionado, le dijo a la tía:

—¡Oh, cariño, has visto qué tamaño, qué hermosura!

Bajo el resplandor macilento de la luz roja del cuartucho aquella tía era como un retrato animado de Da Vinci. Tenía los ojos encendidos con azul fuego de pasión. Ronroneó como un gatito persa y se encaramó al camastro.

Party permaneció junto al catre, escudriñándola. Era un verdugo de ébano. Su hacha horizontal ensombreció los picos nevados de cimas rosadas. La delantera de mis pantalones se abultaba a medida que me arrimaba más y más contra la ventana. Nunca había visto nada igual en Rockford. Entonces, para mis sorprendidas orejas, el blanco dijo una cosa extraña al tiempo que arrimaba una silla a los pies de la cama y se sentaba en el borde de la misma.

Respiraba con dificultad cuando dijo:

—Vamos, chico, clávasela, hazle daño, castígala, crucifícala, ¡buen chico, buen chico!

La mujer parecía tan frágil e indefensa a mis ojos inocentes que sentí en mi interior una punzada de compasión cuando se puso a gemir y a jadear con doloroso placer bajo aquel demonio negro que la taladraba salvajemente entre sus piernas blancas, que se agitaban y despleaban, atrapadas tras los sudorosos y encorvados hombros negros.

Como si estuviera tratando de ganar una carrera, el Juergas le preguntaba una y otra vez con voz enronquecida:

—Putita guapa, ¿te gusta?, putita guapa, ¿te gusta?

El blanco era un engendro cómico correteando por la arena, como un César chiflado jaleando a su cruel gladiador negro.

Por fin, cuando acabaron el numerito y empezaron a vestirse, me fui a la parte delantera y me senté en el escalón a la entrada del garito. Quería una buena visual de esos fenómenos de feria.

Cuando salieron a la calle arreglados, me decepcionó su aspecto tan normal. Sólo eran una pareja de señoritos despidiéndose cordialmente de un simpático negro zaíno.

La pareja de chiflados se alejó por la acera. Party venía hacia mí. No me había visto sentado en el escalón. Me comía la curiosidad, así que le entré cuando pasó a mi lado. Eso le pilló tan desprevenido que se le torció el gesto.

Le dije:

—Oye, tío, ¿cómo te va? Fijo que esa chica era pura seda, ¿eh? ¿Me aflojas un truja?

Pescó un cigarrillo del bolsillo de su camisa roja, me lo pasó y dijo:

—Sí, chaval, sedosa como una rosa. Hay dos cosas que no he visto en mi vida, un bulldog guapo y una blanca fea.

Largaba tópicos, pero, para un chaval de pueblo como yo, resultaba endiabladamente ingenioso. Tenía ganas de sonsacarle lo que tenía en el cerebro, así que pisé a fondo mi máquina de nieve para que no se me escapara. Cuando encendí el pitillo mis ojos fingían fascinación. Le dije:

—Gracias por el truja, tío. ¡Cristo! Vaya lujo de traje que gastas. Ojalá pudiera vestirme así. Vas hecho un dandy.

Entró a saco como un violador en una colonia naturista de ciegos. Se apalancó a mi lado en el escalón. Sacó pecho, sus ojos hacían chiribitas como las luces de una

máquina de juego enloquecida cuando fue a abrir la boca. Se remangó aposta los pantalones del traje verde a cuadros hasta las pantorrillas, dejando a la vista sus calcetines rojos.

El pedazo de circón que llevaba en el meñique derecho destellaba bajo la farola de la calle al tiempo que él chasqueaba los nudillos diciendo:

—Mira, chaval, me llaman Party el Juergas, soy el mejor timador de calle de la ciudad. El dinero me ama y no puede estar sin mí. Ya has visto a esa hembra de pura seda, pues me han soltado uno de veinte por tumbármela. Claro que eso no es nada, me pasa constantemente. Podría ser uno de los mejores chulos del país si fuera un poco más vago y no se me diera tan bien lo del timo.

Estuve escuchando sus fanfarronadas hasta las dos de la madrugada. Era amable y yo estaba deseoso de tener un amigo. Era huérfano, acababa de comerse por cuarta vez dos años sin reducción y hacía dos meses que había salido. Tenía un montón de ideas disparatadas y temerarias sobre timos que quería poner en práctica. Necesitaba un socio y estaba tanteándome para ver si yo me apuntaría a alguna.

Llegué a casa a las dos y veinte. Un minuto después oí la llave de mamá en la puerta. Había estado sirviendo un banquete a los blancos. Tuve el tiempo justo de meterme en la cama con la ropa puesta cuando entró a mirar. Roncaba como un borracho con vegetaciones cuando se acercó a darme el beso de buenas noches.

Estuve echado, pensando hasta el amanecer, tratando de imaginarme y viendo cómo encajaría en alguna de esas maquinaciones de Party para conseguir pasta rápida. Cuando salió el sol, gordo y luminoso, sabía que iba a probar la variante Juergas del Murphy. No me imaginaba que su versión iba a ser tan burda como peligrosa. Se trataba de una mala copia, del auténtico Murphy.

Años más tarde, comprobé que el Murphy practicado por expertos era un timo rápido y sin apenas riesgos. En cualquier zona donde las putas negras hacen la carrera, los blancos acuden en manada para hacérselo con ellas.

Quedé varias veces con Party a la salida del cole en los billares. Me explicó mi parte y la noche del viernes siguiente nos pusimos manos a la obra. Mamá tenía que servir en una fiesta, así que podía quedarme en la calle por lo menos hasta la una.

Esa noche, alrededor de las diez, en un callejón en el mismo corazón de la ruta del vicio, en la Séptima con Vliet, desembalamos el fardo que Party había traído. Enrollé las perneras de los pantalones por encima de mis rodillas huesudas. Me enfundé en un vestido rojo de algodón da veinticinco centavos comprado al Ejército de Salvación.

Me calce los zapatos de tacón alto. Eran de satén rojo muy gastado. Pincé una mata de pelo estropeado en la corona de la pabela de paja azul desteñida. Cuando me la coloqué de lado en plan provocativo, los rizos oscilantes de pelo pendían sobre mis ojos como trencitas.

Allí estaba, despatarrado, tensando los músculos de la cadera y los muslos, ciñéndome el ajustado vestido rojo a la manera de las putas.

Party me pasó revista de la cabeza a los pies. Yo me preguntaba qué tal daría el pego como fulana. Meneó la cabeza negativamente, se encogió de hombros y caminó hacia la boca del callejón para cazar a algún primo.

Nada más llegar a la calle me hizo un gesto con la mano. Torció la cabeza hacia mí y dijo:

—Oye, tío, quítate de la luz, ¿vale?

Al cabo de unos cinco minutos me hizo una seña de que por la calle se avecinaba un poco de acción. Vi cómo Party le daba palique a un abuelillo blanco. Me preguntaba si tendría el suficiente voltaje como tía para cumplir con mi parte.

Me dio la señal justo antes de que el blanco echara una miradita al callejón. Con mucha moral me puse a menear el culo magro, bombeándolo, girándolo y agitando la mano, incitándole a que se acercara.

Lo cierto es que aquella putita negra y flaca que estaba viendo avivó el fuego en su interior. Sacó el monedero del bolsillo de atrás y le pasó un billete a Party.

Aquel primo entró en el callejón con paso endiablado para tratarse de un puto viejo. Había pagado su dinero y estaba al rojo vivo por darse el gusto de metérsela a esa negra zorra salida que le esperaba entre las sombras.

Pues no iba a darse el gusto, pero de alguna manera tuvo suerte. Suerte de que su monedero no estuviera atiborrado de lechugas. Si hubiera estado cargado, cuando me esfumé por el hueco, Party, en lugar de desaparecer, habría entrado en el oscuro callejón tras el capullo y le habría robado usando la fuerza bruta.

Mi corazón latía de emoción mientras galopaba a través de los callejones hacia donde habíamos acordado de antemano nuestra siguiente encerrona. Me planté en otro sitio a unas manzanas de allí. Party llegó al poco rato, echó un vistazo al callejón y dio el visto bueno haciendo una o con el índice y el pulgar.

Se la pegamos a unos cuantos primos más. Ninguno llevaba lo suficiente como para probar la fuerza bruta. Trabajamos hasta las doce y media y, como no era precisamente la Cenicienta, tuve que guardar mi vestido mohoso. Cogí la mitad de los setenta dólares que habíamos sacado y me largué corriendo a casa. Mamá llegó media hora después que yo.

Como en todo, también hay muchos Murphys. Los auténticos jugadores de Murphy son muy finos separando a un primo de su dinero. Los más habilidosos prefieren que sea el cliente el que les entre. Esto coloca al jugador de Murphy en una posición ventajosa. El primo está obligado a mostrar lo que tiene, la pasta y hasta las joyas. De esa forma el jugador de Murphy puede limpiarle del todo.

Cuando un primo se le acerca y le entra preguntando dónde puede encontrar a una chica, el Hombre del Murphy le dirá: «Mira, amigo, sé de una casa estupenda a no más de dos manzanas de aquí. Hermano, en tu vida habrás visto hembras tan bonitas y perversas como las de esa casa. Una de ellas, la más guapa, puede hacer más virguerías con un nabo que un mono con una banana. Es como una muñeca de goma, puede ponerse en más de cien posturas».

Llegado este punto, el pardillo sé vuelve loco por estar en esa casa de pura felicidad. Le ruega al timador no sólo que le dé la dirección, sino que le acompañe allí.

El jugador de Murphy le embaucará acrecentando su deseo. Le dirá: «Verás, tío, no te ofendas, pero la tía Kate, la que regenta la casa, no admite más que blancos con categoría. Nada de negros ni basura blanca. Ya sabes, sólo médicos, abogados, peces gordos de la política. Tú pareces un blanco con clase, pero no entras en ese reparto, ¿verdad?».

Hiriéndole así en su ego, el primo está listo para morder el anzuelo. Reivindicará su valía como persona y su derecho a poder ir a donde cualquier hijo de puta pueda hacerlo. Qué diablos, cuarenta pavos por un buen polvo no le van a amilantar. Pocos pueden resistirse a los encantos de la exclusividad en sus diversas formas.

El timador, por si acaso, asegura la treta diciéndole: «Verás, tío, voy a creerte como si todo lo que me dices fuera el evangelio. De hecho me caes bien, amigo, pero tienes que ponerte en mi lugar. Lo primero de todo, para que veas que confío en ti, te contaré un secreto. Hasta ahora, he estado trabajando para la casa de tía Kate como gancho en la calle, ya sabes, asegurándome de que sólo vaya gente fina. La tía Kate y yo tenemos un sistema infalible. Amigo, sé que me vas a ayudar a mantener las reglas de tía Kate, así que venga, voy a llevarte a conocer la sensación de tu vida».

Mientras prosigue con una descripción calenturienta acerca de las putas y las delicias sexuales que sólo podrá encontrar en la casa de tía Kate, el jugador de Murphy conducirá al capullo a un edificio elegante de apartamentos, previamente escogido. En el vestíbulo de entrada, de forma sutil aunque convincente, el timador le habrá persuadido rápidamente del asunto que se traen entre manos a base de labia. Estando tan salido, no se puede subir sin dejar en depósito todas las cosas de valor. Ésa era la regla sagrada de tía Kate.

La tía Kate tenía mucha razón respecto a no tentar ni fiarse de una puta. Sólo los idiotas se fían de las putas, ¿verdad? Y este primo no iba a ser un idiota, ¿no? ¡No!

El timador saca un gran sobre de papel de estraza. El capullo cuenta todo su dinero y se lo entrega al gancho-agente comercial de tía Kate. El afable agente comercial lo introduce en el sobre, le pasa la lengua, lo sella y después se lo guarda en el bolsillo para ponerlo a salvo del probable afán de hurto que anida en los corazones de las exuberantes muñecas que hay arriba, en la tercera planta, primer piso a la izquierda, en el número nueve, para ser exactos.

El pardillo se hace gaseosa a medida que sube los escalones de tres en tres. Le cae bien ese negro de ahí abajo que cuida de su dinero. ¿Qué le había dicho cuando le entregó la chapa de metal dorado? «Harry, socio, éste corre de mi cuenta, simplemente sube y dale esto a tía Kate. Todo va a ir de perlas. Si quieres, luego, cuando bajes, me invitas a una copa».

La había colado dos veces en la portería mental del hombre blanco, predisponiéndole para el remate, la tercera iba a ser la vencida, primero por su

necesidad desesperada de aliviarse en un cuerpo negro y, segundo, por su absoluta incapacidad para concebir que aquel negrito era lo suficientemente listo como para tomarle el pelo vacilándole con la verborrea de Murphy.

Después de tres fines de semana airosos, Party y su descarnada artimaña se toparon de cabeza con un balón de ladrillo. Levantaba poco más de metro y medio del suelo, pero pesaba cerca de ciento cincuenta kilos.

Fue un sábado por la noche, alrededor de las diez. La ruta del vicio estaba atestada de fulanos. Parecía como si todos los blancos de la ciudad estuvieran allí, con la pasta en una mano y la picha en la otra, desmadrados y corriendo tras las putas con culos más grandes y más negros.

Party y yo dispusimos nuestra celada a las afueras de la ruta porque, con tanta movida en el centro, habría sido de locos jugar al gato y al ratón con las rondas de la enardecida brigada antivicio. No me hubiera molado nada que me trincaran haciéndome la fulana.

Party no había usado la fuerza bruta desde su última condena. La única razón por la que no lo había hecho era que ninguno de los fulanos a los que habíamos dado el palo llevaba una buena billetera.

Estábamos pescando en un banco de arena. Todos los capullos hambrientos nadaban por la corriente del centro.

Desde mi puesto de Murphy en el callejón esperaba con ganas la señal de Party para entrar en acción. Sobre las once y media, yo aguardaba sobre una sola pierna y luego sobre la otra, cual cigüeña aburrída, con un vestido de veinticinco centavos. A los cinco minutos llegó la señal. ¿Era un hombre? ¿Una máquina? No, era un balón redondo, andante y viviente, con un montón de billetes y ardientes deseos de coño negro. Se quedó pasmado ante mis salvajes contorsiones y meneos.

Me subió de pronto un hormigueo de excitación de los pies a la cabeza cuando aquel balón sacó su billetera. Party se puso tenso ante la visión de su contenido. En cuanto el balón botó hacia mí, me fui aproximando a pasitos al punto de fuga. Sabía que el ansia de fuerza bruta había estallado en el interior de Party, y como hay Dios que iba a entrar en el callejón, reventar aquel bajón y dejarlo sin aire.

Salí de escena y, desde lejos, asomé la cabeza hacia el callejón. Oía gruñidos guturales. Ese tipo de sonido que hace uno con achaques de corazón pretendiendo convencer a una ninfómana de que es un tigre salvaje. Eran los gruñidos de aquel balón mientras agarraba a Party con una asfixiante llave de presa. La taquicardia se me disparó por el culo arruinando el almidón de mi disfraz. Me caí para atrás sobre un cubo de basura. Aquel balón también era levantador de peso. El pobre Party estaba sostenido en vilo muy por encima de la cabeza del monstruo y de repente fue arrojado contra el suelo del callejón con un estampido estremecedor, quedando despanzurrado como un muñeco de trapo. El balón saltó aullando por los aires y cayó cual tonelada de cemento sobre el quejumbroso Juergas. Estuve a punto de vomitar de pena por Party. Pero me fallaban las fuerzas para salir del cubo de basura y entrar en la

contienda. De cualquier forma, tampoco habría sido muy propio de una señorita.

La pala mecánica enganchó por debajo a Party, izándole del suelo y cargándose a la espalda. Podía ver el cuello neumático de Party botando contra el culo del balón según se lo llevaba hacia la calle.

Salí disparado de allí y llegué al tejado de mi casa. Estuve pendiente de la llegada de los polis que vendrían a echarme el guante, pero nunca vinieron. El pobre Party había tenido la mala suerte de haber probado la fuerza bruta con un profesional de lucha libre al que llamaban el Esférico.

Party volvió a la cárcel y se comió tres años después de salir del hospital. Una cosa que tenía Party es que no era ningún membrillo. Nunca cantó mi nombre a la bofia.

Cuando se hizo mayor y perdió el nervio para timar, le entró un deseo irrefrenable de chulear. No es que tuviera madera, pero estuvo intentándolo hasta que puso en práctica el estilo Gorila con la chica de un traficante de drogas, siendo manejado como un primo. Party probó con el músculo y los puños hasta que el oficio de chulo acabó con él. Este oficio es como el arte del relojero, arduo. Al Juergas se le fue la vida empeñado en montar relojes con guantes de boxeo. El caso es que la mala suerte de Party me hizo retractarme y empecé a prestar atención en clase, en la escuela.

A los quince años, insólitamente, me gradué en secundaria con sobresaliente. Entonces hubo un considerable grupo de antiguos alumnos de Tuskegee, una universidad del Sur para negros, que insistieron a mamá para que les permitiera becarme y estudiar allí, en su alma mater. Mamá no dejó pasar la oportunidad.

Los tipos dilapidaron su dinero y me enviaron a su adorado centro con un flamante guardarropa. No sabían que ya había empezado a pudrirme por dentro con la ponzoña callejera.

Era como si los pobres infelices hubieran metido un caballo envenenado en el Derby de Kentucky, convencidos de que sería un seguro ganador. No podían imaginar que habían apostado su generoso y sangrante dinero a un perdedor nato.

Había muchas cosas buenas en juego. El éxito de mi propia vida. La expiación de mamá de su tremenda culpa. La confianza y las expectativas de aquel profesorado de gran corazón.

Los ojos de mi mente andaban cegados a punta de navaja por la calle. Era como un fante de feria al que una puta sarnosa le hubiese pegado purgaciones en los ojos.

En el campus era igual que un zorro en un gallinero. En los primeros noventa días que estuve allí, le había arrancado la virginidad a media docena de compañeras bien moldeadas.

El caso es que me las arreglé para pasar primero, aunque había adquirido una fama lamentable. Los remilgados babosos del campus me envidiaban, y continuar empalando a compañeras con mi estaca se estaba volviendo muy peligroso.

En segundo, empecé a merodear por garitos de mala muerte en las colinas

próximas al campus. Vestido y con modales a lo hortera norteño, a aquellas las damiselas, las calentorras damas de las colinas, les parecía un príncipe azul de estampa negra.

Una belleza descalza de orondo culo —tenía quince años— se colgó por mí. Una noche falté a la cita en nuestros matorrales favoritos. La dejé plantada por otra cita en otros matorrales con un culo más grande, más caliente y más orondo que el suyo.

Descubrió el engaño a través del chismorreo de las colinas. Al día siguiente, a las doce, solo ante el peligro, me la encontré en el campus. Yo acababa de salir de la cafetería y caminaba por el paseo principal, que estaba atestado de estudiantes y profesores.

Desentonaba como un Papa en un lupanar. Su vestido de arpillera estaba sucio y pringoso tras la caminata desde las colinas. Sus piernas y pies descalzos embadurnados de polvo y barro. Me notó la taquicardia en cuanto la vi.

Lanzó un grito de guerra cual guerrero apache y antes de que pudiera poner los pies en polvorosa, ya la tenía encima, lo suficiente como para apreciar la mirada furibunda de sus ojos.

Gotas de sudor pendían del vello rizado de su sobaco cuando levantó el brazo que atenazaba una botella de Coca-Cola rota, cuyos bordes dentados destellaban al sol.

Entre chillidos, profesores y estudiantes corrieron espantados como ovejas ante la incursión repentina de una pantera. No recuerdo quién fue el atleta más rápido del mundo aquel año, pero durante los siguientes segundos en que puse los pies en polvorosa, fui yo.

Cuando por fin miré hacia atrás a través de la polvareda, pude ver a la loca como una mota en la distancia.

Había cometido una falta grave y tuve que dar la cara como un clavo en la alfombra del rector.

Yo estaba de pie frente a él, sentado tras su reluciente mesa de caoba. Se desatascó las cañerías con su pañuelo y me miró como si me la hubiera estado cascando delante de toda la escolanía. Mantenía la cabeza erguida. Su nariz apuntaba al cielo como si yo fuera una mierda que tuviera pegada en el labio superior.

Con arrastrado acento cansino del Sur dijo:

—Muchacho, ere una vegüenza pa' nuetra pretigiosa intitución. E'toy conternado de que tal cosa haya sucedido. Hemo' infomado a tu madre de tu mala conducta. El consejo universitario etá considerando tu e'pulsión. Mientra' tanto, mantén la' narice limpia, muchacho. No debe' abandoná el campu' bajo ningú' concepto.

Podía haberme ahorrado el preocuparme por la expulsión. La verdad es que el personal docente tenía mucha influencia. Me echaron un cable y me dieron la oportunidad de seguir hasta la mitad de segundo, cuando acabé de cagarla. Como decían los viejos timadores, «todo lo que sube, baja». Pagué el pato por traficar con alcohol para un colega. Igual que el Juergas cuando se comió lo suyo sin soltar prenda.

Cualquier cosa que achispara tenía mucha demanda en el campus. Medio litro de whisky de garrafón podía venderse entre siete dólares y medio y diez, según la oferta. Mi compañero de habitación tenía mucha pasta y madera de judío. Era un águila proveniente de una familia de Nueva York que movía lotería ilegal.

Hicimos un trato. Estaba dispuesto a invertir viruta si yo me ocupaba de buscar la mercancía y distribuirla. Le prometí que mantendría su participación en secreto. Menudo zorro estaba hecho.

Me pasó la viruta y me adentré furtivamente en las colinas para contactar con un destilero que me surtiera. Ni que decir tiene, supongo, que me cuidé de evitar a aquella chica que me hizo batir el récord de velocidad.

Conseguí un contacto y la tasa en el campus ascendió un cuatrocientos por cien.

Todo iba de perlas. La mercancía rulaba a tutiplén. Estaba seguro de que cuando volviera a casa en verano tendría suficiente pasta como para dejarlos a todos mudos de envidia.

Recluté a una compañera, a la que me había tirado, para que distribuyera por mí en su residencia. Ése fue el principio del fin.

Ella tenía dos compañeras de residencia que se daban al bollo disputándose con fiereza el amor de una voluptuosa muñeca color café, natural de un pueblo de Oklahoma. Esta muñeca era una pardilla integral. No tenía ni idea de lo que era el palo lésbico y por supuesto no podía imaginar que ella misma era un objetivo.

Finalmente, la más espabilada de las dos bolleras la sedujo como pudo y se la llevó al huerto. Tuvieron que mantener en secreto su romance para que el otro bollo no se coscara, ya que era muy chula y tan mastodóntica como un jugador de fútbol. Además, le estaba prestando dinero a la muñeca esperando meterse así en sus bragas. La muñeca y su jinete estaban compinchadas para levantarle a la otra su viruta.

Una noche en que la muñeca y su jinete estaban enlazadas como un ocho practicando el sesenta y nueve y más borrachas que el demonio a costa de mi mercancía, sus apasionados jadeos llegaron a oídos de la bollera musculosa.

Los detalles picantes de la encarnizada pelea fueron el cotilleo general a lo largo y ancho de todo el estado.

En el revuelo de la investigación mi socia se derrumbó. Me señaló con el dedo y al cabo de una semana estaba en el tren de vuelta a la calle para siempre. No delaté a mi compañero de habitación. Respeté el código.

Mamá cambió de trabajo a la semana de mi llegada, haciendo de enfermera y cocinera para un rico blanco que vivía recluido. Entonces fue cuando de verdad metí la nariz en el culo de Satanás.

Mamá tenía que quedarse allí. La veía una vez por semana, en domingo, su día libre. Era el único día que yo pasaba en casa.

Había encontrado un segundo y fascinante hogar, una timba que regentaba un exchulo y asesino acabado llamado Jimmy Diente de Diamante. La piedra de dos quilates que tenía engarzada entre sus podridos incisivos superiores era el último

resquicio de su reputación como el más temible pateaculos de los años veinte.

Siempre estaba fanfarroneando de ser el único macarra negro de la tierra que había chuleado chicas francesas en París. Más tarde descubrí, cuando conocí y fui instruido por el Maestro, que Jimmy era un simple bufón, un aficionado que no merecía ni sujetar el abrigo del Maestro.

Tras timar a todos los primos y pagar a los ganchos, Jimmy cerraba la puerta y después, como en un ritual, encendía un fino porro de color marrón. Sin dejar de hablar de sus días gloriosos como chulo, me lo pasaba, regañándome afablemente por no inhalar profundamente y guardarme el humo como él decía, en lo más hondo de mi barriga.

Yo me acostaba en el pequeño reservado del fondo. Al amanecer, él salía por la puerta del garito camino de casa y de la tortillera de diecinueve años a la que cubría de pieles y joyas. Era un gilipollas de primera.

Me acostaba en el pequeño reservado y soñaba cosas fantásticas. Putas maravillosas se arrodillaban ante mí rogándome entre lágrimas que me quedara con su dinero.

Durante varios meses estuve follándome a la deliciosa hija de un famoso líder de una banda de música. Tenía quince años. Se llamaba June y estaba locamente encaprichada conmigo. Tenía la costumbre de esperarme en la calle, fuera de la timba, hasta que Jimmy se iba. Entonces subía y se metía en el catre conmigo. Se quedaba hasta las siete de la tarde. Sabía que yo tenía que poner en orden el garito para la faena a eso de las nueve.

Un día, alrededor de las doce, le pregunté:

—¿Me quieres lo bastante como para hacer cualquier cosa por mí?

—Sí —me dijo.

Así que le dije:

—¿Incluso hacértelo con un tío?

—Cualquier cosa —me dijo.

Me vestí, me fui a la calle y vi a un viejo jugador que me daba en la nariz que sería un cliente y le conté lo que le esperaba arriba. De hecho me dio un billete de cinco pavos, la tarifa normal, le acompañé arriba y le dejé con ella. Se lo ventiló en menos de cinco minutos.

Mi cerebro de diecisiete años maquinaba. Esto era durante la Depresión. Podía hacerme rico con esta chica y conducir un gran Packard blanco.

Mi segundo cliente fue toda una equivocación. Era un conocido del músico, el padre de June. Subió, vio a la chica y llamó a su padre a Pittsburgh.

El padre avisó a la policía local y mi carrera de chulo expiró nada más nacer. Cuando llegaron los inspectores, yo todavía estaba buscando clientes para pagar la entrada del dichoso Packard blanco.

La verborrea de Diente de Diamante me había jodido de verdad. Mi madre, por supuesto, no daba crédito. Estaba convencida de que me habían hecho una encerrona.

Que esa chica malvada de June había arrastrado a su pequeño Bobby a la perdición.

Dos días antes del juicio, salí de mi celda en la prisión del condado con un permiso para ver a un abogado defensor. Un negro bajo y con cara de conejo me sonreía sentado en la jaula de visitas, junto a una vieja mesa de roble.

Tenía la sangre helada y me sudaban las manos mientras cogía una silla frente a él. El resplandor amarillo de los dientes de oro que llenaban su boca fue un mal presagio. ¡Cristo!, pensé, un negro picapleitos del profundo Sur. ¿Es que mamá no sabía que la mayoría de ellos se hacían de mantequilla ante un caso de delito serio?

El roedor se secó la frente negroazulada con un pañuelo empapado y dijo:

—Bueno, Bobby, parece que estás metido en un pequeño lío, ¿eh? Soy el abogado Williams, un viejo amigo de tu familia. Conozco a tu madre desde niña.

Mis ojos enviaron por correo especial a través de la mesa un deseo de muerte al asqueroso hijo de puta.

Le dije:

—No se trata de un pequeño lío. Si me aplican el máximo, me pueden caer hasta veinte tacos.

Se ajustó la corbata de saldo, encogió sus hombros famélicos bajo la chaqueta del terno de ocasión y dijo:

—¡Oh! No nos pongamos pesimistas. Es tu primer delito y estoy seguro de que eso servirá de atenuante. Puedo garantizarte que presionaré al tribunal para que sea clemente. Ahora cuéntame toda la verdad acerca de tu problema.

La rabia y todo lo demás se me fueron al garete. Estaba perdido, machacado. Este mangante me iba a conducir al matadero. Sabía que ya estaba juzgado y condenado a la trena. El único cabo suelto era, ¿por cuánto tiempo? Despreocupándome por mí, le conté todos los detalles y regresé a mi celda con paso torpe y ciego.

El día de mi juicio en el tribunal, el miedica hijo de puta estaba tan nervioso ante el juez cuando me declaró culpable, que el mismo terno de ocasión que llevaba puesto la primera vez que nos vimos se le empapó de sudor.

Estaba tan asustado ante la severidad del rostro y la voz de aquel juez blanco, cara de halcón, que se le olvidó pedir clemencia. Ese miedo espantoso que los blancos del Sur le habían metido en el cuerpo aún habitaba en él. Paralizado, se limitó a esperar la sentencia.

Así que levanté la mirada hacia aquellos fríos ojos azules y dije:

—Señoría, me arrepiento de lo que he hecho. Hasta ahora nunca me había metido en problemas. Si su señoría me concediera una sola oportunidad, aunque sea por esta vez, juro ante Dios que jamás volveré aquí. Por favor, señoría, no me envíe al penal.

La frialdad se acentuó en sus ojos a medida que me escrutaba de arriba abajo y sentenció con gravedad:

—Eres un joven malvado. El crimen que has cometido con esa inocente joven, infringiendo las leyes de nuestro estado, es imperdonable. La naturaleza misma del delito no deja lugar a considerar la posibilidad de eximirte. Por tu propio bien y por el

de la sociedad, te condeno a pasar en el reformatorio del estado un período no inferior a un año y no superior a dieciocho meses. Espero que así aprendas la lección.

Me quité de encima la mano sudorosa del picapleitos sacudiendo el hombro, evité los ojos de mamá, enrojecidos por las lágrimas, que lloraba en silencio al fondo de la sala, y tendí mis manos al alguacil para que me pusiera las frías esposas.

El viejo de June era un pez gordo con mucha influencia en los tribunales. Había estado moviéndose entre bastidores y tirando de los hilos, asegurándose de que me encerraran. La sentencia fue por «conocimiento carnal y abuso», eximido del cargo de proxenetismo, puesto que no se puede ser proxeneta si no hay prostituta, y el viejo de June no estaba dispuesto a admitir eso.

Sí, no cabía duda de que estaba siendo el causante del primer mechón de canas en el cabello de mi madre. Steve habría estado muy orgulloso de mí, ¿no te parece?

Mi condena en el reformatorio de Wisconsin Green Bay casi destroza a mamá.

Había varios reincidentes del reformatorio en mi galería de la prisión del condado tratando de hacer la puñeta a los primerizos, contando historias de lo mal que se pasaba allí, mientras esperábamos al furgón que nos llevaría a ese reformatorio al norte del estado. Estaba atolondrado, incapaz de sentir nada. ¡Qué idiota fui al pensar que lo del Mudo era un cuento chino!

Durante las dos semanas que estuve esperando, mamá me escribió una carta diaria y vino a verme dos veces. La culpa y la desgracia le pesaban gravemente.

Antes, en Rockford, había sido una devota asidua de la iglesia, llevando una vida cristiana hasta que Steve entró en escena. Pero ahora, cuando leo sus largas y delirantes cartas atestadas de advertencias contra el fuego y el azufre que me esperaban si no dejaba entrar a Jesús en mi corazón y respetaba al Espíritu Santo y a las llamas, me doy cuenta de que mamá, la pobre, se estaba convirtiendo en una religiosa fanática para no volverse loca. El peso de la muerte de Henry añadido a mi desgracia debió de caerle encima fatalmente.

El furgón vino a recogernos una mañana de tormenta y truenos. Vi a mamá despidiéndome bajo un frío aguacero cuando nos metían esposados en el furgón. Sentí un ardiente nudo en la garganta al verla ahí afuera, tan triste y solitaria, encogida bajo la lluvia incesante. Sentía cómo las lágrimas querían aflorar, pero era incapaz de ponerme a llorar.

Mamá nunca me dijo cómo supo a qué hora salía el furgón. Aún hoy me pregunto cómo se enteró y qué era lo que pensaba allí, bajo la tormenta, observando cómo emprendía mi viaje.

El Estado lo definía como reformatorio, pero créeme, aquello era una cárcel de verdad.

Se me revolvieron las tripas cuando el furgón entró en la avenida del recinto penitenciario rumbo al trullo. El furgón se movía entre vaivenes y las bromas y sandeces de los veintipico presos. Solamente uno de ellos permaneció impassible y en silencio durante el traslado, el tipo grueso que estaba a mi lado.

Pero cuando aquellos elevados muros de pizarra gris surgieron inexorables ante nosotros, fue como si un puño gigante nos hubiera dejado a todos sin respiración. Hasta los reincidentes que ya habían estado anteriormente detrás de aquellos muros permanecían en silencio, inexpresivos. Empezaba a creerme aquellas historias que me habían contado en la prisión del condado.

El furgón atravesó tres puertas custodiadas por malencarados boqueras que portaban rifles automáticos con mira telescópica. Tres módulos de celdas color gris ataúd se alzaban como mudas plañideras bajo un borrascoso cielo sin sol. Por primera vez en mi vida sentí el miedo puro y duro.

El negro gordo sentado junto a mí había sido compañero mío de la escuela secundaria. En aquella época era miembro activo de la Iglesia Evangelista.

Nunca llegué a entablar amistad con él en aquella época porque sólo parecía mostrar interés por la Iglesia y por la Biblia. Ni fumaba, ni decía tacos, ni acosaba a las tías, ni apostaba en el juego. Había sido lo que se dice un pureta de cuidado.

Se llamaba Oscar. Aparentemente seguía siendo igual de pureta, puesto que permanecía con los ojos cerrados, murmurando suavemente para sí oraciones de las que me llegaban fragmentos.

Las oraciones de Oscar se interrumpieron bruscamente con el chirrido de los frenos del furgón al aparcar frente a la garita de control y desinfección del penal. Salimos a trompicones y nos pusimos en hilera para que nos quitaran las esposas. Dos boqueras a cada extremo de la línea empezaron a soltárnoslas.

A medida que se aproximaban al centro de la hilera, iban acallando los murmullos de los hombres. Le iban diciendo a cada uno: «¡Cierra el pico! ¡Silencio! ¡Ni una palabra!».

Oscar se estremecía y temblaba delante de mí cuando nos dirigimos en fila india hacia una sala muy iluminada y de techos altos. Un mostrador rústico de pino se extendía a lo largo de siete metros sobre un suelo de baldosas verdes y grises, tan limpio que incluso se podría comer en él. Esto era parte de la reluciente e impoluta piel de la manzana, podrida y asquerosa por dentro.

A medida que pasábamos frente a ellos, los internos de rostro blanqueado que estaban al otro lado del mostrador calculando nuestras tallas, nos iban entregando piezas desteñidas del uniforme, desde la gorra a las botas.

Entramos con nuestros fardos en una amplia sala. Un boquera alto y silencioso, deslumbrante, uniformado de azul marino con botones de latón y bonitos bordados, esgrimía su bastón relleno de plomo a través del aire como una espada parlante, indicando el largo banquillo donde teníamos que depositar nuestros fardos y desvestirnos para un registro a fondo y también para un breve reconocimiento médico a cargo del carnicero de la cárcel, que estaba sentado tras una mesa de acero abollada al fondo de la habitación.

Finalmente todos fuimos reconocidos por el matasanos y duchados. El boquera de adornos dorados levantó su elocuente bastón. Éste indicaba salir por la puerta, girar a

la izquierda y seguir todo recto. Dos boqueras manchaban a nuestro lado mientras nos aproximábamos a un achaparrado bloque de arenisca, unos setenta metros más allá. ¿Tendría algo que ver ese bastón parlante con el Mudo?

Lo oí antes de verlo, un poderoso y chirriante estruendo mezclado con un gruñido sordo. Nunca había oído nada igual en mi vida. Entonces, misteriosamente, en la semioscuridad, innumerables rostros jóvenes e impertérritos parecieron oscilar en un mar de olas grises. A unos treinta metros comprendí el misterio. Cientos de internos vestidos de gris marchaban al paso desde los comedores hacia los tres bloques de celdas. Componían una visión fantasmagórica a la luz del crepúsculo, marchando silenciosos al compás como patéticos robots uniformados. El rugiente estruendo era producido por el arrastrar y pisar de sus pesadas botas penitenciarias.

Llegamos al edificio achaparrado. Allí teníamos que permanecer en cuarentena durante diez días. El pescado fresco era almacenado ahí para una revisión médica en profundidad, para ser clasificado y que después se le asignaran sus tareas, antes de incorporarse al grueso de la población reclusa.

Degusté el putrefacto sabor del corazón de aquella manzana cuando unos trenos vestidos de blanco con gorras de plato nos dieron la cena a través de una trampilla en la puerta de la celda. Consistía en sopa de cebada con un chusco de pan marrón que podría haber servido de metralla para una granada.

Era novato, así que en lugar de tragármelo de golpe, examiné detenidamente las extrañas cositas negras moteadas que flotaban en el borde. Me puse a vomitar hasta que me dieron calambres en la barriga. La cebada de la sopa estaba infestada de gusanos.

A las nueve se apagaron las luces. Más o menos cada hora, pasaba un boquera por la galería. Metía el ojo luminoso de su linterna en cada celda y escudriñaba por dentro. Me preguntaba si en esta trena sería delito capital que te pillaran flirteando con la alemanita de cinco dedos.

Abrí las orejas al escuchar a uno de los reincidentes blancos poniendo al día, susurrante, a un novato. Oscar también debía de estar escuchando puesto que había interrumpido sus oraciones en la celda de al lado.

El novato blanco estaba diciendo:

—A ver, Rocky, ¿qué demonios pasa con ese boquera de las duchas? ¿Por qué no suelta prenda el gilipollas? ¿Y lo del bastón?

El reincidente respondió:

—Ese hijo de puta está loco de remate. Se le jodió la voz hace diez años. Lleva siendo el baranda hace más de veinte, ¿y sabes cómo perdió la voz el hijoputa?

El boqui volvió de nuevo haciendo la ronda con su luz, por lo que el reincidente enmudeció.

Cuando el guardia desapareció, el otro continuó:

—Al mamón le apodaban el Megáfono hasta que su problema le dejó mudo. Dicen que los berridos del hijoputa se podían oír de una punta a otra del trullo. Es el

capitán de boqueras con más mala leche que jamás ha pasado por la trena. En los últimos veinte años se ha cargado con el bastón a un par de trenos blancos y a cuatro negratas. Odia a los morenos.

En ese momento, Oscar rezaba como un descosido. Sin duda había escuchado lo de los cuatro negros. Al novato le quedaba un cabo suelto por aclarar.

—Vale, Rocky —dijo—, salta a la vista nada más verle que es un tipo duro, pero ¿qué cojones fue lo que le dejó mudo?

—¡Ah! Corre el rumor de que trataba a su mujer y a su cachorro peor que a los trenos —dijo el veterano—. Ella debió hartarse de su mala leche, por lo que se dio boleta con la niña de un tiro en la cabeza. La nena sólo tenía dos años. La mujer le dejó una nota que decía: «No aguanto más tus gritos. Adiós». Un lavacerebros de aquí explicó que al matarse la tía, al boqueras se le comió la voz.

Permanecí tumbado, dándole vueltas a lo que el treno había contado. Pensaba en Oscar, en si acabaría su condena o si se lo devolverían a sus padres en una caja de pino, o peor aún, que los loqueros se lo llevaran a la granja.

A Oscar le había metido un año el mismo juez que me empujó a mí. Pobre Oscar, el infeliz había empezado a salir con una irlandesa tullida de diecisiete años.

Fueron sorprendidos por un amigo íntimo de la familia de la chica metiéndose mano en «el asiento de los mancos» de un cine de barrio. Se lo soltó a sus padres y éstos telefonaron a los padres de la chica. Eran irlandeses, de mal carácter y con prejuicios.

Interrogaron a fondo a la chica y confesó que de hecho aquel negro, el bueno de Oscar, había allanado el valle prohibido. Le cargaron estupro y, naturalmente, lo admitieron, así que el bueno de Oscar estaba aquí y era mi vecino de al lado.

Me di un manotazo en donde me picaba el muslo y aparté la sábana. ¡Cielo santo! Cómo las odiaba. Acababa de machacar a una chinche del colchón, pero tan sólo se trataba de una exploradora. Una hora después, cuando el reflector me despertó de golpe, un regimiento de ellas desfilaba por las paredes.

Estuve echado hasta la mañana con los ojos como platos. El interior de aquella reluciente manzana sin duda era otra cosa.

A los diez días, una vez pasados todos los reconocimientos, los peces fuimos trasvasados del tanque de cuarentena al despacho del alcaide. Cuando me llegó el turno, me levanté del banquillo alargado que había en el pasillo fuera de su despacho y entré. Mis rodillas boxeaban entre ellas cuando me planté frente a él.

Era un enorme toro blanco de crin plateada, un dios profano, con dos diminutas brasas negras incrustadas profundamente en las cuencas de los ojos.

—Bueno, sambo —me dijo—, sin duda has metido el cuevo hasta el culo, ¿no te parece? Verás, para que me entiendas, no es que te hayamos llamado, sino que tú has venido. Estamos aquí para castigar a los listillos hijos de puta como tú, así que si andas jodiendo por ahí, te pueden pasar dos cosas a cual peor. Tenemos un agujero en el que enterramos a los capullos duros, una celda vacía y sin luz a siete metros bajo

tierra, a base de dos lonchas de pan y un cuenco de agua al día. O, como alternativa, puedes salir por la puerta norte en una caja. Así que empóllate este libro de normas. Ahora saca tu mugriento culo negro de mi vista.

La única cosa que dije antes de desaparecer de allí fue: «Sí, señor, sí, jefe», sonriendo como un sospechoso de violación en Mississippi al que la turba de linchadores ha decidido liberar.

Fue inteligente por mi parte hacerme el Tío Tom con él. Uno de los reincidentes más arrogantes fue a parar al agujero por mirarle con descaro. El cargo fue de «insubordinación visual».

A Oscar y a mí nos asignaron vivir y trabajar en el Bloque B, totalmente negro, el único sin aseos. Había unos cubos en las celdas que sacábamos todas las mañanas y vaciábamos detrás del bloque en una pileta por la que corría agua.

En mi vida había oído un tufo peor que el de ese bloque en una noche calurosa, salvo el que emana una yonqui enferma.

Aquello era penoso de verdad, un desafío terrible para la mente. La lucha se centraba principalmente en evitar problemas con el Mudo y en mantenerse fuera de su vista. Andaba de puntillas y era capaz de leer en el coco de cualquier treno. Era aterrador llevar tan siquiera una loncha de pan de extranjis escondida en el pecho y que de repente surgiera el Mudo de la nada.

Éste no se andaba con prospectos informativos que explicasen el lenguaje de su bastón. Si malinterpretabas lo que decía, el Mudo te estampaba en el cráneo la pesada caña del bastón.

Cuando ya me había comido seis meses llegó un joven preso negro, ah que habían trasladado desde la cárcel principal, que me trajo un mensaje de Party.

Me decía que aún éramos socios y que yo seguía siendo su caballo aunque no hubiera ganado ninguna carrera.

Me gustó saber que me perdonaba por haberme comportado como un gallina con el Balón, allá en el callejón.

El Mudo odiaba a todo el mundo. Por Oscar sentía algo mucho más horrible.

No sé si es que el Mudo también odiaba a Dios, y con lo religioso que era Oscar, concentró todo su odio hacia él como si éste fuera una diana viviente.

Oscar y yo compartíamos una celda de dos literas. Te helaba la sangre levantar la vista de un libro y ver que el Mudo en lugar de estar en su casa como debiera, estaba ahí fuera, inmóvil en la pasarela, mirando a Oscar leyendo la Biblia en su litera. Cuando estaba seguro de que los verdes, fríos y luminosos ojos habían desaparecido en la noche, bromeaba:

—Oscar, hermano, te quiero mucho. ¿Aceptarías el consejo de un amigo? Te lo digo, colega, al Mudo se le está yendo la olla de tanto verte leer la Biblia. Colega, por tu propio bien, ¿por qué demonios no dejas de leer esa Biblia?

Aquel gilipollas cabezota no dejaba de leer, ni siquiera se percataba de las visitas del Mudo.

Me decía:

—Sé que eres mi amigo y aprecio tu consejo, pero no puedo seguirlo. No te preocupes por mí. Jesús me protegerá.

Mamá me escribía una vez a la semana por lo menos. Me visitaba cada mes. En su última visita, sin pretender preocuparla, le sugerí que sería una buena idea poner una conferencia al alcaide una vez por semana sólo para que él viera que alguien ahí afuera me quería y se preocupaba por mi salud.

Tenía buen aspecto y había ahorrado dinero. Acababa de abrir un salón de belleza. Cuando me presenté a la vista para la condicional, me contó que estaba segura de que un amigo suyo me iba a dar trabajo. Por la noche, después de sus visitas, permanecía en vela recapacitando mentalmente sobre nuestras tristes vidas. Era capaz incluso de recordar cada lunar y arruga del rostro de Henry.

Una noche, después de una de sus visitas, por el altavoz del muro de la galería atronaba «Primavera en las Rocosas». Traté de ocultar mi llanto en secreto a Oscar, pero me oyó. Me indicó un capítulo de la Biblia para que lo leyera, pero con el Mudo merodeando no estaba dispuesto a cometer semejante estupidez.

El Mudo se la pegó a Cristo y empapeló a Oscar. Casi habíamos acabado de fregar el patio cuando el repartidor de la galería me trajo dos salchichas de la cocina, de parte de un colega.

Le pasé una a Oscar. Se la escondió bajo la camisa. Apoyé la fregona contra la pared y me colé en una celda vacía para zamparme la mía.

Habíamos terminado de fregar y estábamos en el cuarto de limpieza dejando nuestros cubos y fregonas. Oscar roía despacio su salchicha como si estuviera a salvo en la Última Cena.

Vi la gigantesca sombra pegándose contra la pared próxima al cuarto de limpieza. Eché un vistazo de reojo por la mirilla de mis párpados. El universo daba vueltas.

Era el Mudo. Había visto el trozo de salchicha en la mano de Oscar. Los ojos verdes del Mudo titilaban.

La caña mortífera segó el aire y arrancó una rebanada de cabello y carne sanguinolenta del lado de la cabeza de Oscar.

Un coágulo escarlata colgaba de un finísimo hilo de carne que pendía como un espantoso zarcillo junto al lóbulo de su oreja. Los ojos de Oscar se entornaron hacia la trasera de su cabeza mientras gemía derrumbándose en el suelo. La sangre brotaba a borbotones del gris pálido de su herida.

El Mudo se limitó a contemplar la sangría desde arriba. Los ojos verdes parpadeaban excitados. Durante los ocho meses que estuve encontrándomelo a diario nunca le había visto sonreír. Ahora sonreía como si estuviera ante dos tiernos gatitos jugueteando. Me agaché para ayudar a Oscar. Sentí leves soplos de aire junto a la mejilla. El bastón estaba gritando. El Mudo lo agitaba detrás de mi cabeza. Esa cosa gritaba:

—¡Apártate!

Me aparté. Tumbado en la celda, me preguntaba si el Mudo tendría segundas intenciones y vendría a por mí. Se oían las voces de los enfermeros del hospital que se llevaban a Oscar por el patio.

Recordaba la fuerza asesina del bastonazo que le había arreado el Mudo. Recordaba aquella cara de satisfacción. Supe por las cañerías del trullo que era de Alabama. Entonces me enteré de que no había sido la Biblia de Oscar lo que le tocaba los cojones. El Mudo sabía lo de la niña irlandesa tullida.

Al salir del hospital mandaron a Oscar al agujero quince días. Los cargos eran «posesión de comida de estraperlo» y «agresión física a un funcionario». Yo estaba allí y la única agresión por parte de Oscar fue la resistencia natural de su carne y su hueso contra el bastón de acero.

El tribunal de apelación se reunía en el penal todos los meses para considerar remisiones. Todos los trenos, una vez habían cumplido cierto número de meses de su «mínima», se ponían a soñar con la calle y la pronta concesión de la condicional.

Oscar en el hoyo y yo echándole de menos. A pesar de ser pureta, también era un tipo irónico en cantidad. Llegaron algunos trenos algo mayores que yo, trasladados desde el gran trullo. Se pavoneaban de ser macarras.

Cuando hacía mal tiempo y no nos dejaban salir al patio, solía sentarme con ellos en una mesa de la galería. No hablaba mucho. Casi siempre escuchaba. Me encantaban los faroles que se tiraban sobre su habilidad para el chuleo. No decían más que chorradas, pero yo les robaba todas las que podía para usarlas cuando saliera.

Después volvía a la celda muy animado. Me ponía a fingir como si tuviera una puta delante de mí. Allí me tiraba horas chuleando a tope. No tenía ni idea de que la mierda que ensayaba no valía un carajo en la calle.

Oscar salió del agujero y le metieron en una celda de aislamiento en la planta superior del bloque. Como no le vi entrar, me cogió desprevenido cuando tuve una oportunidad para subir a verle.

Llegué a la celda con su número insertado en una rendija. Un tío escuálido meaba en el cubo de espaldas a mí. No paraba de reír. Comprobé de nuevo el número de la rendija. Era el número de Oscar.

Golpeé con la llave del cuarto de limpieza a través de los barrotes de la celda. Aquel esqueleto se volvió hacia mí de un salto. Sus ojos miraban salvajes y perdidos. Era Oscar. Sólo podía estar seguro por la cicatriz blanca y atroz en el costado de su cabeza.

No parecía recordarme, así que le dije:

—¿Qué pasa colega? Sabía que no podrían aplastar a un pisafuerte.

Se quedó ahí parado con el canario asomándole por la bragueta abierta.

—Tío, vas a resfriar a toda tu descendencia si dejas eso al fresco —le dije.

Ignoró mis palabras y entonces, desde lo más profundo de su garganta, surgió una especie de sonido agudo y espectral, una mezcla de bufido y lamento, algo así como

la llamada nupcial del hombre lobo. Empezaba a preocuparme.

Ahí quieto trataba de elucubrar algo que decir para llegar hasta él. No habían pasado ni dos horas desde que salió del agujero. Quizás algún tornillo suelto volviera a su sitio.

Me di cuenta de que lo habían destruido del todo cuando me lanzó una mirada furtiva y se alejó al fondo de la celda. Cogió el cubo del suelo y metió dentro la mano.

Sacó el puño lleno de mierda. Se quitó la mierda de la mano derecha con la palma rígida de la izquierda.

Usando la palma izquierda como una especie de paleta, hurgó en la mierda con el índice derecho y se puso a pintar con él en la pared de la celda.

Me quedé ahí pasmado de espanto. Finalmente paró, se puso firme, me saludó a lo militar sacando pecho con orgullo y señaló con el dedo lleno de mierda su arte en la pared.

Tenía una estúpida expresión de triunfo en la cara, como si acabara de terminar la cúpula de la Capilla Sixtina.

Pasé de él. Bajé para informar al boquera.

Al día siguiente embarcaron a Oscar rumbo a la casa de las chivas, donde puede que aún esté hoy, después de treinta años.

El tiempo se me pasó volando tras el octavo mes. Salí con la condicional y ya solo me quedaba esperar la cartilla rosa. La blanca significaba denegación y que se postergaba la fecha para un nuevo recurso.

Vi cómo el repartidor del correo la echaba por entre los barrotes de mi celda. Di un brinco y recogí el pequeño sobre marrón. Las manos me temblaban tanto que me costó unos segundos poder abrirlo. ¡Era rosa! Golpeé con mis puños la pared de acero de mi celda. Estaba tan contento que ni me hacía daño.

Me vistieron con un traje barato de tela a cuadros. No me habría importado salir de aquella cueva a presión ni embadurnado de alquitrán y con plumas. Pero antes de salir tenía que enfrentarme al toro.

Cuando entré en su despacho me dijo:

—Bueno, Bola de Nieve, se ve que tienes una buena pata de conejo. Hasta luego, ya te veré en un par de semanas.

Aún no estaba fuera, así que al salir le brindé la misma sonrisa de Tío Tom que cuando entré.

Cuando llegué fuera el aire fresco fue como una explosión de oxígeno. Me mareé. Me volví para mirar a la trena. El Mudo estaba en la ventana de la capilla observándome, pero por esta vez el bastón de acero no dijo nada.

3. UN VIAJE SALOBRE CON PEPPER

Nada más volver a Milwaukee me presenté ante mi asistente social, un tal señor Rand, me parece. Después de responder a miles de preguntas y rellenar una montaña de papeles, me hizo un test de inteligencia. Cuando dedujo mi cociente, los ojos azules se le abrieron como platos.

No podía comprender cómo un muchacho con 165 de cociente podía hacer algo tan estúpido como traficar en las aceras con el culo de una chica.

Si ese test de inteligencia se hubiera basado en las teorías chapuceras del chuleo y la rufianesca que había aprendido en el trullo, en aquella mesa con los chulos de temporada y que ahora me rondaban la cabeza dispuesto a llevarlas a cabo, mi cociente habría dado cero.

Tenía dieciocho tacos, medía uno ochenta y seis, era esbelto, tierno y estúpido. Mis ojos pardos eran profundos, soñadores. Tenía los hombros anchos y la cintura tan estrecha como la de una chavalita.

Fijo que iba a ser un rompecorazones. Todo lo que necesitaba era la ropa y la fulana.

El pequeño y lucrativo salón de belleza de mamá estaba en la avenida principal. Supongo que la pobre debía de estar condenada a ser, sin quererlo, la artífice de mis desastres.

Empecé a trabajar como repartidor en la tienda de un amigo de mamá que me había colocado para hacer viable mi libertad condicional con un contrato de trabajo.

Como si fuera cosa del destino, el salón de mamá y la tienda estaban en el mismo edificio. Mamá y yo vivíamos en un apartamento encima de los almacenes.

Un día que estaba en la acera, unos tres meses después de estar bajo la condicional, mamá me llamó. Quería presentarme a una de sus clientas, a la que estaba arqueando las cejas. Pasé a través de las fragancias aromáticas que emanaban las tenacillas calientes al tirar de los cabellos rizados de varias clientas hasta el fondo de la tienda.

Allí estaba ella, despampanante como un árbol de Navidad, sentada de espaldas a mí frente al espejo de un tocador. Mamá dejó de depilarle las cejas para presentarnos:

—Señorita Ibbetts, éste es mi hijo Bobby.

Me miró a través del espejo, como un gato amarillo hipnotizando a un pájaro, sentada inmóvil, con ojos verdes y seductores.

Su voz aterciopelada y ronroneante onduló hacia mí:

—Oh, Bobby, he oído hablar tanto de ti. Es tan emocionante conocerte, pero, por favor, llámame Pepper, todo el mundo lo hace.

No sé qué fue lo que me puso más cachondo en ese momento, si su sensualidad descarnada o aquellas piedras brillantes de sus alargados dedos, que saltaba a la vista no eran precisamente de Kresges. Mascullé algo acerca de que tenía que volver a la tienda a trabajar y que ya la vería por ahí.

Más tarde la vi montando en su llamativo Cadillac descapotable, con el vestido de seda blanca deslizándose hacia arriba, mostrando el brillo satinado de sus muslos color amarillo plátano. Al salir disparada del aparcamiento dio la vuelta deliberadamente y me dedicó una dosis total de aquellos ardientes ojos verdes. Estaba firmando nuestro contrato.

Pregunté por ahí para averiguar su historial. Tenía veinticinco tacos, había ejercido de puta trabajando en los garitos más chics de la Costa Este. Un adinerado perista blanco aficionado al juego había sido su cliente allí y le había dado tan fuerte por ella que la redimió delatando a su chulo, al que le cayeron cinco años.

Tres días más tarde, media hora antes del cierre, llegó un pedido de una caja de licor de whisky Mumms. La dirección correspondía a la zona alta residencial, a kilómetros de la tienda.

Fui en bicicleta. Abrió la puerta vestida únicamente con unas braguitas de encaje blanco. Se me puso tiesa y dura al instante.

Era un apartamento fabuloso, iluminado tenuemente en azul. Su chorbo no iba a volver hasta dentro de una semana.

Para ella yo sólo era un capullo imberbe, no era de su cuerda, pero una de mis mejores cualidades fue siempre mi mente despierta. Aquella puta libertina me embaucó y me empujó a practicar todos los capítulos del libro del sexo y un montón de cosas que ni siquiera habían sido escritas.

Menuda diversión para una perra como ella pervertir a un tonto tan tierno como yo. Era una institutriz de la hostia y no veas cómo se lo hacía. Si Pepper hubiera vivido en la vieja ciudad bíblica de Sodoma, los ciudadanos la habrían lapidado.

Mordisqueó y succionó la comezón de cientos de cardenales extendidos por cada centímetro cuadrado de mi cuerpo. Como dice el viejo dicho, un intercambio justo no es ningún robo.

Me costó una semana quitarme del pelo el olor de sus meados. Fijo que la habían chuleado con mano dura allá en el Este. Odiaba a los hombres y se vengaba conmigo.

Me enseñó a esnifar perica y casi siempre que iba a su apartamento, me encontraba con unas radiantes líneas de cocaína cristalizada sobre el vidrio de la mesa de los cócteles.

La esnifábamos con unos tubos de alabastro y después, en aquel dormitorio atestado de espejos, practicábamos el circo del amor hasta acabar con los nervios hechos cisco.

Pepper y aquella cocaína pura habrían pervertido hasta a un monje cartujo. Ella sí que me metió por la vía rápida.

Yo no sabía por entonces que al final del trayecto se encontraba la tétrica

penitenciaria del estado.

Todavía estaba verde, por lo que era aún más manejable, cosa que Pepper sabía muy bien. Se trataba de una ex puta curtida que se sabía todos los trucos y pirulas, manejaba un taco de pasta y no me soltaba ni un cobre.

El esplendor de nuestras orgías se desvanecía para mí; sin embargo, Pepper flipaba cada vez más con las técnicas que me había enseñado. Me conocía perfectamente todos los mecanismos para ponerla a cien y su chucho la ponía cada vez más y más cachonda.

Natural, me la estaba trajinando por la cara, mientras que aquellos chulos del Este le habían exprimido una fortuna.

Una noche, intenté que me pasara cien pavos para comprarme un traje. Sabía que me había portado muy bien en la cama. La calentura casi le hace subirse por las paredes.

—Nena —le dije—, he visto en el centro un terno rompedor por un billete. Si me pasas la pasta, me lo compro mañana mismo.

Achinó sus ojos verdes y se rió en mi cara diciéndome:

—Mira, cachorrito, yo no paso dinero a los hombres. Lo tomo de ellos; además, por muy dulce que seas para este coñito, no necesitas ningún traje. Me gustas tal como eres, sin nada de ropa.

Sabía que estaba hecho un panoli, pero pegarme aquel corte y negarme los cien pavos me sonó a putada vil y, como también era rencoroso, reaccioné como cualquier estúpido aspirante a chulo al que de pronto le hacen el Georgia.

Lo eché todo a perder. Y todo por ir con la polla por delante en lugar de hacerlo con el puño.

Me agaché y le metí un guantazo en la cara. Sonó como un disparo. Al pegarle me dio un subidón. Tenía que haberle atizado con un bate de béisbol.

La perra se irguió en la cama como una cobra amarilla dispuesta a morder, me enganchó con los brazos por la cintura hincándome en el ombligo sus dientes afilados como cuchillas.

La impresión me paralizó. Caí de espaldas sobre la cama aullando de dolor. Sentía la sangre manando de la herida hacia los huevos, pero era incapaz de hablar, incapaz de moverme.

Pepper era una mujer perversa y retorcida de verdad. Ahora respiraba con fuerza, pero sin rabia. La violencia y la sangre la habían puesto cachonda de nuevo.

Me acarició suavemente al tiempo que su lengua lamía con suma delicadeza la herida supurante de mi barriga. Nunca había sido tan tierna y eficiente como ahora, llevándome por un hermoso viaje alrededor del universo.

Lo gracioso era que aquel dolor espantoso y palpitante de alguna manera formaba parte, junto con las delicias de su delicada lengua, de la emoción de lo que Pepper me estaba haciendo.

Supongo que Freud estaba en lo cierto. Si te gusta hacer daño, también te lo

pasarás chachi padeciéndolo.

Cuando dejé a Pepper estaba hecho polvo. Me sentía viejo. Tenía el ánimo tan desolado y sombrío como el gris amanecer por el que pedaleaba.

Cuando llegué a casa y me miré al espejo, una calavera me devolvió la mirada. Sin duda, aquella zorra vampira me estaba chupando la sangre y la vida. También me daba cuenta de que aquellos cristales de cocaína no eran precisamente un tónico para la salud.

Pepper iba muy deprisa, demasiado espabilada para mí. O me ponía a su altura o tendría que pasar de ella.

Le juré solemnemente al esqueleto del espejo que antes de que pasara una semana, contactaría como fuese con Weeping Mínimo, un chulo de unos cincuenta y cinco tacos que, aunque bestia, era el chulo más indicado de la ciudad para ponerme al día y decirme cómo ponerle a Pepper una argolla en la nariz.

Le había conocido en el bar de Jimmy, antes de que me trincaran. Por aquel entonces ya tenía muy mal aspecto y ahora, menos de un año y medio después, parecía un cadáver viviente.

El caballo era su jinete. Empezó tonteando y acabó enganchado. Cuando le encontré aquel viernes, era casi medianoche.

Me miró y chasqueó la lengua contra el cielo de la boca. Ya sabes, ese sonido travieso y divertido que hacen los niños justo antes de meterte una aguja de hacer punto hasta el tímpano.

Me dijo:

—Vaya, vaya, que le besen el culo a mi madre muerta si no es Youngblood el macarra, la mascota de las putas y el terror de los chuloputas.

Ese yonqui hijoputa se estaba quedando conmigo, pinchándome con menosprecio y desdén. Los chulos tarras siempre saben cuándo un joven aspirante a chulo viene buscando consejo a la desesperada.

Después de todo, se acuerdan de cuando empezaron y de lo putas que las pasaban sólo para saber las preguntas del millón. Las respuestas venían despacio, a base de probar y fallar hasta caerse el alma a los pies de tanto lamerle el culo a los pocos que se conocían el percal, los que chuleaban siguiendo el libro al pie de la letra.

Hasta el más espabilado de los chulos podría tirarse un millón de años sin acariciar las respuestas.

Weeping Mínimo era perro viejo, ya había pasado revista a las preguntas y encontrado algunas de las respuestas; el caso es que sabía mil veces más que yo. Así que traté de contenerme, no se me podía notar el cabreo. Si me lo notaba, pasaría de mí.

Estábamos bajo la marquesina de una tienda abandonada. Me hizo una señal con un movimiento de cabeza y le seguí hasta un Buick enorme y descascarillado.

Lo tenía aparcado en el cruce de un barrio de puterío barato.

Cuando nos metimos en el Buick entendí por qué estaba aparcado allí. Podía

echarle el ojo y tener bajo control a todo su establo de putas famélicas y toxicómanas que currelaban en las cuatro esquinas del cruce.

Se sentó al volante mirando al frente sin decir nada. Tuve que hacerle la pelota más de media hora hasta que por fin empezó a soltar prenda. Pensé en la pizca de cocaína que tenía bajo el empuje del zapato envuelta en papel de estaño, se la había sisado a Pepper. La saqué y la puse en mi mano. A lo mejor la cocaína le soltaba la lengua.

Me volví hacia él y le dije:

—Weeping, ¿quieres un tirito de perica?

Se enderezó como si le hubieran recorrido la espalda con un cuchillo de carnicero. Miró la bolita de papel de estaño en la palma de mi mano, la cogió de mala manera y tal cual la arrojó por la ventanilla.

Echaba humo, gritó:

—Negro de mierda, ¿es que has perdido la chaveta o es que quieres volver al trullo y encima quemarme el coche?

Le dije:

—¿Qué es lo que he hecho mal? Sólo te he ofrecido un poco de coca por cortesía. ¿Qué hay de malo en ello?

Y me dijo:

—Gilipollas, es de perogrullo que la pólvora no se enseña en la mano, se guarda en el puño para aligerarla rápido al suelo. Además, estás con la condicional. ¡Estás pringao! ¿Qué coño haces pringándome el carro? Gilipollas, hay una ley por la que te confiscan el carro si te ligan con mercancía dentro. Si la bofia te hubiera trincado, fijo que la habrías soltado aquí. No lleses nunca nada encima. Cuando se está en un sitio, se deja el material en la rúa, cerca, hasta que te vuelvas a mover. Es mejor perder el material que perder la libertad. Y, ahora, ¿qué cojones te ha hecho sacar la cabeza del culo de Pepper para venir a verme?

¡Ah! Cómo me fastidiaba ese yonqui de los cojones. Yo seguía ahí sentado tratando de pensar en preguntas para sonsacarle y perder de vista su jeta lo antes posible. Parecía un mandril desteñido. Su aliento apestaba como si acabara de comerse un tazón de gusanos.

Le dije:

—Weeping, Pepper no me interesa. Es demasiado chic y espabilada para mí. He venido a verte porque todos saben que te lo montas bien. Quiero que me pongas al día para poder sacarle a la que te he dicho un poco de viruta.

Al mandril le molo ese plátano. Lo había dejado a punto para rajarse del juego del chulo. Dijo:

—Los mamones del infierno quieren agua helada, pero ya es tarde para ellos. Nunca van a tener agua helada. Tal como empiezas con una zorra, tal acabas. Puedes darle duro a una zorra y luego encoñarte como un baboso y entonces perderla, pero no hay tu tía de que puedas hacértelo con Pepper después de haber hecho el baboso

con ella. Olvídala y búscate una puta fresca.

—¿Quieres decir que no hay forma de sacarle pasta? —le pregunté.

—No te he dicho eso. He dicho que no puedes chulearle la pasta. Un semental listo y con sangre fría siempre encuentra la forma de levantarle la guita a cualquier tía.

Le dije entonces:

—No es que sea muy listo, pero pienso que podría tener la sangre fría suficiente como para jugársela a esa zorra guarra de Pepper. Weeping, tú eres el listo. Dame una pista y ponme a prueba. Repartiré la pasta a pachas contigo.

No me había dado cuenta de que se había puesto a llover. Weeping tuvo que cerrar la ventanilla de su lado de lo fuerte que caía. Acababa de cerrarla y ya iba a responderme cuando empezó a sonar un fuerte repiqueteo en el cristal. Era una de sus putas.

El seguro de la puerta estaba echado. A través de la ventanilla cerrada, ella dijo a voces:

—¡Anda, papi, ábreme la puerta! Tengo los pies encharcados. Esta noche no hay movimiento, además tengo a los monos encima. Los de antivicio no me quitan ojo. Es el Costello. Ya me ha dado el toque de que o salgo de la calle o me echa el guante. Anda, por favor, ábreme la puerta.

Weeping iba de gorila duro de pelar. Estuvo allí sentado un buen rato. Su cara de mono estaba rígida, como una roca. Abrió un poco la ventanilla, la lluvia castigaba a su fulana. Ella metió por ahí la nariz.

Sin moverse hacia la ventanilla, tieso en el asiento del conductor, aulló:

—Putas asquerosa, haz que haya movimiento. Si eres puta es de suponer que estás fichada. Deja que Costello te eche el guante. No puede detenerte si no te pilla con un cliente. Puta gallina y estúpida, ¿por qué crees que llevo este montón de pasta para fianzas en el bolsillo de atrás? Ahora venga, a trabajar. No te preocupes por la lluvia. Anda y paséate entre las gotas de lluvia, zorra.

Cerró de golpe la ventanilla.

A ella se le puso cara de cabreo a través del cristal empañado. En la penumbra, sus dientes podridos por la droga parecían colmillos afilados cuando arrimó la cara contra el cristal.

Se puso a chillar:

—Acabas de perder una chica. Tenías cuatro, ahora sólo te quedan tres. Paso de ti, Mínimo.

Weeping bajó la ventanilla sacando la cabeza fuera mientras ella se alejaba. Ahora sí que era un gorila, chillando a su vez:

—Zorra, ¿qué te ya a que no me plantas? Pienso recuperar todo el jaco que te has metido a mi costa. Zorra apestosa, ya sabes que si te largas te encontraré, te hundiré un cuchillo en ese culo de mierda y te abriré en canal hasta el esternón.

Yo me preguntaba si la habría perdido. Me leyó el pensamiento:

—No irá a ninguna parte, mira esto.

Arrancó el motor y puso en marcha el limpiaparabrisas para que pudiéramos ver la calle. Allí estaba ella, bajo la lluvia, silbando y saludando a los coches que pasaban.

Apagó el motor y dijo:

—Esa zorra sabe que no estoy de coña. Ya irá sacando pasta para mí a lo largo de la madrugada. Y ahora a ver, Young Blood, hablemos de Pepper. No sabes nada de ella. No hace mucho que has salido del trullo. Me caes bien, así que mi consejo es el mismo que te di al principio. Olvídala. Busca por otro lado.

Lo que dijo acerca de que yo no sabía nada de ella me picó la curiosidad:

—Mira, Weeping, sé que te caigo bien; si es así, háblame de Pepper.

—¿Sabías que el pichón blanco de Pepper es el baranda capitalista que hay detrás de la lotería ilegal más importante de la ciudad?

Le respondí:

—No, ¿pero acaso no mola que su chorbo esté forrado? ¿Para qué pasar de Pepper si está montada en el dólar? Si me dieras una pista, yo podría levantarle alguna pasta de esa lotería.

—Mira, Blood, tranquilo. Aún no he terminado. Pepper es una tía muy chungu. No eres el único semental con quien se lo hace. Podría nombrarte a una media docena que se la montan. El más peligroso es Dalanski, el detective. Está muy colado por ella. Pobre de ti, Blood, si se entera alguna vez que has estado revoleándote con ella.

El parte me impresionó. Había creído como un mamón que yo era el único juguete de su vida amorosa. Me sentía un niño cretino.

—¿Estás seguro de que hay tantos sementales montándose?

—Puede que más —respondió.

Me dolía la barriga y mucho más la cabeza. Me sentía fatal. Mascullé:

—Gracias por el consejo y por el parte, Weeping.

Salí del Buick y me fui a casa bajo la lluvia. Cuando llegué eran las tres y media y mamá estaba enfadada, preocupada, tirándose de los pelos. Tenía razón, claro. Llegando después de las once de la noche estaba violando la condicional.

Salía de la tienda para llevar un pedido cuando me di de bruces con él. Era el viejo Party el Juergas.

Durante el año que se comió dentro a causa nuestra, se había echado una novia por correo.

Ella le pagó el billete de tren. Cumplió su condena, se fue a conocerla y levantaron un hogar.

Al poco tiempo ella murió. La casa pasó a manos de unos parientes que le botaron de allí. A pesar de cinco condenas, todavía albergaba una inspiración delirante. Le apreciaba, pero no tanto como para volver a meterme en líos con él. Sólo llevaba

fuera cuatro meses y medio. Me lo tomé con calma haciéndomelo con él de suave.

Hacía una semana que no me acercaba a Pepper. Había llamado a la tienda un par de veces antes del cierre. Hacía ruidos de chupar y lamer para que me fuera con ella. Me inventé unas cuantas excusas y lo dejamos para otra vez. De pronto me pregunté por qué era yo tan importante, dado que ella servía de desagüe para toda aquella cuadrilla que se la estaba tirando.

El día antes de que Weeping me hiciera la propuesta, Dalanski, el chapa, entró en la tienda a por cigarrillos y me echó una mirada a fondo.

Caminaba hacia casa. Era mi día libre, un sábado por la noche alrededor de las nueve. Había visto una película de presos. Un dramón de la hostia. Un julái novato va a dar un palo. Le sale mal y lo meten para dentro. Se hace un montón de enemigos mientras cumple la condena, que es larga. Cuando sale, pasa un cochazo negro, echa el freno y lo acribillan con una metralleta.

Entonces vi un coche negro tomando la curva y viniendo hacia mí. Me sonaba aquella cabeza de alfiler que iba al volante. Era Weeping.

Agitó la cabeza y abrió la puerta. Crucé y me subí. Estaba de lo más contento. Al principio pensé que era porque tenía limpio el coche.

Me dijo:

—Blood, pon una sonrisa en tu cara. El viejo Mínimo tiene buenas noticias para ti. ¿Qué tal una tajada de quinientas ranas?

—Venga, suelta el veneno y llévame al bebé —dije yo.

Y siguió:

—No estoy de coña. La cosa es pan comido. De hecho, es lo que a ti más te gusta hacer, Polla Tierna. ¿Bueno, qué, te doy el parte?

—Si me vas a decir que hay una pava dispuesta a poner cinco billetes por dejarla a gusto, venga, dilo. Por esa pasta soy capaz de tirarme a una enferma de sífilis aunque lleve muerta una semana.

Y va y me suelta:

—La pava es Pepper. Todo lo que tienes que hacer es llevártela a la cama, repasar con ella los numeritos de circo y ya está. ¿Te apuntas?

—Claro, si tengo una participación en las primeras filas —dije—, y si me cuentas para quién vamos a actuar.

Sus cejas se pusieron a bailar. Era un pavo listo. Tendría que haber salido por patas de allí.

—No —dijo—, eso no puedo decírtelo. Pero por la pasta no te preocupes, está garantizada. ¿Vale?

—Sí, pero quiero saber un poco más. Por ejemplo, ¿por qué? —pregunté.

La película que me contó iba así. Un timador de primera, de Nueva York, especializado en extorsiones, vio la ocasión de levantarle una buena saca al chorbo de Pepper.

El timador sabía que Pepper era una perra salida. También sabía que el chorbo

estaba piradito por ella.

Aunque la había conocido en una casa de putas y la había redimido, era peligrosamente celoso e impredecible si la pillase in fraganti.

El timador intuía que Pepper sería fácil de presionar si él conseguía pruebas contundentes que mostraran lo perra que realmente era.

Estaba convencido de que podría forzarla para que le ayudase en su trama y estafar al chorbo. Sólo necesitaba unas fotos nítidas y auténticas.

Su plan era sencillo. En cuanto tuviera la espada sobre la cabeza de Pepper, le obligaría a introducir números amañados en la lotería.

Había descubierto que para Pepper, dada su posición en el tinglado, eso le sería muy fácil.

El timador me apoquinaría los cinco billetes en cuanto hubiera llevado a Pepper a una cita previamente acordada.

Estaba dispuesto a todo por la pasta y loco por castigarla por la forma en que me había utilizado, tomándome el pelo.

Weeping me dijo que ya estaba tendida la trampa. Tenía que esperar a que Pepper tuviera ganas de llamarme. No podía hacerlo yo.

En cuanto llamara, tenía que quedar con ella en la cafetería de un viejo hotel que aún conservaba cierta elegancia, en la periferia de la zona de juegos recreativos de la ciudad.

Después tendría que decírselo a él. Tenía que asegurarme de que habían pasado al menos dos horas entre la llamada de ella y el momento en el que nos presentáramos en la recepción y pidiera la llave de la habitación 214. Me inscribiría como Barksdale. Aunque pasen cien años, nunca olvidaré ese nombre.

Tres días después de enterarme de cómo iba el tema de la trampa, Pepper llamó a la tienda. Eran las nueve menos cinco de la noche, cinco minutos antes del cierre. Estaba que le salían ampollas por una de nuestras juergas.

Me invitó a su casa como siempre. Le conté que tenía que poner en orden el almacén y también enviar un paquete importante de mi jefe en la oficina de correos que había en el centro.

Le pregunté si le daría tiempo a arreglarse para encontrarnos hacia las diez y media en la cafetería del hotel. Sería mejor así. Aceptó.

Llamé a Weeping. Me dijo que me las arreglara para que Pepper mirase hacia la cabecera de la cama lo más posible durante el acto.

Fui a la cafetería y me tomé un ron con cola hasta que llegó.

Casi llegué a sentir pena por ella al verla entrar por la puerta. Parecía tan inocente y tan pulcra, nada que ver con aquella yegua inmunda que jodía con todos esos jinetes hasta echar espuma por la boca.

Nos sentamos en una mesa desde la que podía ver el reloj de pared. Era Jackie la Destripadora de braguetas, pero tenía un toque tierno en su interior, si entiendes lo que te quiero decir.

Aficionada como era al espacio exterior, estaba comprobando mi disposición para lanzarme al espacio interior.

A los once en punto el señor y la señora Barksdale cogieron la llave de su cuarto. Entramos en el escenario.

Hasta Wyatt Earp se habría vuelto loco ante aquella habitación.

El saloncito estaba sobrecargado de muebles de lujo. La estructura de la cama era de latón reluciente, había unos querubines gigantes en la pared y la Biblia de Gedeón sobre la mesita de mármol del dormitorio. También había una pequeña cocina al completo, aunque no sé para qué, no habíamos venido a guisar.

Los dos querubines dorados estaban en lo alto de la pared, sobre la cama. Sus ojos eran huecos y tenían las bocas grotescamente abiertas sujetando las bombillas.

En cuanto nos metimos en la cama de latón, empezó la función.

Estaba casi seguro de que en la habitación de al lado, algún cachondo mental estaría fisgando por un agujero para ver el carnaval a través de la cuenca del ojo de uno de los querubines.

A la una y media de la madrugada me bajé del Cadillac de Pepper a unas dos manzanas del cruce de las putas de Weeping. Me sentía bien. Iba a cobrar cinco lechugones por haberme currelado una noche de placer. Era como tener licencia para robar.

Guipé la cabeza de alfiler de Weeping en su Buick. Mientras enfilaba hacia él, no dejaba de pensar en el chantajista del Este. Pensaba en esa lluvia verde que iba a caer cuando Pepper entregase aquellos números falsos. Iba cavilando cómo me las apañaría para hacerme con un puñado de billetes más.

Recibí mi paga sin problemas. Al pasarme la viruta, Weeping me miró con extrañeza.

—Tómalo con calma, Blood, tómalo con calma —me dijo.

Al día siguiente, fui al centro y me adcenté.

Eran los primeros años del Nat King Cole Trio. Esa noche estaban tocando en un baile de a dos pavos, en el Ayuntamiento.

Party y yo salimos a la terraza y nos sentamos en una mesa para contemplar el salón abarrotado. Parecíamos topos esforzándonos en abrirles un túnel a las despampanantes mulatas que teníamos en nuestros regazos. Estaban achispadas casi del todo, listas para la estocada.

Party fue el primero en verle entrar por la puerta delantera del auditorio. Me dio un toque con el codo.

Entonces, al estilo treno, susurró de medio lado:

—Dalanski, el chapa.

La cabeza del hijoputa no paraba de girar. Miraba hacia todas partes al mismo tiempo. Sentí de pronto un hormigueo punzante en mi estómago cuando sus ojos me localizaron, apuntando hacia mí. Me quedé helado, sus ojos me seguían enfilando a medida que subía las escaleras derecho hacia mí.

Fingí que le ignoraba. Se acercó por detrás de mí y se plantó ahí un buen rato. Después dejó caer la mano como un yunque sobre mi hombro.

—¡Levántate! Quiero hablar contigo —me dijo.

Me temblaban las piernas mientras hablaba con él en un estrecho recodo.

—¿Dónde estabas anoche después de las diez?

Me armé de coraje. Era fácil, pero le salí con una evasiva:

—¿Por qué?

—Oye, capullo, no te pongas estupendo —me soltó—. ¿Dónde estabas? No hace falta, yo sé dónde estabas. Andabas por la calle Crystal, de noche, robando en la casa de los señores Ibbetts. Por robo con nocturnidad te pueden caer de cinco a diez.

El coraje se me vino abajo. Frank Ibbetts era el chorbo de Pepper. Se puso a cachearme con brusquedad. Me registró los bolsillos con ambas manos. Con una sacó los trescientos dólares que me quedaban de la paga, más otros veinte en billetes nuevos. Con la otra, extrajo una extraña llave de latón.

Y me dijo:

—Hostias, vaya fajo de viruta para un puto dependiente. ¿De dónde la has sacado, y de dónde y para qué es esta llave?

—Es dinero del juego, agente. Respecto a la llave, no la he visto en mi vida.

Me agarró con fuerza como si hubiera pillado a Sutton el asesino y me condujo a través de la pista de baile hasta la puerta y a su coche.

Me arrestó y me fichó bajo sospecha de robo con nocturnidad en primer grado. También archivó la viruta y la llave como pruebas.

Mamá se presentó muy temprano a la mañana siguiente. Estuvo a punto de desmayarse por los nervios. Se apretaba el pecho a la altura del corazón. Me dijo:

—Bobby, vas a matar a tu madre. No llevas fuera ni seis meses y ya has vuelto a meterte en líos. ¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco? Tienes que rezar. Ponte de rodillas y rézale a Dios nuestro Señor.

—Mamá, no necesito rezar. Créeme, mamá, no hay nada de qué preocuparse. Yo no he robado nada en casa de Pepper. No estoy loco. Pepper les contará la verdad. Yo estaba con ella, mamá.

Entonces le vi las orejas al lobo; cuando mamá rompió a llorar, tuve el presentimiento fatal de que me la estaban metiendo con sacacorchos. Levantó la vista al cielo y balbuceó entre llantos:

—Bobby, no tienes ninguna esperanza. Vas a dejarte la juventud en las cárceles. Hijo, ¿es que no sabes que tu madre te quiere? No tienes por qué mentirme. He ido a verla de madrugada. Me ha dicho que hace una semana que no te ve. El señor Dalanski ha traído la otra llave de Pepper. La llave que había en tu bolsillo se la robaste un día que fuiste a llevarle un pedido.

Finalmente, se fue por el pasillo. Los hombros le temblaban, lamentándose.

Era una encerrona. Mi abogado de oficio fue al hotel para corroborar mi coartada. El sitio había estado a tope de gente, con mucho trajín. Ninguno de los empleados se

acordaba de Pepper ni de mí. Al menos eso es lo que decían.

El recepcionista de aquella noche era un sustituto que estaba ilocalizable. De todas formas, en el libro de registros no estaba mi firma.

Fui a juicio de cabeza. Me habían arrestado a la una de la madrugada, estando bajo la condicional, en un sitio público y delante de una botella de whisky.

Pepper parecía una postal de convento. Se había despojado de sus pinturas y sus joyas. Testificó que la llave que me habían encontrado en el bolsillo era suya y que sí, que era posible que yo la hubiera robado cuando le llevé un pedido. No, hacía más de una semana que no me veía antes de ser arrestado.

Mi abogado consiguió un cambio de tribunal. Yo estaba acojonado de volver a enfrentarme al juez que me mandó al reformatorio.

Me cayeron dos años en la prisión del estado por robo en primer grado de la cantidad de quinientos dólares. El tiempo que me quedaba de la condicional corría a la vez que el de la nueva condena.

El chorbo de Pepper estaba con ella en el tribunal. Les habían dado el soplo, pero ¿quién se lo vendió? ¿Acaso Weeping currelaba para Dalanski? ¿O es que Dalanski se había enterado de mi pastel y, sin tener ni puta idea del lío del hotel, fue y se lo largó a Pepper para sacarse algo?

¿Por qué iba a comprarlo el chorbo? ¿Es que habían sobornado a los empleados del hotel?, ¿o los habían amenazado? Si Dalanski era el cerebro, ¿tenía alguna otra razón aparte de Pepper para quitarme de en medio?

A lo mejor algún día me entero de lo que pasó realmente. Sé que si hubiera tenido mucha pasta Miss Justicia me habría sonreído, ya que ella está de parte del caballero Don Dinero.

La prisión estatal de Waupun era dura, pero de manera distinta a la del reformatorio. Aquí los trenos eran mayores. Muchos de ellos cumplían la perpetua por asesinato.

Estos trenos no tolerarían ese tipo de tiranía absurda que se practicaba en el reformatorio. Aquí la comida estaba mucho mejor. Había talleres. Un preso podía aprender un oficio si quería. Podía salir al patio durante las horas de recreo y aprender otros oficios, otras habilidades. Aquí los atracadores más aguerridos se reunían para preparar nuevos y más sensacionales golpes. Los bujarras y sus locas coqueteaban en la hierba.

Ésta era una prisión de clanes, de *vendettas* salvajes. Yo encontré mi sitio entre los chulos y estafadores de labia taimada del Medio Oeste.

Dado que era uno de los más jóvenes de la trena, tuve que dormir en una celda compartida. Era una suite del Waldorf comparada con aquellas otras angostas, infestadas de chinches y con aquellos odiosos cubos de mierda.

Fue en aquella celda compartida donde adquirí un deseo insaciable por ejercer de chulo. Era miembro de un clan que no hablaba de otra cosa más que de putas y chulos. Empecé a descubrir en mí otra astucia, otra dureza.

Trabajaba en la lavandería. Siempre tenía mi ropa limpia y fresca. En aquella lavandería conocí al primer hombre del que tomaría la sagacidad para compensar mi lado bruto.

Era un estafador al que se le estaba acabando la condena. Fue el primero que intentó enseñarme a controlar mis emociones.

A veces decía:

—Recuerda siempre, ya seas un primo o un listo en el mundo de afuera, jugarás con ventaja si eres capaz de echarle el cerrojo a tus sentimientos. Para mí la mente humana es como una pantalla de cine. Si eres un capullo distraído, te sentarás frente a la pantalla a mirar todo tipo de películas chungas que te destrozaran la mente.

»Hijo, no hay ninguna razón salvo una estupidez para que nadie proyecte sobre esa pantalla nada que le fastidie o le reste ventaja. A fin de cuentas, somos los dueños absolutos del teatro y el espectáculo que hay en nuestra cabeza. Incluso escribimos el guión. Así que escribe guiones dinámicos, positivos y quédate solamente con los que más te gusten, ya seas chulo o cura.

Su charla sobre la teoría de la pantalla me salvó la cordura muchos años más tarde. Era un tipo sabio y retorcido, pero un día que no miraba, se le apareció una película en la pantalla. El título era *Muerte de un viejo convicto*.

Murió durmiendo entre los altos muros grises. Su destino era aquel que teme cualquier preso. El miedo a palmar en una celda.

En verdad echo de menos a aquel convicto filósofo. La sabiduría que me transmitió me ayudó a salir adelante durante la condena. Me dieron la bola a los veintiún meses. Me quitaron tres por buena conducta.

Al quitármelos me sentí libre, fuerte, despierto y amargado. Se acabaron las ciudades pequeñas para mí. Iba a ir a la gran ciudad a sacarme el título de chulo.

La encerrona de Pepper me dio la respuesta para una pregunta que me tenía perplejo. ¿Por qué la Justicia siempre lleva una venda en los ojos? Ahora lo sabía. Esa puta zorra escondía el signo del dólar en los globos de los ojos.

4. EL TÍTULO DE CHULO

Cuando volvía hacia Milwaukee, a mamá y la calle, mi mente estaba enfrascada en el asunto del chuleo. En la cárcel había soñado con ello casi todas las noches. Se trataba de historietas crueles.

Eran fantásticas. Me veía a mí mismo gigantesco y omnipotente, como Dios Todopoderoso. Mi vestuario era de lo más llamativo. La ropa interior era multicolor como el arco iris y sedosa sobre mi piel.

Mis trajes estaban tejidos en oro y bordados con piedras preciosas. Mis zapatos eran de plata deslumbrante. Las puntas de éstos eran afiladas como puñales. Putas hermosas con ojos suplicantes se retorcían a mis pies. Entonces veía las enormes estacas surgiendo de la niebla del ensueño. Las caras pintarrajeadas de las putas se volvían, aterradas de espanto. Lloraban y me suplicaban que no las matase con aquellas afiladas estacas de acero.

Reía enloquecido. Las pateaba con deleite por detrás, haciendo brotar manantiales escarlata al apretarles la entrepierna contra aquellas puntas afiladas. Caían a mi alrededor como pollos agonizantes. Finalmente, sucumbían partidas por la mitad en un remolino de sangre.

Al despertar, el corazón se estremecía en mi interior. La descarga caldosa, producto de la excitación salvaje, chorreaba pegajosa entre mis muslos temblorosos.

También tenía otros sueños tremebundos en los que yo era diminuto. Un Cristo gargantuesco, en medio de un mar de luz, se erguía como una torre sobre mí. Iracundo, me miraba con los ojos cual incandescentes soles azules. Los sedosos cabellos de platino se le erizaban de furia.

Un rayo de purísima luz blanca se disparó desde la punta de su dedo índice. Señalaba a una mujer que me daba la espalda. Entonces Él me ofrecía un látigo de cuero trenzado.

Igual que el estruendo de una tormenta de verano, su voz me ordenaba: «Castiga a esa mujer malvada. Destruye al demonio que hay en ella. El Señor te lo manda».

Encantado, cogía el pesado látigo con ambas manos y azotaba con todas mis fuerzas la espalda de aquella mujer. Ella no se movía. El color escarlata se expandía por su espalda fustigada, permaneciendo de rodillas en un río de sangre.

Entonces volvía su agonizante rostro moreno hacia mí. Era mamá. Me estremecía y chillaba empapado en sudor. Era horrible. Nunca podía cortar el sueño antes del final. Su temible curso era inexorable. Los sueños sobre mamá me duraron hasta su muerte.

Un par de días después, estos sueños seguían rondándome despierto. Súbitas

flechas negras de depresión y remordimiento asaetaban la herida abierta en mi mente. Entonces, me drogaba. Los narcóticos funcionaban como una armadura contra aquellas flechas sigilosas.

Tras una semana de descanso y las comidas de mamá, recuperé la forma y el color. Un sábado por la noche me maqueé a tope con un terno y un abrigo que había comprado el día anterior al que me trincó Dalanski.

Recordaba las charlas de los chulos en la trena. Había aprendido que el primer paso que debía dar era darme prisa en pillar. Necesitaba una puta para entrar en la escena urbana. Tenía que entrar de chulo por la vía rápida.

Aún me faltaban algunos meses para cumplir veinte tacos. La cara de niño se había desvanecido. Medía uno ochenta y seis y estaba más chupado que un galgo a dieta. Fui a un tugurio, El Club 711, atestado de putas, chulos y chorizos.

Me tomé una cola al final de la barra, mirando hacia la entrada. El elefante de al lado me sonaba un poco, así que me giré y le pregunté por Weeping y por Party, Torció la cabeza. Sus ojillos se quedaron clavados en la cremallera de mi bragueta después de mirarme de arriba abajo. Se acordaba de mí. Me dijo:

—Hará un mes que al moreno de tu colega Party le cayeron sesenta meses en la cárcel del condado. Perdió el culo por uno de esos chochos prietos; tanto, que le entraba un mercancías por el ojete. Pilló a un semental chingándosela. El semental se achantó e hizo mutis. La gachí tuvo que buscarse un carnicero que le sacara del culo el zapato de Party.

Después de sacarse una pelotilla de la trompa continuó:

—El pobre Weeping la espichó fuera de un chutódromo en Saint Paul. Debió chutarse algo muy puro, porque un miranda de la rúa le oyó chamullar antes de diñarla: «Que le besen el culo a mi madre muerta si éste no es el mejor jaco que me he metido en mi vida».

El elefante volvió a meter la pezuña en su asquerosa trompa. El camarero mariquita me puso otra botella de cola sobre la barra. Levanté las cejas sorprendido.

Me dijo con tono afectado:

—Esa perra, aquel retaco de la mitad de la barra, te invita a un trago.

Sin quitar los ojos de su chupada jeta amarilla le dije:

—Anda, guapo, háblame de ella. ¿Es competente esa perra? ¿Es puta? ¿Tiene hombre?

Arqueó los labios arriba y abajo, estampando el sucio y húmedo trapo de cocina sobre mi reflejo en la barra.

Apenas susurraba:

—Esa perra no es más que una mofeta de Saint Louis. Es sólo una niña aprendiz de puta. Yo soy más puta que ella. No tiene dueño. Es una guarra salida. Desde que llegó aquí hace un mes les ha hecho el Georgia a tres chulos de pacotilla. Si te lo sabes hacer, podrías sacarle una buena guita a ese culo. No tiene más que dieciocho taquitos.

Saqué despacio un pavo del bolsillo y pagué el refresco. Antes de meter la pata, me acordé a tiempo de las lecciones de los rufianes del trullo.

—Dile a esa perra que nanay. Me ocuparé de los pequeños detalles y si es competente puede que le deje ocuparse de lo gordo del meollo. Ponle a esa perra un trago de mi cuenta.

Ella Fitzgerald se lamentaba por su «cestita amarilla» en la máquina de discos.

El mozo fue dando saltitos hasta ella con la bebida y el mensaje. Concentré la vista en el objetivo a través del espejo azul. El hueso de la rabadilla se me puso tieso. Aquellos ojazos parecían dos gogós bailando en la noche aterciopelada de su carita de pequinesa.

La fiebre de dinero fácil me subió de pronto. Pensaba que, si pudiera pillarla y llegar a un acuerdo con ella, sería veneno para el bolsillo de cualquier primo blanco que se la ensartara.

Esos chulos de la trena sí que sabían de putología. Afortunadamente, había tenido las orejas bien abiertas en aquellas charlas.

«Si a una puta la acosas, harás el capullo y un mal negocio. Si a una puta la acechas, harás un buen negocio y entonces serás un chulo». Eso decían.

El haber pasado de su burda invitación la puso de los nervios. Era como un anzuelo afilado retorciéndose en la mente de aquella guarra. La lengua viscosa se disparó como un lagarto rojo entre sus dientes de marfil, deslizándose a todo lo ancho de los labios. Se contoneó hacia mí compitiendo en una carrera desigual con el camarero. Éste dejó el refresco verde entre el elefante y yo.

Escuché la trompa del elefante barritar de excitación. Había estado hurgando con la vista en las peras impecables y en aquel culo de gourmet que se bamboleaba embutido en el vestido blanco, tan ceñido como un guante.

Dibujé en mi cara una sonrisa tibia e indiferente cuando se apalancó en la banqueta. Me di cuenta de que llevaba un rollo de billetes encajados, bien seguros, entre sus montes negros.

Y va y me dice:

—A ver, ¿quién coño eres tú y qué mierda de los cojones le has contado al camarero?

Mis ojos eran reflectores de temperatura bajo cero bañando su cara.

—Mira, zorra, mi nombre es Blood, en lo que le he dicho no había ninguna mierda. Era la pura verdad, tan pura como yo. Sí, zorra, te lo montas tan de guarra y tan chungo que un día re van a partir el culo.

La gran vena que surcaba la frente sobre su cara de perrito se puso a palpitar. Su verborrea se volvió chillona.

—No soy puta —balaba—. Soy una tía de puta madre y todavía no ha nacido el tío que me pise el culo. Me cago en la hostia, llámame Phyllis. Sé un caballero y respétame como a una dama.

La ráfaga glacial reventó el termostato de mis reflectores.

Sentía una baba fresca en mis labios mientras berreaba:

—Eres una zorra asquerosa, negra, que vas de farol. No hay nada parecido a una dama en nuestro mundo. O eres puta, o si no, un maricón disfrazado. A ver, zorra, ¿cuál de los dos eres? No soy un caballero, zorra, soy un chulo. Soy el que te va a pisar ese culo de coña que tienes. ¡Si eres tú la que me ha entrado! Zorra, te estás haciendo gelatina por comerme. No soy una perra salida, tú lo eres. A mí sólo me pone cachondo la pasta.

Esta ráfaga le impresionó. Las lecciones del trullo sí que funcionaban. Podía ver cómo las gogós estaban más calientes que el demonio a medianoche. Ella trataba de ocultarme la perra depravada y masoca que habitaba en su interior.

Era tan ridícula como aquel predicador del fuego y el azufre. Aquel que quiso ocultar su empalme cuando una hermana muy tierna del primer banco le hacía fotos con el conejo.

La tía no sabía qué decir. Copé todas las casillas. Decidí ir al retrete.

Según me iba, acabé de demolerla:

—Zorra, me voy a pirar en cuanto salga del cagadero. Sé que tu chocho está dando palmas por mí. Sé que te gustaría que yo fuera tu hombre. Pero una puta con suerte se te va a adelantar y me vas a perder. Así que sácate toda esa mierda que tienes en el coco. Y no te equivoques, zorra cuando salga, dime de verdad qué es lo que quieres. Te doy una oportunidad. Después de medianoche, no te daré nada.

En el tigre, arranqué una tira de papel del rollo. La envolví en un billete de diez y cuatro de uno. Pasase lo que pasase ahí fuera, yo tenía que llevar un buen fajo.

Estuve un buen rato en el tigre, dejando que el calor se filtrara hasta lo más hondo de esa zorra que me estaba esperando. ¿Iba a pillar a mi primera puta? Sólo de pensarlo me picaban los huevos.

Decidí volver. Nada más salir me topé con ella. Casi la arrollo. Pasé de largo. Me acerqué a la barra para pagar la consumición. No perdió detalle. Tiré del billete grande.

—Quédate con el cambio y cómprate un Cadillac —le dije al mozo.

Sus ojos gris dormitorio se pusieron a hacer chiribitas. Me devolvió el billete, empujándolo a través de la barra con su delicado meñique.

—Estas invitado, chato. Vuelve a las dos y llévate a una nena de verdad.

Al dejar la barra, ella me tiró de la manga. Me miraba hacia arriba. Las gogós estaban en bolas.

Miré hacia abajo a aquel retaco y le dije:

—Bueno zorra, te toca mover. ¿Paso de ti?

Me agarró del hombro. Tiró de mí hacia ella. Sentí el calor de su aliento en la cara. Me metió la lengua de lagarto hasta el tímpano. Me daban escalofríos ardientes. Permanecí frío. Giré la cabeza y le hingué los dientes en el cuello. No sé cómo no sangró. Simplemente gimió.

—Mira, hijoputa de sangre fría —me susurró entonces—, soy tuya. Vamos a mi

casa a charlar.

Fuimos hacia la puerta. Me volví a mirar. El elefante no nos quitaba ojo. Se relamía con la lengua. La trompa se le dilataba con ganas de fiesta.

Cuando llegamos a la acera me dio las llaves de su Ford amarillo del 36. Estaba de suerte. En la trena me habían enseñado a conducir el camión de la lavandería. El motor del Ford sonaba a música. No es que fuera el carro de un chulo, pero seguro que nos llevaría por la senda urbana.

La llevé a su casa. Por el camino me fue metiendo mano. Me estaba poniendo a punto para el Georgia. Aquella lagarta se creía que mi oreja era un circuito de carreras. Dio unas cien vueltas en ella. Yo aún estaba verde. No debí dejar que me tocara.

Su piso era lo más parecido a una trampa para primos. Tenía estrellitas blancas y luminosas pegadas por el techo azul de la habitación. Había solamente una luz azul que parpadeaba sensualmente desde detrás de una copia de escayola de *El beso* de Rodin.

Sobre la cama había un espejo. También había otros espejos por las paredes, flanqueando la cama. En el suelo, frente a una *chaise longue*, tenía una piel de oso polar intensamente blanca a modo de alfombra.

Me senté en la *chaise*. Encendió el tocadiscos portátil. Ellington surgió entre las ondas con «Mood Indigo».

Se metió en un cuarto de baño tamaño celda dejando la puerta entreabierta. La pequi se frotaba los sobacos y el conejo con una toallita. Estaba desnuda. Era evidente que se moría de ganas de aprovecharse de mi inocencia. Me preguntaba si habría escondido aquel rollo de billetes y dónde.

Salió meneando el vientre al ritmo cálido del «Indigo». Era un retaco de princesa watusi. Su voluptuoso cuerpo negro brillaba como piel de foca. Las pasé putas tratando de recordar cuál sería el diálogo apropiado para este tipo de situación.

¿Qué es lo que decían los rufianes en la trena? Acaso era: «Evita los coños de fábula. Actúa como si no tuvieras picha. Concentra tu cabeza en la guita. Mantente frío y duro. Primero pillá la pasta. No dejes que te hagan el Georgia. Se reirán de ti. Pasarán de ti como si fueras un primo después de tomarte el pelo. Sólo cogiéndoles la pasta podrás engancharlas del apestoso culo».

Se acercó bailando hasta la cabecera de la cama. Se agachó para levantar el borde de la alfombra roja, sin dejar de menear el trasero que me sonreía al son del «Indigo». Estaba claro que aquello era una función gratuita.

Vino bailando hacia mí, llevando en la mano dos porros finos. El brazo del cacharro que había junto a la cama retrocedió al principio y el «Indigo» volvió a sonar.

Se detuvo entre mis piernas. Incluso a través de la tela de los pantalones podía sentir el calor húmedo de sus muslos. Me saltaban chispas de calentura bajo los meniscos de mis rodillas.

Su vientre de azabache vibraba y se estremecía bajo mi nariz, musitando el «Indigo» bajo y arrastrado. Estaba claro que era esa clase de tipeja acerca de la que prevenían los chulos. Mi abstinencia de veintiún meses estaba a punto de estallar.

Cogió un encendedor de la mesa de cócteles. Se metió los porros en la boca humedeciéndolos para conseguir un buen encendido. Finalmente les dio lumbre y me pasó uno.

—Papi —me dijo—, esta mandanga verde y suave es de la tierra del chile. Nos relajará. ¿Por qué no te quitas la ropa?

Le pegué una profunda calada al petardo. Levanté la vista hacia aquellos ojos exóticos de ensueño y repitiendo lo que había aprendido, le dije:

—Zorra, no vayas a cagarla. En mi cartilla dice que los negocios van antes que el placer. Me quitaré la ropa cuando sepa que me la estoy quitando con mi puta. Conmigo el Georgia no funciona ni de coña. No juegues con mi calderilla, zorra.

Tal como lo había escuchado en la trena, literal. Funcionaba como un detector de mentiras. El motor de su vientre se caló. Sus ojos miraban distantes.

Estaba maquinando cómo pegármela. Se aplastó en posición de yoga sobre la piel de oso. Su media luna me guiñaba. Su voz era dulce marcándose un farol. Empezó a piarla:

—Corazón, mi rey, me acabas de cazar. Soy tu dulce puta. Un primo que está colado por mí me ha prometido un billete. Me lo va a apoquinar mañana por la noche. Ya es tuyo, pero tienes que esperar. Y ahora ven a llevar a tu nenita perversa a la cama.

Mi cuerpo había estado limpio durante una buena temporada. La hierba era potente. Ella no se imaginaba lo mucho que yo necesitaba ponerme a chulear, ni tampoco que era la primera. No podía dejarla escapar.

Tenía que conseguir una puta. La hierba me estaba dando vibraciones de furia y odio al compás de «Indigo». Ahí tenía, agazapada sobre la alfombra blanca, a mi enemiga mortal.

«Voy a matar a este retaco de puta negra como no me suelte la viruta que llevaba entre las tetas», pensé.

Como un policía bestia dándole a un atracador una última oportunidad para cantar, le dije:

—Venga, zorra, ya estás soltándome la guita que tenías entre las peritas.

Sus ojillos se hincharon como globos, sorprendidos y cabreados.

—Te estás pasando de chulo, chupado del culo, negro de mierda —masculló—. He cambiado de idea. Coge el abrigo y el sombrero y pírate.

El *crescendo* del «Indigo» se estaba poniendo tórrido. Come un relámpago de piel marrón, salté de la *chaise* y me planté todo tieso, lanzando mi pierna hacia atrás.

Sentí cómo se me tensaban los tendones a la altura de la cadera. Mis ojos apuntaban al corazón. Mi zapato de punta del cuarenta y cinco, de primera calidad, salió como un cohete hacia ella.

El retaco tuvo suerte apartándose una milésima de segundo antes. La bomba de cuero estalló contra su omóplato izquierdo. Se dio un barrigazo y ahí se quedó pegando gruñidos.

Entonces, como en los sueños de la trena, le pateé el culo hasta que me dieron calambres en la pierna. Mientras, ella sólo gemía y lloriqueaba. Estaba empapado en sudor. Jadeando sin resuello, me derrumbé a su lado sobre la piel de oso. Pegué la boca a su oreja y le dije en un susurro de hielo:

—Oye, zorra, ¿es que voy a tener que matarte para que seas mi puta? Levántate y suelta ya esa viruta.

Volvió la cabeza y me miró a los ojos. A los suyos se les había pasado el cabreo, sólo tenían miedo y un extraño deseo. Su boca trémula se abrió para hablar. Durante un buen rato no salió nada de ella.

—Ya tienes una puta, Blood. Por favor no me des más patadas. Soy tu perrita. Haré lo que quieras. Te amo, corazón mío.

Sus garras se clavaban por detrás de mi cuello mientras trataba de sorberme la lengua desde la raíz. Yo saboreaba sus lágrimas saladas.

Se acercó al tocadiscos tambaleándose. Lo levantó por una esquina, extrayendo el rollito de billetes de debajo. Apagó el «Indigo». Puso otro vinilo en el plato.

Lady Day cantaba una balada triste: «Mi hombre no me quiere, siempre me trata fatal. Es el hombre más egoísta que he conocido jamás».

Me puse de pie sobre la piel de oso. Vino hacia mí con la pasta en la mano. La puso en la palma de la mía... Le eché un vistazo rápido para contarlos. No estaba mal. Había más de doscientos. Ya estaba listo para romper la abstinencia.

Levanté a aquel retaco de cuarenta y cinco kilos entre mis brazos. Le mordí con fuerza en la punta de la barbilla. La llevé junto a la cama y la dejé caer encima. Botó y se quedó ahí sobre la espalda. Repiraba fuerte. Sus piernas eran como una amplia pirámide.

Me desnudé deprisa. Tiré de la sábana de arriba. La rasgué en tiras finas. Le até las manos a los postes de la cama. Le abrí las piernas en cruz. Con las tiras más largas, se las até por encima de los muelles, a los lados de la cama.

Estaba prisionera. Me empleé a fondo en ponerle al día en las habilidades que Pepper me había enseñado para hacer trizas los nervios. Se desmayó cuatro veces. No podía soportar aquella tortura terrible y desesperante.

Finalmente, la monté como es debido. Sobre la marcha me dispuse a batir el récord. Lo conseguí. La explosión de rabia fue lo bastante bestia como para desovar un millón de embriones de chulos negros.

La desaté. Nos quedamos ahí tumbados en la penumbra azul. Las estrellitas blancas titilaban sobre nosotros. Lady Day seguía lamentándose por sus problemas.

—Zorra —le dije—, quiero que durante una semana te pongas a mojar en la calle como una descosida. Vamos a montárnoslo por la vía rápida en la gran ciudad. Ah, sí, esta semana cambiaremos la documentación del Ford. No voy a conducir el coche de

una zorra. Tiene que estar a mi nombre, ¿entiendes?

—Sí, corazón, lo que tú quieras. No te enfades, corazón, pero te estaba tomando el pelo con lo del billete del primo —me dijo.

—Ya lo sabía, zorra. No vuelvas a intentar pegármela nunca más —le espeté.

Me levanté y me vestí. Saqué un billete de cinco del rollito y lo dejé sobre el tocador.

—Quiero verte esta tarde a las seis en la calle. No entres en los bares. Muévete entre la Séptima y Apple —le dije—. Apareceré en algún momento durante la noche. Más te vale que estés ahí cuando me presente. Si te trincan, di que te llamas Mary Jones. Si se te olvida no podré pagarte la fianza. Procura tener pasta siempre que me veas.

Bajé a la calle. Me metí en mi Ford. Se puso en marcha con un rugido. Conduje hacia casa de mamá. Me sentía bien. Para ser un muchacho negro recién salido del trullo no lo estaba haciendo nada mal.

Me estremecí sólo de pensar qué habría pasado si no hubiera abierto bien las orejas allá en la trena. Me habría quedado de vulgar limpiabotas o de portero para el resto de mi vida en el amurallado mundo de los blancos. Con mi puta negra, era cosa fácil conseguir pilas de dinero limpio de aquel inaccesible mundo blanco.

Mamá estaba alisándole el pelo a una joven clienta. Me vio saliendo del Ford frente a la tienda. Me indicó con el cepillo que entrara.

—Estaba preocupada. ¿Dónde te has metido toda la noche? ¿De dónde has sacado ese cochecito tan mono? ¿Es que has encontrado trabajo? —me dijo.

—Me lo ha prestado un amigo —le respondí—. A lo mejor me lo vende. He pasado la noche con él. Estaba con treinta y ocho de fiebre. Mañana me pondré a buscar trabajo.

—Hay un estofado en el horno. Cierra el gas y come algo. Hijo, espero que no hayas estado con Pepper.

Miré a la chica de buen tipo y piel marrón nuez que se estaba alisando el pelo.

—¿Pepper? Es muy mayor para mí —dije—. A mí me gustan las chicas de piel marrón. Pepper es demasiado cuarterona para mi gusto.

La joven me miró de pronto, sonriendo. Le guiñé un ojo pasándome la lengua por los labios. Le gustó y se puso colorada. Me quedé con su cara.

Salí a la calle y subí a zamparme el estofado.

Luego me eché una buena siesta. A las cinco y media de la tarde volví a bajar y cogí el Ford. Me dirigí hacia la Séptima con Apple y aparqué allí.

A las seis menos cinco vi a Phyllis venir hacia mí. Estaba a una manzana. Puse el motor en marcha y me largué.

Sin duda parecía que ya tenía una puta. A medianoche regresé. Estaba despeinada y parecía cansada. Se metió en el coche.

—Y bien, ¿qué tal te ha ido, nena? —le pregunté.

Escarbó en su escote y me dio un manojito de billetes mojados. Lo conté, había

setenta pavos.

—Estoy sucia y cansada —me dijo—, me duelen los hombros y el culo. ¿Puedo dejarlo por hoy, cariño? Me apetece un plato de pastrami, un café y un baño. Acuérdate de cómo me zurraste anoche.

—Mira, zorra, la pista se cierra a las dos —le dije—. Te acompaño a tomar un sándwich y café. El baño tendrá que esperar, se chapa a las dos. Y respecto a las patadas en el culo, las necesitabas.

—Vale, corazón, lo que tú digas —suspiró.

La llevé a un sitio de comida kosher, al aire libre. No paraba de moverse en el duro banco de madera. Por lo visto, le molestaba mucho el pompi. Permaneció callada hasta qué acabó con el sándwich y el café. Entonces me dijo:

—Oye, corazón, no me lo tomes a mal, te lo pido. Me gusta que me castiguen un poco antes de que me monten, pero, por favor, no vuelvas a ser tan cruel como anoche. Podrías matarme.

—Nena, no me vaciles con la pasta ni trates de tomarme el pelo. Anoche me cabreaste. No tienes por qué preocuparte si respetas mis reglas. No volveré a zurrarte más de lo que a ti te gusta.

La devolví a la esquina. Salió del coche. En cuanto pisó la acera, dos primos blancos casi se la pegan con el coche al ir a aparcar. Era un auténtico árbol negro del dinero.

Al día siguiente la llevé al notario. Salimos a los diez minutos. Me devolvió los trescientos que le había pagado por el Ford.

Ahora todo era legal. Ella no tenía ninguna queja. Sus cardenales se estaban curando y ya estaba lista para otra escena de amor prisionero. Acabó la semana haciendo la carrera con estilo. Tenía en mis manos un fajo de setecientos.

El domingo por la noche eché al maletero del Ford la piel de oso y demás cosas del retaco.

Aparqué en la esquina de casa de mamá. Subí para coger algunas de mis cosas. Mamá me sorprendió haciendo la maleta. Sus ojos estaban bañados en lágrimas. Me agarró con fuerza arrimándome contra ella. El llanto la estaba ahogando.

—Hijo, ¿es que ya no quieres a tu madre? —se lamentaba—. ¿Adónde vas? ¿Por qué quieres abandonar este hogar tan bonito que tenemos? Sé que si te vas no te volveré a ver. Sólo nos tenemos el uno al otro. Por favor, no me dejes. No me rompas el corazón, hijo.

Escuché sus palabras. Ya había ido demasiado lejos como para que me afectase su pena. No dejaba de pensar en aquel negro y depravado árbol del dinero que me esperaba en el Ford. Estaba ansioso por entrar en la ciudad por la vía rápida del chulo.

—Mamá —le dije—, sabes que te quiero. He conseguido un buen puesto de dependiente en una tienda de ropa para hombre en la ciudad. Por aquí todo el mundo sabe que soy un ex presidiario. No me queda más remedio que marcharme. Te adoro

por haberme construido un hogar. Has sido un ángel manteniéndote a mi lado durante todas mis condenas. Volverás a verme. Vendré a visitarte. Lo haré, mamá, te lo prometo.

Me costó desembarazarme de sus brazos. Cogí mis bártulos y bajé las escaleras. Cuando alcancé la acera, miré hacia la ventana. Mamá estaba llorando descorazonada, comiéndose los nudillos. La pechera de mi camisa estaba empapada con sus lágrimas.

5. LA FAUNA DE LA JUNGLA

El Ford amarillo corría como un convicto fugado. Llegamos a Chicago en dos horas. Nos inscribimos en un hotel de los suburbios, cerca de las calles Veintinueve y State. Sacamos nuestras cosas del maletero del coche.

Eran las diez de la noche. Me lavé un poco la cara. Le dije al retaco que se quedara tranquila. Salí a dar una vuelta para echar una vistazo por la ciudad.

Puse en marcha el limpiaparabrisas. Caía una nevada de finales de marzo. Más o menos a un kilómetro del hotel vi a unas cuantas putas haciendo la calle.

Aparqué y me metí en un bar en medio del meollo. Apestaba a perro muerto. Era un garito de yonquis. Me senté a tomar una botella de cerveza; no me fiaba de los vasos.

Un piquero con cara de caballo derrengado se sentó en una banqueta libre a mi derecha. Su consorte se sentó a mi izquierda. Éste tenía cara de zorro amarillo. Vi por el rabillo del ojo cómo me estudiaba. Chasqueó los dedos. Volví la cabeza bruscamente hacia él.

—Hermano, tienes más suerte que una rata en una cloaca —dijo—. ¿Qué talla de sombrero y de traje gastas? Me llaman Red el Trapos. Ponte de pie, hermano, para que pueda tomarte medidas. Tengo una pila de ternos fardones tirados de precio.

Me pongo de pie sin quitarle ojo. Me mira de arriba abajo. Me desabrocha la chaqueta. Me tira de las solapas y entonces me vuelve hacia el caracaballo y casi me hace caer. Tuve que pedirle disculpas de medio lado. Algo borroso pasó detrás de mí. Fue tan rápido que no podría jurar lo que vi. Más tarde descubriría lo que había pasado.

Caracaballo me enseñó los piños, se bajó de la banqueta y salió trotando por la puerta. Miré al consorte.

—¿Me has calibrado ya, socio? —le dije—. ¿No tendrás alguno negro de mohair? El consorte me sonrió como una raposa, ajustándome la corbata.

—Mira, flaco —me dijo—, los tengo en mohair azul y negro, puedo maquearte igual que en el Saville Row de Londres. ¿Quieres el azul también? Por ser para ti, sólo voy a clavarte cincuenta machacantes por el par.

—Venga tío, vamos a pillarlos —le contesté.

De pronto se le puso cara de susto, como si yo fuera a abrir una puerta y pillar a su madre cagando en mi sombrero. Empezó a alejarse despacio hacia la salida, diciéndome:

—Mira, hermano, no te conozco lo suficiente para fiarme de ti. Tengo que cuidar de mi mercancía. Sería una putada que vinieras conmigo a por ella y luego me dieras

el palo, ¿no te parece? No, flaco, tú tranqui. Volveré con los ternos dentro de veinte minutos. Toma un pavo y tómate algo a la salud de Red el Trapos.

Pedí otra cerveza. Tenía que matar de alguna forma esos veinte minutos. Necesitaba esos trajes.

Después de una hora supuse que a Red el Trapos le habrían trincado o algo parecido.

Le pregunté a la gorda de detrás de la barra por dónde andaban los garitos de gente fina. Nombró unos cuantos y me dio algunas direcciones. Mi cuenta ascendía a ochenta centavos. Dejé una propina de veinte y me fui al Ford.

El deflector de la ventanilla que daba a la acera estaba abierto. Lo habían forzado y por ahí habían quitado el seguro de la puerta.

Entré. Me acordé de que la bisutería del retaco estaba guardada en la guantera. La abrí. Algún hijoputa había levantado la tapa de cartón por debajo. No habían dejado ni un miserable zarcillo.

Arranqué el motor y puse las luces. Había dejado de nevar. Los faros iluminaron a una puta yonqui con cara de Drácula meando acucillada en la cuneta. Sonreía con delicadeza hacia el resplandor sin enseñar los dientes, como si se tratase de una *starlette* saludando al público en el estreno de su película.

Aceleré el motor. Se levantó despatarrada, mostrando una raja sarnosa y roja, su coño. Sujetaba la parte delantera del vestido entre sus codos desgastados. Se abrió aquella ratonera con sus dedos largos y negros invitándome a entrar.

Pasé rozándola como un rayo y gritó:

—¡Vuelve aquí negro de mierda! Si sólo es por un pavo.

Conducía por las calles cubiertas de nieve derretida. Las luces de los semáforos eran halos macilentos en la tiniebla.

Pensaba: «No puedo dejar al retaco en un sitio como ése. Tengo que encontrar a alguien que me informe».

Crucé cien manzanas. De repente, un enorme anuncio rojo de neón parpadeó a través de la oscuridad. Ponía: La Gallera del Diablo. Era uno de los garitos que había nombrado la gorda del antro de yonquis.

Había un montón de Lincolns y Cadillacs horteras aparcados unos contra otros. Ocupaban como una piara todo el aparcamiento del lado de la calle al que daba La Gallera. Aparqué enfrente. Salí del Ford y crucé la calle.

Alcancé la acera y me dirigí al garito. De los altavoces de un chiringuito de costillas y pollo a la brasa salían potentes melodías soul del Bird, del Eckstein y de la Sarah. En la calle había más movimiento que en un hormiguero negro. Una marabunta de chorbos y gachís tope maqueadas pululaba por la rúa.

El jumeo a pollo y a costilla de la barbacoa me hizo la boca agua. Estuve a punto de entrar para apretarme un tentempié. El letrero decía: Paraíso de Costillas Creole Fats. No llegué a hacerlo.

Una silueta larga y cheposa se puso en mi camino. Cantaba entre dientes como un

hechicero vudú. Indicó la entrada de una tienda. La ventana estaba embadurnada de pintura azul.

—Dentro los tiran, bien y fuerte. Pasta gansa apilada come harina en masa. Hostias, amigo, estás de suerte. Hazte rico con el once y con el siete. Como te lo digo, amigo. Entra rápido y echa a correr. Doña Fortuna es una zorra que no se la deja meter —me incitó.

Su abrigo era un antigualla sin costuras a cuadros verdes. Tenía los zapatos negros hechos polvo y rajados. Le asomaban juanetes abultados a través de las rajaduras. Apestaba como la basura de un traficante de bazofia. Había algo que me sonaba mucho en aquella jeta fantasmal de perro basset más amarillo que una banana.

—No estoy de ánimo para tirar los dados, socio —dijo—. Dime, ¿no te conozco?

Sus ojos itinerantes querían salirse de las órbitas. Recorrieron mis hombros buscando a otro primo por la acera. Su calva reflejaba la luz de la farola como un pequeño lago amarillo.

—Amigo, no voy a ponerte una pistola —dijo—. No puedo obligarte a que entres a ganar pasta. Eres demasiado joven para conocerme, chaval. Puede que hayas oído hablar de mí. Soy Preston el Guapo. Les hacía cantar blues a las putas por las noches, en mis tiempos de rufián. ¿Quién eres tú?

Su nombre saltó como una chispa en mi memoria. En otro tiempo solía conducir un deslumbrante La Salle negro. Yo le había lustrado los zapatos en la época de la tintorería.

Por aquel entonces era tan atractivo y elegante como un Valentino cuarterón. Recuerdo los diamantes que llevaba. Brillaban y relucían en sus dedos, en los puños y pecheras de sus camisas. Pensé: «¿Seguro que éste es aquel dandy? ¿Qué le ha pasado?». Y le dije:

—Preston, te conozco. Soy aquel chaval que solía lustrar tus zapatos de Stacy allá en la calle principal. ¿No me recuerdas? Ahora soy chulo. Seguro que fuiste un chulo de la hostia entonces. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo es que estás de gancho para esta timba de dados?

Sus ojos marrones y apagados miraban perdidos al infinito. Probablemente estaba rememorando sus gloriosos días de rufián. Suspiró y me echó el brazo por encima del hombro. Crucé con él el umbral de la cueva de los dados.

El fuerte tufo a sudor de los jugadores me golpeó en la nariz. Nos sentamos en un sofá raído en la oscura antesala de aquel tugurio. A través de un tabique escuchaba el tintineo de las monedas de plata. También se oía el seco carcajeo de los dados burlándose de los primos que maldecían e imploraban triunfos.

—Claro que me acuerdo de ti, chaval —me dijo—. Dios, cómo has crecido. Debo de estar haciéndome viejo. ¿Cómo te llamas? Sabes, chaval, desde que vine a esta puta ciudad, hace doce años, he tenido una suerte de perros. Le estoy echando un cable como gancho a un socio que regenta la timba. Qué hostia, él me necesita más que yo a él. Un día de éstos voy a sacar el gordo, o hacer saltar la banca. El nombre

del viejo Preston volverá a sonar. ¿Cuántas chicas tienes?

—Me llamo Slim Lancaster, pero todos me llaman Young Blood. Blood para acortar. De momento sólo tengo una, pero con todas las putas que hay por aquí en un mes las tendré a punta pala. He llegado esta noche a la ciudad. Quiero poner a mi chica a currelar. Voy a pillar unas costillas aquí al lado, en cuanto vuelva tienes que ponerme al día con las calles. Es que no he probado bocado desde el mediodía. ¿Quieres que te traiga algo?

—Si quieres, Blood, tráeme un cuarto de Old Taylor de la bodega de la esquina —me dijo—. Te pondré al día, aunque no creo que te guste el último rollo de la película.

Qué gustazo volver al aire fresco. Entré en el garito de las costillas y encargué una ración. Me fui hacia la esquina pasando por delante de La Gallera.

Me acerqué de puntillas y eché un vistazo al interior a través de las persianas. Había mucho follón allí dentro. La barra circular estaba atestada de chulos, putas y blancos.

Un tío flaco con señales de quemaduras en la jeta lideraba el combo. Trataba de imitar el estilo y el tono del Bird. Su rostro moreno se ennegrecía congestionado al soplar el cuerno.

Al fondo, en una pista de baile del tamaño de una alfombra, parejas de todos los colores bailaban al ritmo de «Pisoteando en el Savoy». En las banquetas alineadas a lo largo de la pared había blanquitas a la caza del fruto prohibido.

Sus pálidas faces resaltaban en la penumbra roja. Las largas cabelleras se sacudían contra los hombros con el meneo de las cabezas. Reían medio borrachas con sus amantes negros.

Aparté los ojos de la ventana. Seguí hacia la esquina para pillar la botella de Preston. Se me metió en la cabeza que después de charlar con Preston tenía que entrar en La Gallera. Estaba a unos veinte metros de la esquina cuando le vi, en medio de un pequeño gentío. Su enorme sombrero blanco sobresalía medio metro por encima. Era un gigante de color marrón nuez.

A medida que me acercaba, distinguí sus dientes blancos como la nieve, los gruesos labios crispados de rabia, los anchos hombros agitándose. Estaba pisoteando algo. Parecía un bailarín maquillado ejecutando la danza del fuego o un elegante pisador de uva de Sicilia.

Me metí como pude entre la gente para poder ver desde la barrera. Se le oía gruñir. Su faena le estaba haciendo sudar la gota gorda. La gente reía nerviosa y excitada como la turbamulta de Salem ante la ejecución de una bruja.

Era una bruja negra. Tenía facciones de muñeca y ojos achinados como los de una geisha.

La brisa fresca le sacudía la base del abrigo. Los músculos de los muslos tensaban los pantalones de su terno de doscientos dólares.

Pateaba una y otra vez el pecho y la barriga de la bruja con sus zapatos del

cuarenta y siete. Ella estaba fuera de combate. Tenía la mandíbula desencajada y por la comisura de su boca destrozada brotaban espumarajos rojos.

Finalmente la levantó del pavimento. Parecía un bebé entre sus brazos. Los ojos de él estaban extrañamente húmedos. Se abrió paso a través del gentío hacia un Cadillac púrpura que había junto al bordillo. Iba mirando la cara inconsciente de la chica, mascullando:

—Nena, ¿por qué?, ¿por qué tengo que hacerte esto?, ¿por qué no te limitas a follar en lugar de beber y tontear con los primos?

Sin dejar de sostenerla con ternura, se detuvo y abrió la puerta delantera del Cadillac. La depositó en el asiento del copiloto. Cerró la puerta y rodeó el auto hasta el lado del conductor. Se metió dentro y el Cadillac se perdió rugiendo en la noche.

La gente se dispersó. Me volví hacia un tipo de mi edad. Tenía los ojos como pasmados. Estaba fumando un gángster. Le dije:

—Si llega a aparecer la pasma, fijo que a ese pavo le echan el guante.

Retrocedió un paso, mirándome como si fuera un monje tibetano recién llegado a la ciudad.

—Tú debes ser el Rip Van Winkle del cuento ese que me han contado. Él es la pasma. Es de antivicio. Le llaman Veneno. Es chulo y tiene nueve putas. Esa tía era una de ellas. Se había emborrachado con un primo.

Entré en la bodega. Eran las doce y cinco. Pedí la botella. El dependiente la puso sobre el mostrador. Me abrí el abrigo para sacar la cartera que tenía en el bolsillo de atrás del pantalón. Ahí llevaba doscientos pavos en billetes de cinco y de diez. También tenía cinco de cien dentro de una petaca de tabaco pinzada a mis calzones, en los huevos.

Toqué con mis dedos el fondo del bolsillo derecho. ¡Vacío! Estaba convencido de haber guardado ahí la cartera. Busqué en el bolsillo izquierdo. ¡También vacío!

En unos segundos mis manos sudorosas palparon y exploraron media docena de veces por todos los bolsillos. El dependiente estaba ahí de pie entretenido con el numerito. Su zarpa peluda se llevó la botella lejos de mi alcance.

—¿Qué pasa, amigo —me dijo—, es que alguna guarra te ha levantado la cartera mientras se la metías, o es que te la has dejado en los otros pantalones?

Yo me rebanaba los sesos. Repasaba cada escena y cada movimiento de esa noche. Estaba hecho un lío, aturdido.

—Qué va, tío, te has colado —le dije—. No soy ningún julái. Me acabo de dar cuenta de que me he dejado la viruta en Marte. Te veré a la vuelta.

Cuando salí, se quedó meneando la cabeza. Crucé la calle hacia el Ford. No es que fuera a buscar mi cartera por los asientos, sino que iba a sacar uno de los billetes de cien que tenía en los cojones.

Recordé la escena en el antro de yonquis. Volví a ver el latigazo de la serpiente de cascabel. Por primera vez me percaté de la mirada de satisfacción en la jeta del jamelgo. Sí, el Zorro me había enganchado bien por los huevos para que el

caracaballo hiciera lo suyo.

«Yendo como van por la vida esos hijos de puta, si no se forran, fijo que es porque se los han cepillado», pensaba.

Desde aquel día, hace treinta años, hasta hoy, no he vuelto a guardar la viruta en la cartera.

Pillé la botella. Volví corriendo a por mi ración de costillas. El viejo Preston estaba de nuevo en la calle pescando primos. Le indicó a un menda la entrada a la timba, dándole una palmadita en las posaderas al capullo reticente. El julái se metió para dentro. Al verme se me acercó cojeando. Hasta ahora no me había fijado en su cojera. Sonrió cuando le di la botella.

—Gracias, chaval, ¿quieres estrenarla? —me dijo.

—Qué va, tío, es toda tuya —le dije—. Voy a por mis costillas y ahora mismo vuelvo ahí dentro a charlar contigo.

Al volver, Preston tenía sus quesos putrefactos apoyados encima de una silla. Tropecé con sus alpargatas cutres, que estaban junto al sofá. Me senté. Aquellos pinreles apestaban como un enfermo terminal de cáncer. Hasta un chulo principiante como yo tenía que tener el estómago de hierro. Desenvolví las costillas y me las zampé.

—Supongo que habrás visto a ese chulo machacando a la puta en la esquina —me dijo—. Se llama Veneno, es el segundo rufián de la ciudad.

Con la boca llena de grasa picante, le dije:

—Sí, para mí que estaba muerta. Digo yo que la habrá ingresado en el depósito. ¿Cómo puede montárselo a dos bandas? ¿Y cómo puede haber alguien por encima de un animal tan bestia?

Empinó el codo, vaciando la botella. Después me dijo:

—¡Qué va a estar muerta! Antes del amanecer, estará poniendo el culo en remojo. Es el negro más importante de la brigada antivicio de la ciudad. Su negocio no molesta a los barandas blancos, siempre y cuando no le ponga la mano encima a ningún blanco. Veneno es un buen chico comparado con el Dulce Jones. El Dulce es el número uno de los chulos negros del país.

—Preston —le dije—, quiero ser tan grande como el Dulce. Quiero que mi nombre suene como el suyo. Quiero ser tan hábil como para manejar a un centenar de putas. Anda, cuéntame cómo puedo entrarle al Dulce para enterarme de una vez de cómo funciona el cotarro.

En aquella semioscuridad vi cómo le colgaba inerte la mandíbula amarilla. La cara de perro se le torció de lado, incrédula y perpleja. La jeta se le había desencajado como si le hubiera dicho que me apetecía metérsela. Estaba en el sofá lívido como un fiambre.

—Pero, chaval, ¿es que te has metido un chute o algo parecido? El Dulce está más pirado que un rebaño de lunáticos. Tú nunca vas a sonar tan fuerte como él, a no ser que a ti también se te vaya la olla. Ha matado a cuatro mendas. No es humano.

Tiene a todos los negros de la ciudad cagados de miedo. Sus putas le llaman señor Jones.

»Odia a los niños. No puedo presentártelo, chaval, me caes bien. Tienes buena planta y me parece que eres inteligente. Voy a contarte algo. Puedes creértelo o no, tú verás.

»Llegué a esta ciudad hará doce años. Era tan guapo que hasta mi culo te habría servido como cara de domingo. Me traje a cinco putas. Con los paletos me lo había montado de la hostia chuleando. Sólo tenía veintiocho años cuando vine.

»Quería entrarle al Dulce, igual que tú. Lo tenía fácil, siendo tan guapo y cuarterón como era. También tenía tres preciosas putas blancas en mi establo. Lo que no sabía es que el Dulce aborrecía a los blancos y a los cuarterones.

»Se tiró un año enseñándome su sonrisa de dientes de oro. Llegó a convencerme de que sentía afecto por mí. Ya por entonces era un auténtico liante, iba de yonqui. Se metía conmigo, me llamaba pureta. Me empeñé en parecerme a él a toda costa, así que me enganché a la heroína.

»El hábito me jodió el cerebro. Sólo quería chutarme heroína y ponerme a gusto. Como buen colega, se ocupó de que mi establo funcionara. Al principio, para mis putas sólo era el tío Dulce, pero a las seis semanas ya nos estaba dando órdenes a mí y a ellas. Tiró mi prestigio por los suelos, destrozándome delante de ellas, y se quedó con mi establo.

»Una mañana, estaba vomitando a morir. El Dulce me estaba torturando. Llevaba veinticuatro horas sin traerme jaco. Envuelto en una manta, pasaba de estar frío como un témpano a ponerme al rojo vivo. Cuando llegó, estaba arrastrándome desnudo por el suelo, despellejándome con las uñas hasta sangrar. Se plantó allí en medio deslumbrándome con el colorao de su dentadura.

»El Dulce me dijo: “Tranquilo, hijoputa amarillo, guapetón. Ha habido una espantada. No he podido pillar nada hasta esta mañana. Te he traído cien micras que le he pillado a los macarroni en su barrio. Para que veas lo que te quiero, jugándome el cuello de esa manera, yonqui de mierda. Vaya putada, me acabo de dar cuenta de que cuando estás de mono eres casi tan negro como yo. Cómo me gustaría que el blanco hijo de puta de tu padre pudiera verte ahí de rodillas, suplicándole que te quite las penas a este puto negro, negro de verdad”.

»El Dulce me tendió la bolita de celofán. Estaba demasiado débil para cogerla.

»Le dije: “Por favor, Dulce, prepárame el pico. Tengo la chuta en la corbata a rayas que hay en el armario. Dulce, si no te das prisa, la voy a diñar”.

»Todo yo era un dolor bestial con calambres. Se acercó al armario con lentitud. Se puso a registrar la corbata como si no encontrara nada. Se lo pasaba pipa haciéndole sufrir a aquel negro cuarterón.

»Le grité: “Dulce, si la tienes en la mano, ¡está ahí! ¡Ahí, ahí!”.

»Al final el Dulce sacó la chuta por la costura de la corbata. Para cuando la preparó no podía ni chutarme. Tendí el brazo sobre la alfombra, le supliqué con los

ojos que me hiciera un torniquete y me chutara.

»Cogió mi cinturón de los pantalones de la silla. Me lo ató por encima del codo. Mis venas sobresalían como cuerdas azules. Me pinchó en la vena del antebrazo. El tubo de cristal se volvió rojo. Yo estaba ahí tirado, muriéndome de frío, esperando que el caballo echara a coces el dolor y el sufrimiento que había en mí.

Preston se detuvo a respirar. De su cabeza calva brotaban gotas de sudor. Ai contarme la historia turbulenta del Dulce, la había revivido de verdad.

Me chupé el pringue picante de los dedos. Arrugué la bolsa grasienta de papel haciendo una bola y la lancé a una papelerera que había al otro extremo del sofá. Me limpié las manos y la boca con un pañuelo.

Los dados de aquella timba debían tener un doctorado en estafa. Cada diez minutos aparecía un pringao que salía de la oscuridad con gesto de derrota.

—Dios, sí que tiene sangre fría ese zorro del Dulce —le dije—. ¿Qué pasó después de eso?

—Aquel chute me quitó la fiebre y el dolor. No es que estuviera en condiciones de enfrentarme a quince asaltos con Joe Louis, pero me sentía mejor. El Dulce estaba en medio del cuartocho observándome. Por fin conseguí ponerme de pie, aunque sentía las piernas débiles. Ahí quieto y desnudo le dije: «Dulce, sé que me has quitado el establo. Sé que he sido un gilipollas de primera, pero creo que por lo menos tendrías que darme uno de los grandes. Tengo que desengancharme de este vicio en el que tú me has metido. No quiero ser plasta, pero me tienes que pasar esa viruta».

»Durante un buen rato, el Dulce se limitó a estar ahí como un Buda negro. Por un momento pensé que me iba a pisar el culo como si fuera una puta. Me echó una sonrisita pérfida. Cogió el albornoz que había a los pies de la cama y me lo puso por encima de los hombros. Entonces me dijo: “Cielo, yo no te he quitado ninguna puta. Si no es por mí, a esas guarras se las habría llevado el viento. Me tienes a mí, yo soy tu puta. ¿No prefieres que sea yo el que tenga a las tuyas en vez de algún hijoputa al que no le puedas pedir un favor? Claro que te voy a pasar esos mil pavos. Hasta te voy a devolver a esa zorra amarilla con dientes de conejo. Pero si yo te amo, cielo mío”.

»Entonces le dije: “¿Cuándo me vas a dar esa pasta, Dulce? Necesito saber una fecha determinada”.

»Me contestó: “Mira, cielo, la tendrás antes de mañana por la mañana. Te traeré también a la de los dientes de conejo. Hoy, antes del mediodía, te mandaré un cuarto de gramo, así que no tienes por qué sudar. El Dulce está de tu parte, dulce amor”.

»Me acarició bajo el mentón y se fue. A las once llegó el mensajero con el cuarto. Por un momento llegué a creer que el Dulce sólo era una rata a medias.

»Al mediodía dos polis tiraron la puerta abajo. Yo estaba volado y en pijama. Encontraron la heroína y me encerraron por posesión. Me cayeron cinco años. Me comí el mono a pelo en la cárcel provincial. Luego pasé tres años y nueve meses en la

estatal.

»En la trena perdí el pelo, los dientes y el encanto. Un preso me metió un pincho en las tripas. Por eso cojeo y tengo que mear por este tubo que llevo aquí. Desde entonces no he tenido una puta.

Preston se atragantó.

—Bueno, chaval —continuó—, ¿aún quieres tirar por ese camino y entrarle al Dulce?

Aparté mi cara de la suya. Se estaba secando las lágrimas con la manga. Yo estaba perdido de puro gilipollas. A pesar de una historia como ésta, seguía muriéndome de ganas por pillar la vía rápida.

Esa película sólo había servido para aumentar mi deseo de conocer a ese zorro de hielo, al Dulce. Si hubiera sido listo, me hubiera montado en el Ford y habría salido pitando de vuelta al pueblo. Pero pensaba: «El Dulce odia a los cuarterones y a los blancos. Yo soy tan negro como él. El retaco también es negra. El Dulce nunca querría una puta negra. No tengo nada que temer. No tengo nada que pueda interesarle. Tengo que encontrarle y comerle el tarro. Tengo que tomar el atajo para llegar a ser un gran chulo».

Le dije:

—Al infierno con lo de presentarme al Dulce. No estoy chiflado, pero tengo que buscarme la vida aquí. Sí, Preston, ya veo que has tenido lo tuyo. Lo siento mucho, tío. Cuando esté sacando kilos del puterío, haré algo grande por ti. Ya es hora de que te cambie la suerte. Ahora dime cuál es el mejor punto para plantar el género.

—¿Quieres estrellarte de cabeza, eh? ¿Qué clase de género tienes?

—Negra, dieciocho tacos, mona, tetona y de tres direcciones —le dije.

—Blood, esta calle en la que estamos es el mejor sitio para un género de ese tipo. Lo único malo es que está plagada de chulos desesperados, hambrientos de putas. También tendrías que tener a tu chica manteniendo a raya a media docena de potentes furcias tortilleras que andan por ahí. Son tan machotas como cualquier chulo bestia. Tienen formas muy curiosas de liar a una puta joven y bonita. Si no la tienes bien metida en cintura, te levantarán a la chica en un pispás. ¿Hace cuánto que la tienes? ¿Qué coche tienes?

—Hará una semana, pero la tengo bien pillada —le respondí—. Esa zorra está loca por mí. Nadie me la va a quitar. De momento, tengo un Ford.

Echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír. Pensé que se le había ido la olla. Estuvo más de un minuto muriéndose de risa. Cuando paró, tenía las mejillas llenas de lágrimas.

Me dijo:

—Blood Lancaster, Joven Flaco, Dizzy Willy o como quiera que te llames, si todavía no te has enterado de que un chulo nunca tiene a una puta bien pillada, no te quedes en la ciudad. ¿Tú te crees que una puta se puede enamorar de un chulo? Tú qué vas a ser un chulo. Esos hábiles negratos te levantarán a la zorra en cuanto la

dejes. Cualquier camarero o botones de por aquí es mucho más chulo que el más bueno del campo. No tienes ni planta ni clase. Aquí, hasta los limpiabotas van en Cadillac. Vas a ver cómo te desaparece la chica por arte de birlibirloque. Sal de la ciudad y móntatelo de chulo en cualquier pueblucho. Vete a la Costa Oeste. Hazme caso, no estás preparado para quedarte aquí.

Dejó de rajar. Se quedó ahí mirándome, esperando que saliera pitando por la puerta rumbo a Villapaletos. Estaba convencido de haberme acojonado. Se pitorreaba de mí, pero eso me ponía los dientes aún más largos. Pensaba: «¿Qué se habrá creído este pringao lisiado que he venido a hacer aquí? Sé que soy un patoso, pero no pretendo pasarme la vida siendo un patoso. Estoy decidido a llegar tan alto y a ser casi tan hábil como el Dulce, el baranda de los chulos. Si pierdo al retaco no se va a acabar el mundo. Lo que pasa es que este llorica ha dejado que el Dulce acabe con él».

—Mira, Preston, tengo muchos cojones —le dije—. No soy ningún maricón. He estado en la trena dos veces. Me he comido un par de condenas duras pero lo he aguantado. Yo creo que mi puta me quiere a su manera. Estoy convencido de que la tengo en el bote. Si me equivoco y la pierdo, qué más da. Pase lo que pase, no pienso rendirme. Aunque me quede ciego, voy a ser chulo. Si me cortan las piernas, iré en silla de ruedas a buscarme una puta. O soy chulo o que me den por muerto. Me niego a ser un pringao en este mundo de blancos. No puedes convencerme para que no me lo monte aquí. Sé que puedo tener mi manojito de coños para traficar. Ya me enteraré de lo que aún no sé. No le tengo miedo al Dulce. Le entraré y le comeré el tarro como un buitre carroñero.

Un tío cachas con la cara marcada entró por la puerta. Me serené. Pasó a nuestro lado y cruzó por la puerta al otro lado del tabique. Preston se calzó los calcos. Estaba nervioso.

Le pregunté:

—¿Quién es ese grandullón? ¿Es de la bofia?

—Ah, es el dueño de la timba, viene a controlar la caja y la pasta —me dijo.

—O sea, ¿que tú y tu socio sois machacas del Griego?

Antes de que me pudiera contestar, el Griego volvió a aparecer. Preston se estaba poniendo el abrigo. El Griego se detuvo, se le quedó mirando y le dijo:

—No te pago a cinco la noche por apalancar el culo. Puedo conseguir a más de cien chavales dispuestos a pillar esos cinco y el colchón de la parte de atrás. Como no espabiles, te van a salir carámbanos en el culo, ahí en los callejones. Sal ahora mismo a la calle a buscar primos y tráelos aquí.

—Sí, señor, señor Nick, pero no llevaba ni un minuto ahí sentado antes de que usted llegara. Sabe que nadie puede atraer a un primo mejor que yo.

Evité los ojos de Preston cuando salimos a la calle. Sabía lo que iba a ver. Me daba lástima. Saqué del bolsillo un billete de diez. Lo doblé y lo dejé caer en el interior del bolsillo de su abrigo raído.

—Gracias, Blood, puede que me haya pasado contigo —me dijo—. Puede que tengas cojones para la vía rápida. Vas a necesitarlos. Buena suerte, chaval.

—Gracias por la información, Preston —le dije—. Dentro de seis meses tendrás que sujetarte los ojos. A partir de mañana por la noche, me voy a mover por esta zona. No hay quien pare a un pisafuerte. No te preocupes si el Griego te da la patada, yo te buscaré un sitio.

Repasé mi fichero mental y me acordé de La Gallera. Mi reloj de Mickey Mouse marcaba la una y media. Enfilé hacia el garito. Sólo llevaba tres horas y media en la ciudad y enterarme de lo poco que sabía ya me había costado doscientos veinte machacantes. Para un palurdo medio listillo ser un cabezota era cosa fácil. Desde luego, lo que había aprendido me había costado una fortuna. Pensaba: «Tengo que usar la cabeza como una esponja. Mis ojos y mis orejas serán esponjas absorbentes. Tengo que enterarme de todo acerca de putas y engaños. Tengo que descubrir los secretos de ser chulo, como sea. No quiero ser un gigoló del culo como los chulos blancos. Voy a amarrar de verdad a esa puta. Voy a controlar su vida y hasta sus pensamientos. Voy a hacerles ver a todas que Lincoln jamás liberó a los esclavos».

En La Gallera seguía habiendo follón. Me apalanqué en la banqueta sin respaldo que había en el centro de la barra. Una mexicana vestida de rojo satén me trajo un ponche Planter color rosa.

El combo se aceleraba tocando «Té para dos». A través del largo espejo de la barra podía ver a mi espalda, en un reservado, a un negro muy feo metiéndole mano a una blanca con cara de ángel. Con la otra mano tocaba la zambomba dentro del bolsillo. La pava tenía los ojos cerrados. Su diadema de bisutería era como un halo de pasteleo. Se mordía el labio inferior como si estuviera en pleno viaje celestial vagando en el reservado.

Las esponjas de mis orejas empezaron a absorber. Un tipo maqueado estaba pelando la pava con otro menda que había a su lado. Le estaba diciendo:

—Quiero que me devuelvas mis trescientos pavos. Desde que me la vendiste, esa puta bonita no ha levantado ni tres primos. Esa puta se muere. Está hecha polvo, no puede ni patear la calle.

—Tío, te vendí el género tal cual. No soy responsable de actos divinos —dijo el vendedor.

—Para divino, mi culo. Sabías que esa furcia estaba podrida por dentro y que necesitaría una operación de al menos uno de los grandes. Venga, dame doscientos cincuenta y quédate con la puta —dijo el comprador.

—¿Qué quieres, darme el palo? La zorra estaba entera cuando te la pasé —respondió el vendedor—. A lo mejor me la quieres dar con queso. Igual te has pasado zurrándole a la zorra, dejándola en malas condiciones. No la quiero ni por un pavo.

—¿No me dirás que no es una putada? Vamos, que me he dado el tocomocho yo soiito. Me he dejado trescientos machacantes en una perra negra con un pie en la tumba.

—Tengo que ir a buscarme la vida, tío —continuó el vendedor—. No tengo tiempo para buscártela a ti. Pero, para que dejes de darme la plasta, voy a darte un poco de cuartel. Hay un prostíbulo al norte en el que hay movimiento de macarronis. No se dejan más de cinco pavos por barba, pero hay tropecientos. Los fines de semana hacen cola en la acera. Todo lo que tienes que hacer es pillar unas pastillas, ponerla presentable y llevártela allí. No le hará falta andar. Sólo tiene que tumbarse y, mientras pueda respirar, estarás sacando viruta. Tío, puede que te dure lo suficiente como para reinvertir parte de la pasta para recomponerla del todo y aun así haber sacado beneficio.

»Esa furcia es negra y bonita. No tiene mucho kilometraje. Los italianos se vuelven locos por las negras. Colega, te estoy dando cuartel. Si te mola, llámame al mediodía. Mientras tanto llamaré allí. La madame y yo nos entendemos muy bien. Está hecho que mañana mismo puedas encontrarle allí un hueco a tus penas.

El comprador dijo:

—Tío, sabes que merezco que me echés un cable. Haré lo que sea con tal de amortizar esa perra. Te llamaré a las doce. Venga, ya no estoy mosqueado contigo. Vamos a celebrarlo por ahí. Te invito a un par de rondas.

Se levantó, golpeando la barra con los nudillos. La linda mexicana se acercó para cobrarle, quedándose frente a él con una sonrisa.

El vendedor vació su vaso y se puso de pie, echándose sobre la barra para mirarle por el escote. Yo no dejaba de guipar por el rabillo del ojo.

—Son doce dólares. La suya son siete y la de su amigo, cinco —dijo ella.

—Invito yo —dijo el comprador—. Toma estos veinte y quédate con el cambio, señorita vas-a-ser-mía. Dime, nena, ¿ese mendigo que te trajo cuando viniste a trabajar esta noche era tu padre? ¿No te da miedo que yo pueda echarte un poco de sal y pimienta y comerte cruda?

—No, no es mi padre, es mi marido y no es ningún mendigo. Llevaba puesta la ropa de faena. No está bien comerse a la gente, además la gente no es comestible. Gracias por la propina. Vuelvan cuando quieran —contestó ella.

El comprador se desternilló de risa mirando al techo. De los pelos de la nariz le colgaban copitos de polvo blanco. Iba cargado de heroína hasta la coronilla, vía nasal.

Ella no dejaba de sonreír. Sus grandes ojos negros se achinaron con furia latina. Se volvió hacia la caja, la abrió de un golpe y volvió. Se quedó mirando al comprador. Llevaba un billete de cinco y tres de uno en la mano. Se puso a arrugarlos, haciendo un proyectil. Vi por el espejo al vendedor saliendo por la puerta y meneando la cabeza.

El comprador la miraba como si aquellos ocho dólares la hubieran convertido en esclava de su propiedad. La piedra de cuatro quilates que llevaba en la mano derecha brilló como el neón mientras se rascaba el paquete y le decía:

—Si ese pordiosero era tu hombre, me voy a quedar contigo. Qué cojones, debería secuestrarte ahora mismo. Es una pena que te malgastes tirando cerveza.

Zorra, tienes una fortuna entre esas piernas peludas. Voy a enseñarte a sacar uno de los grandes por semana. Siempre consigo lo que quiero. Voy a ir a por ti, zorra. Volveré a las cuatro para recogerte.

Una enorme masa negra con cara de bulldog rabioso entró en escena. Tenía que ser el gorila de la puerta. Se detuvo a unos metros detrás del comprador, sonriendo como un cocodrilo hambriento, moviendo los hombros y tensándolos. La mexicana estaba muy alterada. Disparó el proyectil dándole en toda la napa. El comprador se cubrió la cara con las manos.

—Estúpido cerdo asqueroso —gritó ella—. Estás enfermo, negro hijoputa. ¿Crees que voy a dejar que me toques? No daría una mierda por salvar tu vida de cloaca. ¡Si alguna vez vuelves a mirarme, te arranco el corazón!

El portero se lanzó sobre él como un misil antiaéreo. Sus pies traqueteaban por el suelo de parquet como un tren expreso. Le enganchó del culo por debajo del abrigo, agarrándole del escuálido cuello con la otra zarpa. El comprador iba prácticamente en volandas, bailando claqué con las puntas de los zapatos camino de la puerta. El garito estaba en silencio. El comprador giró la cabeza volviéndola hacia aquella enchilada rabiosa. Justo antes de derrapar en la acera, chilló:

—Putas asquerosas de culo jalapeño, te vas a acordar de mí.

El garito volvió a danzar. El combo arrancó con «Mood Indigo».

Me puse a pensar en el retaco. La mexicana estaba en jarras, mirándome, esperando que le dijera que el comprador era un hijoputa sin futuro. No sabía que yo aspiraba a formar parte del club.

Dejé un par de pavos sobre la barra y salí fuera. Eran las dos y media de la madrugada. Caminé hasta la esquina. Preston tenía razón, la puta negra de Veneno estaba frente a la bodega. Me citó. A pesar de la paliza que había recibido, no se le habían quitado las malas costumbres.

—Eh, flaco —dijo—, dame diez por un polvito. No te voy a meter prisa, guapo. Pilla una botella y vamos a corrernos una juerga.

Aparté la cara de su vista como si se tratase de la Medusa. Puse pies en polvorosa y crucé la calle. Tuve una visión fugaz de Veneno y sus zapatos del cuarenta y siete pateándome en el culo.

Me metí en el Ford y giré en redondo, camino del retaco y de la piltra. Al girar iluminé a Preston con los faros. Ahí seguía él, tratando de hacer más rico al Griego. Me saludó. Le toqué la bocina.

El mercurio estaba muy por debajo de cero, las calles heladas parecían una pista de esquí.

A menos de un kilómetro de La Gallera, vi la fachada de un hotel. El neón azul destellaba, Hotel Blue Haven. Entré en la recepción azul y roja. Había una moza en la mesa. Tenía una cicatriz en su mejilla parda y la talla y los morros de un peso pesado.

—¿Quiere algo fijo o sólo por una noche? —me dijo.

—¿Cuánto cuestan los apartamentos por temporada? Quiero lo mejor que tengas.

No importa lo que cueste, pero tiene que dar a la calle.

—Las mejores habitaciones individuales cuestan treinta y dos con cincuenta a la semana —me contestó—. Los mejores apartamentos de tres habitaciones cuestan cien a la semana.

Se levantó y fue hasta el casillero rojo que había detrás de ella. Cogió unas cuantas llaves y me las dio. El ascensorista era un carcamal que estaba leyendo un tebeo muy verde de Maggie y Jiggs, mientras silbaba «When the Saints go Marching in». Sus ojillos estaban enfrascados en el tebeo como si fuera el mapa de la Isla del Tesoro. Me quedé en la tercera planta.

Eché una ojeada a dos habitaciones individuales. Las alfombras estaban pringosas y el mobiliario hecho polvo. Esto sí que era un hotel de bajos fondos. El olor de la hierba gángster se filtraba por los pasillos.

Subí por las escaleras hasta el cuarto piso. Miré en dos apartamentos. Me quedé con el segundo. Estaba recién pintado en negro y dorado, con los muebles blancos y nuevos.

Estaba impoluto y era de lo más pintón. La ventana con cortinas doradas me ofrecía una buena vista de la calle. El apartamento me venía de perlas por el momento. Serviría hasta que me lo montase a lo grande con un buen estable. Volví al ascensor y pulsé el botón para bajar. El indicador de planta estaba atascado entre la segunda y la tercera.

Bajé por las escaleras. Me imaginé que las travesuras de Maggie y Jiggs le habían subido la presión al viejo carcamal. Probablemente, alguna puta del hotel estaba ahí haciéndoselo con el abuelo. Fijo que el tebeo les serviría de manual.

Me acerqué al mostrador, me registré y pagué una semana de alquiler por adelantado. Me guardé la llave en el bolsillo y salí a por el Ford. Enfilé hacia el retaco. Vi a una furcia negra conduciendo a un blanco hacia la puerta principal del Hotel Martin, a unos treinta metros del Haven. El retaco podría llevarse ahí a sus mejores clientes.

Cuando llegué eran las cuatro de la madrugada. Aparqué y subí las escaleras del hotel. El metropolitano sacudió las escaleras al pasar. Su sombra se coló por la ventana del segundo piso y atravesó la pared como un espectro temblequeante y veloz.

Doblé por la derecha hacia el número veinte. Metí la llave en la cerradura y entré. El retaco estaba con los ojos muy abiertos. Saltó de la cama. Llevaba puesto un picardías rojo. Se apretó fuertemente contra mí. Actuaba como si me hubiera ido por un año.

—Oh, corazón, estoy tan contenta de que hayas vuelto. Estaba preocupada de la hostia. ¿Dónde te has metido? ¿Me quieres tanto como yo a ti? ¿Me has echado de menos? Me moriría si alguna vez te pasase algo —me dijo.

Unas imágenes descorazonadoras irrumpieron como un tornado en mi cabeza. Apreté los dientes. Sentía las uñas de mis dedos clavándose en las palmas de mis

manos como piolets en el hielo. La escenita de amor del retaco resucitó viejas y tristes memorias. Vi al pobre negro de Henry farfullando de rodillas su amor por mamá, sus ojos lastimeros implorando que no le partiera el corazón.

Vi a mamá liberándose de él y de sus brazos desesperados a patadas. Recordé aquella terrible mirada de desprecio y triunfo en la cara de mamá. Pensé en los gusanos que habían devorado la carne de Henry, allá en su tumba solitaria.

Me estremecí y con todas mis ganas le metí al retaco un puñetazo en la cara. Un dolor punzante me sacudió hasta el hombro al golpearla. Gimió y salió despedida hacia la cama, rebotando como si cayera sobre un trampolín. Al segundo rebote sonó un crujido de algo que se hacía papilla. Había estampado la frente contra el borde acerado de los pies de la cama.

Se quedó espanzurrada respirando con fuerza. Me acerqué a ella. Agarré con el puño una mata de pelo. Volví su cabeza hacia mí. Tenía los ojos cerrados y una brecha sanguinolenta justo encima de la ceja derecha.

Fui al aguamanil a por una jarra de agua fría y le duché la cara. Abrió los ojos despacio y, sin moverse, se me quedó mirando desde abajo. Un hilillo de sangre le surcaba el carrillo hasta la barbilla.

Se pasó la mano por la cara y vio la sangre. Sus ojos eran dos lunas llenas. Estaba boquiabierta. Yo seguía mirándola desde arriba. Se me revolvieron las tripas hasta el escroto. El generador que daba vida a mi arma de guerra echaba chispas.

—¿Por qué, corazón? —me dijo entonces—. ¿Qué he dicho para que me hosties? ¿Es que estás pedo?

—Zorra, aunque estés más de cien años conmigo, no se te ocurra volver a preguntarme dónde he estado. No trates de volver a montarme un numerito de amor. No somos una pareja de puretas. Yo soy un chulo y tú una puta. Ahora venga, levántate y ponte una toalla fría en esa ceja.

Fue a la palangana del aguamanil y se lavó la sangre. Me miraba a través del espejo con los ojos muy abiertos. Yo no suponía que su cabeza estaba empezando a pergeñar una venganza contra mí. Siete años más tarde me ajustaría las cuentas enviándome a prisión encantada de la vida.

Se sentó en el borde de la cama presionando la toalla contra la herida. Me metí en el sobre a pelo. A los quince minutos se había cortado la hemorragia. Sólo quedaba un pequeño corte y un chichón.

Se acostó a mi lado arrastrándose. Me mordisqueó la oreja. La lagarta dio unas cuantas vueltas campo a través con la lengua y después tiró por la senda del gran jefe, para dar la vuelta al mundo. Yo yacía en silencio. Intentaba averiguar la verdadera razón por la que le había atizado. No encontré la respuesta. Mis pensamientos estaban rebanados por la cuchilla de mi conciencia.

—¿Te gustaría atarme, corazón? Por favor, me apetece —susurró.

—Zorra, siempre piensas en lo mismo —respondí—. Voy a atarte como a una cerda en el matadero. Después de que te quedes a gusto, te contaré dónde vas a

trabajar esta noche. Tumbate de espaldas. Abre las piernas y pon los brazos por encima de la cabeza. Así me gusta, dulce y perversa zorra.

6. PERFORANDO EN BUSCA DE PETRÓLEO

El estrépito del metropolitano estremeció la habitación media docena de veces. El cielo amaneció sucio. A través de las persianas desgastadas se colaban dedos de luz gris.

Estaba dormida en mis brazos. Había manchas de sangre seca bajo su barbilla. Su corazón parecía correr como un gato salvaje acosado por los perros. Escuché el clip-clop del caballo de un repartidor de hielo. Las ruedas del carromato crujían al ritmo de su cantinela:

—¡Hielo! ¡El hombre del hielo! ¡Hielo! A diez centavos los doce kilos, a veinte los veinticinco. Guarda frías las chuletas y sandías. Invita a tu novio a menudillos todos los días. ¡Hielo! ¡El hombre del hielo!

«Aquí, hasta el nombre del hielo es un muerto de hambre», pensaba yo. «Tengo que meterme en el tinglado de ahí abajo. Por lo que contaba Preston, esas calles deben de ser la hostia. Tengo que ponerla a ejercer ahí, donde está la pasta. Cuando le dé instrucciones tengo que estar frío y seguro de mí mismo. Tengo que evitar que dude y piense que soy un colegial. Voy a recordar la manera de hacerlo bien tal como se lo escuché a los chulos del trullo».

—Phyllis —le dije—, tu papi ha estado husmeando por esas calles. Es como atravesar un río de mierdas movedizas. Si en vez de a ti tuviera a otra puta, creo que me negaría a dejarla suelta por ahí buscando viruta. Nena, tengo mucha confianza en ti. Sé que ningún mangante ni mala puta podría venderte la cabra. De hecho soy capaz de plantarme en el Capitolio y jurar que tú no vas escuchando camelos porque estás muy ocupada sacando dinero. ¿Estoy en lo cierto respecto a ti o te he sobreestimado?

—Corazón, ya soy mayorcita —me dijo—. No hay un puñetero hijoputa de tres al cuarto que me pueda apartar de ti. Yo a ti te ya-sabes-qué y siempre lo haré. Cielo, sólo quiero ser tu perrita y conseguirte un millón de dólares. Cuando seamos ricos, quizás no te importe que Gay, mi hija, viva con nosotros. Sólo tiene dos años. Es tan mona y cariñosa. Te volverá loco. Ahora la cuida una tía mía de San Louis.

«Vaya chulo de pacotilla que estoy hecho», pensé. «Hace una semana que la tengo y yo sin enterarme. No tenía ni idea de que hubiera una mocosa. Peor aún, no la he interrogado a fondo. La verdad es que no sé nada de ella. Se me ha escapado ese detalle de lo aprendido en el trullo. Me he quedado satisfecho con el informe superficial de aquel camarero mariquita».

Los rufianes de la trena siempre decían: «No hay nada más importante que saber qué es lo que pone en movimiento a una puta nueva y por qué. Tienes que perforarle

el cerebro, enterarte de quién fue el primer tío que se la pasó por la piedra, ya fuera su propio padre. Que te cuente su vida. Si se acuerda de cuando estaba dentro de su madre, ¡mejor! Arma el rompecabezas. Así podrás saber si se trata de un género de dos días o de los que te aguantan dos años. No juegues con ella a ciegas. Interrógala hasta ponerla histérica si hace falta. Despiértala cuando duerma a pierna suelta. Contrasta sus respuestas con lo que tú sabes».

—Nena, lo que has dicho es el camino de la pasta —empecé—. Estamos tú y yo solos contra el mundo. Voy a convertirte en una estrella. Vamos a ser más ricos que la reina de Saba. Tienes que mover el culo a tope en esas calles, nena. En cuanto tengamos un buen fajo, irás a por tu niña. Ahora, olvídala hasta que estemos en condiciones. No quiero que pienses en otra cosa más que en todos esos primos que andan sueltos por ahí.

»Y ahora escucha atentamente. Quiero que te muevas sólo por la calle. Nada de beber, nada de fumar gángster ni tomar nada durante el trabajo. Tienes que tener el coco despierto y limpio ahí afuera. Si no, podrías perder la vida o, lo que es peor, mi pasta. Créeme, no exagero. Quiero que te cosques de todo lo que pasa a tu alrededor y lo memorices. Quiero un informe cada noche cuando acabes. Puede que algún macarra te tire los tejos esta noche, por ejemplo, y mañana vaya a por ti.

»Apártate de esos macarras negros. Como te vea rajando con alguna tortillera te meto el zapato en el culo. Ve a por los primos blancos que pasan en coche. Los negros te traerán problemas, sólo piensan en levantar un hogar.

»Eres negra y preciosa. No se te podrán resistir. Ellos son los salidos y ellos tienen la pasta. Primero les pides cien y luego les sacas diez. Puedes bajar el precio, lo que nunca puedes es subirlo. No vayas a casa de nadie. Si te dan veinte o más, llévatelos al hotel Martin, al final de la calle a la que nos vamos a mudar. Háztelo dentro de los carros lo más posible. Háztelo rápido y si se pasan de tiempo, les pides más.

»Te llamas Mary Jones. Tengo un resto de sobra para sacarte en seguida. No eres una ladrona. No necesito ni abogados ni prestamistas. No estás fichada. Si le echas el ojo a alguna chavalita por ahí, puta o pureta, ve a por ella. Hazte su amiga. Háblale de mí. Ya sabes, le cuentas lo listo y lo dulce que soy. No dejes que ninguna zorra te eche el ojo a ti. Esta familia necesita algunas putas. No me traigas zorras yonquis. Bien, ¿hay algo que no te haya quedado claro?

—No, corazón —me dijo—, me he quedado con todo. No sé, si de pronto surge algo que no entienda, pues me lo explicas. Estoy orgullosa de ti, corazón. Eres tan listo y tan fuerte. Me siento segura siendo tu chica. Voy a ser tu estrella.

Le había dicho todo lo que sabía y no era más que basura de chulo. Lo único que saben decirle a una puta el noventa por ciento de ellos. Lo que de verdad necesitaba para protegerse en esas calles tan chungas era una planificación diaria, al menos mientras fuese mi fulana. Pero ¿cómo iba a prevenirle de los cientos de pirulas con las que se iba a encontrar?

Todo lo que sabía lo había sacado de los chulos de la trena. No eran más que pobres rufianes de pueblo. Ninguno de ellos tenía cojones ni ciencia suficiente para este carril de alta velocidad. El retaco y yo éramos lo que se dice un ciego guiando a otro ciego. Estaba agotado. Necesitaba descansar para estar fresco en el debut.

—Anda cielo, tenemos que sobar un poco. Vamos a tener mucha faena esta noche. ¡Ah! Se me olvidaba, una rata te ha choriceado tus cosas. No te preocupes, con lo que tú ofreces, mañana tendré suficiente guita para comprarte algo guapo de verdad. Hoy es nuestro último día en este albergue. He pillado un apartamento muy coqueto en una buena zona. Duerme profundamente, muñeca.

—Está bien, corazón. Voy a dormir —me dijo—. Me gustaría saber qué estará haciendo Gay.

Cuando me desperté, tenía la sensación de que el retaco me había escaldado con aceite hirviendo. Estaba empapado en sudor caldoso. El corazón me golpeaba en el pecho como una bola de demolición. El tío zorro que hacía el papel de Dios me la había vuelto a jugar. Acababa de fustigar de nuevo a mi madre. Los ojos enormes y asustados del retaco casi tocaban los míos. Parecía como si su herida supurante se hubiera convertido en otro coño.

—Corazón, corazón, ¿estás bien? —me decía—. Soy tu nena, Phyllis. Joder, has tenido una pesadilla de la hostia. ¿Es que te perseguía la pasma o algo parecido?

—No, nena, de hecho eras tú la que estaba en líos. Habías cometido una estupidez en la calle. Dejabas que un macarra negro te engañara y te metiera en su Cadillac. Resulta que era un gorila energúmeno. Quería cortarte la garganta. Pude salvarte antes de que te matara. Los sueños suelen ser portadores de avisos. Así que mantente lejos de los Cadillacs de esos macarras, zorra.

—Corazón, buscaré los Cadillacs de los blancos —me dijo—. Ahí es donde está la pasta gansa. Ningún macarra negro me la va a pegar. Ya estoy muy espabilada como para que me la den con queso. Espero que no te mosquees conmigo por un sueño. No voy a cagarla ahí afuera, corazón.

Eran las cinco y veinte. Hacia las siete nos mudamos al Blue Haven. El retaco subió al apartamento. Lo primero que hizo fue descolgar el auricular del teléfono para ver si funcionaba.

—Di a tus clientes que te llamen aquí —le dije.

Dejó en el suelo la piel de oso y se puso a decorar la habitación con sus luces y demás chorradas. A excepción de las estrellitas, era una réplica del apartamento donde la hice mía. Se fue a la calle a currelar a eso de las ocho. Le dije que durante la primera semana se moviera únicamente por nuestra manzana.

Me asomé a la ventana. A los diez minutos de bajar llegó la suerte. Se la llevó un blanco en un Buick del 37. La cronometré. Fue más veloz que un caballo de carreras. Volvió a su puesto a los nueve minutos y medio.

Una negra guapa podía ventilarse a un blanco salido en un pispás. Vi cómo se levantó a otros tres. Me di una ducha y me maqueé lo más que pude. Anoté en mi

agenda mental que tenía que buscar urgentemente un contacto para trajearme de lujo. También tenía que buscarme un contacto de gángster y cocaína. Cogí el ascensor. Dejé la llave en recepción. Le había dicho al retaco que cuando hubiera sacado más de cuarenta pavos subiera a dejarlos en mis botas Stetson.

Me monté en el Ford. Camino de La Gallera saludé con la mano al retaco. Era de puta madre tener a una puta joven y de calidad ejerciendo para mí.

Aparqué en la acera de enfrente de La Gallera. Con una esponja de la cajita de maquillaje que había en la guantera me empolvé la cara. Salí y crucé la calle.

Eran las diez y media. El cielo parecía una deslumbrante puta fresca. La noche de abril estaba tonta por él. Le había regalado un brazalete con múltiples incrustaciones de estrellas diamantinas. Cual ojo maligno, la luna gorda miraba aviesa a los chulos, putas y chorizos que andaban como halcones al acecho de algún primo o de algún golpe.

Sentía la cruda ternura de los primeros vientos de abril golpeándome en los bajos del abrigo blanco de piel de cocodrilo. Los primeros efectos del veneno del chulo se gestaban en mi interior. Me sentía poderoso y bello.

«Aún soy un negro en el mundo de los blancos», pensaba. «Mi ambición de ser importante y admirado podría hacerse realidad incluso tras la empalizada negra. Está chupado, sólo tengo que chulear a tope y sacarme una montaña de viruta. Si tienes planta y clase, en ambos mundos, cualquiera te besará el culo hasta dejártelo morado».

Estaba a seis portales de La Gallera. Ahí estaba él, en mitad de la acera. Le miré al pasar. Era un palmo más bajo que el retaco. Parecía un bebé negro al que hubieran dado pastillas chungas. Su cabeza era del tamaño de una calabaza gigante. Tenía la voz chillona, como la de un sifilítico cuando el carnicero le mete la sonda por el pito.

—Limpia, limpia, figura. Tiraría mi mano si tuviera una como la tuya. Móntatelo a lo grande. Diez centavos y te los dejo flamantes. Limpia, limpia.

Me miré los calcos. No les vendría mal una buena lustrada. Me acerqué a donde señaló con el dedo arrugado, o sea, donde tenía su kiosco aquel enano. Estaba entre dos edificios, en la boca de un callejón. Las franjas rojas de su toldo raído ondeaban al viento.

Me encaramé a la silla. El enano se puso a lanzar pegotes de betún a mis Stetson. Un tirilla, un menda esmirriado que llevaba puestos más de quinientos pavos en trapos, se sentó en la otra silla. Tenía las uñas pintadas de plata. Su perfume apestaba.

Un despampanante y exclusivo Duesenberg negro aparcó junto a la acera, frente a mí. Tenía la capota bajada. Mis ojos hicieron una triple toma.

En el asiento de atrás había un bigardo impresionante. Llevaba un ocelote en el regazo, arrullándose contra su pecho. La correa del gato era un collar de piedras preciosas enganchado a una cadena de oro.

Iba sentado entre dos putas amarillas blanconazas espectaculares. Sus diamantes relucían bajo las luces de la ciudad. Delante iban tres putas blancas bestiales. Era

Boris Karloff en «rostronegro».

Estaba diciendo algo. Las cinco putas estaban vueltas hacia él. Le escuchaban prestándole atención como si fuera Dios dándoles entradas para el cielo. Como si les estuviera soplando un lugar seguro ante la inminente llegada del fin del mundo.

—¿Quién es ése? —dije yo.

—Tú debes de ser forastero —me dijo el enano—. Ése es el Dulce Jones. Es el chulo negro más grande de la tierra.

El esmirriado intervino:

—Esa gata moteada, la Niña Bonita, es la única zorra por la que se preocupa a vida o muerte. Qué hostia, esas putas que guipas no son ni la mitad de su establo. Si es que hay chulos negros en el espacio, éste es también mejor que ellos. Él y sus putas van a darse una fiesta en La Gallera. Lleva en la cartera por lo menos veinte de los grandes. Eso sí, no hay chorizo tan chalado que se atreva a echarle mano. Le divierte cepillarse negros.

No podía creer lo que veía. Sólo eran las nueve y treinta y ocho. Esos Duesenberg valían una fortuna. Debía de ser el único chulo negro del país que tenía uno. Mis ojos se corrieron de gusto sólo de verle con esas putas tan potentes. Aquello era tan emocionante como, yo qué sé, el advenimiento de Jesucristo.

El enano me había dejado los calcos relucientes. Le di un dólar. Me quedé ahí sentado viendo cómo el Dulce Jones y sus putas salían del Duesenberg y se dirigían a La Gallera. La gata moteada caminaba a su lado, acariciándose contra él.

«Tengo que entrarle esta noche», pensé. «Iré con cuidado, no vaya a echarlo a perder. Le entraré en La Gallera. Ya se me ocurrirá algo».

Abandoné el kiosco. Pasé junto a la puta conflictiva de Veneno. Estaba en un Cadillac rojo, sentada con un menda, pimplándose una botella de ginebra. Mientras me aproximaba a La Gallera vi al viejo Preston tratando de empujar a dos primos hacia el tugurio del Griego. En cuanto fui a meterme en el garito abrió los ojos y me hizo un gesto levantando el pulgar. Quería decirme que el Dulce estaba dentro. Asentí con la cabeza y entré.

Era el día libre del combo. En la máquina de discos sonaba un sofrito de «Pennies From Heaven». Aún no había mucha gente en el garito. Habría una media docena de parejas en las mesas. En la barra sólo estaban el Dulce y sus putas, copando el centro de la misma. La gata se lamía las zarpas bajo la banqueta de su dueño. Me senté en la barra, cerca de la entrada, mirándoles. La linda mexicana estaba frente a él.

El Dulce estaba invitando a todo el personal. Ella atendió a su grupo y me miró. Se acordaba de mi bebida. Me puso un ponche Planter a costa del Dulce. La camarera de las mesas salió con una bandeja cargada de copas de parte del Dulce y las repartió entre los asistentes.

Yo estudiaba al Dulce. Medía dos metros por lo menos. Su cara era una máscara de acero negro. No había ni una pizca de emoción en toda ella. No paraba de golpear una contra otra la base de los pulgares de sus brutales manos, como si estuviera

destrozando una garganta invisible.

Incluso de lejos me acojonaba. Suponía que sus putas estarían cagadas de miedo. Si llega a sonreír, seguro que se caen de espaldas del susto. Dejaba claro que lo de ser chulo no tenía nada que ver con un concurso de belleza.

Las putas le daban fuego. Hacían turnos para darle sorbitos de sus refrescos. Se mataban entre ellas por embutir las narices en su culo.

Me quedé helado. Una de las putas blancas le estaba diciendo algo al oído. Aquellos ojos grises extraterrenales dentro de bolsas de ébano me estaban mirando. No paraba de oír el choque de aquellas mazas de carne.

«¡Dios Todopoderoso!», pensé. «Ay mamá, espero no parecerme a algún menda que le haya sacado a ésa un polvo, o la pasta, a hostias. Por favor, no permitas que esa tía me señale con el dedo».

Apartó de mí sus terribles ojos gris perla. Golpeó el culo del vaso contra la barra. Se puso a hablar con la mexicana. Ésta asintió con la cabeza y miró a lo largo de la barra hasta mí.

Sobre el reposapiés, mis Stetson se entrechocaban como los tacones de un bailar flamenco. La máquina de discos lloriqueaba las penas de Lady Day acerca de su hombre egoísta pero dulce. Me preguntaba si volvería a ver al retaco y si no, cuánto tardaría ella en encontrar a otro que se ocupara de pisarle el culo.

Las parejas de las mesas tenían los ojos como platos enfocados sobre la arena. Aquello parecía el Circo Máximo. El cristiano condenado, o sea, yo, contra el rey de las bestias, o sea, él, además del ocelote.

La mexicana se me acercó lentamente. Traía el semblante tenso y severo. Había compasión en sus ojos. Estaba en contra de la pena capital.

—El señor Jones quiere que vayas a verle ahorita mismo —me dijo.

Se dio la vuelta y se alejó. Me puse en pie temblando y me encaminé hacia el señor Jones atravesando los mil kilómetros que nos separaban. Fui desempolvando el 175 de cociente de mi coco.

Llegué hasta él. La gata bufó bajo la banqueta. Me clavó los ojos amarillos. Aparté los míos de ella y los fijé en el suelo. No me atrevía a mirar tan de cerca a los ojos incandescentes del Dulce. Sabía que me iba a jiñar en los pantalones.

Se giró en la banqueta dándole la espalda a la barra. Se me quedaron los ojos pegados a las puntas afiladas y metálicas de sus calcos de charol. Cada vez que golpeaba sus enormes garfios me estremecía.

—Negro, ¿sabes quién soy? —susurró—. Mírame cuando te estoy hablando.

Mi teletipo mental imprimió cómo encontrar la salida de emergencia. Decía: «Con un maníaco como éste tienes que comportarte igual que un negro del Mississippi. Has de hacerle creer que es el cabecilla blanco de una turba de linchadores. Tienes que engañarle, pero ojo, no te pases de listo. No dejes de lamerle el culo. Sé sumiso todo el rato».

—Claro que sé quién es usted, señor Jones —dije—. Usted es el dios negro de las

relaciones públicas. No hay un solo negro viviente que no haya oído hablar de su fama o al que no le suene su nombre, salvo que sea sordo o imbécil. La razón por la que no le miro es para que no me pase lo mismo que a esa pardilla de la Biblia a la que le dio por mirar a donde no debía.

Sus putas se descojonaron de risa. La Niña Bonita no fue muy femenina, se tiró un pedo y enseñó los dientes. Las punteras de cuero acharolado dejaron de sonar. ¿Lo estaba haciendo bien? Alargó la mano y me cogió de la barbilla. Me levantó la cabeza empujando con el garfio gigante. Tensé mis abdominales para no cagarme por la pata abajo. Aquellas ranuras grises casi me hacen desmayarme de golpe. Cuando abrió la boca vi entre sus labios una pantalla de saliva parecida a una tela de araña.

—A ver, negrito —me dijo—, ¿quién eres y de dónde vienes? Te pareces un poco a mí. A lo mejor me tiré a tu mamaíta, ¿eh?

Esquivé la trampa con soltura. Le dije:

—Señor Jones, soy un don nadie que quiere ser alguien en su mundo. He nacido aquí en su ciudad. Es muy posible que mi mamaíta se colara por usted. ¿Qué zorra no lo haría? Si yo fuera una zorra pagaría por hacérmelo con usted.

—¿Qué tal un buen coño blanco, negro? Esta perra mía quiere que te la tires. Yo le doy a mis putas todo lo que me piden. ¿Quieres tirártela por veinte pavos?

En mi coco apareció el aviso: «¡Cuidado, idiota!».

—Señor Jones —le dije—, no soy un vulgar primo. Quiero ser tan grande como usted. Nunca llegaré a nada si doy al traste con las reglas del chulo. Usted es el chulo más grande de la tierra. Ha llegado a lo que es por ceñirse a las reglas. ¿Es que quiere que un pobre chulo aficionado como yo la cague antes de empezar?

La guarra blanca de su lado puso boquita de piñón, pidiéndole a Nerón que bajara el pulgar.

—Jones —dijo ella—, haz que este capullo tan mono se lo haga con tu nena. Nunca consientes que nadie te lleve la contraria. El que sueña con ser chulo es algo que me pone muy cachonda. Oblígale, mi rey, oblígale. Demuéstrale quién es el que manda. Échale a la Niña Bonita encima.

Él la apartó a un lado. La boa constrictor se aflojó en mi pecho. La calavera y las tibias cruzadas de su mirada se empañaron de desdén. Aspiré profundamente.

—Inútil negro de mierda —rugió—, ¿tú un chulo? Si no sabes ni cómo se deletrea «chulo». No vales ni un grano en el culo de un chulo. Negro, mira que te desparramo los sesos por el techo. No dejes que la palabra chulo vuelva a salirte de la boca en mi presencia. Ahora lárgate, maricón. Debería meterte la polla en la boca.

La gata salió sigilosamente de debajo de la banqueta. Se erizó, mirándome hacia arriba.

Yo no era David. Y menos mal que no lo era. Estaba mosqueado de verdad con aquel cabronazo. Sonreí cínicamente y saqué un billete de cinco. Lo dejé sobre la barra y salí a la calle con el rabo entre las piernas. Tuve suerte de no haber esgrimido la navaja automática que guardaba en el bolsillo contra la magnum 38 que Goliat

ocultaba bajo el cinturón.

Le di con la puerta en la frente a Preston. Había estado fisgando por una rendija de la persiana de la entrada. Se frotó la cabeza. Parecía asustado.

—Chaval, ya te dije que estaba majareta —me dijo—. Sigue así y un topo tendrá que hacerte de cartero. Deberías darme la dirección de tu madre, por si acaso. Tengo que saber adónde mandar tu cadáver. ¿Adónde vas ahora?

—Mira, Preston —le dije— yo no le he entrado. Él me entró a mí. No soy un lavacerebros, la hostia. No he sabido manejar a ese maníaco. Me voy al Ford a pensar.

Cuando me alejé de su lado se quedó haciendo ruidos con la boca. Me derrumbé en el asiento del coche. Apestaba a sudor del miedo que había pasado en el bar. Tenía los pantalones chorreando.

Vi a la blanca que se había puesto cachonda conmigo sujetando la puerta abierta de La Gallera. Salió el Dulce. Le seguían sus putas en fila india camino del Duesenberg.

Un moreno alto con el pelo engominado salió de un Cadillac rojo. Era aquel osado al que vi dándole ginebra a la chica de Veneno.

El establo del Dulce ya estaba dentro del Duesenberg. El menda de la brillantina en la cabeza se puso a charlar en la acera con el Dulce. Se dieron el uno al otro una palmada en la espalda. Parecían colegas de toda la vida. La Niña Bonita no paraba de frotarse la cola contra la pierna de su hombre.

Casi me muero del susto. Era Preston golpeando en la ventanilla del coche. Abrí la puerta. Entró. Tenía los ojos desorbitados mirando desde detrás de mí hacia el Dulce, al otro lado de la calle.

Aspiraba como una sardina fuera del agua. Me estaba insistiendo a través del asiento para que cogiera un revolver oxidado del 22. Temblaba como si estuviera a punto de asesinar al mismísimo Roosevelt.

—Chaval —me dijo—, ¿es que no le odias? Le tienes asco. Vi cómo le mirabas. Un hijoputa como ése no tiene derecho a vivir en esta tierra bendita del Señor. Hazle un favor al mundo entero y a ti mismo, chaval. Toma la pipa y acércate como una serpiente por la acera mientras está ahí de cháchara con el Brillantina. Métele el cañón en la oreja y aprieta el gatillo. Inmediatamente después le vuelas los sesos al gato. Está chupado, chaval. Puedes hacerlo. Todos los negros del país te lo agradecerán. Chaval, ahí tienes tu oportunidad para triunfar. Vamos, chaval, hazlo ya. Nunca vas a tener otra oportunidad igual.

—Preston, lo mío no es el asesinato, ni quiero que lo sea. No quiero volarle los sesos en la acera y que se echen a perder. Quiero aprovecharme de ellos, que funcionen en mi coco. Te estás haciendo viejo, Preston. No puedes hacer ni la O con un canuto. Él te ha puteado mucho más que a mí. Ya no tienes nada que perder. ¿Por qué no te haces tú el héroe y te lo cargas? Anda, Preston, coge la artillería y lárgate. Me caes bien, pero no seas pelmazo, ¿vale? He tenido una noche muy movida y

necesito descansar el coco.

—Oye, nene —me dijo—, ¿crees que no tengo huevos? Él me echó a perder, chaval. Me ha destruido. No es más que un puto negro. No es un oso, ni tampoco su gato es un tigre. Voy a ir ahí ahora mismo y los voy a liquidar.

El viejo Preston salió disparado del auto. Le seguí con la mirada. La pata chula le hacía columpiarse de un lado a otro. Parecía uno de esos zancudos patriotas que salen desfilando por las calles el Cuatro de Julio.

Me preguntaba si llevaría encima el suficiente licor de garrafón para dejar al Dulce con las manos cruzadas sobre el pecho para siempre. Preston estaba al otro lado de la calle a tan sólo veinte pasos de él y del Brillantina. Llevaba la mano metida en el bolsillo del abrigo, con la pipa caliente y lista, la espalda recta y los hombros erguidos. El Dulce estaba de espaldas a mí. Yo pensaba: «El cabraloca este es capaz de hacerlo. Desde luego, tiene sus razones. El Dulce se ha pasado mucho con él. ¿Se verá mucha casquería? ¿Morirá el Dulce en el acto o saldrá escopeteado por la calle como un pollo descabezado? ¿Saltará la Niña Bonita sobre Preston y le arrancará el gaznate? Si Preston se lo cepilla, tendré que entrarle a Veneno. Le sorberé el seso. Él será el número uno. Puede que un par de putas de las del Dulce vengan a parar a mis manos. Menudo chulo estaría hecho, tan joven y fardando con un Duesenberg».

Preston se arrimó al Dulce. Apenas se movía. Vi cómo sacaba la mano amarilla del bolsillo. Le sobrepasó unos tres pasos y se detuvo. ¡Iba a hacerlo! Estaba reculando para dar un ataque sorpresa por el flanco.

En ese instante el Dulce giró su cabeza de búfalo, mirando a Preston de arriba abajo. La Niña Bonita se erizó. La boca de Preston era una cueva negra y desdentada en su jeta amarilla. El gallina hijoputa se había quedado helado ante aquellos temibles ojos grises y el gato. Soltó una sonrisilla al Dulce, mostrando la mano vacía.

Preston podía habérselo hecho de no ser por aquellos focos con que le fulminó el Dulce. El viejo Preston humilló su cocorota calva. Abucharado y con los hombros encogidos, reculó hacia el tugurio del Griego. Acababa de perder su gran oportunidad para alcanzar la gloria.

Me quedé mirando al Dulce, elucubrando cómo entrarle. Todo parecía inútil. Finalmente, el Dulce se metió en el asiento trasero de su Duesenberg. La gata brincó a su regazo. Una de las blancas arrancó a toda velocidad y desaparecieron. El Brillantina entró en La Gallera atusándose la cúpula grasienta. «Ese cabeza lubricada con cara de puta bonita podría ser mi conducto para el Dulce», pensé.

Volví a sacar la esponjilla y me retoqué el maquillaje. Salí del Ford y me encaminé a La Gallera. El garito estaba de bote en bote. Qué suerte, quedaba una banqueta libre en medio de la barra.

El guaperas estaba en la banqueta de al lado. La enchilada apareció en un periquete, fijo que no se le habían olvidado los cuatro pavos de propina. Me puse a sorber mi ponche Planten Tamborileaba mis Stetson contra las patas de la banqueta. Dentro del garito sonaba a tope «Volando a casa», de Hampton.

Detrás de mí, en una mesa, había una jauría de blancas. Parecían venir de una reunión de esas de padres y alumnos. La fragancia de sus perfumes impregnaba el ambiente con un popurrí de olores sensuales. Habían venido a echar una cana al aire. Parecían escritoras. Puede que estuvieran investigando a fondo en «los hábitos sexuales del macho negro».

No perdí más tiempo. Temí que el guaperas se me escapara. Aparté la vista de la jauría excitada del espejo. Me volví hacia él y le di un toque suave en la manga.

Era un malhechor, no cabía duda. Dio un respingo en la banquetta, como si le hubiera metido un atizador al rojo vivo por el culo, volvió la cabeza hacia mí con cara de susto, alarmado y con los ojos saltones bajo largas pestañas de seda. Se había asustado como una novicia sorprendida en bolas por la madre superiora en el dormitorio del párroco.

—Hostias, tío, perdona. No me he dado cuenta de que estabas a lo tuyo. Siento haberte entrado en plan plasta. Me llaman el Joven Blood. Soy amigo de Preston. Tú debes ser el famoso Brillantina Top. Sería un gran honor invitarte a un trago.

Se pasó la mano por la fregona brillante y me dijo:

—Sí, tío, yo soy el Brillantina, ¿qué pasa? Vosotros los niños es que no tenéis modales. Me fastidia que me interrumpas así. Cuando alguien me toca me gusta estar prevenido y que además lo haga de cara, ¿sabes? No es que esté mosqueado. Ya veo que no eres más que un mequetrefe que necesita que le enseñen cómo comportarse en público. No bebo. Puedes pedirme una cola si quieres, pero que sea con mucho azúcar.

La mexicana echó un cucharón de azúcar en la cola y la sirvió. Le dio vueltas con una pajita y levantó el vaso para bebérsela. Me fijé en que tenía unas feas líneas negras a lo largo de las venas de su mano marrón claro. Era evidente que se trataba de un yonqui. Él sabría dónde conseguir coca y también gángster para el retaco. Para colmo era colega del Dulce, por lo que podría matar dos pájaros de un tiro.

—¿Así que conoces a Preston? —me dijo—. ¿De qué vas tú? ¿Qué eres, un palquista o sólo un vulgar ratero?

—Conozco a Preston desde niño —le dije—. Solía lustrarle los calcos cuando iba de chulo. No soy ni ratero ni palquista. Soy chulo. Tú también debes serlo. Te vi rajando con el mejor chulo que hay.

—¿Tú un chulo? Nunca he oído hablar de ti. ¿Dónde has ejercido, en Siberia? El Dulce no es el mejor chulo que hay. Ése soy yo. Los chulos son como los coches. El más conocido no tiene por que ser el mejor. Es como si yo fuera un Duesenberg y el Dulce un Ford. Yo tengo la calidad y la elegancia, él no tiene más que propaganda y suerte. El Dulce tiene diez putas y yo cinco. Es que las putas de esta ciudad todavía no se han enterado de lo grande que soy. Pero cuando despierten me las voy a tener que quitar de encima con un bate de béisbol. ¿Cuántas chicas tienes?

—De momento sólo tengo una —le respondí—. Acabo de salir de la trena, pero llegaré a tener diez antes de un año. Se va a hablar de mí en esta ciudad. Pienso que

debería entrarle a algún chulo importante tipo el Dulce. No soy tan estúpido como para no darme cuenta de que aún tengo que aprender un montón más de lo que hasta ahora sé sobre chulerío. También necesito contactos para pillar perica y hierba. Sólo soy un chaval en la oscuridad esperando que algún cerebro me ilumine el camino.

—Aguarda un momento, Blood. Creo que me he dejado la puerta del Caddie abierta. Voy a charlarla y vuelvo enseguida.

A través del espejo le vi salir. Torció a la izquierda hacia el tugurio del Griego. Sabía que iba a ver a Preston para corroborar. Al salir, aquella jauría jadeante le siguió al unísono con la mirada, como si acabara de marcharse Cary Grant.

De la caja de música salían lamentos de un blues de trastero. Un pollo cantaba: «Me estoy viniendo abajo poco a poco, no llames al doctor, el doctor no puede hacer nada, por favor, escríbele a mi mamá, cuéntale lo mal que estoy, viniéndome abajo poco a poco».

Me acordé de que era el disco favorito de mi viejo. Siempre lo estaba poniendo en aquel tocata Victrola. También me acordé de la cara de espanto que puso cuando entró y vio que había volado con todo lo demás. Me preguntaba si viviría aún y si estaría en la ciudad. Si me encontrase con él después de tantos años no sabría qué decirle.

Las pollitas almidonadas estiraron los cuellos hacia la puerta. Miré por el espejo hacia la izquierda. El Brillantina estaba de vuelta. Cuando por fin se sentó, las gallinas se pusieron a cacarear.

—Tío, ¿no tienes miedo de que esas titis sedosas que hay detrás de nosotros te violen? —le pregunté.

—Y una mierda —me dijo—, si las dejas a todas en bolas y las registras no juntas ni cien pavos. No son más que un hatajo de marujas reprimidas. Están hartas de no echar un buen polvo en casa. Sólo tienen ganas de llevarse al huerto a algún negrito imberbe y aprovecharse de su inocencia. Saben lo suficiente unas de otras como para mantener el pico cerrado. No hay manera de que sus maridos se enteren de lo que hacen. ¿Qué pasaría si un blanco que las conoce entrase y las viera? Pensaría nada más que las chicas han salido de copas a pasárselo bomba en un garito de los bajos fondos. Te digo, tío, que esas tías lo que tienen es un club secreto de sexo.

—Oye, Top, estoy machacado. Me gustaría meterme un tirito de perica. ¿Sabes dónde puedo pillar?

—Blood, sé que eres un muchacho de fiar. Tengo buenas noticias para ti. Me puedes pillar a mí. Tengo la mejor perica y jaco de la ciudad. Hasta mi hierba es pura dinamita. Blood, me gustas, tienes madera. ¿Cuánto quieres?

—¿A cómo va la perica? —le pregunté.

—A cinco pavos la vaina de cuarto, a cien la onza y por uno de los grandes te llevas una postura. Tengo un apartamento muy guapo a la vuelta de la esquina. Allí puedes volar hasta la luna, colega chulo.

—Pues venga, Top, vámonos a tu apartamento. Si me mola tu perica te pillo un

billete —le dije.

Dejé uno de cinco sobre la barra. La mexicana me enseñó la piñata como si yo fuera su dentista. Tres pardillos negros estaban de cháchara con la jauría ronroneante de la mesa de atrás.

Salimos a la calle y nos metimos en el Cadillac de Brillantina Top. Pisé una botella. Miré y vi el casco vacío de ginebra que la puta de Veneno se había pimplado. El Cadillac salió disparado como un torpedo rojo. En la radio sonaba la empalagosa «Casita en venta» de Eckstein.

Yo iba pensando: «Tengo que espabilar para conseguirme un Cadillac de los cojones como sea. Puede que me lleve un año pillar un Duesenberg. Hostias, deben ser la una y media. Debería ir a controlar al retaco. El caso es que mi suerte está cambiando. Este tarro de gomina va a ser mi pasaporte para el Dulce».

Vivía en un edificio de apartamentos de lujo. Tenía de todo. La fachada estaba iluminada en ténicolor. El vestíbulo de entrada estaba plagado de gigantescas plantas artificiales.

Subimos a su apartamento, en la segunda planta, en un ascensor de cromo y latón. El pasillo estaba cubierto de pared a pared con una impresionante alfombra roja. Las paredes y los techos relucían recién pintados en oro y negro.

Una polinesia de ensueño tomó nuestros abrigos y mi sombrero, colgándolos en un estrecho pasillo lleno de espejos de plata. Mis pies se hundían en una suave alfombra de color lavanda. Se escuchaba el retumbar grave de un fonógrafo consola. El tenor de los Ink Spots trinaba «Whispering Grass».

Seguí a Top y a la belleza aceitunada hasta el acogedor cuarto de estar. Las ventanas estaban cubiertas por cortinas dobles color lavanda. Ni un solo rayo de luz solar o urbana podía adentrarse en la guarida del chulo.

Top y yo nos sentamos en un largo sofá gris. Le debió de costar una pasta bajar el techo y cubrirlo con una tela de lamé plateado. La única luz provenía de la mesa cristalina de cócteles. Emitía una fluctuante y pálida luz azul.

Diez centímetros por debajo de la superficie de la mesa una veintena de peces amarillos, rojos y naranjas reflejaban la luz dentro de un acuario. Del tanque de agua surgían dos mangueras de goma que se perdían bajo la alfombra lavanda. Se trataba de un chisme que drenaba y alimentaba el agua al mismo tiempo.

La chica estaba prácticamente desnuda. Se quedó frente a nosotros de pie, con las piernas abiertas, como un botones esperando órdenes. La luz azul de la mesa recortaba la silueta de sus curvas de botella de Coca-Cola bajo el batín rojo y escaso. Podía ver entre sus muslos un cono de vello zaino de unos seis centímetros. Con esas dimensiones resultaba un coño curioso. Despegué mis ojos y examiné su cara. Los suyos eran soñadores como los de una Mona Lisa perdularia.

—Zorra, trae un par de jeringas y unas vainas de coca y jaco. Ah, sí, Blood, ésta es Radell —dijo Top.

Pasó contoneándose a mi lado haciendo temblar aquel culo redondo y fenomenal.

En el gran fonógrafo blanco del rincón atronaba una melodía moderna: «Cuando sientas que la garganta se te está secando es que estás volando. Todo va de perlas. Bajas a la calle a por chucherías, pero no compras caramelos de menta ni otras tonterías. Te das cuenta de que tu cuerpo está en el Edén, no te importa siquiera pagar el alquiler. Enciéndete una chicharra y sigue a tu bola si es que eres una víbora y vas a la moda».

«Esta loca presumida se lo ha montado a lo grande», pensé, «pero está más loco si piensa que me va a liar para chutarme heroína. Ni siquiera sé si me apetece chutarme coca. Claro, que tampoco voy a ponerme en plan paleta».

—Tío, desde luego que no te estabas quedando conmigo. Te lo has montado de puta madre —le dije.

—Tengo cinco dormitorios —me dijo—. A estas putas de postín les va el lujo y la apariencia. Si no tienes esto no puedes montártelo de chulo. Después de probar esta perica no vas a poder moverte del sitio, tío. Si quieres, quítate el abrigo y ponte cómodo.

Ella volvió con las jeringas, una cuchara y una docena de cápsulas blancas y marrones. Las dejó sobre la mesa de cócteles. Nos la acercó deslizándola, levantando oleaje en el agua de la pecera. Los peces se agitaron con frenesí. Se agachó a desatarle los cordones a Top. Metí la mano en el bolsillo para sacar un billete de cien. Ya antes de salir del Haven lo había separado del fajo de mi refajo.

—A este viaje te invito yo —me dijo—. Es la muestra. Luego puedes pillar lo que quieras.

Nos quitamos la ropa y nos quedamos en calzoncillos. Los suyos eran de seda de colorines. Me sentí como un paria con mis gayumbos blancos de algodón.

La chica dobló nuestra ropa sobre los brazos de la acolchada butaca gris que había al otro extremo de la habitación. Cuando se apartó, me fijé en que no había tocado la pasta. Se quedó a mi lado. Sonó el teléfono que había junto a él sobre la mesa. Top lo descolgó y dijo:

—Castillo de la felicidad, ¿qué desea? Ah, Angelo, sí, ella está aquí. Qué hostia, claro que no está sopa. Ya va en camino.

Colgó y dijo:

—Zorra, ponte el sombrero y vete al centro a ver al recepcionista ese del Franklin Arms. La Hoyuelos y las demás no dan abasto con la demanda. Toma las llaves del Caddie y ve corriendo.

Tardó menos de tres minutos en salir disparada. Fijo que estaba encantada de hacer viruta para su hombre. Esos primos del Franklin iban a entretener las pollas de lo lindo.

«Tengo que hacer que el retaco se arregle el coño como el de esa tía», pensé.

—Esa jovencita mía sí que es una puta de las buenas —me dijo—. La pillé en Hawai hace un año. Acaban de llegar a la ciudad veinte mil primos blancos para un congreso con veinte dolares en una mano y la polla en la otra. Radell lleva treinta y

seis horas sin dormir. Mis otras cuatro putas llevan dando el callo en el Franklin desde esta mañana temprano. No pienso sacar menos de cinco de los grandes aun contando con la comisión del treinta por ciento que se lleva Angelo. Eso, más untar a la pasma, que son cien por chica y día.

Se levantó e hizo silbar los cinturones al sacarlos de los pantalones. Volvió y se puso a atarme el mío por encima del codo.

—Mira, Top —le dije—, no es que sea pureta, pero no me voy a chutar heroína. No me importa probar a chutarme algo de coca. Tengo curiosidad por ver cómo funciona así.

—Chaval, no te voy a coger de las pelotas para que te convenzas de que después del visón viene la marta. No hay nada mejor que un chute de caballo. Si quieres aprender despacio, es cosa tuya. El caballo es lo que le pone hielo al juego del chulo.

Vació una cápsula de coca en la cuchara e introdujo en la pecera un cuentagotas para ojos. Presionó la perilla, llenó el cuentagotas y lo vació en la cuchara. Sostuvo la llama amarilla de un encendedor de mesa bajo la cuchara y cogió un pequeño algodón de un cenicero. Lo puso en el cuenco de la cuchara y luego envolvió la punta del depósito con celofán, encajando ahí la aguja. Pinchó la aguja en el algodón y cargó la jeringa tirando del émbolo.

Mi sangre palpitaba contra el cinturón anudado. Veía cómo se me hinchaban las venas del antebrazo. Olía el fuerte y nauseabundo dulzor de la cocaína. Mis manos chorreaban de sudor. Me sujetó el antebrazo con la mano izquierda, sosteniendo la chuta con la derecha. Volví la cabeza y cerré los ojos, mordiéndome el labio inferior mientras esperaba el doloroso pinchazo de la aguja.

—¡Hostias! Tienes unas líneas preciosas —me dijo.

Me estremecí cuando me pinchó. Abrí los ojos y miré. Mi sangre había entrado en el depósito. La estaba bombeando. Vi como el líquido sanguinolento entraba en mí. Fue como si una tonelada de nitroglicerina estallara en mi interior. Mi corazón se volvió loco. Podía notarlo trepándome por la garganta. Parecía como si un millón de pollas se metieran por los poros de mi piel de la cabeza a los pies, descargando al mismo tiempo un orgasmo de histeria colectiva.

Temblaba como un pollo en la silla eléctrica al recibir la primera descarga. Intenté abrir la boca seca como el talco. No podía, estaba paralizado. De mis tripas revueltas emergía una bola de vómito. Un arco iris de apestosa papilla verde salió disparada hacia la boca negra de una papelera. Sentí el frío metal contra mi pecho. Veía los dedos bien cuidados de Top empujándola contra mí.

—En seguida te pondrás bien, chaval —me decía—. Creías que me estaba tirando el moco cuando te dije que tenía la mejor mandanga de la ciudad.

Yo seguía sin poder abrir la boca. Era como si me hubieran aplastado la tapa del cráneo, como si me hubieran pulverizado y todo lo que quedara de mí fueran los ojos. Empezó a invadirme un hormiguelo de éxtasis. En mi cabeza resonaban suavemente campanas melodiosas.

Me miré las manos y los muslos, qué impresión, sin duda eran los más hermosos del universo. De súbito, la fuerza de un superhombre se apoderó de mí.

«Para un tío tan guapo y tan listo como yo es pan comido llegar a ser el chulo más grande de la historia. ¿Qué zorra podría resistírseme?», pensaba mientras me volvía hacia el tío feo que había a mi lado y que me estaba diciendo:

—¿Oyes esas campanas de iglesia? ¿No te parecen la hostia, tío?

—Sí, tío, las oigo alto y claro. Me gustaría encontrarme ahora con una zorra que se me tuerza. Chutarse coca sí que es una pasada. Sólo pienso esnifarla cuando esté en la calle, entre chute y chute.

—Blood, tú sí que sabes lo que dices. Pero no olvides dónde has de pillar. Cuanto más compres, más barata te la dejaré. Me gustas mucho, Blood. Vamos a ser muy colegas.

Se tomó su tiempo para chutarse. Tendría sólo unos treinta y dos tacos, pero la mayoría de sus venas se habían replegado. Finalmente consiguió picarse en el muslo derecho. Estuvo un buen rato bombeándose el caballo en vena.

—Tío, ¿para qué coño haces eso? —le pregunté.

—¿Es que no te enteras, tío? Esto es lo que mola. Cuando tiro de esta cosa para fuera, el caballo se encabrita y me da coces en el culo —respondió.

Perdí el sentido del tiempo mientras estuvimos chutándonos en el sofá. Después de la segunda vaina empecé a chutarme yo mismo, pero ninguno fue tan potente como el primer chute. Top estaba flotando. Aún quedaban sobre la mesa tres vainas de heroína. Ya no quedaba coca. Me había metido cinco vainas. Eché un vistazo a Mickey, eran las cinco de la madrugada. Cogí la ropa y empecé a vestirme. La patata latía a toda velocidad dentro de mi pecho helado.

—Top, tengo que irme —le dije—. Quiero una onza de perica y una lata de hierba. Aquí tienes ciento veinte pavos.

Se levantó con parsimonia del sofá. Cogió el dinero y se fue al dormitorio. Volvió a salir y me entregó una lata de tabaco precintada con gomas.

—Chaval —me dijo—, toma un par de pepas amarillas para que puedas relajarte y sobar un poco. ¿Dónde estás parando? No pensarás ir por la calle con ese paquete de marrón. Te llamaré a un taxi.

—Gracias, Top. Estoy en el Blue Haven, pero tengo el carro a la vuelta de la esquina, frente a La Gallera. Iré a pata hasta ahí. El aire fresco me sentará bien —le dije.

Me paré en la puerta del cuarto de estar camino del pasillo. Le vi abriendo otra vaina de caballo. Pensé: «Ahora es el momento de decirle que apañe mi encuentro con el Dulce. Tengo que planteárselo bien. Este tío le tiene envidia».

—Top —le dije—, estaba pensando que tienes más sentido común y que molas mucho más que tu colega el Dulce.

Sus manos se paralizaron. Se quedó boquiabierto ante la cuestión. Sabía que Preston no le había contado nada acerca de mi roce con el Dulce. Supuse que su

cobarde actuación debió haberle bloqueado la mente, borrándole el detalle del Dulce.

—¿Conoces al Dulce personalmente? —me preguntó Top.

—Me lo encontré anoche en La Gallera. Esa rubia alta que tiene quería que me liase con ella. El Dulce me ofreció veinte pavos por el servicio. Me mantuve firme en el código del chulo y pasé de él. Se mosqueó un huevo y me echó de mala manera. Dijo que me iba a desparramar los sesos por el techo. Pensé que era muy capaz. Me temo que eché a perder la oportunidad de conocerle. No creo que haya nadie en la ciudad tan cercano a él como para recomendarme y presentármelo. A pesar de lo hábil que eres, Top, no me sorprendería que tú tampoco fueras capaz. Después de todo, ese tipo es complicado. Pensándolo mejor, Top, no tengo ya ninguna necesidad de conocerle puesto que te he conocido a ti. Lo primordial ahora es que no quisiera tener un enemigo tan venado como él. Así que si me vas a decir que es demasiado para ti, lo olvidaré, me apartaré de su camino y me buscaré la vida por mi cuenta. Me molas mucho, Top, no querría que te pasara nada por mi culpa.

Se tragó el anzuelo. Echó atrás su afeminada cabeza y se dejó caer del sofá al suelo. Se apretaba los codos contra la barriga, partiéndose de risa como si le hubiera contado el chiste más gracioso que jamás haya escuchado oído humano. Finalmente, cuando paró, se quedó jadeando. Luego, se atusó el pelo y comenzó:

—El Dulce no es nada peligroso, capullo —comenzó—. No ha matado más que a unos cuantos negros amarillos. Sólo se ha cargado a cuatro en los últimos veinte años. Hace dos años que no se cepilla a nadie. Lo más que hace es asustar. No mata a nadie a no ser que hablen mal de él o que le chuleen a sus putas. Lo que sí odia es a los blancos. Es muy duro con las putas blancas. Cuando les pisa el culo es como si se lo estuviera haciendo al hombre blanco. Dice que así se la devuelve a ellos por lo que han hecho y siguen haciéndoles a los negros. Su corazón está corroído por el odio.

»Qué hostia, seguro que no te reconocerá si te vuelve a ver. No estaba mosqueado contigo por rechazar la oferta de la zorra. Sólo se estaba haciendo el machote delante de ella. Tiene a sus putas convencidas de que es Dios. Venga, hombre, que Dios no te va a lamer el culo si le llevas la contraria, eso lo sabe hasta un mequetrefe de Delaware, infeliz.

»Verás lo que vamos a hacer. Este fin de semana tengo que llevarle un poco de material. Te daré un toque para que sepas cuándo será. Te llevaré conmigo a su casa. No es más que un negrazo feo, malhablado y bocazas.

—Estoy en el 420 bajo el nombre de Lancaster. Top, tienes que perdonarme la torpeza. Ya te he dicho que no soy más que un chaval en la oscuridad esperando a que algún cerebro me ilumine el camino. Top, de verdad que agradezco tus consejos. Hasta luego, colega.

—De acuerdo chaval, lleva el marrón en la mano para soltarlo si hace Taita. Ah, también puedes pillar una chuta en cualquier farmacia. Eso sí, pídelo con insulina —me dijo.

A la entrada del pasillo, me paré frente al espejo plateado para pasarme la

esponjilla por la cara sudorosa. Salí por la puerta hacia el ascensor. Se abrió en la planta baja. Me cubrí ocultándome de la luz de la mañana.

Fuera, en la calle, vi el Cadillac rojo de Top aparcando junto a la acera. Eran sus cinco putas que volvían de las minas de sal del Franklin Arms.

Según caminaba hacia el Ford, pensaba: «¿Qué te parece? Esas cinco putas seguro que traen un par de los grandes por una sola noche de trabajo. ¿Por qué no puedo ser yo el que esté ahí arriba en ese apartamento tan guapo con la mano extendida para recibir todas esas lechugas?».

Los trasnochadores habían desaparecido de la calle. Grupos de puestas camino del trabajo se amontonaban en las paradas de los tranvías. Me metí en el Ford y di media vuelta rumbo al Haven.

Al pasar por un drugstore de veinticuatro horas, me metí en el aparcamiento. Compré unos anteojos de diez pavos y luego, en el mostrador de las medicinas, pillé la insulina, jeringuillas y un cuentagotas. Cinco minutos después llegué al Haven.

Miré hacia la ventana del apartamento. Las cortinas se movieron. Vi fugazmente la cara oscura del retaco escondiéndose. Pasé por recepción hacia el ascensor. Después de haber estado en casa de Top este lugar sí que parecía una covacha.

Subiendo en el ascensor, pensaba: «Como el retaco se ponga pesada y empiece a interrogarme de buena mañana le voy a empotrar el pie en el culo».

Me bajé en la cuarta planta. Caminé por el pasillo hasta el 420. Quité las gomas de la lata de tabaco. La abrí y saqué la papela de perica. Estaba envuelta en papel de estaño dentro de una bolsita de celofán. Me la metí en el bolsillo del chaleco. Cogí una de las pepas amarillas y me la tragué directamente.

Llamé a la puerta. Esperé un minuto. Volví a llamar más fuerte. Finalmente el retaco abrió. Se estaba restregando los ojos con los puños y estirándose, haciéndome creer que había estado durmiendo profundamente. Volvió corriendo a la cama y se cubrió con la manta hasta las orejas dándome la espalda.

Dejé la lata de hierba sobre el tocador. Había una pequeña cantidad de billetes. Los conté. Sólo había cuarenta pavos. Fui al armario y mire dentro de mis botas. ¡Vacías! En el bolsillo del abrigo guardé los anteojos, los útiles para chutarse y la coca. Vi junto a la ventana cómo de la base de la copia de escayola de *El beso* subía en espiral el hilillo de humo de un cigarrillo.

—Zorra, ¿es que te has roto una pata, o es que has dejado de currelar nada más marcharme yo? Vuélvete para que te vea esa jeta negra que tienes —le dije.

Me encontraba de pie junto a la cama. Tenía la mano derecha apoyada sobre la tapa de plástico del tocadiscos. Toqué con los dedos la parte de atrás, donde el motor estaba caliente. Abrí la tapa. El lamento de Lady Day sobre su hombre egoísta estaba en el plato. El retaco se volvió despacio. Le miré a la cara. Tenía los ojos medio cerrados y estaba de morros. Lady Day y ella se habían pasado toda la noche poniéndome a caldo. La puta se hacía la esposa enojada.

—¿Es que para ti nunca voy a ser más que una zorra? —refunfuñó—. Puedes

llamarme Phyllis la Puta, Retaco la Idiota, pero aunque no te lo creas soy humana. La pasta que he hecho esta noche no está nada mal. Esas calles son nuevas para mí. Todavía tengo que enterarme de cómo hay que hacérselo con los primos de por aquí.

La cocaína desató una ventisca gélida en mi cabeza.

—Zorra, cuando tu asqueroso culo negro esté en la tumba, seguirás siendo una zorra. Porque una mañana de éstas, zorra, vas a abrir la boca, voy a ser galante y te voy a llamar Fiambre de Retaco. Ya sé que eres humana, zorra asquerosa. Eres un cubo negro de basura humana para las pollas blancas. Miedica de los cojones, como no levantes el culo y te pongas a buscar pasta de verdad te voy a tirar por esa ventana. No hace falta que te enteres de cómo tienes que hacértelo con los primos, zorra. Entérate de lo que yo te digo. Como no dejes de hacer tonterías, voy a sacarte el corazón a patadas y te lo voy a pisotear. Y no se te ocurra abrir la boca hasta que yo te lo diga, zorra.

Empecé a desnudarme. Se quedó ahí mirándome, con los ojos vidriosos como los de un hechicero vudú. Me metí en la cama dándole la espalda. Noté cómo se me acercaba sigilosa y perversa.

Me acarició por detrás del cuello. Sentí en la nuca la punta caliente de su lengua de lagarta. La costra de su cicatriz me rascaba la oreja. Me aparté hacia el borde de la cama.

—Corazón, siento haberte mosqueado. Te quiero. Por favor, perdóname —me dijo.

La cama crujió cuando me revolví como una serpiente de cascabel para golpearla. Enganché el talón derecho por debajo del somier. Me incorporé sobre el hombro del mismo lado. Recogí el brazo izquierdo de tal manera que el puño me tocaba la mejilla derecha. Gruñí para coger impulso y le hiqué con todas mis ganas el codo izquierdo en la boca del estómago. Se puso a gemir y a encoger y estirar las piernas. Le castañeteaban los dientes como si estuviera muriéndose de frío.

La pepa amarilla dejó caer un telón oscuro en mi cabeza. Justo antes de perder la conciencia, pensé: «Me pregunto si este retaco podrá arrastrar setenta y cinco kilos hasta la ventana».

7. UNA MELODÍA DESAFINADA

El timbrazo del teléfono me despertó. La habitación estaba oscura como boca de lobo. Busqué al retaco con la mano. No estaba. Cogí el auricular como pude y me lo acerqué a la oreja.

—Hola, soy el hermano de Mary —dije.

—Quiero hablar con Mary —me dijo—. ¿Puede ponerse?

—Acaba de salir a dar una vuelta.

Me colgó. Dejé el teléfono en la mesita de noche. Encendí la lámpara de la mesita de noche. Le eché un vistazo a Mickey. Eran las siete y media de la tarde. Me pregunté si me habría quedado sin retaco.

Salí de la cama y miré en el armario. Su ropa aún estaba ahí. Fui al tocador. Repasé los cuarenta pavos. Faltaban dos. Al lado había una nota. Decía: «Corazón, me he llevado un par de pavos. Voy a la calle, a mover el culo. Por favor, trata de ser un poco más dulce con tu zorrita, ¿vale?».

«Me estoy aproximando a algunas de las respuestas del chulo», pensaba. «Parece que cuanto más duro se vuelve uno más consigue de una puta. Tengo ganas de que pasen estos cuatro días para ir con Top a conocer al Dulce. Tengo que tener cuidado con que el retaco no se cosque de que me estoy chutando. Joder, me muero de hambre. Tengo que comer algo antes de meterme un poco de perica».

Fui al teléfono. Al otro lado contestó la moza que debió dedicarse a la lucha libre.

—¿Puede alguien traerme unos huevos con bacon? —pregunté.

—Un momento —me dijo—, te paso a Silas, el ascensorista, para que se lo cuentes.

El admirador de Maggie y Jiggs se puso al aparato:

—Dime, campeón, ¿qué pasa?

—Silas, ¿puedes traerme unos huevos poco hechos, con bacon y pan tostado?

—Sí, hay un bareto de comida barata al otro lado de la calle. Ahora mismo voy para allá.

Colgué y fui al armario. Cogí mi artilugio de espionaje. Me acerqué a la ventana. Vi al viejo carcamal renqueando hacia el café La Abeja Laboriosa. Barrí la calle de arriba abajo, buscando al retaco. No la vi. Enfoqué al interior de aquel garito grasiento. El retaco estaba en la barra tomándose una taza de café. Al salir, sus ojos miraron con cautela hacia nuestra ventana. Paseaba por la acera meneando el culo al paso constante de los coches. De pronto, su negro culo pescó un Cadillac negro con un blanco dentro. Chirriaron los frenos junto al bordillo y ella se montó. ¿Sería el mismo tipo que había llamado?

Me di una ducha. Cuando me estaba secando sentí un golpecillo en la puerta. Me tapé con la toalla. Camino de la puerta, pasé por el tocador, cogí la lata de gángster y la escondí detrás del espejo.

Escuché a Silas silbando «When the Saints Go Marching In». Abrí la puerta. Llevaba una bandeja en las manos. La cogí. La servilleta de papel cayó al suelo. Se agachó a recogerla.

Me quedé mirando los ojazos pardos de una hermosa amarilla que salía por la puerta de enfrente, al otro lado del pasillo. Delante de ella iba el tipo con cicatrices en la cara que tocaba en La Gallera. Llevaba una funda de saxofón bajo el brazo.

Ella entornó sus brillantes ojos, clavándolos en el bulto de mi toalla. Su sonrisa ardiente e insinuante hablaba claro: «Anda, prueba a ver si cabe».

La archivé en el coco. Finalmente, Silas despegó los ojos de aquel culo que se perdía por el pasillo. Había arrugado la servilleta hasta convertirla en una pelota pringosa.

—Esto ha sido un peso —dijo.

Dejé la bandeja sobre el tocador. Separé tres pavos, se los di y le dije:

—Toma, Silas, menudo paquete llevaba Mr. Hyde. ¿Qué tal si me cuentas?

—Sí —me dijo—, tiene un par de pitones como para que un predicador mande a tomar por saco a la Biblia. El turuta ese no lleva ni dos años con ella. Le habrá cazado echándole el aroma de su chocho en las narices. Era puta hasta que él la retiró. Está muy pillado. No la pierde de vista ni un momento. Cuando va a tocar a cualquier club, se la lleva pegada al culo. Si yo tuviera treinta años menos se la levantaría.

»Bueno, gracias por los dos pavos, campeón. Para cualquier cosa que necesites, llama al viejo Silas. Cuando termines deja la bandeja en el pasillo, junto a la puerta.

Me senté al borde de la cama y devoré como un lobo los huevos con bacon. Me sentí mejor. Pero quería sentirme fenomenal. Preparé todo, era hora de chutarse. Sujeté el extremo de una corbata con los dientes. Me la enrollé anudándola alrededor del brazo. Hice diana al primer pinchazo. Repetí la escena de casa de Top. Eché la pota. Llegué al wáter por los pelos. La papilla fue superior a la de casa de Top. Me quedé pensando: «¿Y si, por arte de magia, mi cara negra se volviera blanca? Qué mierda, entonces podría salir por la puerta principal del hotel y colarme al otro lado de la alambrada de espino. Sería un lobo suelto en medio de un rebaño de ovejas. Ese mundo blanco no descubriría que soy un puto negro. Me tomaría la revancha con ellos y pintarían bastos para todos, para el Mudo, para el Toro Blanco, para el hijoputa del juez que me crucificó condenándome la primera vez. En cuanto escape de este infierno negro encontraré el camino. Bien, puto negro, no estás nada mal, pero no inventarán nunca una crema de lejía que te deje blanco. Así que mueve el culo y sé alguien con lo que tienes. Podría ser peor, podrías ser un puto negro y encima feo».

Me vestí y empolvé la cara. Sí que era guapo el hijoputa ese del espejo. Vi una cucaracha explorando por el borde de la bandeja. Saqué la bandeja al pasillo. Pensé: «Tengo que trabajarme a esa zorra fina de enfrente. Podría usar al retaco para que

entretenga al cancerbero caramarcada. Sí, voy a darme una vuelta. Puede que encuentre a mi segunda puta. Me siento con suerte y fuerte como una herradura».

Guardé la lata de hierba y todo lo demás en una bolsa de papel. Eché la llave y caminé por el pasillo hacia el ascensor. Pasé junto a la puerta del cuarto de limpieza y me detuve. No estaba cerrada. Entré de puntillas y escondí la bolsa en un estante, detrás de una pila de morralla.

La cocaína me tenía impaciente. Vi que el indicador de planta se había parado en el segundo. Bajé a recepción por las escaleras. Dejé la llave sobre la mesa y salí a la calle levitando. La cocaína había dotado de alas a mis pies. Me sentía seguro, sin aliento, magnífico. Había un ochenta por ciento de humedad. Me alegré de haberme olvidado el sombrero.

Caminé hacia un arco iris de neón que estaría a unas diez manzanas. Mis sentidos aullaban sobre el filo de cuchilla de la cocaína. Era como atravesar un campo de batalla. Las estelas luminosas de los faros de los coches asaeteaban la noche como gigantescas balas trazadoras. El estruendoso traqueteo de los tranvías parecía el de los carros de combate. Por sus sucias ventanucas asomaban asustadas y desmoralizadas las caras negruzcas de sus pasajeros. Eran soldados aturdidos por la batalla enviados para siempre a primera línea, a las trincheras del frente.

Pasé por debajo de un puente del metropolitano. De la oscuridad del túnel surgió un rostro lívido y aterrorizado. Era un viejo blanco atrapado tras las líneas enemigas. Un tren furioso pasó por encima, bombardeando y arrasando la calle. La metralla caía en forma de nubes polvorientas de gravilla.

Estaba demasiado nervioso como para ir al frente. Silbé a un general que pilotaba un coche amarillo del alto mando. En un pispás me transportó al oasis de neón. Resultó ser un mercenario. Tuve que apoquinarle un dólar y cuarto por la evacuación.

Una luz parpadeante me atrajo como a una polilla. Casa Bromas. Era un bar. Abrí la puerta y entré. Casi me revienta el fuselaje de las tripas. Un esqueleto verde fosforescente emergió de pronto frente a mí. Soltó un chillido agudo y volvió a sumergirse bajo tierra a través de una trampilla.

Me quedé clavado, tiritando. No entendía por qué los subnormales de la barra estaban descojonándose de mí como si fueran los conguitos. Para estar a tono adopté la mueca del Rey Pez. Me acerqué a la barra y me senté entre Amos y Andy, dos gañanes de película.

Detrás de la barra había un larguirucho con una careta de Frankenstein. Metió la mano bajo la barra con malas intenciones. Sonó un psss... como si pinchara una rueda. Me hundí con la banqueta. Miré hacia arriba a Amos. Mi nariz estaba un par de centímetros por debajo de la barra. Él me miraba con recochineo, diciéndome:

—Tú no a erado aquí ante, ¿verdá, flaco? ¿Tú viene de la tierra de lo' pie' grandé?

—Déjale re'pirá —dijo Andy—. No' va a invita' a una jarra' de cerveza. Vamo' a aprenderle a ete chico 'e pueblo cómo está el tinglao en eta gran ciuda'.

En aquella barra concurrida, todos gangoseaban con profundo acento sureño.

Frankenstein apretó el botón del indulto. Noté que la banqueta ascendía. Entre los subidones de la cocaína y este nido de trampas lleno de perdularios de baja estofa en el que me había colado sin querer, tuve algo más que un deseo frenético por estar en el 420 del Haven.

Se acercó a mí a lo largo de la barra.

—Todo es broma. Bienvenido a Casa Bromas. ¿Qué va a ser? —me dijo.

Le ignoré. Me bajé de la banqueta. La miré de arriba abajo. Sus patas de metal eran tubos anclados al suelo. Tenía que tratarse de un chisme de aire comprimido. Di un paso atrás y miré a los ex recogedores de algodón. Afilé la nariz. Miré a todas partes, miré a lo largo de la barra. Metí el dedo por dentro de los pantalones para comprobar el paquete de la guita.

Volví a poner la sonrisa del Rey Pez y dije:

—Recórcholis, muchachos. ¿Habéis olío eso? Me pregunto si alguna madre sureña con pelo de estropajo, estúpida, negrona y tonta del culo no habrá cagao otro capullo asqueroso, hijoputa negromierda.

Amos y Andy se quedaron boquiabiertos como dos pringaos de plantación. Les entró el agobio de golpe, miraron al blanco de detrás de la barra. Salí por la puerta. No entendían mi sentido del humor. Demasiado sofisticado, quizás. Tropecé con una perfumada defensa de fútbol americano. Sin querer, eché mis brazos alrededor de sus suaves hombros. Tenía el rostro inmaculado de Olivia de Haviland, aunque era más bonita y más grande. Sentí en las yemas de los dedos el tejido, suave como pétalo, de su traje negro hecho a medida. Era la tía más hermosa que había visto desde la última vez que fui al cine. Me pregunté si sería puta. Decidí entrarle:

—Perdona, nena, tiene guasa que la primera vez que nos encontramos tenga que ser colisionando como dos pardillos, ¿no te parece? ¿Ibas a entrar en este garito, guapa? Créeme, ahí dentro no hay ambiente a la altura de un género como tú. Sólo entré para hacer una llamada. Me llamo Blood, ¿y tú?

Sus grandes piernas curvadas estaban muy bien hechas. La sombra de su culo sobre la acera era fabulosa. A través de su transparente blusa naranja vi un lunar rosa en su ombligo blanco como la leche. Se apartó un mechón de cabello negro y sedoso que ocultaba sus enormes y electrizantes ojos azules. Los magníficos piños relucían como si fueran de porcelana. Paseó la punta de la lengua por aquellos labios con forma de corazón. Se estaba marcando un numerito que se la hubiera levantado hasta a un eunuco.

—¡Blood! Qué chachi —me dijo—. Es fascinante cómo hablas. Me llamo Melody. No voy de bares. De vez en cuando me acerco a algún club fenomenal. No voy buscando ningún ambiente especial. Lo que pasa es que el coche no me anda. Iba a entrar para pedir ayuda cuando colisionaron nuestros cuerpos celestes. Quizás no seas desconocedor de los aspectos esotéricos de la reparación de un coche. Lo tengo ahí mismo, junto a la acera.

Mis ojos siguieron su dedo tratado con manicura hasta el deslumbrante y recién

estrenado Lincoln deportivo. Todo en ella rezumaba poderío y clase.

«Sí que tiene clase esta preciosa zorra blanca», pensaba. «Parece un cráneo privilegiado. ¡Ya ves, con un carro como ése, fijo que tiene un pastón en depósito! Puede que hasta tenga en sus redes a algún capullo rico. Voy a estrujarme la mollera con esta pava. Nada de ir de chulo hasta que la tenga en el bote. Voy a ser su príncipe azul. A lo mejor le echo el lazo, le saco toda la viruta que tiene y después la pongo a ejercer. Con un culo como ése, esta zorra está sentada en la casa de la moneda».

—Encanto, no soy mecánico. Aprendí algo de coches con un amigo en el colegio privado al que iba hasta hace poco. Móntate. Levantaré el capó y echaré un vistazo —le dije.

Se montó. Levanté el capó. En seguida localicé el problema. Un cable de la batería estaba suelto. Lo puse en su sitio. Me asomé fuera del capó y le hice una señal para que arrancase. Así lo hizo y sonrió al ver la vibración del motor que resucitaba. Me indicó con la mano que me acercara a ella. Metí la cabeza por la ventanilla abierta.

—¿Tienes vehículo? Si no, me encantaría llevarte a donde quieras —me dijo.

—No, cielo, no tengo vehículo, y lo peor es que es una larga y triste historia. No voy a contarte mis penas. Si me llevas a cualquier bar que esté chachi, te prometo que no voy a aburrirte con mi cháchara.

Me monté. Se adentró en el tráfico. Rodamos un rato. Durante un par de minutos estuvimos en silencio. Yo estaba ocupado pensando en cómo empezar aquella larga y triste historia. Había leído libros como para atiborrar una celda. Sabía que podía inventarme una trola convincente. Aquel convicto filósofo me había aconsejado que dejara el tema del chuleo y me dedicase al timo.

—Melody —empecé—, ¿no te parece curioso cómo el destino maneja a los humanos? Yo salía de ese garito. Acababa de llamar a un garaje que estaba en la quinta puñeta. Hace una semana se me quemó el motor del coche viniendo desde Saint Louis. Me sentía deprimido, solo y perdido en esta ciudad tan grande y hostil.

»El mecánico acababa de darme malas noticias. La factura para recoger el coche es de ciento cincuenta dólares. No tengo más que cincuenta. Cuando salí por la puerta la angustia me impedía ver nada.

»Mi anciana madre necesita una operación de páncreas. He venido aquí para trabajar con una contrata en las afueras de la ciudad. Soy maestro carpintero. Necesito el coche para ir a trabajar. Me incorporo el lunes de la semana que viene. Si no consigo el dinero para la operación, fijo que mamá se muere, como que el sol sale por el este.

»Lo más alucinante de todo, encanto, es que a pesar de todos estos problemas me encuentre tan bien. Ves esos cubos de basura brillando entre las barracas, pues ahora para mí son gemas gigantescas. Me gustaría subirme a esos tejados y gritar a las estrellas que he conocido, que he encontrado a la maravillosa Melody. Estoy seguro de que soy el negro más afortunado que existe. Convénceme de que eres real. No te

esfumes como un maravilloso espejismo. Me moriría si lo hicieras.

Por el rabillo del ojo vi agitarse aquellos estupendos muslos. Casi estampa el Lincoln contra el culo de un Studebaker que nos precedía.

Lo esquivó por los pelos, haciendo chirriar las ruedas del Lincoln contra el bordillo. Apagó el motor y se volvió hacia mí. Sus ojos eran hogueras azules de pasión. El pulso de su cuello de satén iba acelerado. Se me arrimó. Pegó aquella boca escarlata a la mía. La lengua acaramelada inundó mi boca de azúcar. Las uñas se clavaron en mis muslos. Me miró fijamente y me dijo:

—Blood, qué dulce y qué poeta eres, pantera negra. ¿Te parezco real ahora? No voy a evaporarme nunca, no quiero. Por favor, no vayamos a un bar. No podrás arreglar tus problemas con alcohol. Mis padres han salido de la ciudad hasta mañana al mediodía. Vamos a mi casa a tomar un café y a charlar. ¿Te apetece, Blood? Puede que allí encontremos las soluciones a tus problemas. Además, mamá me va a llamar tarde esta noche.

—Ángel misericordioso, me encomiendo a tus delicadas manos —le dije.

Vivía muy lejos del campo de concentración negro. Estuvo conduciendo casi una hora. Podía oler las distintas fragancias de las plantas primaverales. Este mundo blanco era como salir del infierno y entrar de cabeza en el cielo. Las mansiones de lujo en hileras impolutas resplandecían a la luz de la luna. Las calles estaban tan tranquilas como la catedral de Reims, o algo así.

«Pero qué putada», pensaba, «el noventa y ocho por ciento de los negros que están ahí, en el infierno, nacerán y morirán sin conocer jamás los placeres de este paraíso terrenal. Los blancos sólo admiten dos tipos de pasaporte: una piel blanca o un gran fardo de viruta. Tengo que montármelo bien y sacarme el pasaporte de viruta. Bueno, al menos voy a saborear el cielo igual que la Cenicienta. Esto mola. Ahora me cosco de lo que me estoy perdiendo».

Entramos con el carro en la parcela. Vi el suave resplandor de una lámpara de mesa tras las cortinas azules del salón. Aparcó el Lincoln en un garaje de estuco rosa a tono con la casa. Se podía acceder a ésta desde el garaje. Entramos por la puerta de atrás. Atravesamos la cocina. Relucía a pesar de la oscuridad.

Nos movimos por la casa a oscuras, como cacos. Subimos por las escaleras pisando una alfombra mullida. Llegamos arriba. Se detuvo y susurró:

—Blood, yo nací en esta casa. Por aquí todo el mundo me conoce. Si algún amigo pasase por aquí y viera que hay alguien, podríamos tener una visita inoportuna. Vamos a mi dormitorio, al fondo.

La seguí hasta allí. Encendió una bombillita azul sobre un tocador lleno de espejos. El dormitorio era de suaves tonos azul y hueso. Un dosel de satén azul cubría la cama como la de una reina. Me senté junto al tocador en una *chaise* de seda blanca. Encendió una radio de marfil. La habitación se impregnó dulcemente con las notas del «Claro de luna», de Debussy.

Se quitó los zapatitos negros de piel vuelta sacudiendo los pies. Era mucho más

hermosa aquí de lo que parecía en la calle. Me acarició los lóbulos de las orejas con las yemas de sus dedos.

—Panterita negra de mamá, no te vayas a escapar ahora. Voy a bajar a preparar café —me dijo, y bajó.

«Voy a pedirle pasta», pensé. «Por lo menos podré sacarle un billete de cien. No está mal uno de cien para romper el hielo. Si le parece bien, la voy a atar a la cama y a deleitarla con mi especialidad Pepper. ¡A una tía como ésta que se ha pasado la vida viviendo entre almidones, seguro que eso la vuelve loca! Por otra parte, nunca me he dado un revolcón en una cama con dosel, y mucho menos en el cielo».

Sentí los casi imperceptibles pasos de sus piececitos por la escalera. Entró en el dormitorio portando un servicio de plata. Íbamos a tomar café a la vieja usanza. Depositó la reluciente bandeja sobre la superficie del tocador.

—Blood, vete sirviendo él café. Voy a quitarme esta ropa. Después charlaremos —me dijo.

Serví las tazas con café solo. Sorbí el mío. Ella se metió en un armario empotrado. Salió al instante. No llevaba más que un pequeño picardías transparente y unas bragas negras. Aunque pequeño, su esculpido busto se marcaba bajo la gasa roja. Se sentó a los pies de la cama, cruzó la piernas y se quedó mirándome. Le tendí la taza de café negro.

—¿Así que te vas a quedar en la ciudad por una temporada? —me preguntó.

—Nena, si me armo de suficiente coraje, me quedaré toda la vida. Es una pena que te haya encontrado en tan mal momento, nena. Quisiera ser buena compañía, pero el asunto del coche y lo de mamá no me dejan la mente en paz.

Chasqueó los dedos como en un ¡eureka!

Se levantó de la cama y se acercó al armario al otro lado de la habitación. Abrió el cajón de arriba y sacó un libro de cuentas. Volvió a sentarse en la cama. Tamborileó la uña colorada del índice izquierdo contra sus blancos dientes. Repasó los números del libro. Frunció el ceño. Se levantó de nuevo, volvió al armario, tiró el libro dentro del cajón abierto y lo cerró de golpe. Pensé: «Esta tía está en números rojos. Me la va a querer dar con un cheque sin fondos».

Se agachó y abrió el cajón de abajo. Sacó un cerdo de metal de treinta por treinta centímetros. Se acercó al tocador, dejó el puerco sobre la mesa, a mi lado, y dijo:

—Blood, de momento esto es todo lo que puedo hacer por ti. No recibiré mi asignación hasta dentro de una semana. No me quedan ni cien dólares en la cuenta. Alégrate, dentro de esa hucha debe haber alrededor de cien dólares en cuartos y medios. Créeme, soy capaz de apreciar en profundidad lo que significa ser de color y tener que afrontar tus problemas. Digamos que es un préstamo.

Sostuve el puerco en las manos para comprobar su peso en bruto. Desde luego, pesaba lo suyo. Calculé que habría uno de cien por lo menos. Extendí el brazo y la cogí de la mano. La atraje a la *chaise*, junto a mí. La abracé, la besé y succioné aquella lengua dulzona como un diabético suicida. Me aparté de ella, echándome

hacia atrás. Miré a lo más hondo de aquel fuego azul.

—Nena, acabas de descubrir un maravilloso secreto —le dije—. Muy poca gente sabe que es mejor dar que recibir. Puede que te parezca una locura, pero me gustaría que no fueras tan bella y generosa, tan perfecta. No hay forma de que mi corazón atolondrado escape a tus encantos. Lo tienes chupado para hacerme tuyo eternamente. Nena, sólo soy un pobre muchacho negro del campo. Por favor, no me hieras el corazón.

Estaba claro que el numerito del negro paleta le entusiasmaba. El fuego azul se suavizó. Sus ojos se enturbiaron de seriedad. Me cogió la cabeza entre sus delicadas manos de paloma.

—Blood mío, soy blanca, pero durante toda mi vida he sido más desdichada que cualquier persona de color. Mis padres nunca me han comprendido. Cuando todo mi ser lloraba por amor y comprensión, me regalaban alhajas para sofocar mi llanto. Ellos consideran que los que no son blancos sólo son basura. Son estrechos y fríos. Si descubrieran que has estado aquí, me repudiarían antes de caerse muertos. Qué calidez más dulce la tuya. Sé que puedes hacerme feliz. Estoy tan desesperada por encontrar amor y comprensión. Por favor, dámelos tú.

—Nena, puedes apostar todo tu dinero al caballo negro campeón, pues voy a ganarles a todos por ti, preciosa.

—Blood, eres una pantera negra y yo un corderito blanco. Sé que nada puede impedir que la pantera se apodere del corderito en cuerpo y alma. El corderito se tomará su tiempo para apoderarse de la pantera. Así es como le gusta hacer las cosas. Ahora escucha atentamente y haz el favor de captar la clave de mi tragedia para que nada te choque en la cama conmigo.

»Blood, puede que estés al tanto de los defectos en la estructura de las columnas del edificio más famoso del mundo, el Partenón. Ese defecto se llama éntasis. Esta deformación premeditada es necesaria para que el caprichoso ojo humano no aprecie más que perfección. Yo me parezco mucho a esas columnas. No soy tan antigua, pero soy hermosa. Mi tragedia radica en que mientras que el éntasis le da perfección a las columnas, mi éntasis ha de permanecer oculta para proteger mi perfección. ¿Me entiendes?

«Qué hostia», pensé, «así que esta tía tiene el coño prematuramente canoso. O a lo mejor es que lo tiene algo descentrado. Si es raro será una experiencia nueva para mí. Además, es tan bonita que cuando la ponga a ejercer, los primos no se coscarán de una pequeña irregularidad».

—Melody mía —le dije—, no le has abierto la puerta a un mojigato. Eres tan bonita que no me importaría que tuvieras dos cabezas. Ahora, échate sobre la cama. Voy a hacerte el amor al estilo pantera negra. ¿Tienes toallas alargadas?

Se fue por el pasillo hasta un armario. Me trajo cuatro toallas largas y estrechas. Se quitó el picardías rojo y las bragas. Se tumbó en la cama boca arriba. Vi su defecto. ¿Sería eso su éntasis? No tenía pelo púbico. Ahí abajo estaba completamente

calva. Le ató ambas piernas a los postes de los pies de la cama. Le ató el brazo izquierdo a un poste de la cabecera. Sonó el teléfono en la mesita de noche. Descolgó el auricular con la mano libre.

—Hola, mamá, estoy bien. ¿Estáis pasándolo bien tú y papá? Os echo tanto de menos, mamá. ¿Vais a volver mañana como dijisteis? Ah, bien, estaré en el aeropuerto a tiempo. Ya me había acostado. He sacado la *Antología de África*. Voy a pasármelo en grande investigando al guerrero watusi. Buenas noches, mamá. Ah, dile a papá que me traiga ropa de esa tan chachi de Miami Beach. Así el próximo verano causaré gran sensación aquí en la playa.

Cuando colgó, ya me había quitado la ropa. Le amarré el brazo libre al cuarto poste de la cama. Miré hacia ella. Sus ojos estaban implorando.

—Recuerda, Blood, cariño, no eres un pueblerino analfabeto. No eres propenso a los estados de shock. Sé que vas a encontrar mi éntasis tan dulce y deseable como el resto de mí —me dijo.

Me preguntaba por qué seguía preocupada con su éntasis. Sabía que ya me había fijado en su calvicie inferior. Apoyé la rodilla sobre la cama. Le acaricié el vientre. Era como de paño. Miré más de cerca. Tenía envuelta la entrepierna con una drusa anatómica color carne. Le bajé bruscamente el elástico por debajo de sus redondeadas caderas. Pegué un bote hacia atrás, cayendo de culo contra el suelo y rebotando. Me levanté como pude y le grité:

—¡Asqueroso hijo de puta maricón!

Su verdadero éntasis había aparecido de pronto, tieso y sonrosado. Tenía casi dos palmos de largo y era tan gordo como la cabeza de una cobra.

Se puso a llorar como si le hubiera pasado una cerilla encendida por el éntasis.

—Me prometiste que lo entenderías. Por favor, Blood, mantén tu promesa. No sabes lo que te pierdes. Si es deliciosa, tonto.

—Mira, tío —le dije—, le hice mis promesas a una tía, no a un maromo. Soy un chulo, no un julái. Me largo de aquí. Me llevaré el puerco como cobro por mi tiempo y por aguantarte el mamoneo.

Se quedó gimoteando mientras me vestía a toda hostia. Cogí el puerco de la mesa y me lo metí debajo del brazo. Caminé hacia las escaleras. Miré atrás. Su preciosa cara se había vuelto espantosa con odio y rabia. Chillaba:

—¡Sucio negro mentiroso y ladrón! ¡Desátame, mono hijoputa! ¡Oh, cómo me gustaría tenerte aquí atado boca abajo y con el culo negro al aire!

—Tío —le dije—, con lo hábil que eres tardarás poco rato en desatarte. Fijo que ese éntasis podría matarme, ya lo creo.

Bajé las escaleras, crucé toda la casa hasta la puerta de atrás y salí por el camino de la parcela hacia la calle. Estuve una hora caminando para poder escapar de aquel laberinto residencial. Tuve suerte de encontrar en seguida un taxi amarillo en cuanto llegué a un cruce atestado de tráfico.

Cuando llegamos al Haven, el taxímetro marcaba catorce con treinta. Le di al

taxista uno de diez y otro de cinco. Miré hacia mi ventana. Allí estaba el retaco. Eran las dos de la madrugada. Todo había sucedido como en una pesadilla de la noche de Halloween, en la que yo había sido el único primo al que no le habían dado caramelos. Estaba sobrio como el hielo.

Subiendo en el ascensor me vino de golpe. Esa maricona blanca podía hacerme la puñeta. ¿Qué pasaría si no era capaz de soltarse a tiempo antes de que sus padres volvieran a casa? Fijo que se cubriría las espaldas. Diría que un negro ladrón o asaltador armado le había robado y maniatado como a un cochinito.

Ya había caído dos veces. Me empapelarían de cinco a diez años con cola de contacto. Incluso es muy posible que, aunque le hubiese dado tiempo a soltarse, estuviese más que cabreado para acusarme de lo que fuera. Me acordé de la encerrona Dalanski-Pepper. Cuando recogí mis cosas del cuarto de limpieza, iba sudando goterones de sal gorda.

Me guardé la cocaína en el bolsillo del chaleco. Llamé a la puerta del 420. El retaco me abrió. Sonreía con recochineo.

—Hola, corazón, mi rey —dijo—. La zorra de tu perrita ha tenido el culo en remojo toda la noche. ¿Qué haces con una hucha de cerdito, eh?

—¿Y qué quieres, zorra, que te ponga una medalla por cumplir con tus deberes de puta?

No respondí a su pregunta. Le miré abajo por si le había salido un éntasis. Estaba totalmente en bolas. Entré y eché el cerrojo. Sobre el tocador había setenta pavos. Me volví y agaché la cara. Me besó. Dejé el puerco a los pies de la estatua del beso.

Le pasé la lata. Se sentó en la cama. Sacó un poco de hierba de la lata y la puso sobre un periódico encima de sus piernas. Se puso a liar un petardo. Me quité la ropa. Fui al baño para darme una ducha y quitarme de la boca el sabor a maricón. Poco a poco, me fue llegando la fragancia penetrante y espesa del gángster.

Grité por encima del estruendo de la ducha:

—Niña, hay una rendija por debajo de la puerta. Tapónala con un trapo o lo que sea. Enciende un par de barras de incienso.

Salí del cuarto de baño y me metí en la cama junto a ella. Me pasó el porro apagado. Lo encendí y me lo fumé hasta reducirlo a chicharra. Saqué tabaco de la punta de un cigarrillo. Metí la chicharra de gángster en la punta vacía. Retorcí la punta y la encendí. Era buena maría.

Sentí un sopor en el interior del cráneo. Se me ocurría una cosa genial detrás de otra. Lo malo era que cada vez que intentaba atrapar alguna, lo suficiente como para domesticarla, salía de estampida. Era algo así como la dolorosa impotencia que invade a un vaquero borracho que trata de llevar al corral una manada de potros engrasados.

El gángster era sin duda la droga de las putas. Esa confusión que te produce la hierba no es buena para el coco del chulo. Aquella maricona guapa me había metido una semilla caliente en los huevos. La flor salvaje se despertó. Deambulé

somnoliento por el retaco y dentro de ella. Adormilado, la saqué del cálido y palpitante túnel. Hoy no necesitaba pepas amarillas.

8. EL FLACO SONRISITAS

Abrí los ojos. Una nebulosa de motitas de polvo se arremolinaba como un huracán dorado alrededor de un rayo del sol de mediodía. Miré al otro lado del hueco de la puerta del dormitorio. El retaco estaba sentada junto a la ventana del salón, pintándose las uñas. Levantó la vista de sus manos. Miró al dormitorio. Le dije:

—Buenos días, cachorrita perversa. Voy a decirle a Silas que vaya al otro lado de la calle a por huevos con jamón. ¿Tienes hambre?

—Sí, tengo hambre, pero al paso que va ése, tardará una semana en traerlos. Me pondré algo encima, iré yo misma.

Se fue al armario y se enfundó en su gabardina azul de entretiempo. Cogió del tocador un billete de cinco y me lo mostró para que diera mi consentimiento. Asentí con la cabeza. Oí cerrarse la puerta cuando salió.

Encendí un cigarillo. Pensé: «Me pregunto si Melody tendrá a la pasma detrás de mí. Sólo faltan uno o dos días para que Brillantina Top me lleve a ver al Dulce Jones. Tengo que andarme con cuidado. No voy a salir para nada. Me quedaré en el hotel hasta que llame Top».

El teléfono sonó al mismo tiempo que el retaco entraba por la puerta del dormitorio. Dejó los platos envueltos en papel encerado sobre el tocador y descolgó el auricular. Me incorporé, cogí mi plato y me puse a zampar con un tenedor de plástico.

—Hola. Oh, Chuck. ¿Cómo estás, encanto? Ahora mismo estaba pensando en ti, machito mío. No, no puedo. Me encantaría salir a tomar una copa, pero mi hermano no volverá del trabajo hasta las seis. Mamá no se encuentra bien. Tengo que quedarme a cuidarla durante el día. Podría salir a eso de las siete. Sí, por veinte podría estar haciéndolo hasta las ocho. Adiós, adiós, encanto mío, ojitos azules.

Colgó el teléfono y la gabardina. Se sentó en bolas al borde de la cama y se puso a zampar.

—Zorra, tengo un idea para tu coño —le dije—. Vas a coger un buen cepillo y te vas a cardar el pelo de abajo cada vez que te acuerdes. Vas a echarle un poco de crecepelo hasta que tengas un triángulo de diez centímetros por lo menos. A tus clientes se les va a caer la baba por meter las narices ahí. Con esa nueva dimensión vas a hacer que tu coño sea único.

—¿De dónde demonios has sacado semejante majadería? —musitó.

—Zorra, ¿es que todavía no te has coscado? Soy un chulo con tela de imaginación y ya está.

Se ventiló las empanadillas. Se puso en pie y recogió la ropa sucia. Fue al baño.

Escuché el agua salpicando en la bañera. Estaba haciendo la colada. Le di la espalda al sol. Sentí cómo el viejo Morfeo me golpeaba en los párpados con su martillo de terciopelo.

Desperté en la oscuridad. Miré hacia la ventana principal. Habían dado las luces de la ciudad. Encendí la lámpara de la mesilla de noche. Mickey me soltó que eran las siete y diez. El retaco se había ido. Debía de estar probando chorra con Chuck.

«Dios, necesitaba descansar», pensé, «ya lo creo. El carril de alta velocidad por el que he estado errando me ha dejado para el arrastre».

Me levanté y fui al baño a lavarme los dientes. Había conseguido restregármelos unas cuantas veces cuando el teléfono se puso a sonar. Lo cogí, pero antes de que pudiera abrir la boca ya estaban rajando al otro lado:

—Chaval, Brillantina Top al habla. Han cambiado los planes. Voy con prisa. Te quiero abajo, en la puerta de tu casa, dentro de un cuarto de hora. ¿Enterado?

—Sí, pero... —dije. Había colgado. Me vestí a más velocidad que en casa del bujarrilla. Salí corriendo por el pasillo. Me paré ante el cuarto de limpieza y del marrón. Lo colé en el rincón del estante. Bajé de tres en tres las escaleras hasta recepción. Lancé la llave hacia la mesa y salí zumbando por la puerta. El Cadillac rojo de Top estaba aparcado frente al edificio. Ya iba a darle a la bocina cuando me vio aparecer. Me monté corriendo. El Cadillac salió chirriando. ¡Pues sí que tenía prisa Top! Se podía oír el rugoso rozamiento de las llantas del Cadillac por el asfalto. Atravesamos aquella amalgama de luces de neón. Miré atrás y vi el luminoso de Casa Bromas haciéndome guiños. Me preguntaba si Melody andaría por allí tendiendo trampas a los tontos con su éntasis.

—Tío, creí que no me ibas a llamar hasta dentro de un par de días —dije—. ¿Qué pasa?

—Esta noche hay una gran velada de boxeo —dijo—. Después de la pelea, todos los grandes chulos y putas del país van a reunirse en casa del Dulce. Una especie de fiesta. Todos quieren mandanga. Aunque el Dulce vaya de intermediario tengo que sacarme por lo menos un par de los grandes. El Dulce no va a las veladas. No soporta las multitudes y además a la Niña Bonita no la dejan entrar. Ahora mismo estará comiéndose las uñas esperando a que llegue con el material. No tiene ni para él y está como loco por pillar lo que sea para toda esa panda que va a llegar después de la pelea.

—¿Le has contado algo de mí? —le pregunté.

—Chaval, ¿es que todavía no te has coscado de que soy un genio? Esta mañana mismo me llamó y estuve rajando con él. Le he contado una trola de que eres mi sobrino descarriado de Kansas City. Que has venido emperrado en ser chulo como sea. Yo he tratado de disuadirte para que te vuelvas a Kansas y te dediques al billar o te metas a barrendero especialista. Pero eres un niño cabezota y gilipollas. ¡Mira que estoy harto de decirte que no vales para chulo! Pues tú tienes que ser chulo.

»Del Dulce serías capaz de comerte hasta diez metros de mierda —continuó—.

Para ti es Dios. Pero no te da la gana de creer que tu tío es colega de Dios. Soy Brillantina Top pero tengo que dar la cara por un niño mocosito. Puede que si te asomas un momento a la vía rápida te enteres de lo que vale un peine y te acojones. Así espabilarás, te quitarás de mi vista y volverás a Kansas City echando leches. Ahora, chaval, no te vayas a ir de la lengua en su casa. Si no se acuerda de cuando te vio en La Gallera, tú déjalo estar.

—No te preocupes, Top —dije—. No voy a echarlo a perder. Nunca olvidaré que me diste cuartel, colega. Oye, lo que le has contado al Dulce sí que es una buena trola.

Acarició el brillo negro de su cuero cabelludo. Levantó los hombros dentro de su chaqueta azul de mohair. Dejó entrever en su semblante de zorra guapetona la vanidad espantosa y el tremendo orgullo, como si fuera una asesina de masas muy mona que no dejase que la sangre de sus víctimas le salpicara. A través del parabrisas, el pelotazo de la luna llena le bañaba la jeta.

—Chaval, todavía no has visto nada —me dijo—. La hostia, con este cerebro he vuelto loco de atar a tres putas. En estos momentos están en el manicomio, al norte del estado, farfullando cosas acerca del guapo de Brillantina Top. Ni el Dulce ha mandado allá a más de dos. Y eso que lleva ejerciendo casi el doble que mi menda.

—Hostias, Top, no lo pillo. ¿Para qué volver loco a una puta si todavía moja y trae viruta? Desde luego, hay que ser muy zorro para llenarle la cabeza de pajaritos a una puta cuerda. No sé cómo se puede hacer. De verdad, no lo pillo.

—Capullo, con lo que no sabes y con lo que no pillas se podría escribir un libro más ganso que este Cadillac. Mira al Dulce, las dos que piruleó eran jóvenes, blancas y recién estrenadas. Está mal de la olla. Tiene un odio enfermizo hacia toda la raza blanca. Era sólo un pimpollo de siete años cuando los blancos le envenenaron la sangre por primera vez, en Georgia. Su madre era una preciosa negra azabache. Todos los pichones blancos de kilómetros a la redonda estaban locos por tirársela. El hijo del dueño de la plantación en la que trabajaba de jornalero el padre del Dulce la esperó camino de la fuente. La dejó inconsciente a puñetazos. Le desgarró la ropa y la violó. Regresó a su barraca desnuda y llorando.

»El cabrón del pichón blanco se ocultó en el bosque. El viejo del Dulce volvió del campo y se encontró a su mujer despellejada y berreando. Medía más de dos metros y debía pesar unos ciento cincuenta kilos. El Dulce todavía recuerda cómo aullaba su viejo machacando a cabezazos la puerta de la barraca hasta que saltaron las bisagras.

»Conocía los bosques como un zorro. Encontró al chico blanco. Cuando le dio por muerto, lo dejó bajo una pila de arbustos. Regresó a la barraca sin ser visto. El Dulce recuerda la sangre del blanco extendida por todo el cuerpo de su viejo, sobre todo en los pies descalzos. Allí en el bosque solitario, había pisoteado al chico hasta convertirlo en pulpa roja. El viejo creía que estaba a salvo. Los blancos nunca encontrarían aquel fiambre en un bosque tan frondoso. Se lavó, reparó la puerta de la barraca y esperó.

»El caso es que no se había cargado al chico. Sólo le había lisiado un poco dejándole paralítico. Esa misma noche, un blanco que iba con sus perros a cazar zarigüeyas oyó al chico que balaba bajo los arbustos. Estaba como una cabra. Tardaron hasta más de medianoche en enterarse de lo que quería explicarles con sus majaderías.

»El Dulce sintió el galope de los caballos de la turba que venían hacia la barraca. Se escondió arriba, entre la paja, justo cuando aquel tropel de locos entró arrollando la puerta. Él miraba por una rendija y vio cómo golpeaban a su viejo en la cabeza hasta hacerle sangre. Luego lo sacaron fuera. Entonces el Dulce vio cómo todo el gentío violaba a su madre.

»Al final todo quedó en silencio, salvo la madre que gemía en la cama. Se asomó despacio de entre la paja. A través de la puerta abierta vio a su viejo balanceándose a la luz de la luna, colgado de un melocotonero que había frente a la barraca.

»Su madre acabó en la casa de las chivas. Otro jornalero de la plantación se ocupó del Dulce. Estuvo trabajando en los campos hasta que cumplió los diecisiete. Huyó hacia el norte en un mercancías. Tuvo su primera puta a los dieciocho. Una blanca. Antes de los diecinueve la arrastró al suicidio. Ahora el Dulce debe andar por los sesenta.

Hizo una pausa. Manejaba el Cadillac con una sola mano. Sacó un truja del bolsillo de la chaqueta. Le dio un manotazo al encendedor del salpicadero. Yo pensaba: «No me extraña que el Dulce esté mal de la olla. ¿Por qué me habrá contado Top toda esta historia?».

Saltó el encendedor. Top se encendió el pitillo. Aspiró una profunda calada. Exhaló una cortina de humo contra el parabrisas y por un momento dejó de verse la luna.

—Yo no estoy chiflado como el Dulce —prosiguió—. Tengo el coco limpio y frío. No soy ningún negro cruzado del Sur. Nací en el Norte, crecí entre niños blancos. No odio a los blancos ni a ninguna otra gente. No soy una bestia negra. Soy un atractivo amante moreno. Amo a la gente.

»Cuando era pureta, estuve a punto de casarme con una blanca. Sus padres y amigos la presionaron hasta que se acojonó. Yo creo que la quería. Fíjate, nada más romper tuve que ir al hospital para que me calmaran los nervios. Desde entonces no he tenido más que putas. Es como lo que te conté cuando te conocí: el Dulce es un Ford y yo un Duesenberg. No es más que un chiflado feo y suertudo.

—Pero Top, has dicho que tu récord mandando chicas al manicomio es superior al del Dulce. Fijo que esas tres zorras enloquecidas que hay al norte del estado no guardan ninguna simpatía por la gente del puterío.

—Y dale, pareces tonto. Un niño es igual que una zorra idiota. Es incapaz de coscarse de nada por sí mismo. Hay que explicarle todo. Por supuesto que volví locas a esas putas, pero por una razón sana, gilipollas.

»Un chulo pillá una puta. Le camela con que si se mete en su casa y se pone a dar

el callo para él y amasan una pasta gansa, al final del arco iris se encontrará con un marido y una vida fácil. Para mantenerla enganchada a la piedra de molino tiene que hincharle la cabeza de castillos en el aire.

»Tendrá que ocuparse de todos los problemas del establo. Follará hasta que le den calambres en el culo para destacar por encima de las otras putas de la familia. Al principio no le costará mucho ser la estrella. A medida que vaya envejeciendo y afeándose, la competencia se irá volviendo más joven y más guapa. No tiene que ser una lumbreras para coscarse de que al final no hay ni pizca de vida fácil y mucho menos un arco iris. Siente en su pecho la traición. Se llena la cabeza de mierda pensando que si pudiera alejar del chulo a todas esas putas jóvenes y bonitas, al final aparecerá de verdad el arco iris. Y si no, por lo menos se vengará.

»Botar a una puta es una violación del código del chulo. Una zorra desterrada es una bomba de relojería. La puta sabe que su valor para el chulo baja cada día que pasa hasta llegar al nivel cero. Se hace vieja, se cansa y se vuelve peligrosa. Le puede llegar a quemar tanto los nervios al chulo, que éste puede echar a perder todo el tinglado. Si es gilipollas, tratará de quitársela de encima a patadas. Entonces es cuando ella querrá cargárselo o enchironarlo.

»Pero yo soy un genio. Tengo muy claro que cuando pasan de diez mil los primos que la han perforado, la estabilidad cerebral de la puta es nula. Pero nada de ponerme a malas ni dar muestras de cabreo. Le hablo como un dulce lavacerebros, naturalmente de castillos en el aire, y la inflo de heroína en cantidad. Los sesos se le vuelven gelatina. Me preocupo de la hostia por ella. Luego empiezo a meterle en los chutes pequeñas dosis de morfina o de hidrato de cloro. En cuanto está anestesiada puede que la empape con sangre de gallina. Al volver en sí, le cuento que la he traído de la calle y le digo que espero que no se haya cargado a nadie yendo sonámbula por ahí.

»Tengo un motón de maneras de volverlas tarumba. A la última a la que grillé, la colgué de la ventana de un quinto piso. Le acababa de meter un pico de cocaína pura para que se despertara de golpe colgando en el aire. La tenía sujeta por las muñecas. Los pies le columpiaban en el vacío. Abrió los ojos. Cuando miró hacia abajo chilló como un bebé asustado. No paró de chillar ni cuando vinieron a llevársela. Ves, chaval, sólo es cosa de negocios. No encontrarás en mí ni un gramo de odio.

Llevaba conduciendo casi una hora. Yo había perdido la noción del tiempo y del espacio. No veía caras negras en las calles por las que circulábamos. Vi edificios colosales de apartamentos. Algunos eran tan altos que parecían fundirse con el cielo nocturno.

—Claro, Top, tú si que eres un tipo listo de verdad. Me mola un montón que me pongas al día. La hostia, no me digas que el Dulce vive en un barrio de blancos —le dije.

—Pues sí, chaval, vive a la vuelta de la próxima esquina, en un ático. Como te dije, tiene más suerte que una rata de cloaca. El edificio vale un millón de dólares. La

propietaria es una anciana blanca, que es también la perra depravada del Dulce.

—¿Pero no protestan los inquilinos blancos de que el Dulce viva ahí? —le pregunté.

—Aunque la abuela blanca del Dulce sea la propietaria, él es quien regenta este lugar —me contestó—. Al menos lo controla a través de un viejo amigo suyo ex chulo. El Dulce le ubicó en un apartamento de la planta baja. El Pirata, ¡menudo viejo!, pasa a cobrar los alquileres y tiene a raya a los botones y a toda la servidumbre. Los inquilinos son todos jugadores y estafadores blancos. El Dulce tiene al Pirata corriendo apuestas en el edificio. Sólo las apuestas de los inquilinos le dejan al día hasta dos o tres de los grandes. Lo diré una y mil veces, el Dulce es un tarra con chorra.

Dobló la esquina. Aparcó el Cadillac suavemente junto a la acera frente a un edificio de apartamentos blanco como la nieve. Un toldo verde oscuro recorría ocho metros desde el borde de la acera hasta las fantásticas lámparas de cuarzo que iluminaban la fachada del edificio. Un blanco chupado, embutido en un traje de gala verde, aguardaba en actitud servicial junto al bordillo. Nos bajamos. Top rodeó el Cadillac y se acercó al portero, que dijo:

—Buenas noches, caballeros.

—Hola, tío, oye, hazme un favor —dijo Top—. Cuando te lleves el carro ahí atrás procura aparcarlo junto a la salida. No quisiera tener que armar bulla cuando vaya a salir. Toma, jefe, cinco pavos.

—¡Gracias, señor! Transmitiré su solicitud a Smitty —dijo el portero.

Entramos en un vestíbulo de mármol negro con las paredes pintadas de verde. Temblaba como una pueblerina que va a hacer su primera prueba de cine. Subimos media docena de escalones de mármol hasta una puerta de cristal prácticamente invisible. Nos la abrió, corriéndola, una chica color café con aires de bostoniana. Entramos en la recepción, era verde y perla. Una morena tan despampanante como cualquier conejita del Cotton Club estaba sentada detrás de una mesa dorada. Caminamos hasta ella por una alfombra de perlas movedizas. Nos mostró dos tercios de su dentadura perfecta. Tenía voz sedosa de contralto.

—Buenas noches, ¿en que puedo servirles? —dijo.

—Stewart y Lancaster —dijo Top—, venimos a ver al señor Jones.

Se volvió hacia una vieja negra sentada junto a ella frente al panel de una centralita y le dijo:

—Con el ático, señores Stewart y Lancaster.

La madurita se quitó los auriculares del cuello arrugado y se los puso de cornamenta. Enchufó y se puso a mascullar sin apenas abrir la boca. Después de un momento asintió a la conejita. Volvimos a ver el resplandor de marfil.

—Muchísimas gracias por esperar. El señor Jones está en casa y les recibirá —dijo la conejita.

Seguí a Top hasta los ascensores. Una hermosa chica de piel marrón con un

ceñido uniforme verde nos subió en un pispás hasta la planta quince. La puerta de latón dorado se abrió. Entramos por un pasillo alfombrado en oro. Era más amplio que el salón de Top. Salió a recibirnos un filipino espigado, con un traje de lame dorado. Sonreía y hacía reverencias con la cabeza. El pelo le caía descuidadamente por la cabeza como las alas de un cuervo herido. La lámpara de araña que pendía sobre nosotros hacía resplandecer su traje. Cogió mi sombrero y lo colgó de la rama de un árbol de madreperla de pega y nos dijo:

—Buena noche. Sigue a mí, por favor.

Le seguimos hasta el umbral de un salón hundido. Era como el foso de las pasiones de un pachá. Había una fuente enorme con un orinal gigante de cuyo interior manaba una luz verde que iluminaba el rostro vulgar de una mujer de piedra acucillada justo encima. Estaba desnuda y era tan grande como una cría de elefante. Del interior de su cabeza emanaba una luz roja, sus ojos miraban al frente. Las gigantescas manos presionaban las puntas de sus largos pechos contra ambos extremos de su boca bien abierta, mientras orinaba serena y eternamente en el cuenco de la fuente.

Bajamos los escalones hasta la alfombra oriental color champán. Al otro lado de la sombría habitación, sobre un sofá de terciopelo blanco, estaba sentado el Dulce. Llevaba puesta una chaqueta de esmoquin de satén blanco. Parecía un enorme moscardón negro en un cubo de leche. La Niña Bonita estaba acurrucada a su lado, con la cabeza moteada descansando sobre un almohadón de seda turquesa. El Dulce le rascaba la espalda. Ronroneaba cuando de pronto clavó en nosotros sus ojos amarillos. Me llegó una bocanada de su fuerte olor animal. El Dulce dijo:

—Sentad vuestros negros culos. Cielo, me has tenido en ascuas. ¿Qué ha pasado? ¿Es que se te ha jodido ese Cadillac cochambroso y baratucho que gastas? ¿Así que éste es el ceporro de tu sobrino?

Top se sentó en el sofá junto a la Niña Bonita. Yo me senté unos metros por detrás de Top, en una silla de terciopelo azul. Los ojos grises del Dulce no paraban de examinarme de arriba abajo. Me ponía nervioso. Forcé una sonrisilla.

Desvié como pude la mirada hacia un enorme cuadro que había por encima del sofá, en la pared. Una blanca en bolas estaba a cuatro patas. Un perro gran danés con la lengua fuera la estaba montando por detrás. La tenía enganchada con las pezuñas por debajo de las tetas. La cabeza rubia estaba vuelta hacia él, mirándole con los ojos azules muy abiertos.

—Oye, socio, mi Cadillac no es un avión —respondió Top—. He venido lo más rápido que he podido. Ya sabes que contigo no me gusta jugar, querido.

—Señor Jones, muchas gracias por dejarme subir con el tío —dije yo.

Mi voz disparó el recuerdo de La Gallera. Se puso rígido y me escudriñó, entrechocando los garfios. Sonaban a pistoletazos. La Niña rugió con una mueca de desprecio.

—¿No eres tú el cagamandurrias que boté de La Gallera? —me preguntó.

—Sí, soy ese mismo. Quisiera disculparme por haberle enojado aquella noche. Puede que si le hubiera dicho que era sobrino de un colega suyo nuestra presentación hubiera sido mejor. Es que no tengo cabeza, señor Jones. He salido al idiota de mi padre —le dije.

—Top, este mamarracho no parece tan inútil. El muy tonto no para de sonreír como una zorra, pero fíjate cómo raja haciéndome la pelota para salvar los cojones. Desde luego, tiene la polla bien amarrada para haber rehusado follarse el magnífico culo de mi preciosa Mimí. Chaval, me encantan los jóvenes negros que están locos por chulear. No hay camino más seguro para llegar a ser algo. Tu tío no es más que un buen chulo. Yo soy el más grande del mundo. Me ha dicho que espera que te achantes de la vía rápida y te vuelvas al pueblo.

»También me ha contado que tienes una puta. Puede que tengas madera. Dentro de un par de horas este sitio va a estar atiborrado de putas de primera. Te estaré vigilando para ver cómo te desenvuelves por ti mismo. A lo mejor te hago mi pupilo. Tienes que ser de hielo; ¿lo entiendes, chaval?, de hielo, h-i-e-l-o. Basta ya de sonreír como un idiota. Congela el careto y manténlo así. De esa manera puede que le demuestre al medio chulo de tu tío que soy capaz de entrenar hasta una mula para que gane el Derby de Kentucky.

—Qué mierda, querido —dijo Top—, no tenías por qué soplarle que tengo ganas de que se largue. Quiero al chico, sólo que no creo que valga para chulo. El chaval raja bien. No lo niego. Debería dedicarse al Murphy o, yo qué sé, convertirse en un gran impostor. No tiene el nervio suficiente ni la sangre fría para chulear en este carril.

«Comparado con este lugar, Top vive en una porqueriza», pensé. «Vaya, parece que estoy dentro».

—Cielo —dijo el Dulce—, vamos al dormitorio a pesar y preparar el material para esa chusma. Le diré al viejo Pirata que se ocupe de distribuirla. No trapicheo con drogas, soy chulo. Chaval, tú ponte cómodo. Dile al filipino que te sirva un trago. Si quieres, puedes ponértelo tú mismo, el bar está ahí delante.

Se metieron por detrás de un biombo de seda pintado a mano que conducía a un pasillo. La Niña les siguió muy estirada. Junto al sofá había una mesa con una campana de bronce encima. Decidí servirme una copa. Crucé la habitación hasta un bar color turquesa. Pasé al otro lado de la barra. En la pared había una estantería de espejos de la que cogí un vaso alargado de cristal. Me preparé una mezcla de crema de menta con gaseosa.

Cogí mi bebida verde y refrescante y me dirigí hacia una puerta de cristal que iba desde el suelo hasta el techo. La abrí corriéndola lateralmente y pasé a un patio. Miré hacia arriba. Un ballet de lámparas japonesas naranja oscuro y verde claro se mecían acompañadas por los céfiros de abril. Bailaban al son de cuerdas de jade fluorescente que colgaban muy por encima del suelo calizo. La luna parecía un *banana-split* que casi se podía chupar. Salí a un balcón color perla. Un mar de esmeraldas relucientes y

rubíes de neón despedía fuegos artificiales hacia un cielo azul cobalto, enjorado con estrellas de zafiro.

Pensé: «Está claro que el Dulce se las ha apañado para atrapar relámpagos con un dedal. Ha salido de los campos de algodón de los blancos. Se ha buscado la vida como chulo hasta conseguirlo todo. Vive en lo alto del cielo como un dios negro en medio del paraíso de los blancos. Sin necesidad de ser un puto médico negro o un predicador negro de moda, aquí está. Consiguió sacarse el pasaporte de viruta. La alambrada de espino queda a millones de kilómetros. Yo tengo más cultura, soy mejor parecido y mucho más joven. Sé que también puedo hacerlo».

Me acordé de Henry y de lo religioso que era. Mira lo que le pasó. Recordé cómo solía arrodillarme a rezar junto a la cama. Entonces sí que creía en Dios, sabía que existía. Ahora no estaba tan seguro. Supongo que desde mi primera condena empezó a desmoronarse mi fe en Él.

En la celda me pregunté muchas veces, por qué, si existía, podía dejar que el Mudo acabara con Oscar, que tanto le amaba. Por entonces me decía a mí mismo que cabía la posibilidad de que tuviera planes complejos a largo plazo. Sí, puede que hasta tenga razones divinas para permitir que, en el Sur, los blancos se cepillen a los negros.

¡Puede que una mañana al amanecer todos los negros canten Aleluya! Los burócratas blancos de Dios cortarán la cinta roja. Dios se subirá las mangas. Destruirá la alambrada invisible. Exterminará a todas las ratas de los guetos negros, llenará todas las barrigas negras y convencerá a los blancos de que los putos negros también son hijos suyos.

Ahora no podía esperar. Estuviera o no allí, por si acaso, miré hacia el cielo. Era la primera vez que rezaba desde lo de aquel rata de Steve, ahora sé que lo único que estaba haciendo era desahogar el miedo. Le dije:

—Señor, si estás ahí arriba, ya sabes que soy negro y sabrás lo que pienso. Señor, si en verdad la Biblia es tu libro divino, entonces ya sé que ser chulo es pecado. Si estás ahí arriba y me escuchas, sabrás que no pretendo engañarte. Señor, no te pido que bendigas mi oficio de chulo. No soy tan estúpido. Señor, sé que no eres negro. Sin embargo, seguro que sabes, si es que estás ahí arriba, lo que supone ser negro aquí abajo. Todos estos blancos están pegándose la gran vida, comiéndose toda la chicha. Pues bien, quiero un poco de esa vida y también de esa chicha.

»No quiero ser atracador ni camello. Y por mis muertos que tampoco pienso ser portero ni lavaplatos. Sólo quiero ser chulo y punto. No es tan malo, al fin y al cabo las putas están podridas. Además, no tengo intención de cargármelas ni de volverlas locas, ni nada de eso. Sólo quiero vivir un poco a costa de ellas, al genuino estilo blanco.

»Así pues, Señor, si estás escuchándome ahí arriba, hazme un favor. No dejes que la palme antes de que pueda disfrutar algo de esta vida y ser alguien en el mundo de los blancos. Después de eso no me importa lo que pase.

Miré hacia abajo desde el balcón. Me preguntaba si habría nacido el operario de pompas fúnebres capaz de recomponer los cachos del fiambre de un capullo que se da boleta tirándose de un decimoquinto piso. De pronto, detrás de mí, presentí la noche de gala y etiqueta. Tenía el gaznate seco de tanto parloteo. Apuré la copa de un trago.

Me volví y regresé hacia la puerta de cristal. Las lámparas japonesas salpicaban de color las pulidas mesas de alabastro. Fijo que el filipino había estado frotando lo suyo. Abrí la puerta y me encontré con una coral profana. La fragancia a puta ensanchó mis napias. Debía de haber unos treinta chulos y putas parloteando apalancados en aquel amplio foso.

Entré y cerré la puerta. Un chulo de piel ébano satinada estaba despatarrado en la silla de terciopelo azul. De rodillas, entre sus piernas, había una tigresa marrón café que tenía la barbilla metida entre sus huevos, agarrada a su cintura como si estuviera en un callejón con un cliente de dos pavos.

Sus soñolientos ojos marrones rodaron hacia lo alto de su cráneo. Le miraba a los abultados labios azules como esperando que él fuera a silbar «La marcha nupcial». En su dedo, aquella piedra era una explosión de fríos fuegos artificiales y blanquiazules. El chulo satinado levantó su copa para maldecir a todas las guarras amas de casa. Hizo como que le dedicaba el brindis a todas las putas. La habitación quedó en silencio. Alguien estranguló el fonógrafo de oro del rincón. Brindó:

Antes de tocarle la raja a una guarra ama de casa,
chuparía un millar de pollas gonorreicas, nadaría en un espeso mar de mierda,
pues sudan vómito verde por sus podridos pies y de sus respingonas narizotas
les cuelgan velas aún más verdes.

Que todas las zorras amas de casa pillen la sífilis y se vayan a pique,
que cuando se miren el culo por dentro se cuelen por el ojete y se partan el
puto pescuezo.

Era la primera vez que lo escuchaba, así como el resto de la gente. Se pusieron a aullar y le pidieron que lo repitiera. Señaló con los ojos hacia el biombo chino de artesanía.

Todas las miradas se volvieron hacia Top y el Dulce que entraban en la habitación. Les escoltaba un negro viejo con un parche blanco de seda sobre el ojo derecho. La Niña iba escoltándole a él. Parecía un buitres maqueado con terno gris de mohair. La Niña se plantó tras el sofá de terciopelo blanco y enseñó los colmillos. Los tres chulos que estaban sentados ahí levantaron el vuelo como codornices ante una escopeta de dos cañones, rebotando de culo contra la alfombra. El Dulce, Top y la Niña tomaron asiento en el sofá.

Me senté en un almohadón de satén que había en un rincón junto a la puerta de cristal y me dispuse a ver el espectáculo. Vi que el Pirata se apalancaba detrás de la barra. Formaron entre todos un gran semicírculo alrededor del sofá, como si éste

fuera el escenario y el Dulce la estrella. El Dulce habló:

—Y bien, ¿qué tal lo habéis pasado en la pelea, mandrines? ¿Pudo ese negrata cepillarse al pollo blanco, o acaso se cagó por la pata abajo?

Respondió con parsimonia una puta blanca del Sur, de cabeza anchota y con la voz melosa, imitando a la Mae West:

—Señó' Jones, e'toy contenta de pode' informarle que el negrata corrió al blanquito de vuelta al culo de su madre en el primé asalto.

Se rieron todos salvo el Dulce. Estaba golpeando sus mazas. Me preguntaba qué chaladura le estaría bullendo en el tarro mientras la observaba. Una cuarterona de culo respingón volvió a poner en marcha el fonógrafo. «Domingo sombrío», la favorita de los suicidas, sumió la sala en una atmósfera de funeral. Después el Dulce se apartó y se me quedó mirando.

—Está bien, cerdos degenerados —dijo—, el Pirata tiene banderillas y bolitas de veneno. Tenéis luz verde para daros matarile.

Empezaron a levantarse de sus almohadones satinados y de los grandes cojines de terciopelo y se fueron apiñando en la barra alrededor del Pirata.

La amarilla de culo respingón se me acercó, plantándose frente a mí. Tenía unas marcas negruzcas en la cara interna de los muslos. La boca abierta de su conejo era roja como un solomillo. En la mejilla derecha tenía la cicatriz de un tajo. Un canalón blancuzco que iba del pómulo hasta la comisura de su boca torcida. Tenía la cara sembrada de cráteres de viruela. Llegué a guipar el brillo del mango nacarado de una navaja automática que escondía en el escote. Los ojos grises centrifugaban en su jeta. Iba muy ciega.

Tuve cuidado. Sonreí de medio lado. El Dulce nos estaba guipando. Meneaba la cabeza con desagrado. Tenía dudas de si lo que esperaba de mí era que le partiera la boca de un puñetazo y luego me dejara meter la navaja en las tripas.

—Deja que te vea la chorríta, guapo —dijo ella.

—No voy enseñando la polla a zorras desconocidas —le dije—. Ya tengo una puta que me la mima.

—Negro de mierda, ¿no sabes quién soy? Soy Cora Colorada de Detroit. Lo de colorada viene de sangre. ¿Es que no sabes que soy zorra gatera y que ya me he cargado a dos pollos? Te he dicho que me enseñes la chorra. Y llámame Cora, negrito gilipollas. ¿Te crees la hostia por tener una puta? Como sea una de las de aquí te pillo aquí te mato, te vas a morir de hambre, negro. Mira negro, a ver si te enteras y te buscas una zorra gatera.

Una tía enorme de voz cascada, con una chuta en una mano y una vaina de polvo en la otra, me salvó por los pelos. Le dijo a Cora dándole un toque en la rabadilla:

—Zorra, voy a chutarme esta mierda. ¿Quieres un poco? Ya le harás el Georgia después a ese negro chupado.

Vi cómo el trasero de Cora se alejaba de mí. Ella y la carrasposa se acercaron a la barra para coger una cuchara y un vaso de agua. Miré al Dulce. Me estaba lanzando

una mirada de hielo. Pensé: «Este nivel es muy fuerte. No sé cómo protegerme. Con putas jóvenes y fáciles como el retaco puede que sea un as, pero tengo que hacer algo respecto a estas zorras carrozonas y duras. Tengo que andar con cuidado de no perder al Dulce. Como siga haciendo el capullo esta noche, se va a cortar y me va a mandar al carajo».

Me senté durante un par de horas en el rincón con ojos de búho. Mis oídos recogían la maestría de aquel diálogo cruzado. Estaba alucinado con la rapidez y la finura del intercambio de verborrea entre aquellos magos del chulerío.

Cora Colorada me tenía inquieto. No paraba de entrar y salir del patio. Iba cargada de heroína hasta las cejas. Cada vez que pasaba a mi lado me decía algo. Estaba claro que se moría de ganas de verme la polla.

Algunas de las putas del Dulce fueron llegando. Ninguna de ellas estaba en La Gallera con él cuando le vi por primera vez. Todas eran muy finas y recién estrenadas. Había una amarilla preciosa. No debía de tener más de diecisiete tacos.

También había un gigante negro que era chulo en la Gran Manzana. Se había traído a tres de sus putas. No paraba de fanfarronear sobre lo entrenada que tenía la polla. Era uno de los únicos tres de la fiesta que no se chutaban nada. Sólo le vi esnifar unas rayas y tomar un par de combinados. Estaba de pie detrás del Dulce y de Top con un vaso en la mano. Decía:

—Dulce, ¿no te parece la hostia que no haya una sola zorra que pueda hacer que me corra hasta que yo quiera? Aunque tenga ventosas en el coño. Aunque su boca tenga un título universitario no conseguirá que me corra hasta que a mí me dé la gana. Tengo la polla más resistente del mundo. Pongo un billete para el que no se crea lo que digo.

—Pamplinas —habló el Dulce—, tengo una putita a la que puse a ejercer hace seis meses que puede dejarte seca esa pollaboba que tienes en cinco minutos. Pero no voy a darte un escarmiento por cien miserables pavos. Aunque si tienes más de uno de cien y pones cinco en la mano de Top, te acepto la apuesta.

El gigante sacó un fajo arrugado del bolsillo lateral y planchó cinco papeles de cien en la palma de Top. El Dulce sacó con elegancia un taco de billetes de cien del bolsillo interior de su smoking y cubrió la apuesta en la mano de Top.

El Dulce chasqueó los dedos. La hermosa amarilla se arrodilló frente al gigante. Se puso a actuar delante de una audiencia enardecida. Ganó la apuesta para el Dulce en menos de tres minutos.

El grandullón se quedó ahí un buen rato con los ojos cerrados y una sonrisa estúpida en la jeta. Una de sus furcias se descojonaba entre dientes. Él le dio un guantazo en los morros y se fue a la barra.

«No cabe duda de que esa tía tiene talento para los negocios», pensaba yo. «Pepper es bestial, pero no podría competir con una esponja absorbente de ese calibre».

Me levanté y salí por detrás del biombo chino. Caminé por un largo pasillo. Pasé

por tres dormitorios acojonantes. Entré en un servicio lleno de espejos. Era tan grande como un dormitorio. Cerré la puerta de un empujón. Tendría que haber echado el pestillo.

Me acerqué a la taza. Levanté la tapa. De pronto irrumpió aquella bestia parda de Cora Colorada. Su lengua roja se relamía. En su calavera los ojos grises estaban como en trance. Mi aparente inocencia y juventud la ponían más cachonda que el demonio. Aquella cabeza ciega de heroína y esa boca de fuego la convertían en una asesina por partida doble.

Me quedé inmóvil ante aquella zorra letal. Eché una ojeada al pequeño manual de mi coco. No sabía cuál era la frase adecuada en una situación así. Farfullé algo pidiéndole que se calmara y le dije:

—Escucha, chica, a mí no me has dado ni un chavo. No soy tu hombre.

Era como tratar de mantener a raya a un leopardo hambriento con un mondadientes. Sacó como un rayo la navaja del escote haciendo saltar la reluciente hoja. Con la otra mano me abrió la bragueta de un zarpazo. Oí cómo botaban los botones por el suelo de baldosas. El corazón me latía a ritmo de fox-trot.

—Fantasma hijoputa, tú qué vas a ser chulo, guapito. Me voy a poner hasta el culo de mamarte o si no te cortaré la chorra —me dijo.

Retrocedí hasta la pared junto a un taburete. Sentía las húmedas yemas de mis dedos temblequeando contra los fríos azulejos del baño. Ya me estaba hurgando dentro cuando irrumpió el Dulce como una tromba. Agarró un mechón de su melena. La otra chilló de dolor. La apartó de mí tirando de ella hacia la puerta. La maldecía al tiempo que disparaba el zapato de punta contra sus anchas posaderas una y otra vez.

—Zorra asquerosa, este mocoso va a mi escuela. No voy a dejar que le haga el Georgia. Y ahora digo que puerta, zorra, ¡puerta!

Escuché el *staccato* de sus tacones contra las baldosas cuando salió de naja. Él se volvió hacia mí. Su negro rostro se había vuelto gris furioso. Esperaba que el Dulce se acordara de que yo no era amarillo. Pensaba en lo que Top me contó acerca de aquellos cuatro asesinatos.

Pegó su nariz negra y chata contra la mía. Notaba un aerosol de babas contra mis labios según me amonestaba, retorciendo el cuello de mi traje alrededor de la garganta y apretándome como un garrote vil. De un tirón me mandó a dos metros de la pared y me gritó:

—Escúchame, niño hijoputa de los cojones. ¿Sabes por qué te ha estado puteando esa zorra? No haces más que sonreír como el gato de Cheshire. ¿Qué te hace tanta gracia? ¿Es que no va a haber forma de quitarte la tontería? No puedo hacer un chulo de un julái como tú.

»Ya te lo he dicho una vez, ¿cuántas veces voy a tener que repetírtelo? Mira, capullito negro, para ser un buen chulo tienes que ser de hielo, tan frío como el chocho de una puta muerta. Ahora, si eres un julái, un maricón o lo que sea, dímelo. Te disfrazo de *drag*, ejerces para mí y arreglado. Apártate de mi vista, negro de

mierda, hasta que se te quite esa sonrisita de payaso y se te congele la jeta.

El roce de sus calcos contra las baldosas ya me estaba dando grima cuando me arrojó contra la pared. Di contra ella, como un proyectil, con la trasera del cráneo. En medio de una soporífera niebla de dolor le vi esfumarse.

Mi espalda se escurrió como una babosa por la pared. Me eché a reír al ver cómo se unían las puntas de los calcos a medida que las piernas se deslizaban por aquellas baldosas. Me quedé sentado en el frío suelo contemplando aquellas patas contrahechas y grotescas que se alargaban delante de mí.

Un par de piernas azules de mohair se situaron en ángulo recto con las horizontales. Levanté la vista. Era Top. Se agachó para ayudarme a poner en pie. Me dijo:

—Chaval, ¿te convences ahora de que ese monstruo hijoputa está completamente zumbado? Toma la llave del Cadillac. Sácalo de la parte de atrás. Aparca frente al bloque y espérame tranquilo. En cuanto pille la pasta de todo el marrón me aligero de aquí.

Clavé la vista en la alfombra achampanada. Fui zigzagueando entre el recochineo de las furcias y sus rufianes. Logré atravesar el foso y alcancé el ascensor. El filipino estaba allí de pie. Apretó el botón de llamada.

Parecía una amistosa serpiente marrón embutida en pan de oro. Se me acercó y me arregló el cuello de la chaqueta, que lo llevaba por las orejas. Cogió el sombrero del árbol perla. Me lo encasquetó en la cabeza y le dio una toba en el ala con la punta de los dedos. El forro se me clavaba en el chichón dolorido. Me ajusté el ala.

—Buena noche, señor. Sammee espera que haya pasado bien —dijo el filipino.

—Sammee, colega, ha sido una noche de la hostia. Nunca la olvidaré —le dije.

Según bajaba en el ascensor, sentí una ligera fragancia a coño perfumado. Me preguntaba si aquel encanto de amazona marrón haría la carrera de vez en cuando por alternar.

Salí de aquella jaula dorada y entré en el vestíbulo. Vi una flecha roja luminosa que parpadeaba al fondo. Caminé hacia la puerta de cristal que había bajo ella y bajé por los escalones de piedra blanca hasta el aparcamiento.

Guipé el Cadillac rojo de Top en aquel mar de coches. Fui hacia él, lo abrí y entré. Delante había un enorme Buick blanco aparcado. Un moreno sonriente con mono blanco se acercó al Buick. Tenía el nombre de Smitty cosido en azul a lo ancho del bolsillo del pecho. Sacó el Buick. Le di al contacto y salí pitando del aparcamiento. Doblé la esquina derrapando y me dejé llevar hasta el bordillo a unos veinte metros de la entrada del edificio del Dulce.

Apagué el motor. Bajé la ventanilla. Dejé el sombrero sobre el asiento. Recliné la cabeza hacia atrás contra el respaldo. Cerré los ojos y me quedé sopa. Sentí de pronto que algo me trituraba la mandíbula. Un abrasivo punto de luz me cegaba los ojos. Escuché retumbar una voz atronadora:

—¡Policía! ¿Qué coño estás haciendo, negro? ¿Cómo te llamas? ¡Identifícate!

No podía responder con la mandíbula estrujada a presión. Estaba aturdido. Bajé la vista de aquella luz infernal. Vi el antebrazo blanco de una bestia. Estaba cubierto de una pelambarrera negra y erizada. Los músculos se contraían y dilataban a medida que la presa apretaba más fuerte el hueso de mi mandíbula. Me preguntaba si me había matado en el Cadillac y el pasma era Satanás que estaba registrando el coche en el infierno. Fuera o no el infierno, el caso es que Satanás quería identificarme. Me acordé del percance con el Zorro y Caracaballo. ¡No tenía ni cartera!

Satanás abrió la puerta de golpe. Me di con la cabeza en el marco al sacarme de un tirón. Me soltó la mandíbula y me estampó contra el capó del Cadillac. Las manos húmedas me patinaban por la chapa.

El compañero demonio de Satanás me cacheó a guantazos desde el pecho hasta las suelas de los calcos. Metió el dedo dentro de uno de ellos. Me hizo cosquillas en el arco de la planta del pie.

—Me llamo Albert Thomas —dije—, demonios, si no estaba haciendo nada, agentes. Estoy esperando a mi tío. He perdido mi cart...

No pude terminar. Una nebulosa de estrellas fugaces orbitó alrededor de mi cabeza. Era como si me hubieran ensartado el tridente al rojo vivo en el chichón de atrás.

Escuché ruido de cristales rotos sobre el capó. Caí sobre éste de bruces y me puse a potar. Mientras trataba de recuperar el aliento, sentía en la cara la tibia y repugnante papilla.

Se veían cristalitos relucientes sobre el capó. Satanás me había atizado en la cabeza con la linterna. La sombra del compañero demonio se veía subir y bajar dentro del Cadillac. También estaba registrándolo.

—¿Estás limpio, negro? ¿A qué te dedicas? —preguntó Satanás.

—Nunca me he metido en líos —susurré—. Trabajo en el espectáculo, soy bailarín.

—Mentiroso negro hijoputa. ¿Cómo coño sabes lo que significa estar limpio? A ti ya te han trincado antes, negro. Ponte derecho. Te voy a meter en chirona. Allí te podrás marcar unos pasos de baile sobre las tablas.

Me separé del capó con gran dificultad. Me volví dándole la cara. Vi su jeta enrojecida y fofa. Top apareció por detrás del Cadillac, se colocó entre nosotros y dijo:

—¿Qué pasa, agente? Éste es mi sobrino y esto es mi Cadillac. El chaval me estaba esperando. Está limpio. Venimos de una fiesta en casa del Dulce Jones. Ya sabe quién es. Somos íntimos amigos suyos, ¿comprende?

La jeta fofa de Satanás se crispó con una sonrisa de hiena. Golpeó con la mano en el parabrisas. Vi cómo asomaba por el asiento de atrás la jeta blanca como el almidón del otro demonio. Satanás le indicó con la mano que saliera del coche. Salió aparatosamente y se situó a su diestra. Satán dijo:

—Me parece que ha habido un pequeño malentendido, Johnnie. Estos caballeros

son amigos del señor Jones. Mire, señor, si su sobrino hubiera mencionado ese nombre se habría evitado el registro. ¡La Virgen!, sólo cumplimos con nuestro deber. Hay un chorizo palquista que anda merodeando por la zona. El teniente nos está dando la brasa para que le echemos el guante. Lamentamos lo ocurrido, caballeros.

Los patrulleros cruzaron al otro lado de la calle. Entraron en un Chevrolet negro y salieron disparados. Saqué un pañuelo del bolsillo y me limpié la cara.

Limpié también los trocitos de cristal y parte del vómito que había encima del capó. Tiré el trapo a la cuneta. Me subí al Cadillac. Top dio media vuelta y puso rumbo a la ciudad negra. Me toqué el chichón. Sentí algo pegajoso. En mi cabeza había un pequeño corte. Me limpié los dedos con la punta del pañuelo que llevaba en la chaqueta. Pensaba: «Como las cosas se pongan aún más duras por este camino, voy a acabar sonado antes de tiempo. A lo mejor debería hacer caso a Preston y largarme al campo».

—La hostia, ya veo que el Dulce Jones tiene enchufe. Fue mágico cuando pronunciaste su nombre —dije.

—Para mágico tu culo —dijo Top—. La única magia consiste en los cien pavos que les suelta el Dulce todas las semanas. Todos los polis del distrito, desde el capitán para abajo, tienen las manos untadas con manteca de los bolsillos del Dulce.

»¡Ave María purísima!, apestas. ¡Ni que te hubieras cagado en los pantalones! Me temo que estás teniendo mala suerte, chaval. Es una pena que no supieras manejar a Cora Colorada. Es una de las gateras más rápidas del país.

—Mira, Top, aunque esa zorra chiflada y llena de viruelas tuviera un túnel hasta Fort Knox, no me tiraba ni un pedo en su boca. No me gustan las putas tan viejas y ni tan curtidas.

—Qué tontería. Cuando te enteres de lo que significa ser chulo le sacarás pasta hasta a un bulldog con dos cabezas, tres patas y dentadura postiza. Por cierto, chaval, no olvides cerrar el pico respecto a lo que te conté del Dulce. Soy el único menda al que se lo ha contado. Me arrancarían la cabeza y jugaría al balompié con ella.

—Venga, Top, ¿qué hostias estás diciendo? ¿Es que te parezco una vulgar rata capaz de enmarronar a un colega? —le dije.

Me alegré al ver el letrero azul del Haven. Top aparcó al otro lado de la calle. Salí. Había cruzado hasta la mitad cuando Top le dio a la bocina. Me volví hacia el Cadillac. Top tenía en la mano mi sombrero y un trocito de papel. Los cogí.

—Chaval, ahí tienes mi número de teléfono por si necesitas lo que sea. Y ahora tómatelo con calma —me dijo.

Pasé por recepción. El indicador señalaba que el ascensor estaba en la cuarta planta. Tiré por las escaleras y recogí el marrón del cuarto de limpieza. El retaco me abrió nada más llamar. Entré en el dormitorio sin decir una palabra y guardé el marrón en el bolsillo de un abrigo dentro del armario. Empecé a quitarme la ropa. Apestaba. La tiré sobre una pila que había en un rincón. Ella me miraba desde la puerta y dijo:

—Corazón, al pasar me ha parecido que olías como si te hubieras dado un chapuzón en un camión de basura. ¿Qué te ha pasado?

Fui al baño y me planté frente a la taza. Ella me siguió y se quedó en la puerta. La miré por encima del hombro y le dije:

—Zorra, esta noche me han trincado dos patrulleros blancos. Alguien les dio el soplo de que he venido a la ciudad a chulear. Me arrestaron y me han zurrado la badana hasta hacerme echar la pota. Querían que te delatara, nena. Querían saber dónde ejercías. Qué mierda, tengo el corazón demasiado puro como para señalarte con el dedo, nena. Estoy machacado y hecho polvo, así que cierra el pico, ¿vale?

Tiré de la cadena, abrí la ducha, la miré mal y fruncí el ceño. Se volvió y se metió en la cama. Me quité a Mickey. Eran las cuatro de la mañana. Me duché y me sequé. Caí derrotado en la piltra sin revisar la pasta del tocador. Me quedé dormido pensando en cómo podría arreglármelas para desenvolverme por la vía rápida.

9. LA MARIPOSA

Me desperté. El sol de mediodía estaba radiante. Escuché un barullo de ratas o algo parecido que venía del armario. Me volví y miré. Era el retaco. Estaba de rodillas revolviendo y sacando maletas y zapatos fuera del armario. La trasera de mi cráneo me dolía y palpitaba, me la toqué. Noté una buena costra sobre el bulto.

Mirando el culo del retaco pensé: «¿Qué coño estará haciendo?». Y le dije:

—Maldita sea, zorra, ¿puedes dejar de armar tanto follón? Me duele la cabeza. Me despierto y la primera cosa viva que veo es el culo corroído y negro de una puta boba que está abriendo una zanja en el armario. Coño, tiene que haber una forma más agradable de empezar el día.

Volvió la cabeza bruscamente y dijo:

—Estoy buscando la hierba. Me encuentro baja de tono. ¿Dónde la encalomaste? Anoche cuando vine no pude encontrarla.

Me levanté y fui al armario. Metí la mano en el roto del bolsillo del abrigo, y sin sacarla separé mi polvo de su hierba. Le di la lata. Vi dos tristes billetes de diez tirados sobre el tocador. Me volví a la cama y me empiltré.

—Zorra, tengo un escondrijo fuera, ¿a ver si no? No quiero volver a casa una noche y darme de morros con un poli que, además, me saluda. No veas qué putada si encima tiene en la mano esa lata que contiene un marrón de uno a dos años.

»Hostia, vaya mierda de pasta sacaste anoche. ¿Qué te pasó? ¿Te dio el palo algún menda? ¿No te irá a volver perezosa esa mandanga? Veinte pavos para una zorra joven y perversa es un escándalo. Cojones, si sólo con el amante “encanto mío, ojitos azules” ya sacaste los veinte pavos.

»No has pegado palo al agua en el resto de la noche. Mira, zorra, si me entero que les cobras a tus clientes veinte pavos por toda la noche, te mato.

Estaba chupando los extremos del canuto que se acababa de liar. Se sentó en la cama junto a mí. Me miró con ojos descarados y me dijo:

—Corazón, soy tu chica. Si alguna vez dejo de quererte dejaré de putear para ti. Cuando hayamos terminado me iré con otro negro, si antes no me matas, claro. De momento estoy contigo, en tu rincón, hasta donde haga falta.

»Los blancos no me molan. Me dan ganas de vomitar cuando me soban y babean encima de mí. Les hablo con cariño, pero les odio. Corazón, yo sólo quiero su dinero. Por eso me mola hacérmelo con ellos. Me sube un montón saber que yo, una puta zorra negra, les está levantando la pasta.

»Muchos de ellos son unos toláis muy peripuestos y muy respetables en el mundo blanco. Algunos hasta me enseñan fotos de esposas guapísimas o niños monísimos.

Hace que me sienta mucho mejor que todas esas zorras blancas que viven en medio de tanto lujo. Esas mujeres blancas tienen criadas negras para reírse de ellas. Se creen que no valemos para otra cosa que no sea fregar o hacer el payaso. Les daría un pasmo si vieran a los primos de sus maridos gimiendo, gruñendo y lamiendo entre los muslos de una furcia negra.

»Ya sé que no tengo el pelo sedoso ni la piel blanca. Como también sé que esos blancos que salen del paraíso para venir al infierno no lo hacen sólo por darse un garbeo. Vienen porque los culos fríos de sus blancas celestiales no tienen entre las piernas lo que tenemos las putas negras del infierno. Negra y bajita como soy, comparto intimidades con ellos que esas guarras blancas de alta sociedad no sabrán nunca.

»Corazón, como casi nunca hablamos, ahora me he dejado llevar. Estoy tonta por ti. Querría haberte contado esta mañana lo que pasó anoche. Me dijiste que cerrara el pico, ¿te acuerdas? Cuando terminé con Chuck en el Martin, me pararon. Eran dos pasmas blancos de antivicio. Me metieron en el coche, arrancaron y me registraron sobre la marcha. Uno de ellos era un asqueroso hijo de puta muy chungo. El otro, rubito y amable, se compadecía de mí.

»El Chungo dijo: “Fijo que esra zorra negra tiene que ver con esas ocho denuncias de robos a personas. Deberíamos arrestarla y someterla a un par de ruedas de reconocimiento. Qué coño, Carl, si sabemos que es puta”.

»El Rubito dijo: “Ya, Max, pero si es una primeriza. No es más que una joven maciza y atractiva con una madre a la que mantener. Ya sabes lo duro que es para estos pobres negros comer a diario y vivir bajo techo en esta ciudad. Vamos a darle una oportunidad y soltarla. La hostia, Max, fíjate qué par de muslos tiene la tía. Y además es suave como una gatita”.

»El Chungo dijo: “Carl, está claro que tienes debilidad por las morenas. Ésta dice que está sin blanca. Pues por un culo negro como el suyo, no la suelto. Si no le da vergüenza enseñarme cómo maneja el francés a lo mejor, digo sólo a lo mejor, podría darle una oportunidad. Voy a entrar en ese callejón. Carl, pruébale la boca y el chocho. Si cuando termines no estás pegando botes de alegría por lo buena que es tanto por arriba como por abajo, voy a salir del callejón a meter su culo negro entre rejas... La voy a empujar por las ocho denuncias de robo. Con un poco de chorra sólo le caerán un par de años”.

»Corazón, el Rubito me empujó la cabeza hacia su cosa. Después me llevó con él al asiento de atrás. El hijo de puta del Chungo, Max, se volvió y estuvo iluminándonos con su linterna todo el rato hasta que hice aullar al otro.

»Cuando terminé con el Rubito, Max se pasó atrás conmigo. Estuvo más de media hora llamándome cosas repugnantes. Me daba puñetazos y pellizcos. Todavía estoy molida. El Rubito le pidió que parara. Siento el culo como si se me hubiera roto algo por dentro. Pasé muy mal rato.

»Al final me dejaron marchar. Max me advirtió que no quería volverme a ver. Me

asusté y me vine. Por eso hay poca pasta. Max me encerrará si me vuelve a pillar. Vas a tener que buscarme otra calle para currelar.

—Estúpida zorra de los cojones —dije—. Te crees muy lista porque te has coscado de que los blancos cruzan de extranjis la alambrada para follar con furcias negras. No hay un solo negro confinado aquí que no sepa eso. No eres más importante porque esos capullos blancos y enfermizos dejen sus chochos finos en el paraíso y se vengán a buscar al infierno tu apestoso culo negro.

»Zorra gallina. Te han registrado y te han vacilado con lo de que te pueden enmarronar por otros cargos. Todavía no te has enterado de que yo te sacaré. Tú solita te has dado a ti misma por el culo y ahora te duele. Te has aligerado de la calle con sólo veinte putos pavos. Has dejado que esos pichones de la pasma te la metan por delante, por detrás, de arriba abajo y hasta de medio lado. ¡Pero qué pardilla eres, zorra! ¿Crees que te voy a encontrar otra calle para currelar? ¿Es que te van a dar un permiso para trabajar en otra?

»No tienes de qué preocuparte por Max y el otro poli. Zorra, puedes ejercer lo que te dé la gana siempre y cuando no tengas cáncer de coño o parálisis bucal. Mira, zorra, como no te quites de mi vista me van a llevar a la silla por descuartizarte. Vístete, sal a te calle, folla y saca viruta. Y no se te ocurra volver a entrar por esa puerta sin telefonearme antes, zorra. No voy a salir a ningún lado.

Mientras estuve rajando no paró de darle caladas al porro. Para cuando le expliqué la pirula de los polis estaba muy ciega. Saltó de la cama y se fue al armario. Se vistió sin parar de mover la cabeza hacia mí.

Sabía que estaba cabreado. Seguramente se asustó después de soltarle lo de descuartizarla, me imaginaría metiéndole mano en el culo con un cuchillo. Salió deprisa. Llamé a Sites para que me trajera algo de pitanza y se llevara mis camisas y lo demás a lavar. Comí y me metí una raya. Después me chuté un poco más de perica. Me sentía bien, salvo por el chichón de la cabeza que aún me dolía un poco.

Me acordé de cuando Satanás y el Demonio quisieron identificarme. Volví a llamar a Silas. Me dijo adonde ir. Podía hacerme con un carnet de conducir por diez pavos, bajo cuerda. Me vestí y me puse en marcha. Me lo hice sin problemas. Al cabo de una hora ya estaba de vuelta.

Acerqué una silla a la ventana del salón. Tenía mis lentes de espionaje. Todavía había luz. No vi al retaco en la calle. Escudriñé en el bareto guarro del otro lado de la calle. El retaco estaba sentada en la barra rajando con un negrazo enorme con mono de faena. Tenía toda la pinta de ser un primo. Les va salir juntos y cruzar la calle en dirección al Hotel Martin.

El trompetista caramarcada que vivía en el 422 al otro lado del pasillo salió detrás de ellos en solitario. Se montó en un Ford destartado y se alejó a trompicones. Tuve una idea. Después de todo podía perder al retaco. Cogí el teléfono y pedí conexión con el apartamento 422. La ex puta amarilla y guapa dijo hola. Molaba que Silas me hubiera hablado de ella. Así podía preparar mi discurso. Le dije:

—Ahora trata de no perder la calma, nena. Soy el larguirucho soñador con mirada de alcoba que vive al otro lado del pasillo, en el 420. El que tenía aquella toalla tan guapa enrollada alrededor de esas caderas tan apetecibles. Aún llevo las mismas caderas que viste con tus rayos X. ¿Te acuerdas del pedazo de pirulí que te comías con los ojos?

—A lo mejor, pero no debería llamarme —me dijo—. No quisiera tener un altercado. ¿Qué es lo que quiere? Una dama no debe aceptar llamadas de extraños.

—Quiero un millón de dólares y marcharme a la luna con una zorra maravillosa prisionera y aburrida, ¿me entiendes? No soy ningún extraño. Llevo jugando con la goma de tus bragas desde que me viste en el pasillo.

Soltó una risita. Noté la emoción en su voz. El trompetista la habría sacado de la calle, pero la puta seguía vivita y coleando dentro de ella. Tenía clase. Había hecho algo más que echar unos cuantos polvos en la salida de incendios del instituto.

—Es que no bebo y además no te conozco —me dijo.

—Me conociste en tu primer sueño húmedo, ¿no te acuerdas? Ya sabes, aquel tío bueno que en tus sueños de niña siempre desaparecía al despertarte empapada entre las piernas. Me esperabas con ganas.

»Zorra afortunada, he salido de tus sueños. Soy real y vivo al otro lado del pasillo. Ven para acá, vamos a ponernos a gusto. No te preocupes por el cancerbero. Le he visto salir del bareto de enfrente y largarse hará cosa de diez minutos. Nena, voy a tener que decirle a una de mis putas que te haga una tarta rellena con una lima.

—¿No estarás casado con alguna? No quisiera que me cortasen la garganta. No quiero perder la costumbre de respirar.

—Sí, estoy casado. Estoy casado con el puterío. Tú misma eres todavía socia del club, sólo que últimamente no has pagado tus cuotas. Si no estás echada a perder, a lo mejor yo puedo colocarte en buena posición. ¡Ven para acá de una vez!

—Estoy en cueros. Tendré que ponerme algo. Pasaré un momento. ¿No serás yonqui? Paso de lo que no sea hierba.

—No, encanto, soy amante y mendigo, soy un puntazo negro, nena, ¿lo pillas?

Colgué. Fui al tocador y me empolvé la cara. Me peiné con un cepillo húmedo. Tenía las lanas negras, brillantes y rizadas. Fui al armario y me enfundé en un albornoz amarillo explosivo. Lo había comprado el día antes de que Dalanski me trincara en el baile.

Aquel día en el pasillo me cosqué de qué palo iba. Lo sabía, era una guarra. Se le quedaron pillados los ojos en mi paquete. Ahora no llevaba toalla, pero a la primera oportunidad, iba a ponerla a cien dejándole entrever por la abertura de mi albornoz.

Podría chutarle un poco de cocaína en ese brazo virgen y amarillo. Eso le pondría cachonda del todo. Puede que se la levante al caramarcada y que mañana mismo la ponga a currelar. Pensé: «Esta zorra fina va a ser mi acelerador. No es una perra vejistoria con un millón de kilómetros a cuestas. No tiene más que diecinueve tacos y está más buena que el culo de un pavo real. Andaré con pies de plomo y la

interrogaré. Puede que algún bestia la haya despedido de la calle para siempre. Y por eso puede que el caramarcada la haya pillado. Me mantendré en el papel de chulo, pero lo suavizaré con un poco de mamoneo de clase alta. Puede que le largue esa basura de gigoló que escuché a los chulos blancos en la trena. Será mejor que llame a Silas. Todavía no estoy preparado para enfrentarme al caramarcada».

Fui a la puerta y quité el pestillo. Cogí el teléfono y di con Silas. Le dije:

—Mira, jefe, esto es importante. Voy a tener una charla con la amarilla culona del 422. A ti y a la de la mesa os voy a dar cinco por barba. Tenéis que avisarme aquí en cuanto asome el caramarcada. No estoy por la labor de darle explicaciones. ¿Me entiendes?

—Jovenzuelo hijoputa, qué suerte tienes —dijo Silas—. Tienes más chorra que un marica en las duchas del YMCA. ¿No te hará falta un poco de sal y pimienta, chaval? Te avisaremos. Detendré la jaula cuando vayamos subiendo. ¿Me dejarás echar un vistazo, eh, chaval?

Colgué. Noté una corriente de aire fresco en los tobillos. Salí al salón. Apenas iba vestida. Estaba en la silla, junto a la ventana, con las piernas cruzadas. Dejó de mirar a la calle y volvió la cabeza hacia mí.

Llevaba puesto un picardías negro bordado hasta los muslos con mariposas rosas. Unas bragas blancas de seda se transparentaban a través de la gasa negra. Allí dentro se vislumbraban unas curvas como las de una *starlette* de Pretty Girl. Tenía el pelo de ébano recogido sobre la cabeza como si fuera una corona de negro satén. Esbozaba muecas insinuantes con la comisura de su boca, roja como una sandía. Si llega a tener éntasis, juro que habría pasado de las putas y me habría tirado al mariconeo.

—Hola. Y digo yo, ¿qué hago aquí? —dijo.

—No seas aguafiestas, nena. No té hagas preguntas tontas. No puedes escapar a tu vena perversa y desesperada. Ya sabes, nena, esa electricidad dulce y terrible que hace que un pastorcillo se líe con una oveja. La misma fuerza que hace maullar a un ardiente gato en su callejón. ¿Vas pillando onda? Relájate y ya está. Te voy a liar un petardo. Nena, tu suerte ha cambiado. Te acaba de tocar el gordo. Me has encontrado. Ah, sí, me llamo Blood.

—Encantada de conocerte, Blood. Soy Christine. Chris me gusta más. No me puedo quedar mucho rato. He de tener cuidado. Mi novio es muy celoso.

—Chris, ya te darás cuenta de que soy un fenómeno de la hostia. Puedes quedarte a mi lado toda una vida y pensar que no ha pasado más de una hora. Sólo tenemos que entendernos. Lo único que necesitas es un hombre —le dije.

Guipé hacia abajo por encima de la cabeza de Chris y vi al retaco mirando nerviosa hacia la ventana. Se estaba metiendo en el coche de un, primo blanco. El crepúsculo barría la luz diurna con una escoba intensamente púrpura. Me fui al dormitorio. Cargué una chuta y la coloqué en el bolsillo con la aguja hacia arriba. Lié dos petardos, uno con hierba y el otro con tabaco. Esnifé una punta de cocaína con la uña del pulgar. Cogí una toalla y la metí bajo el hueco de la puerta de entrada.

Encendí un poco de incienso.

Le pasé el petardo a Chris. Le di fuego y encendí el mío de fogueo. No quería que la hierba me atolondrase con una mercancía como Chris. Podría despertar y encontrarme con que me la habían pegado. Aunque fuera la mismísima Garbo, quería recolectar la viruta antes que la fruta.

Cogí otra silla. Nos sentamos cara a cara en medio del crepúsculo. Esperé a que la hierba le saliera por las orejas. El petardo que tenía en su mano se había reducido a una chicharra. Se la emboquillé. Tenía los ojos adormecidos.

—Hostias, encanto, qué ciego tengo —dijo—. Sabes, Blood, te voy a decir una cosa que te va hacer reír. ¿A que no sabes en qué estaba pensando la primera vez que te vi con la toalla?

—Pensaste: «¡Oh, cómo me pica el coño! Ese hijoputa moreno está buenísimo y parece un chulo. Cómo me gustaría seguir haciendo la carrera. Me metería bajo la toalla a comerme al señor Cimbel Cruel». ¿No es así, dulce pillina? —dije yo.

Soltó una risita y arrastró la silla hasta pegarse a mis rodillas. Se recostó en la silla de cuero, apoyando en la mía los tacones de sus zapatos rosas.

Estaba emparedado entre sus enormes piernas amarillas. La luz de una farola de la calle la enfocaba de lleno. No paraba de reírse. Palpé con el dedo la dosis preparada en el bolsillo de mi bata. La saqué y la oculté el borde de la silla. Dentro de sus muslos palpitaban venas azules.

La cocaína tiraba de mí como un potro de hielo. Levanté su pierna derecha y la acaricié con la mejilla. Le clavé los dientes en el menisco. Gimió. La miré profundamente a los ojos.

De las largas pestañas de seda le pendían perlas lacrimosas de tanto reírse. A la luz de la farola parecía tan inocente como una cervatilla. Me sentía más viejo que Matusalén.

—No me mires así —dijo—. Sé que puedes leer la mente. Esa mirada me da escalofríos. Es como si fueras Svengali o aquel monje ruso y loco del que leí una vez.

—Chris, vas a ser mi puta. Tenemos cosas que compartir Esa hierba no es más que un aperitivo. La maría es para las marujonas apestosas. La heroína es para los pringaos carne de cementerio. La cocaína es para la gente guapa y maravillosa.

»Chris, si te chutas cocaína se tejerá una mágica red de campanillas en tu cabeza. Sentirás en cada poro de la piel como si papi te estuviera perforando todo el cuerpo. Encenderá dentro de ti una antorcha de fuego vivificante, intenso y devastador. Es milagrosa, Chris. Puedes sentir todo eso y no engancharte. Sé que no eres una gallina de mierda. ¿Te apetece probarla?

—Si no me deja marcas ni me hace daño —dijo—. Si duele, prométeme que pararás. No me pongas mucho, encanto. ¿Por dónde me la vas a meter?

Cogí su pierna derecha y la puse en el brazo de la silla. Vi una tubería gorda en la parte alta del muslo. Introduje ahí la aguja. Se estremeció. El depósito se llenó de rojo. Apreté el émbolo lentamente. Se le ensancharon los ojos. Los blancos dientes se

clavaron en el labio inferior.

Vacíé el depósito. Tiré de la chuta hacia afuera. Estaba rígida. Quitó la pierna del brazo de la silla. Restregó los tobillos contra mis costados. Tenía espasmos en la nuez de Adán. Me acordé de cómo vomité la primera vez. Deslicé mi silla hacia atrás y salí corriendo al dormitorio para coger la papelera. Volví justo a tiempo. Potó a lo bestia dentro de ella. Eché la inmundicia al wáter, tiré de la cadena y enjuagué la papelera. Cuando regresé a su lado, sonreía acariciándose las piernas.

—Siento haber hecho esa cochinidad, papi —dijo—. ¡Oh, oh! Pero ahora me siento divinamente. Cariño, estoy tan contenta de haber venido y haber probado esto. ¿No son maravillosas esas campanas? ¿Tienes mucho de esto, cariño? Quiero hacerlo todos los días. Estar así cada minuto. Vamos a tumbarnos. Quiero que me presentes formalmente al señor Cimbel Cruel.

—Zorra, te mantendré la cabeza a gusto cuando vengas como puta mía. Respecto a lo del señor Cimbel Cruel, supongo que estarás de coña. No pensarás que querrá tener nada que ver con una puta arruinada que llama «su hombre» a un puñetero turuta. Vamos para allá a coger tu ropa ahora que no está. No estarás casada con él, ¿verdad?

—¿Cuántas chicas tienes? —preguntó—. Puede que tu establo sea demasiado grande como para estar a gusto. Me irrita tener que esperar una larga cola para recibir a mi amante.

—Respóndeme, puta. ¿Qué pasa, es que eres poli? Cuando se es mi puta sólo tienes que preocuparte de la viruta y de tu propio culo. Y, ahora, contesta a mi pregunta.

—Blood, no he querido contestar porque sí estoy casada con él. Leroy, mi marido, me salvó la vida, en serio. Ha sido maravilloso conmigo. Era muy atractivo. Nunca le dieron esos ataques de celos hasta después del accidente.

»Llevamos dos años esperando una indemnización. Francamente, Blood, tú eres mi tipo. Mi vida está ya muy jodida. No sé qué hacer. No sé qué decirte. ¿Te puedes creer que eres el primer tío con el que hablo en los dos últimos años? Blood, yo no quiero a Leroy.

La cocaína le hacía largar deprisa. No podría pillarla esa noche a no ser que me cargara al caramarcada. Tenía que cambiar mis planes. Había que desengancharla de Leroy lo antes posible. Ella me daría montañas de viruta. También podría trabajármelo de manera que me quedase con ella y con una tajada de la indemnización.

Sabía que Leroy iba a perderla. No tenía posibilidad de retenerla por mucho tiempo con ese careto tan feo y esa vena celosa. Tenía que averiguar si ella sería legal conmigo en todos los sentidos. Silas ya me había contado que era ex puta.

—Chris, hazme un resumen de tu vida. Para cuando acabes lo tendré todo resuelto.

—Si dejas que me siente en tus piernas —me dijo.

Asentí y se encaramó a mi regazo. Me enganchó con el brazo alrededor del cuello. Tenía la mejilla pegada a mi oreja. Su corazón bombeaba contra mi pecho a causa de la cocaína. Por el rabillo del ojo vi al retaco meterse en el bareto de enfrente. Ojalá que no llamara por teléfono e interrumpiera la historia.

Su terso culo emanaba calor en el cuenco de mis palpitantes piernas. Qué duro tener que trabajárselo tanto para ser chulo. El señor Cimbel me la estaba jugando poniéndose duro también. No era más que un tonto romántico. El pobre capullo quería hacer el primo en la cama con aquella muñeca lujuriosa. Menos mal que me tenía a mí para protegerle.

—Hasta los doce, no recuerdo más que cosas buenas —empezó—. Luego murió mi madre. Hasta entonces mi padre había sido un hombre bueno y cariñoso. Era muy trabajador, un buen carpintero. Cambió de repente al morir mamá.

»Me desmontó la cama. Dijo que quería que durmiera con él. Decía que su cama estaba muy solitaria después de tantos años con mamá. Al principio no pasó nada. Un mes después, una noche tuve una pesadilla. Un animal feroz y salvaje me estaba succionando el pecho. Era terrible. Me desperté. Era papá.

»Chillé. Me abofeteó con fuerza. La expresión de su cara era retorcida y odiosa. Parecía un loco extraño. Me desmayé. Cuando me reanimé, papá estaba llorando y rogándome que le perdonara.

»Después de un tiempo yo me tumbaba, insensible, y le dejaba usarme. Le odiaba hasta los huesos. En el colegio estaba obsesionada con que los estudiantes pudieran descubrir mi vergüenza y sensación de asco. Para cuando cumplí los quince no era más que un esqueleto. Por entonces tenía que hacerle de todo. Me alegro de que se haya muerto y que esté en el infierno.

»La bestia de papá me estaba matando. Estaba tan histérica que no podía ni lavar los platos. Rompía docenas. Comía menos que un pajarito. Un día que venía de hacer la compra me desmayé. Me desperté en el hospital. Mi organismo estaba reventado y encima estaba preñada. Estuve un mes en el hospital. Cuando salí, viví con papá durante una semana. Cogí algo de dinero mientras dormía y dejé Wichita con un fardo de ropa a cuestas.

»Llegué aquí y conseguí un puesto de camarera. Un chulo joven llamado Dandy Louee empezó a acompañarme a casa cuando salía de trabajar. Yo creía que era millonario. Me dio ropa y me puso a ejercer. Era un negro hijoputa y cruel. Le gustaba pegarme para después follarme. Me explotaba en una casa regentada por una de sus putas. No paraba de pisarme el culo.

»Tiene gracia, hice dinero a pesar de que tenía un bombo tremendo. Un montón de primos venían buscando a una embarazada. Perdí al niño haciéndomelo con un cliente. A los dos meses, a Dandy le cayeron cinco años por trata de blancas.

»Encontré otro puesto de camarera y conocí a Leroy. A veces tocaba en ese sitio. Yo era una chica enferma. Me desvanecí dos veces sirviendo en aquel bar. El médico me recomendó reposo. Dijo que no viviría mucho si no descansaba. Leroy me cuidó

hasta sanarme.

»Fue muy bueno conmigo. Necesitaba que alguien se ocupara de mí. Me casé con él justo cuatro meses antes de cumplir los diecisiete. Acompañé a Leroy por el Medio Oeste durante una gira de actuaciones de una sola noche. El grupo se disolvió en Youngstown, Ohio. Nos quedamos tirados. Leroy se puso a trabajar en una planta de limpieza industrial. A la segunda semana estalló una caldera y ya le has visto la cara.

»Su abogado ha dicho que nos pueden dar diez mil dólares de indemnización en cualquier momento. Leroy me está volviendo loca con sus celos. No me importa hacer la calle. Querría ser tu chica, Blood. Me gustas, Blood. ¿Están las cosas más claras ahora? ¿Qué debería hacer?

—No has tenido más que problemas —dije—. Siento tanta lástima por ti, nena. Ahora sé que tienes que ser mía. Tengo que protegerte. Tengo que darte cariño y comprensión. No te preocupes, ángel mío, conmigo la vida será suave como la nieve del Valle del Sol.

»Serás tan feliz que te pasarás la mitad del tiempo en otra dimensión. Combinando nuestros colores podríamos tener un niño de puta madre cuando seamos ricos. Dime, ¿piensa Leroy quedarse un tiempo tocando en La Gallera?

—¡Oh! Me olvidé de decírtelo —dijo—. Anoche fue su última actuación. Quieren que se quede otras seis semanas, pero va a dejar el combo. Demasiados quebraderos de cabeza para conseguir que los demás lleguen al trabajo puntuales y sobrios.

»Ahora está con un representante. Podría irse con una gran orquesta de la Costa Este. Espero que lo consiga. Los líderes de esas bandas quieren que las mujeres de sus miembros se queden en casa. Papi, por favor, piensa en algo pronto. Quiero ser tu chica lo antes posible.

Le estaba lamiendo la mejilla perfumada. Sacudí el cerebro en busca de una artimaña rápida para levantarme esa mina de oro amarilla. Sonó el teléfono. Se levantó del nido. Fui corriendo a cogerlo. La recepcionista dijo alterada:

—Discúlpeme, qué tonta soy. El de la 422 ha subido hace dos minutos. Estaba discutiendo una liquidación. Le vi entrar. No he caído hasta este momento. Será mejor que ponga todo en orden lo antes posible.

Entré corriendo al salón. La levanté de la silla y tiré de ella hacia la puerta. Abrí un poco. Guipamos por el pasillo. Caramarcada se aproximaba a unos diez metros. Llevaba debajo del brazo un montón de papeles, posiblemente partituras. Se cambió la carga de brazo.

Una hoja cayó al suelo. Se detuvo para recogerla. Su puerta estaba entreabierta. Me eché a un lado. Le di un manotazo en la cacha. Ella se escurrió en un pispás por las puertas. Caramarcada estaba parado y boquiabierto frente a su puerta ahora cerrada.

Estaba seguro de haberla visto. Tenía el careto desconcertado. Cerré suavemente y pegué la oreja a la puerta. Una explosión de sonido me aturdió el tímpano. Alguien estaba aporreando mi puerta con el puño. Fui corriendo al dormitorio y cogí mi

navaja automática. Volví, oculté la hoja abierta a mi espalda y abrí.

Era caramarcada. Tenía pinta de Mr. Hyde. Sus ojos pardos giraban en sentido contrario a las agujas del reloj. Los papeles estaban amontonados de mala manera frente a su puerta. Tenía la derecha bien metida en el bolsillo de su abrigo. Vislumbré la casi imperceptible silueta de lo que podía ser un fino tubo de plomo o el cañón de una pistola. Calculé los movimientos para apuñalarle el corazón antes de que desenfundara la mano.

—Sí, jefe, ¿qué pasa? —le dije—. Tengo a mi abogado al teléfono. El juez me ha subido la fianza por un cargo de doble asesinato. Estoy muy mosqueado. No quiero comprar nada.

Se quedó ahí mirándome como un zombi caraquemada. Bajó la vista hacia la alfombra frente a mi puerta. Miré hacia abajo. Había una mariposa rosa cual delator silencioso.

Hinchó el pecho respirando hondo. Como si fuera el último respiro. Se agachó y la recogió. El fantasmagórico hijoputa sacó la otra mano del bolsillo. Las lágrimas brotaron de sus ojos pardos que me miraban sin pestañear. Sus mejillas marcadas temblaban mientras reducía a hilachas rosas la mariposa sobre la alfombra.

Dio media vuelta y se fue. Cerré la puerta y me metí un tiro de coca por la tocha. Me quité el batín. Estaba empapado en sudor. Me di una ducha. Me senté en la silla de Chris junto a la ventana. Todavía se respiraba su dulce aroma. Durante una hora estuve oyendo gemidos y lamentos del otro lado del pasillo. Caramarcada le estaba echando la bronca a Chris. Mickey dijo que era medianoche. No había comido desde por la mañana y no tenía hambre. La cocaína le hacía buenas pirulas al estómago.

«Espero que ese capullo celoso no se la cargue», pensé. «Sería como hacer una hoguera con una pila de billetes de cien. Si no fuera su esposa y yo tuviera una pipa, entraría ahí y la reclamaría».

Sonó el teléfono. Era Silas. Dijo:

—¿Qué ha pasado, chaval? ¿Es una hechicera en la cama? ¿La ha pillado el pavo? He estado ocupado. No he podido contactar contigo hasta ahora. Estaba preocupado por ti, chaval. La chica me ha contado que se retrasó con el aviso. Le detuve en la jaula lo que pude.

—Por los pelos no la ha pillado, Silas —dije—. No se la metí, soy un chulo. Me acordaré de ti y de la chica el fin de semana cuando pague el alquiler. Oye, Silas, si te enteras de algo sobre la pava o caramarcada, dame un toque rápido.

—Sí, chaval, ya me conoces. Yo me cosco de todo lo que pasa por aquí. Te tendré al tanto, chaval. Buenas noches. Me voy a casa —dijo.

Colgué y me tumbé a lo ancho de la cama. Me preguntaba si Max y el Rubito tendrían otra vez al retaco acorralada en un callejón. Me fumé un porro y me quedé dormido. Me despertó el teléfono. Era el retaco. Dijo:

—Corazón, soy tu nena. Son más de las dos. ¿Puedo volver a casa?

—¿Cuánto has hecho, zorra?

—Tengo treinta pavos. Estoy machacada, corazón. Mis clientes eran negros. Ya sabes lo barato que pujan y lo mucho que empujan. ¿Puedo chapar ya?

—Venga, chapa. Date un baño y controla el pico, zorra. No vayas a irritarme. Tengo un montón de cosas en la cabeza.

Llevaba más de doce horas trabajando. Estaba machacada de verdad. Media hora después del baño roncaba a mi lado. Yo dormitaba cuando sonó el teléfono. Encendí la luz y lo cogí.

—Hola —dije.

—Papi, no puedo hablar —musitó Chris—. Leroy está durmiendo. Encontré una mariposa que se me cayó del picardías. Ha estado vociferando como un energúmeno. Sabe que estuve ahí. Tengo malas noticias para nosotros. Lo de la banda se ha ido al garete. Llamó y canceló el contrato. Se va a quedar en el combo y se va a ir con ellos por Ohio.

»Su manager le ha ofrecido un montón de actuaciones de una sola noche que tiene contratadas. Me va a llevar con él. Papi, nunca olvidaré lo nuestro. Te tendré al corriente. Puede que él salga mañana antes de que nos vayamos por la tarde. Así tendré una oportunidad para darte un beso de despedida. Te amo, Blood. Voy a estar soñando con el señor Cimbel Cruel hasta que...

Oí el gemido carrasposo de la voz de Leroy llamándole por su nombre justo antes de que colgara. Me volví y miré al retaco. Tenía la enorme boca bien abierta. Le caían espumarajos de baba por la barbilla. Su maltratado pelo estaba empezando a partirse por las puntas. Necesitaba una visita al salón de belleza de abajo. Pensé: «¡Pero qué suerte la mía! Soy diabólicamente guapo. Estoy tumbado junto a una perra con la boca espumosa y el pavo más feo del mundo está al otro lado del pasillo metido en el sobre con una zorra preciosa que está loca por mí. Hay que hacer algo. Puede que una vez que consiga a Chris tenga el as de oros en la mano».

No dormí en absoluto después de la llamada de Chris. El retaco se despertó al mediodía. Se fue al otro lado de la calle a por nuestra comida. A las dos de la tarde ya estaba en la calle.

Llamó Silas. Me dijo que Chris estaba liquidando. Vi a Chris y a caramarcada meter sus cosas en el coche y desaparecer. El retaco volvió a las dos de la madrugada con sólo veinte pavos. Evitaba a los primos blancos. Estaba mosca con Max y el Rubito. No la pude tranquilizar. Prefería tirarse negros por tres o cinco pavos. Tenía miedo de que Max la pillara con un primo blanco.

10. EL LIBRO NO ESCRITO

Una semana después de marcharse Chris le pillé otra bolsa de cocaína a Top. Ya casi me la había pulido. El retaco no hacía más que gastar. Sólo me quedaba un billete de cien, otro de veinte y las monedas del puerco. La temperatura se iba suavizando. Necesitaba ropa fresca. Estaba cayendo deprisa en picado.

En las tres semanas posteriores a la marcha de Chris le pateé el culo al retaco más de media docena de veces. En todo el mes sólo salí del hotel en un par de ocasiones. Esperaba que Chris me llamase diciéndome que ya estaba en camino. Las cosas se estaban poniendo feas.

Hacía dos semanas que no veía a Top. Decidí llamarle. Él podría decirme un nuevo sitio para poner al retaco a currelar. Mi capital se había quedado flaco. A las diez de la mañana le llamé. Una de sus chicas me dijo que estaba fuera de la ciudad, que no volvería hasta dentro de una semana.

De pronto tuve una idea. Le pregunté si sabía el número de teléfono del Dulce. Me dijo que lo tenía, pero que tendría que consultar para ver si el Dulce daba el visto bueno a que yo lo tuviera. Me llamó a los diez minutos y me lo dio. Le llamé. Contestó él. Estaba de buenas. Dijo:

—Vaya, vaya, qué te parece, si es el Flaco sonrisitas. ¿Todavía te queda aquella puta o sonrías porque ya no tienes ni puta?

Eché un vistazo al retaco. Seguía durmiendo. Hacía tres días que no pisaba la calle. Llevaba cinco con la regla. Se quejaba de que estaba demasiado débil y enferma para salir. Ya le había dado una paliza tremenda la noche anterior. Necesitaba consejo como fuera.

—Dulce, mi zorra se está viniendo abajo —le dije—. Si no me das cuartel me moriré de hambre. Tienes que ayudarme, Dulce.

—Negro, ¿no estarás hablando de que te fíe pasta, verdad? No voy prestándole viruta a capullos que no saben chulear a sus putas. No pienso manteneros a ti y a esa zorra holgazana.

—No, Dulce, no es pasta lo que quiero. Necesito que me pongas al corriente de las reglas del juego. Me queda muy poca pasta. Tengo que ponerme al día antes de que me quede sin blanca.

—¿Tienes carro? —me preguntó—. ¿Sabes llegar hasta aquí? Acuérdate de decir mi nombre si te detienen por esta zona. No vayas a meter la pata otra vez.

—Sí, tengo carro y creo que sabré encontrar tu casa. ¿Cuándo te parece que vaya?

—Lo más pronto que puedas. Si vienes y me sonrías en la jeta, te tiraré al patio por el balcón. Por cierto, chaval, a la Niña y a mí nos apetece un pollo asado de esos

que hacen por ahí en el infierno. Tráete uno cuando vengas.

Colgó. Me latía el corazón como si Chris hubiera entrado en bolas por la puerta con un millón de dólares. Zarandé al retaco. Abrió los ojos. La miré desde arriba.

—Zorra, más te vale que cuando yo vuelva estés en la calle.

—Lo único que puedes hacer es matarme —dijo—. Estoy lista para morir. No me importa lo que me hagas. Estoy enferma.

—Está bien, zorra, entonces dime a dónde quieres que mande tu culo apestoso.

Me monté en el Ford. Me di cuenta de que no me había puesto corbata. No llevaba sombrero. Me miré en el espejo retrovisor. Parecía un auténtico mendigo. Puede que él estuviera solo. Entonces me acordé del vestíbulo de entrada. ¡Y a mí qué coño me importaba!

Estuve conduciendo un cuarto de hora por lo menos hasta que encontré un asador decente abierto. En el escaparate había un negro con un gran gorro blanco empalando pollos en el espetón. Entré. Salí con dos pájaros. Puede que la Niña tuviera muchas ganas de pollo asado. Valía la pena hacerle la pelota a la Niña Bonita.

Después de dar varias vueltas perdido, encontré el edificio del Dulce. Aparqué el Ford junto a la acera casi en el mismo sitio donde Satanás me aporreó hacía un mes. Delante de la puerta había un muchacho blanco disfrazado de almirante. El Caballero Dulce estaba llevando a cabo su cruzada particular para invertir el orden social.

Fui al mostrador de recepción. Me sentía como un vagabundo mientras esperaba la admisión. Me monté en el ascensor. Había una chica distinta en los controles. El aroma intenso del pollo penetró en su nariz. No era tan guapa como aquella amazona perfumada. Ésta no usaba desodorantes publicitarios, a lo mejor es que no le iba la marcha.

Salí de la jaula. La amistosa serpiente marrón no estaba en su puesto para sacudirme con el plumero. Supuse que sería su día libre. Aposté cien contra uno a que estaría en el catre con alguna rubia de dos metros, probablemente como la rubia que en esos momentos salía del foso camino de la jaula. Era Mimi. Sus ojos verdes me miraron fugazmente a la cara. Eran tan fríos como un lago francés helado. Pasó de largo. Parecía un exquisito bollo de repostería francesa con su estola de marta. No podía entender de dónde saqué fuerzas para rechazarla aquel día. Caminé hacia la entrada del foso. La mujer de piedra seguía en su postura de regadera. El Dulce estaba sentado en el sofá. A su lado, la Niña Bonita me vio primero. Se lanzó hacia mí por la alfombra. Sentí sus piños rascándome la mano. Trincó la bolsa del pollo. La arrojó sobre el alabastro de la mesa de cócteles frente al Dulce.

El Dulce me miró. Tensé la cara componiendo una máscara parca y solemne. Bajé los escalones y caminé hacia él. Sólo llevaba puestos unos calzones de lunares. A la luz del día me fijé que la chica del cuadro de encima del sofá también tenía un lunar.

—Hola, señor Jones —dije—. Espero que esos pollos aún estén calientes.

—Chaval, por tu careto diría que esa puta rastrera que tienes te está quemando la sangre. Pero hoy me gusta más tu aspecto. A lo mejor te estás empezando a coscar de

que el ser chulo no es para los gilipollas sonrientes.

»Ven a sentarte al sofá —continuó—. Mientras la nena y yo nos comemos el pollo, me vas contando qué pasa contigo y con tu puta. Quiero saber dónde y cómo la pillaste. Cuéntame todo lo que recuerdes sobre ella y cómo ha sido desde que la tienes. Cuéntame también toda tu vida hasta donde recuerdes. Puedes empezar por donde te dé la gana.

Le conté mi vida. Luego le conté desde la noche que conocí al retaco hasta cuando dejamos el Haven. Me llevó unos cuarenta y cinco minutos. Incluso le hice una descripción detallada del retaco.

El Dulce y su novia tragona habían limpiado los pollos hasta los huesos. El Dulce se puso a limpiar los bigotes de la Niña con una servilleta de papel. Ésta tenía la cabeza apoyada sobre su regazo y el cuerpo apretado contra mi muslo. El Dulce se recostó en el sofá, apoyando sus pies descalzos sobre la mesa de cócteles.

—Cielo, eres negro como yo —me dijo—. Te quiero. Tienes la mala leche que le hace falta a un chulo. Eres un negro con suerte por contar con mi apoyo. Abre bien las orejas y no olvides lo que te voy a largar.

»Hay miles de negracos en este país que se creen chulos. De los amariconados chulos blancos no vale la pena ni hablar. Ninguno de ellos chulea según el libro. Ni siquiera han oído hablar de él. Si fueran negros, se quedarían tiesos de hambre. No hay más de seis de ellos que estén enterados y se muevan según el libro. Éste no lo encontrarás ni entre los libros de historia de los puretas negros o blancos. La verdad es que ese libro se escribió en las cabezas de los hábiles y orgullosos negros que se libraron de la esclavitud. No es que fueran unos gandules, estaban hasta los huevos de recoger el algodón del hombre blanco y de besar su puto culo. Los días de esclavitud quedaron grabados en sus mentes. Se fueron a las ciudades. Aprendieron rápido.

»El hijoputa impostor del hombre blanco no había liberado a los negros. Las ciudades eran como las plantaciones del Sur. Los descendientes del Tío Tom seguían haciendo el trabajo duro y sucio para el hombre blanco.

»Aquellos espabilados héroes negros berreaban como mocosos. Veían cómo el hombre blanco, al igual que en las plantaciones, seguía endiñándose a las negras más guapas.

»Las tías eran unas estúpidas ingenuas. Seguían haciéndoselo gratis con el hombre blanco. No se coscaban de la viruta que tenían en sus ardientes culos negros.

»Los primeros chulos negros les hicieron ver a esas zorras idiotas la mina de oro que tenían entre las piernas. Les enseñaron a extender la mano para pillar la pasta de los blancos. Los primeros chulos negros y los tahúres de categoría fueron los primeros peces gordos negros del país.

»Vestían trapos finos y tenían purasangres. Esos chulos eran unos genios negros. Fueron ellos los que escribieron el libro mental del chuleo. Incluso ahora, si no fuera por ese ejército desesperado de primos blancos, los chulos negros se morirían de hambre.

»Mira, pimpollo, el hombre blanco ha estado hambriento como un cerdo por las negras desde la primera vez que olió un coño negro. Las furcias negras se engañan a sí mismas pensando que la única razón por la que él olisquea su rastro es porque las blancas no le dan lo que a él le gusta.

»Yo sé que tiene otras dos razones ocultas y retorcidas. La mujer blanca no se ha coscado de esas razones ocultas. Las idiotas blancas ni siquiera se enteran de por qué él encierra a todos, los negros tras férreas empalizadas. Al hombre blanco le encantaría que las negras no estuvieran encerradas ahí, pero está cagado de miedo. No quiere que esos machos negros en celo salgan al mundo de los blancos a frotarse la tripa contra los vientres blancos y suaves de sus hembras.

»Ésa es la verdadera razón por la que tiene a los negros encerrados. Para que veas lo mal que está de la cabeza, se cree que las mujeres negras sólo son basura a sus pies. Pero le reventarían las pelotas si no cruzara a hurtadillas la empalizada hacia esas, según él, negras infrahumanas y medio salvajes.

»¿Sabes por qué viene a buscarlas, pimpollo? El hijo de puta idiota y enfermo es como una fulana que necesita y disfruta con el castigo. No es más que un tontaina con pasta en la mano. Cuanto mejor se cree que es, menos capaz es de mantener el pico y la polla lejos del tufo de un culo negro.

»Le gusta retozar y pringarse en la mierda. La diversión del pobre degenerado radica en su sufrimiento. El cretino cree haber hecho algo sucio. Regresa de extranjería a su mundo blanco. Sigue engañándose a sí mismo creyéndose Dios y que los negros son sucios animales salvajes que tiene que mantener tras la empalizada.

»Lo triste es que ni siquiera sabe que está enfermo del tarro. Pimpollo, te estoy poniendo al día de cabo a rabo. Esta historia de los primeros chulos negros debería hacerte sentir orgulloso de ser chulo.

»Los negros puresas tratarán de que te sientas avergonzado. No hay uno solo de ellos que no le lamería el culo a una mula con tal de chulear. No pueden porque una puresa no es más que un julái. Deja que una zorra ama de casa le chulee a él. Tienes que chulear siguiendo las reglas de ese libro que aquellos notables escribieron hace un siglo. Cuando te pongas frente al espejo tienes que convencerte de que ese hijoputa de sangre fría que te mira es real.

»Así que esa zorra joven que tienes se ha vuelto vaga. Te está tomando el pelo. Esa zorra no está enferma. Nunca he visto a una puta con menos de veinte tacos que se ponga enferma. Tu pura te está vacilando. La pasta de una puta nunca valdrá más que la frialdad del chulo. A una puta tienes que aplicarle un código estricto. Para hacer la calle con ganas antes tiene que respetarte.

»Una puta no es más que coño y boca. Tienes que exprimirla lo antes posible. Tienes que sacarle por lo menos dieciséis horas al día. No hay garantías de que puedas retener a una zorra mucho tiempo. Al juego del chulo se le llama Pillar y Perder.

»Ahora bien, esa zorra que tienes se está cubriendo de mierda. Sabe que no tienes

ninguna otra puta. Quiero que vuelvas al hotel. Haz que esa zorra se levante de la cama y salga a la calle. Písale fuerte el culo. Si eso no funciona, coge una percha de alambre, enderézala y conviértela en un látigo. No hay puta, por perversa que sea, que pueda aguantar la percha.

»A lo mejor es que tus pies y puños ya no le motivan. Se habrá acostumbrado. Créeme, pimpollo, con la percha o la pierdes para siempre o la pones en su sitio. Es mejor no tener puta que tener un cacho de puta. Pilla algodón y que se lo ponga. La función no puede parar porque una puta sangre.

»Te voy a dar unas píldoras. Dale un par de ellas cuando se levante de la cama. No le des más hierba, a algunas putas las vuelve vagas. Y no te preocupes, chaval, si me haces caso y la pierdes, yo te daré otra puta. Muchacho, no tengas a esa puta siempre en la misma manzana. Dile que todas las calles sirven. Déjala moverse. Es la única forma de chulear. Si se va, ¿qué pierdes? Y si lo aguanta, tendrás una puta y una buena pasta.

»Vuelve allá y aplícale el método de la percha. Si eso no la espanta y te aguanta una semana, deberías sacar al final de la misma medio de los grandes por lo menos. Coge esa pasta y te vas a los barrios de putas de las afueras. Vas a la Western Union y te envías la pasta a ti mismo al hotel. Pon el nombre de una tía como remitente.

»Esa zorra holgazana tuya pensará que tiene competencia. Ya verás cómo pierde el culo. Tratará de superar a esa zorra que no existe. Pimpollo, escucha al Dulce Jones y serás un chulo de la hostia.

»No confíes ni te hagas amigo de tus putas. Aunque tengas veinte furcias, no olvides que tus pensamientos son secretos. Un buen chulo siempre está solo. Por tanto, debes ser como un rompecabezas, un misterio para ellas. Así es como se conserva a una puta. Nunca pierdas la frescura. Cuéntales cada día algo nuevo, maréalas. Podrás retenerlas mientras puedas confundirlas.

»El Dulce te está enseñando a chulear según el libro. Soy el chulo negro más grande del mundo. Y ahora, pimpollo, ¿serás capaz de retener en el coco todo lo que te he contado?

—Dentro de treinta años seguiré recordando cada palabra —dije—. Dulce, no te arrepentirás de haberme ayudado. Voy a chulear a tope. Haré que estés orgulloso de mí. Te llamaré más tarde y te contaré qué tal funcionó con el retaco el método de la percha. Ah, sí, no re olvides de darme esas pastillas.

Se levantó. La Niña estiró las piernas. Saltó y le siguió. Una de sus afiladas y ganchudas uñas me arrancó un jirón de tela de la rodilla. No me habría importado aunque me las hubiera clavado estando desnudo. Estaba emocionado. De la mano del Dulce Jones iba a batir el récord por la vía rápida.

El Dulce regresó. Me dio un frasquito con pildorillas blancas. Me miró poniéndome las manos sobre los hombros. Su mirada bajo cero pareció templarse a cero grados.

—¡Te quiero, cielo! Sabes, chaval, no creo que nunca vaya a sonreírte a la cara.

Te quiero como a un hijo. Cada vez que le sonrío a un capullo a la cara es porque voy a darle el palo o a cargármelo. Llámame siempre que necesites consejo. Buena suerte, pimpollo.

Atravesé el foso. Subí los escalones hacia la salida. Eché una mirada rápida hacia atrás. El Dulce tenía a la Niña en brazos. Ronroneaba como una recién casada. El Dulce la arrullaba en un abrazo romántico, cubriéndole de besos aquella jeta risueña.

Eché un vistazo a Mickey cuando me metí en el Ford. Eran las cuatro de la madrugada. Conduje en dirección al retaco. Pisé fuerte el acelerador. Pensaba: «No me extraña que el Dulce sea el chulo negro más grande del mundo. ¡Si hasta conoce el origen histórico del chulerío negro! No pienso tener compasión con el culo del retaco. Voy a ir directamente al método. Espero que no esté en la calle. El Dulce me ha prometido una puta si pierdo al retaco. Cualquier puta del Dulce está más que adiestrada. A lo mejor me da a Mimi».

11. PERDER UNA PUTA

Aparqué el Ford junto a la acera, al otro lado del Haven. No vi al retaco por la calle. Guipé en el bareto guarro. Tampoco estaba en la barra. Miré hacia nuestra ventana. Crucé la calle y atravesé la recepción. Subí por las escaleras a la cuarta planta. Me costó tres veces intentar meter la llave hasta que lo conseguí. Entré. Estaba nervioso. Eché la cadena de la puerta. Fui al dormitorio.

El retaco estaba recostada en la cama fumándose una pajilla de gángster. Lady Day estaba otra vez echando pestes del egoísta de su dulce hombre. Me quedé al lado de la cama, junto al tocadiscos. Un plato de papel asomaba por la papelera. Lo cogí y lo puse sobre la cama.

Había dos judías de bote con un pegote de grasa en el borde del plato. Una pila de huesos de cuello rechupeteados estaba amontonada en el centro. El retaco había pillado una comida opípara en el bareto guarro. Esa zorra tenía demasiado buen apetito para estar enferma. Me miraba desde abajo con sus ojos grandes y saltones.

Hurgó delicadamente con el dedo en el agujero de la rodilla de mi pantalón. Apagué el tocata. Quité bruscamente el disco del plato. Lo partí por la mitad y arrojé los trozos a la papelera. Ella seguía con los ojos pillados en el agujero de mi rodilla. Ignoró el disco roto. Se lo hacía de tranqui. Dijo:

—Va a haber que remendártelo, ¿eh? Corazón, me encuentro mejor. Me he sentido lo bastante bien como para ir al otro lado de la calle a por comida. Puede que mañana me encuentre tan bien como para hacer la calle. Amor, hubiera ido después de comer, pero tenía las piernas demasiado débiles.

—Zorra, ya estás sentenciada a muerte. Está bien que hayas hecho tu último almuerzo. Voy a mandar el fiambre de tu culo a tu hija Gay. Quítate esa bata y túmbate de espaldas, zorra.

Fui al armario. Cogí una percha de alambre. La desplegué toda a lo largo. La doblé por la mitad y la trencé. Envolví con una corbata un extremo a modo de empuñadura. Volví a la cama. Ahí seguía, recostada, con la boca muy abierta. Tenía las manos aferradas contra el pecho.

Era como la chica de una película. Abre la puerta y allí está el Dr. Jekyll sufriendo su temible transformación. Le temblaba la lengua en el interior de la boca. Hizo un sonido líquido balbuceando con los labios paralizados, tratando de unirlos. Rodó por la cama alejándose de mí. Levanté el brazo derecho echándolo hacia atrás. Me crujió el hombro.

La bata se le levantó hasta la cintura. Se arrastró con el culo al aire hasta el otro borde de la cama. Rodeé la cama corriendo. Rodó hacia el centro. Se quedó boca

arriba. Recogió las piernas contra el pecho con los brazos. El blanco de sus ojos brillaba como el fósforo. Le aticé con el látigo de alambre. Silbó en el aire y le fustigó en las espinillas. Chilló como si estuviera celebrando la Nochevieja.

—¡Uuii, uuii! —gritaba.

Se puso totalmente rígida y plana sobre la cama, apretó los puños y se golpeó la frente. Se mordió el labio inferior succionándolo con la boca. Volví a cortar el aire. Sonó como si una bala dum-dum le hubiera entrado por el ombligo.

—¡Ay Señor, ay Señor! —gemía.

Se puso de espaldas. Le arranqué la bata por detrás. Estaba desnuda. Hacía aspavientos con los brazos como una posesa. El látigo silbó una melodía mortal a medida que lo lanzaba hacia abajo una y otra vez contra su espalda y sus nalgas. Vi cómo se le inflamaban los terribles azotes en la negra piel de terciopelo.

Paré y la puse boca arriba. Tenía la almohada pegada a la cara. La quité de en medio. Oí un desgarrón. Tenía plumas pegadas por la cara húmeda de lágrimas. Había agujereado la almohada con los dientes. Agitaba las piernas y farfullaba algo.

Le palpitaba el pecho y daba profundos suspiros. Me miraba sacudiendo la cabeza. Tenía en los ojos esa mirada penosa que tiene Cristo en las pinturas de la crucifixión. Movía los labios. Me subí a la cama. Acerqué la oreja.

—No necesito más latigazos —musitaba—. Me rindo, corazón. Tú mandas. He sido una zorra estúpida. Ahora tienes una zorra de verdad. Dame un beso y ayúdame a levantarme.

Me caían lágrimas por las mejillas. Puede que estuviera llorando de felicidad por haberla sometido. Sentía lástima por ella. Me preguntaba si estaría enamorándome como un gilipollas. La besé con fuerza. La llevé al cuarto de baño. La deposité con suma delicadeza en la bañera.

Abrí el grifo. Un chorro de agua brotó de la alcachofa de la ducha. Chilló. Cambié el mando de la ducha al grifo de la bañera. El agua tibia empezó a llenar el baño. Volqué dentro un frasco de alcohol sanitario.

Me miró. Saqué el frasquito de las píldoras. Puse un par en la palma de mi mano. Cogí un vaso de la estantería. Le ofrecí las píldoras. Se las metió en la boca y se las tragó con el agua del vaso. Le dije:

—Phyllis, ¿por qué enojas a tu dulce corazón? Tu amor se va a cargar a su zorrilla si no se corrige y ejerce como la estrella que es.

»Zorra, te vas a quedar un rato metida en el agua. Luego vas a bajar a la calle y a traerle a tu hombre pasta de verdad. No tienes por qué quedarte en esta manzana. Simplemente pasea y trabaja hasta que tengas una pasta considerable que traer. Si te trincan, yo te sacaré. Tienen que dejarte hacer una llamada. Si salgo, llamaré a recepción cada hora o así, para enterarme. Si quieres a tu hombre, tráele pasta de verdad.

Me fui a sentar a la cama. Parecía como si una cebra roja se hubiera echado en las sábanas y se le hubieran quedado las rayas pegadas. La escuché chapotear en el agua.

Estaba tarareando el disco que me había cargado. Fijo que las píldoras del Dulce no le estaban sentando nada mal.

Sí que son raras las putas. Estuvo callada mientras se peinaba y se acicalaba. Se puso un vestido rojo de punto. Se presentó delante de mí. Alargó la mano. Había unas manchas oscuras en su medias a la altura de las espinillas. Los ojos le brillaban. Dijo:

—Corazón, no tengo un chavo. Pásame un par de dólares, por favor. No te preocupes, cuando vuelva traeré una pasta gansa.

Me levanté. Le di uno de cinco. La acompañé a la puerta. Volvió la cara hacia mí. Me incliné hacia abajo. Le chupé el labio inferior y después se lo mordí con fuerza. Me apretó el brazo hincándome los dientes en la mejilla. Se fue por el pasillo.

Cerré la puerta y fui a la ventana del salón. Me froté la mejilla para ver si me había arrancado la piel. La vi cruzar la calle por la esquina. Caminaba deprisa. Los latigazos y las píldoras le habían sentado bien. Parecía una chavala. Se la veía muy menuda y maciza con su vestido rojo. Cuando la vi desaparecer me preguntaba si volvería. Eran las siete de la tarde. Pensé: «Más vale que me quede en el apartamento. Azotar con furia a una mujer no es lo mismo que pisarle el culo. ¡Cristo! Mataría ahí mismo al hijoputa que me azotara el culo con ese látigo. El Dulce tenía razón. De hecho se ha levantado de la cama. Me pregunto si fueron los chulos esclavos los que inventaron el látigo-percha.

»¡Qué va!, por aquel entonces ni se habían inventado las perchas. Supongo que será cosa del Dulce. Voy a ver qué pasa con el retaco. Si intenta colarse aquí para llevarse la ropa, me la cargo. ¿Por qué no me habrá llamado Chris? Puede que algún chulo espabilado ya le haya levantado esa zorra preciosa a Leroy. Claro que también puede que a Leroy le haya dado un ataque y se la haya cargado él mismo.

»¿Cómo será la zorra que me pase el Dulce si el retaco me abandona? Estoy hecho un lío. No sé si tengo puta o no. Qué putada si el Dulce rompe su palabra y me deja tirado y sin puta en la vía rápida. Voy a ponerme a gusto. Será mejor que me coloque con gángster. La cocaína sólo potenciará mi angustia.

Me di una ducha. Salí de la bañera. Cogí una toalla colgada de la pared. Había manchas rojas en la de al lado. Me sequé. Lié un petardo gigante. Puse una funda nueva en la almohada mordisqueada por el retaco.

Me recosté en la cabecera de la cama. Chupé el petardo hasta la chicharra. La hierba y el siseante murmullo de las llantas contra el asfalto me arrulló hasta caer profundamente dormido.

Me desperté. Aún estaba medio recostado contra las almohadas. Era totalmente de día. El retaco no había vuelto. Me había quedado sin puta con esa percha de alambre. Encendí un pitillo. Eran las siete de la mañana. Me quedé mirando a los amantes enlazados de la estatua de *El beso*. Pensé: «Las tetas del retaco son como las de esa tía. Joder, era una auténtica guarro. Algún chulo se va a quedar con una zorra encantadora en cuanto la pille por banda. Me pregunto si esa pequeña zorra me echará de menos. Fijo que no podrá olvidarme. Hostias, no puedo andar

preocupándome por lo que no puedo resolver. Esperaré hasta el mediodía o así. Desenvolveré esa puta de regalo que me prometió el Dulce. Puede que me precipitara dándole portazo a Melody y a su éntasis. En este momento se me ocurriría cualquier cosa antes que pensar en el trabajo. Nadie se daría cuenta de que me había liado con un menda.

»Dios, ojalá llamase la guapa de Chris. Sería acojonante que me dijera que viene corriendo. Con tal de tenerla bien pillada, me la comería entera salvo los clavos de sus zapatos. Estoy hambriento. No voy a dejar que los problemas abusen de mi tarro y de mi estómago.

Tenía a Silas al teléfono. Le encargué unas salchichas con patatas fritas. Me levanté y me lavé los dientes. Me apunté en el coco llamar a Top en cuanto volviera a la ciudad. A lo mejor él podría enterarse de quién había contratado a Leroy. Puede que así llegara hasta Chris. Le pillaría prestada la pipa a Preston y se la birlaría a Leroy a punta de pistola.

Estaba escuchando «Mood Indigo», pensando en el retaco. Me acordaba del día en que dejé a mamá llorando en la ventana.

Entonces tenía demasiada prisa en largarme con el retaco. Creía poseer una mina de oro negro esperándome sentada en el Ford. En este duro oficio de chulo no puedes contar la guita hasta tenerla en la mano. Pillar putas era como pretender agarrar gotas de mercurio.

Pensé: «Pobre mamá. Ni siquiera la he llamado. ¿Lo haré? La llamaré cuando las cosas estén en su sitio».

12. HACERSE CON UN ESTABLO

Oí a Silas llamar a la puerta. Fui a abrir. Silas resultó ser una extraña y maravillosa visión. El hábil mago hijoputa se había convertido en una preciosa zorra negra con un vestido rojo de punto que llevaba mi desayuno en una bandeja. Era el retaco. Aborté la sonrisa de alivio en la matriz de mi boca. Torcí el gesto copiando al Dulce cuando me estrelló de cabeza contra la pared del tigre.

—Zorra —dije—, te voy a matar. Llevo desde las tres llamando a todos los hospitales y comisarías de la ciudad. Hasta he llamado a la morgue. Desembucha, zorra, a ver qué me cuentas.

Me miró desde abajo. Sonreía. Pasó de largo y entró en el dormitorio. La seguí. Dejó la bandeja sobre el tocador. Se metió los dedos bien adentro del escote. Sacó un fajo húmedo de billetes. Me lo dio y dijo:

—Corazón, el último primo ha sido de los de toda la noche, o sea cincuenta pavos. Me lo ligué a las dos de la mañana. Rey, ahí van ciento veintiocho pavos. Cuando subía, Silas llevaba tu desayuno en el ascensor. Con los dos pavos que le he dado, eso hacen ciento treinta.

»Ah, corazón, he encontrado algunas calles buenas para trabajar a unas quince manzanas de aquí. Están por los alrededores de un garito que se llama La Gallera. Qué gentil por tu parte que estuvieras preocupado por tu nena. ¡Oh!, casi se me olvida. Cruza los dedos. Puede que una mañana de éstas te traiga una chica. Le he caído de puta madre. Su novio es un don nadie, un chorizo.

—Phyllis —le dije—, para hacer sonar una canción hay que tocar más de una nota. Tienes que componer mil noches como esta última. Anda, date un baño. Voy a curarte esas marcas. Sabes que no quiero ni una zorra yonqui. Así que asegúrate de que está limpia antes de pillarla.

Me olvidé del desayuno. Salí y me monté en el Ford. Conduje hasta la farmacia y pillé algunas cremas y vendas.

Llamé al Dulce y le conté que el retaco había aguantado. Me recordó que me enviara la pasta a mí mismo lo antes posible. Volví al Haven. Mandé a Silas a por comida caliente. Vendé las heridas del retaco. Tenían muy mala pinta.

El efecto de las píldoras estimulantes se le había pasado. Se quedó dormida mientras le curaba la espalda. Comí y me eché una siesta. Antes de acabar la semana me sentía chulo. Me envié quinientos pavos al Haven. Utilicé el nombre de Christine.

Top había vuelto a la ciudad, así que me pasé un momento y pillé cocaína, amarillas y anfetás. El retaco volvió a eso de las cuatro de la madrugada. Traía ciento cinco pavos. Iba camino del estrellato. Cuando estábamos acostados le dije:

—Nena, creo que nuestra suerte está cambiando de forma cabal. Estoy casi seguro de que tu rey ha pillado otra puta. La conocí en un bar hará una semana.

»El mundo es un pañuelo. Me contó que acababa de dejar este hotel. Se volvió loca por mí. Es una zorra joven y fina. Me rogó que me fuera con ella a Terre Haute. Ejerce allí en una casa de citas. Le dije que iría corriendo en cuanto me mandara la pasta de la primera semana. Me dio su teléfono y le di mi dirección.

»Esta noche llamé allí. Le pregunté por mi pasta. Me dijo que había cinco billetes en camino. Nena, aunque se esté quedando conmigo, no pasa nada. Si la manda y es una viruta considerable, tu rey ya tiene un pequeño estable.

—¿Es blanca esa zorra? —preguntó—. ¿Qué aspecto tiene?

—Zorra, no empieces a cagarla. ¿Qué hay de malo en que una blanca arrime el hombro con dos negros? Es negra. No es más que lo que es, una estupenda zorra tragaperras enamorada de tu hombre a primera vista.

Era poco más de mediodía cuando apareció el mensajero con el resguardo del giro. El retaco fue a la puerta y lo trajo al dormitorio.

Lo abrí. La oficina estaba a unos quinientos metros. Le pregunté al retaco si le apetecía dar un garbeo. Estaba loca por venir.

Menos mal que tenía el carnet de conducir. Tuve que hacer un montón de papeleo. Me hicieron decir hasta la cantidad que esperaba. Me la apoquinaron contante y sonante. Camino de casa el retaco iba callada. El Dulce sí sabía dónde apretarle las tuercas a una furcia. Durante el mes siguiente me acerqué un par de veces a Terre Haute. En ambas ocasiones me quedé en un hotel en la otra punta de la ciudad a pasar la noche hasta el mediodía. Le estaba vacilando al retaco con que iba a visitar a su compañera de estable.

El retaco puteaba a tope. Estaba haciendo una media de no menos de cien por noche. Dos meses después de lo de la percha, pillé un apartamento amueblado de tres dormitorios en el edificio de Top. Comparado con el Haven, era un sueño en rojo y oro. Al retaco sí que le molo el apartamento. Creo que porque al fin se sentía en casa. Estaba en la sexta planta.

Me compré un par de ternos de doscientos pavos por sesenta cada uno. El perista vivía dos pisos más abajo. Esa misma semana Top me presentó a un menda que tenía un La Salle negro casi de fábrica.

Estaba fuera bajo fianza y su abogado le había llamado para decirle que si no la pagaba tenía que poner rumbo al trullo. Tuve que apoquinarle al tipo cuatro billetes nada más verle. Le pagué otros dos más cuando me pasó el carro.

Ahora tenía dos coches. Le devolví el Ford al retaco. Así podría abarcar y hacerse una zona más amplia.

Empecé a frecuentar la casa del Dulce para empaparme en el juego del chulo. Una mañana volví de su casa a eso de las cinco. Escuché al retaco rajando con alguien en uno de los dormitorios. Abrí la puerta de un empujón. El retaco estaba en la cama con una guapa alta de piel morena. Parecía una quinceañera. Estaban desnudas. Dejaron

de besarse y me miraron. El retaco dijo:

—Corazón, ésta es Ophelia. Te hablé de ella en el Haven. A su novio le han caído de uno a tres años por robo y nocturnidad. Quiere unirse a la familia. ¿Puede?

—Ophelia —dije—, si no vas de cachondeo y obedeces mis reglas, sé bienvenida. ¿Zorras, os habéis trabajado las calles esta noche? Espero que haga poco que hayáis venido a divertirnos a esta cama. Phyllis, sal de ahí y traeme el premio de mi doble juego.

El retaco fue al armario y me trajo un rollo de billetes.

—Cien de éstos los hice yo —dijo.

Había unos ciento setenta y cinco a vista de pájaro. Me quité la ropa y me metí entre ellas. Estuve una hora sonsacando a Ophelia y leyéndole la cartilla. Tenía dieciocho tacos. Empezó el circo. Yo era el director de pista. Era ya mucho chulo como para andar jugueteando con mercancía nueva. Ellas eran las artistas. No había puesto más que setenta putos pavos en mi bolsillo. Muy barato me habría comprado si le diera por pirarse al día siguiente.

La víspera de mi veinte cumpleaños, en agosto, yo había ido al West Side para comprarles unos vestidos a Phyllis y Ophelia. Acababa de salir de casa del perista. Eran unas doce prendas, las estaba metiendo en el maletero del La Salle. Cerré de un portazo y eché la llave.

Escuché gritos y ruido de golpes que venían de un cabaret al final de la calle. Vi a un hombre de pelo cano sin sombrero tambaleándose por la acera. Se sujetaba la cabeza. Le brillaba un lado. Me acerqué a él.

Sangraba por un corte profundo en la cabeza. Se quejaba tratando de detener el chorro de sangre con las manos. Un tipejo flaco y oscuro salió corriendo detrás del viejo. Vi algo que relucía en su mano según la levantaba una y otra vez.

Me acerqué un poco más. Estaba de rodillas, parecía como si alguien le hubiera pintado la cara de rojo al tipejo. Estaba machacando salvajemente al viejo con una pipa.

Volvió la jeta. La luz que salía por la puerta abierta del cabaret la iluminó. Era el Leroy de Chris quien se estaba cargando al viejo. Unos veinte clientes habían salido. Hicieron un círculo alrededor de la masacre. Salí.

Entonces vi a Chris de pie al otro lado. Chillaba y sujetaba el brazo armado de Leroy. Se había vuelto loco.

Me acerqué a Chris rodeando el círculo. Me quedé detrás de ella. Tenía manchas grasientas en el cuello del vestido y el pelo mal peinado y mustio. Caramarcada la estaba echando a perder. Oí un chirrido de frenos. Dos enormes patrulleros blancos se abrieron paso a codazos entre el gentío. Leroy estaba sentado abierto de piernas sobre la figura inconsciente, sin parar de machacarle con la pistola.

Apartaron a Chris hacia atrás. Uno de ellos le hizo una llave a Leroy en el brazo armado y le quitó la pipa. El otro le enganchó por el cuello hasta casi estrangularle. Lo arrastraron hasta el coche patrulla y lo arrojaron al asiento de atrás.

Una blanca baja, de mediana edad, se acercó a la figura caída. Se frotaba las manos. Llevaba un delantal de camarera. Se agachó y le estrechó la cabeza entre sus brazos. Uno de los polis se sentó delante. Se volvió de lado vigilando a Leroy, acercándose el radiotransmisor a los labios. Llamaba a una ambulancia, estaba claro. El otro poli volvió y se detuvo junto a la mujer blanca.

—¿Le conocía? —preguntó.

—Sí, es mi suegro —contestó llorando.

—¿Qué ha pasado?

—Todo el mundo sabe que a Papá Tony le gusta tontear con las chicas —dijo ella—. Tiene un corazón tan grande como Nueva York. Todos le quieren y le comprenden. Papá Tony entró en el bar. Dentro se puso a besar en la mejilla a todas las chicas.

»Besó a esa que tiene ahí detrás. Ese maníaco de su hombre dejó de tocar. Saltó del escenario. Empezó a golpear al pobre Papá Tony con su pistola. Era la primera noche que ese maníaco trabajaba para mi marido. Si Vince, mi marido, hubiera estado aquí, los sesos de ese chalado estarían desparramados por la acera.

El poli miró atrás hacia Chris. Empezó a tomar notas en una libreta. Sabía que la interrogaría después de quedarse con toda la movida. Toqué suavemente a Chris en el hombro. Se volvió y me miró. Le flojeaban las rodillas. Se reclinó sobre mí. La cogí del brazo y la acompañé por la acera. Escuché el lejano ulular de la sirena de una ambulancia.

—Chris, deberías largarte —le dije—. Leroy ha golpeado a un blanco. Los blancos te van a enmarronar con él. Ten en cuenta que tú eres el motivo por el que se le ha ido la olla.

Nos metimos en el La Salle. Lo acerqué por la calle hasta el de la pasma. Pisé el freno. Una pareja salió por delante del coche patrulla y cruzó delante de mí. Yo estaba aparcado junto al coche patrulla. Chris podía sacar la mano y tocarlo. Volví la cabeza y miré al asiento trasero del otro coche. Leroy miraba a Chris. Clavó los ojos en mí. Brincó hacia el asiento delantero. El poli le dio un guantazo. Vi la cabeza de Leroy desaparecer hacia abajo, salí pitando de allí.

Aposté que aquel brinco arrebatado significaba que me había reconocido. El La Salle se alejó del West Side a toda velocidad. Chris iba llorando. Estuve callado hasta alcanzar las lindes del South Side. Entonces le dije:

—Venga, Chris, ya estamos lejos de la pasma. Dime dónde vives y te llevaré a casa. No llores. Podrás sacarle bajo fianza en cuanto le pongan los cargos.

—Vale, ¿quieres llevarme a casa? —decía llorando—. Da la vuelta y llévame a la tartana de Leroy. Está aparcada detrás del bar donde perdió su mala cabeza.

»Llegamos esta tarde a la ciudad, sin blanca. No consiguió la indemnización. Puede que nunca se la den. Estoy muy disgustada. Iban a pagarle cada noche por actuación. Ahora tocaba algo de blues.

—Zorra, pareces una pordiosera —le dije—. Me engañaste con lo de que me ibas

a llamar. Ibas a ser mi puta, ¿te acuerdas? Tenía que haberte dejado allí para que te encerraran con el gilipollas de tu hombre.

Me di cuenta de que tenía una buena oportunidad para pillarla ya. Sólo tenía que ponerme duro y tirarme unos cuantos faroles.

Descarado que a Leroy lo iban a empapelar. No iba a tener derecho a fianza. Chris no tenía más salida que yo. Iba teniendo toda la pinta de que iba a ser mi tercera puta.

Aparqué suavemente junto a la acera. Dejé el motor al ralentí. Estábamos frente a un hotelucho de mala muerte. Yo tendría unos dos mil quinientos pavos en un rollo dentro del bolsillo. Lo saqué para impresionarla. Pillé uno de diez. Se lo ofrecí. Pasó de él. Dijo:

—Blood, no es que no pensara en ti. Quería llamarte. Quería mantener mi palabra. Leroy no me perdía de vista ni un momento. Me seguía hasta al baño. No sabes cuánto le odio. Espero que le caiga la perpetua. No pases de mí, Blood. Cumpliré mi promesa. Ahora estoy libre. Soy tuya, amor. Si me dices que me tire al río, lo haré.

—No, Chris, te temo. Me parece que Leroy te ha convertido en una zorra vagabunda y mentirosa. Estoy chuleando demasiado bien como para llevar quebraderos de cabeza al establo. Siempre seré tu amigo, Chris. Se me rompe el alma por ti, nena, pero tengo que pensar en mi menda.

»Mis putas dan el callo dieciséis horas al día en la calle. Les encanta. No creo que tengas ni agallas ni ánimo para hacer la carrera.

»Chris, pasaré el resto de mi vida sufriendo cada vez que me acuerde de ti. Se me hará un nudo en la garganta cada vez que piense en lo que pudo ser. Coge estos diez pavos, nena, y que tengas mucha suerte. Adiós, Chris. Por favor, lárgate antes de que me arrepienta y ceda a que seas mi puta.

Estiré el brazo por delante de ella y abrí la puerta del coche. ¡Menudo motor de gran cilindrada tenía en el coco! Me la estaba metiendo en el bote.

Me acordé de todos aquellos giros de Terre Haute que me había estado mandando con su nombre, Christine. Aquel tábano fantasma que le picaba en el culo al retaco.

Volvió a cerrar la puerta. Se me echó encima y agarrándome se puso a llorar como si yo fuera su madre muerta volviendo a la tumba después de una breve visita. Balbuceaba:

—Blood, por favor, no me dejes. No soy una zorra vaga. Dame una oportunidad. Quiero llegar a algo. Por favor, llévame contigo. No te defraudaré. Soy tan buena como cualquier otra zorra.

Metí la primera. Enfilé a casa. Era un zorro con una extraordinaria y preciosa pollita entre los dientes. Sabía que el retaco y Ophelia estaban en la calle. En el maletero llevaba seis vestidos para Ophelia. Seguro que le valdrían a Chris.

—Zorra, voy a apostar por ti —le dije—. Voy a llevarte a tu nuevo hogar. Tienes que entender una cosa. No puedes traer menos de cien por noche. Si lo haces, puedo prenderle fuego a tu pasta o limpiarme el culo con ella.

»Ahora vas a conocer y hacer la calle con tus hermanas. Yo voy a ponerte al día. Abre las orejas y toma nota. Así entrarás en la familia bien recomendada.

»Tienes suerte, Chris. Hace sólo una semana una de mis putas la palmó en Terre Haute. Se le paró el corazón en plena faena con un primo. Fue una mártir. Se llamaba Christine. Fui allá y me pulí dos de los grandes en su funeral.

»Pienso que me sentí culpable por derrochar toda esa pasta en una tía a la que sólo había tenido durante un par de meses. No le he contado nada al resto del establo. Puede que me excediera tanto en su funeral porque se llamaba como tú.

»No sé. De todas formas, el establo nunca la conoció. Claro que todas la respetaban por la pasta gansa que enviaba todos los días desde el burdel.

»Chris, tú eres esa gran zorra folladora resucitada. Una semana antes de palmarla me rogó que la dejara ejercer por estas calles. No lo permití porque sabía que tenía el corazón chungo.

»Pues eso, Chris, sé que le demostrarás al establo que eres tan cojonuda en la calle como lo eras en la casa de Terre Haute. Voy a llevarte a casa para que te pongas guapa para los primos, zorrita mía.

13. EL ICEBERG

Cuando vio el apartamento, flipó. Uno de los vestidos de seda rosa que saqué del maletero le sentaba de maravilla. Con un baño y un poco de champú volvía a ser la despampanante Chris que conocí en el Haven.

Le di dos anfetis y la llevé a la calle para presentarle a Phyllis y a Ophelia. Ya era medianoche cuando aparqué en la manzana donde currelaban. Caminaban juntas al otro lado de la calle. Avistaron el La Salle.

Las saludé con las luces largas. Cruzaron la calle en dirección a mí. El retaco metió la cabeza por la ventanilla de Chris. Ophelia se agachó para mirarla.

—Subid las dos al coche —dije.

Se sentaron detrás. Vi por el espejo retrovisor que se miraban la una a la otra y después a la cabeza de Chris. Dije:

—Phyllis, Ophelia, ésta es Christine. Va a hacer la calle con vosotras. Está harta de tener que soltar el cincuenta por ciento de su viruta.

»Quiere que papá se quede con todo lo que haga. La he sacado de aquella cuadra. Además, qué hostias, la familia tiene que estar unida.

»Phyllis, le he contado a Christine más de cien veces lo cojonuda que eres en la calle. Ya sabe que te conoces a todos los chapas y todo el percal. Quiero que le des cuartel y me la cuides durante una semana o así. No hay ni una sola puta por aquí que pueda instruirla como tú. Ahora salid del coche y matad de hambre a todas esas putas de pacotilla.

Las vi alejarse riendo y rajando. Parecían hermanas de verdad. Miré mi Longines de diamantes incrustados. Eran las doce y diez. ¿Qué te parece? Tenía veinte tacos. Vivía en un apartamento de seiscientos pavos al mes. Tenía tres jóvenes y estupendas furcias de batalla. Por fin era chulo.

Incliné el retrovisor. Me empolvé la cara. Me quedé ahí sentado, contemplándome. Finalmente arranqué. Fui a casa del Dulce para informarle de mis progresos. No había encontrado un momento para charlar con él.

Dos polis del distrito del Dulce estaban bebiendo y haciendo el ganso con dos de sus putas amarillas. El Dulce les había dicho que yo era hijo suyo.

Se partieron el culo de risa cuando el Dulce les contó lo que me habían hecho Satanás y su demonio. Me dijeron que no me preocupara. Se acordarían de mí y pasarían la bola al resto de la pasma del distrito para que no me molestaran.

Finalmente los polis se pusieron trompas perdidos. Las putas se los llevaron por detrás del biombo a los dormitorios.

—Dulce —dije entonces—, he pillado una preciosa puta amarilla esta noche. La

tengo en la calle dando el callo con las otras. Esa zorra está loca por mí, Dulce. Sé que me va a durar una pila de años.

—Flaco —dijo—, una bonita zorra negra y una fulana blanca son la misma cosa. Las dos entrarán en el establo para hundirlo. Dejarán al chulo sin puta y con el culo al aire. Tienes que hacerles dar el callo rápida y duramente. Sácales el máximo jugo lo antes posible. Flaco, el chuleo no es ningún juego de amor. Cómeles el tarro y no se te ocurra meterles el nabo. Cualquier pamplinas que se crea que una puta le ama no debería haber salido del culo de su madre.

»Flaco, espero que todavía no hayas practicado sexo con esa bonita zorra. Créeme, Flaco, un chulo no es más que una puta que ha invertido con ellas los papeles del juego. Flaco, sé dulce conforme a la pasta. No seas más dulce que eso. Sácale un pastón a la puta antes de ejercitar el sexo con ella. Para el chulo una puta no es más que otro primo. No te dejes hacer el Georgia. Exige siempre la pasta por delante, como una puta.

»Las putas en el establo son como los putos currantes en la fábrica del hombre blanco. En el fondo de sus simples corazones saben que están puteadas. Ambos necesitan orejas donde descargar sus penas. Necesitan a alguien que les escuche cuando despoticen del puto jefe.

»Un buen chulo es como un astuto jefe blanco. No emparejará a dos iguales por mucho tiempo. Nunca deberá emparejar a dos zorras nuevas. Aún no les habrá sacado una buena pasta. Un par de zorras nuevas tienen demasiadas cosas en común. Se contarán la vida la una a la otra, unirán sus cocos, urdirán enredos y se las llevará el viento a las dos juntas.

»El único pegamento que une una puta a un chulo es la pasta gansa que sabe que se ha dejado en él. Un buen chulo podría cortarse la polla y aun así seguir chuleando de la hostia. El chuleo no es ningún juego de sexo. Es un juego de coco.

»Un chulo cuya señora puta no es legal con él es igual que un palurdo con un petardo encendido en el culo. Cuando la zorra jefa se vuelva rancia y se dé el bote, todas las demás zorras huirán con el viento detrás de ella. Un chulo no puede esperar más de tres o cuatro buenas señoras putas en toda su vida. Como si pilla más de trescientas zorras antes de diñarla.

»Con sus señoras putas un buen chulo tiene que usar una técnica como la del granjero. Ha de saber qué zorra de la familia será su señora cuando mamá zorra se ponga rancia.

»Tiene que afinar mucho más el juego con su señora puta que con cualquier otra zorra del establo. Tiene que mirarle el culo hasta cuando caga. Ha de reconocer si conserva el mismo tufo y color que tenía ayer.

»Flaco, tendrás problemas hasta que consigas a tu cuarta puta. Un establo se compone de equipos compitiendo entre ellos para inflarle los bolsillos al chulo a base de pasta. Tienes una zorra suelta. Tienes sólo un equipo y medio.

»Un chulo joven como tú tiene que aprender a no pillar a ciegas. Tu cuarta zorra

ha de ser la que case bien con la tercera.

»En este caso no puede ser una zorra fea, a no ser que le vayan los coños. No debe ser más lista que la zorra bonita. Puede ser más joven, incluso más bonita, pero tiene que ser más tonta.

»Flaco, todas las putas tienen una cosa en común igual que los currantes que pringan para el jefe blanco. Les encanta que el chulo cometa errores. Están alerta aguardando su caída.

»Un chulo es el hijoputa más solitario de la Tierra. Le toca conocer a sus putas. No puede permitirse que ellas le conozcan a él. Ha de ser Dios en todo momento.

»El pobre hijoputa es miembro de un club de resentidos que no le es posible abandonar. No puede dar media vuelta y convertirse en una puta del establo del jefe blanco a no ser que nunca haya sido chulo en absoluto.

»Así que, chaval, descansa, maquéate y chulea hasta la muerte. Llevo un par de días sin pegar ojo. Voy a ver si plancho un poco la oreja. Chaval, estos quebraderos de coco son cada vez peores. Buena suerte, muchacho. Llámame mañana, pero tarde.

»Ah, sí, feliz cumpleaños, chaval. Tómate mi charleta como regalo de cumpleaños.

De vuelta a casa no paraba de darle vueltas en el coco a su charleta. Cuando llegué eran las cinco de la madrugada. El retaco y Ophelia estaban dormidas. Se habían encerrado juntas como dos siamesas.

Cogí la pasta del tocador. Había doscientos veinticinco pavos.

Fui a ver a Chris. Estaba en la cama leyendo un libro. Levantó la mirada y lo dejó sobre las piernas. Buscó debajo de la almohada. Me dio un rollo de billetes.

Lo conté. Había sesenta. No estaba mal para una zorra nueva que se había incorporado tarde a la faena. Extendió los brazos. Estaba en bolas. Había que conseguirle ropa de cama. Para evitar sus brazos me encendí un cigarrillo.

—Amor, ¿lo he hecho bien? —dijo.

—Chris, es un comienzo. Es como el primer dólar del millón que vas a hacer. Debería enmarcarlo, como un pamplinas que acaba de abrir un puesto de perritos calientes.

»Quiero que dejes ese libro, tienes que dormir. Quie o también que mañana le llesves cinco pavos a Leroy. Hazle saber que ahora soy tu hombre.

»Esta noche la familia se va de fiesta. Hoy es mi cumpleaños. Ya me darás el parte de tu primera noche cuando me levante. Te encontraré pronto una compañera de calle, nena. Buenas noches Chris —le dije.

Cuando me desperté era la una de la tarde. Me di la vuelta. Dos grandes ojos marrones me estaban mirando. Era Ophelia. Empezó a besarme los párpados.

—Papi, eres tan guapo —decía—. Tienes unas pestañas que parecen de mujer. Plyllis ha llevado a Chris a comisaría para visitar al pringao ese. Papi, ¿puedo comerte la piruleta?

—Dios y Cristo, ¿es que no hay una puta en esta familia que no tenga la boca

salida? Adelante, zorra. Después, coge tu neceser y me arreglas las uñas de los pies y me las pintas. Esta noche vamos a ponernos todos guapos para mi fiesta de cumpleaños.

—¿Cuántos años tienes, papi? Yo digo que tienes diecinueve.

—Tengo ciento diecinueve, zorra. Lo que pasa es que tengo cara de niño guapo —dije.

Chris y el retaco volvieron de ver a Leroy a eso de las tres. Chris traía cara de preocupación.

—Bien, ¿qué tal se tomó la buena nueva? —pregunté—. ¿Se colgó de los barrotes delante de ti?

—Amor, se derrumbó. Si hubiera podido agarrarme me habría matado. Lloraba como si le hubiera partido el corazón. Dijo que te iba a matar en cuanto te viera. Me sentí mal, amor. Me ha dejado hecha polvo. Voy a tumbarme un rato.

«Ese mamarracho está chiflado de verdad», pensé. «Voy a tener que endiñarle rápido si me lo encuentro alguna vez».

Lo celebramos en un lujoso garito de blancos en Costa Dorada. Volvimos a casa a las cuatro de la madrugada. Estaba sobrio. Las putas llevaban una buena cogorza. Me metí en la cama y me quedé como un tronco.

Una hora después me desperté. Las tres putas se habían empilrado conmigo. Me acariciaban y besaban por todas partes.

A don Cimbél se le veía con ganas de tomar parte en el circo. Tuve problemas para convencer a don Cimbél de que tenía que ir de una en una. Era un chulo, no un obseso.

El jefe de pista inició la función tomándose con tranquilidad. Dieron las ocho antes de poderme dormir.

Pasó un mes antes de que pillara a la cuarta puta. Era una cosita de diecisiete tacos muy mona, de color parecido al de Chris. El establo la trajo de un café después de chapar. Allí se tomaban sus tentempiés.

La chavalita era camarera del garito. Tenía curiosidad por el tema del puterío. Estaba loca por vestir ropa llamativa. Al ver el apartamento, pensó que yo era rico. La emoción de sus ojos me dijo que la pillaría rápido.

La llevé al salón. Le di la charla para que fuera mi chica y dejara de ser esclava por treinta a la semana.

Luego le solté el rollo para asegurar el nudo. Estaba sentada en una silla. Yo la miraba de pie. No apartó la vista de mi cara en ningún momento. Me sentía como una serpiente de cascabel hipnotizando a un gorrioncillo.

—Jo, Ann —dije—, tengo que felicitarte. No sólo tienes suerte, sino que además eres lista. Sabías que iba a ser tu hombre nada más verme. Sé que tenías ganas de conocerme.

»Desde que eras niña has estado deseando vivir de una forma excitante y llena de glamour. Bueno, bomboncito, ya estás en la alfombra mágica de Blood. Voy a hacer

que tu vida a mi lado resplandezca más que tus sueños dorados.

»Soy chulo. Te toca ser puta. No mantengo a puestas.

»Seré tu madre, tu padre, tu hermano, tu amigo y tu amante. Pero lo más importante es que voy a ser tu hombre. El que maneja la viruta que hagas en la calle. ¿Me vas comprendiendo, dulce zorra?

—Sí, Blood, voy comprendiendo —musitó.

Me agaché y la cogí de la mano. La llevé a la ventana a contemplar la ciudad. La tenía abrazada. Dije:

—Mira ahí, niña de mis ojos. Ahí fuera es donde vas a trabajar. Esas calles son tuyas porque eres mía. Tengo cinco de los grandes para cubrir fianzas. Si te trincan por cualquier cosa, incluso por asesinato, puedo liberarte. Mi pequeña zorra, esta familia es como un pequeño ejército. Tenemos un reglamento inflexible.

»En mí, en realidad, hay dos tipos. Uno de ellos es dulce y cariñoso con sus putas cuando se ciñen al reglamento. El otro se vuelve desquiciado y peligroso cuando se rompen las reglas. Chatita, estoy seguro de que a ése nunca le conocerás.

»No olvides que esta familia es como una piña frente a ese mundo frío y cruel. Somos fuertes porque nos queremos unos a otros. No hay problema que yo no pueda resolver. No hay preguntas sobre este juego que no te pueda responder.

»Mañana empezaré a cultivarte la cabeza con todo lo que concierne a este juego y a la calle. Te voy a convertir en estrella, ángel mío. No preguntes a extraños. Acude a Chris o a mí.

»Mi pequeña, yo te protegeré hasta la última gota de mi sangre. Si en esas calles algún hijo de puta, tío o tía, te hace daño, o te amenaza, acude a mí. Tendrá que cortarme el cuello o dispararme primero. Te juro que mientras seas mi chica voy a protegerte. Nena, ya sé que eso es para siempre. Ahora, nena, repite con papá.

Se abrazó a mí con fuerza. Me miraba como en trance. Recitó conmigo:

—Desde este momento pertenezco a Blood. Soy su puta. Haré todo lo que me diga. No andaré jodiendo con su guita. Me dejaré la piel dando el callo cada noche y cada noche voy a hacer, por lo menos, cien pavos.

Aquella noche durmió con Chris. Después de la primera semana sabía que iba a ser su pareja ideal.

El Dulce tenía razón. Chris y Jo Ann empujaron a Phyllis y a Ophelia a sudar la gota gorda en las calles. Pero yo ya pensaba en la quinta puta.

A Leroy le echaron un año por la tunda que le dio a Papá Tony.

Unos seis meses más tarde, Top y yo estábamos en la barra de La Gallera. Un bocazas discutía con un menda que estaba con él. Yo le daba la espalda, de cara a Top.

Top y yo habíamos estado en su casa chutándonos durante horas. Estaba tan gélido por la cocaína que me sentía embalsamado. Era como estar en La Gallera sin estarlo. Acababa de acercarme a la boca el vaso de cola. Estaba flipando con las pequeñas burbujas que flotaban dentro.

Trataba de contarlas antes de que se desvanecieran.

Oí un estallido detrás de mí. Tenía el coco aturdido. Era como si aquel sonido se hubiera producido un año antes en algún témpano en un lugar del Ártico.

Vi un sombrero gris claro que me sonó vagamente en la memoria. Salió rodando por la barra y se detuvo frente a donde había estado Top hasta hacía un momento. Pensé: «Ese sombrero es un Knox del cuarenta. Una vez tuve uno del mismo color».

El chalado de Top estaba en el suelo entre la barra y la banquetta. Tenía los ojos abiertos de espanto. Me miraba desde abajo como si se me hubiera ido la olla y fuera a cargármelo. Me reí de él.

Oí carreras de pasos detrás de mí. Miré por encima del hombro. El menda que estaba discutiendo con el bocazas salía de naja por la puerta con una pipa en la mano.

Miré a mi espalda. El bocazas estaba tirado en el suelo, fuera de combate. Tenía una tremenda herida roja a lo largo de la frente. Una parte de la escarcha de mi mente se derritió.

La bala que había rasgado la frente del bocazas me había arrancado el sombrero. El garito estaba en silencio. Top se levantó y se quitó el polvo de encima. El garito se había quedado vacío. Alargué la mano y recogí mi sombrero de la barra. Eché un vistazo casual a los agujeros de entrada y salida que había en la parte alta de la corona. Me lo encasqueté en la cabeza. Top no dejaba de mirarme. Me eché el vaso al coleteo y lo vacié. Me volví hacia Top. El bocazas volvió en sí gimiendo.

—Tío —dije—, larguémonos de aquí antes de que venga la pasma. No estoy para interrogatorios. Sabes, Top, no veas qué putada si llego a tener el cráneo en pico.

Top me siguió afuera. Nos metimos en su Cadillac frente a La Gallera. Todavía seguía mirándome, boquiabierto.

—Chaval, qué frío has estado ahí dentro, de hielo; de hielo como un iceberg. Chaval, ya lo tengo. Ahora sí eres un joven chulo de los buenos. Todos los buenos chulos tienen sus apodos. Te voy a colgar el tuyo.

»Chaval, has superado el mote de Young Blood. ¿Qué tal Iceberg el Flaco? Chaval, te pega que te cagas. Iceberg e Flaco, mira qué bien, y lo he inventado yo. Fijo que la cocaína te enfría. Ya lo creo que has elegido tu droga cojonudamente.

14. EL ERROR

A finales de aquel año me había agenciado un Cadillac del 39 nuevecito. Perdí a Jo Ann a los diecinueve días de pillarla. Era muy posesiva y la verdad es que no tenía fondo para aguantar una larga carrera de calle.

No me dio por llorar cuando se marchó. Mientras la tuve, Chris se ocupaba de que diera el callo. Cuando se escabulló de Chris, yo ya le había sacado un montón de viruta de ventaja. Una semana más tarde pillé una puta joven que era una maga en la calle y le gustaba mangar en las tiendas. Se volvió loca por Chris. Iba al centro y volvía a casa con bolsas de compra cargadas de preciosos vestidos y lencería fina para ella y sus hermanas.

Más tarde metió a Chris en el tema del mangue. Yo las dejaba ir juntas al centro con un menda que las llevaba en coche. Me llenaron el armario de ternos maravillosos.

A Top le cayeron cinco años por tenencia de narcóticos. Los federales le pillaron de marrón pasándole cien gramos a un agente encubierto. Le eché mucho de menos. Fui a ver al Dulce más que nunca.

Mi nombre sonaba. El apodo que me había colgado Top era pegadizo. Todos me llamaban Iceberg, hasta el Dulce. Sólo unos cuantos camellos a los que pillaba sabían que mi lado gélido se sostenía gracias a la cocaína congelante que esnifaba y me chutaba a diario.

Durante los siguientes tres años chuleé ateniéndome estrictamente al libro. Cada año cambiaba de Cadillac. Nunca tuve menos de cinco chicas en la familia.

Me mudé del edificio de Top, dejando allí al establo. Pillé una suite en un hotel de lujo en el centro de la ciudad. Disfrutaba de la privacidad, las joyas, la estampa y el glamour de un chulo con éxito.

Me las había apañado para salir adelante en la vía rápida. Estaba entrando deprisa en la leyenda.

Top había salido. Estaba en Seattle con unos parientes que le habían echado un cable para sacarle con la condicional. Sólo una de sus mujeres seguía con él. A las otras se las llevó el viento cuando le trincaron.

El retaco seguía siendo señora puta. Ophelia seguía colada por ella. Chris demostraba día a día que tenía cualidades para ser señora puta.

Me di cuenta de que el retaco actuaba como si estuviera marchitándose deprisa. Las otras dos putas que tenía habían sido compañeras de establo. Me las quedé cuando su chulo se metió una sobredosis de heroína.

Estaba en casa del Dulce cuando bombardearon Pearl Harbor. Me había quedado

a pasar la noche. Aún estaba en la cama.

La amistosa serpiente marrón me trajo el desayuno. Me lo estaba acabando cuando el Dulce entró en el dormitorio. Se sentó al lado de la cama. Dijo:

—Berg, le acaban de cortar el cuello al Tío Sam. Los ojos rasgados acaban de reventar Pearl Harbor. Las putas van a hacer más viruta que nunca. Berg, tengo la sensación de que esta Segunda Guerra Mundial, a largo plazo, va a dar al traste con el chulerío.

—¿Por qué piensas eso, Dulce? —pregunté.

—Ya sabes que una puta no es más que una ex pureta. Un buen chulo quema un montón de putas a lo largo de su vida. Si no hay una buena charca de puritanas para que los chulos las inicien, entonces los establos se verán mermados.

»Las fábricas de armamento van a reclamar a miles de esas jóvenes putas en potencia. Esas zorras puretas cobrarán los cheques de sus nóminas. Se volverán unas independientes de los cojones. El chulo no podrá iniciarlas en el ejercicio.

»Las puritanas maduras también acabarán en las fábricas. Miles de ellas tienen hijas adolescentes. Tendrán la pasta que necesitan para llenar los estómagos de esas zorritas. Les pondrán vestidos monos. ¿Para qué coño iban a putear para un chulo si ya le chulean a mamá?

»Lo peor de todo es que esas fábricas invitarán a las furcias con chulos recios para que los abandonen y se rediman. Como la guerra dure mucho, los chulos tendrán que ablandarse como juláis para amarrarse a una puta.

»Berg, no hay más que un paraíso para el chulo. Aquél en el que hay una buena charca de jóvenes zorras hambrientas hundidas en la miseria —dijo.

La guerra se recrudecía. Las fábricas de armamento producían material bélico a toda máquina. En ellas, miles de jóvenes y viejas trabajaban como esclavas.

En cuanto a mí, la charca seguía infestada de peces maravillosos. Acaparaba tres chicas del principio más otras tres nuevas adquisiciones.

Era diciembre de 1944. El Dulce seguía chuleando bien para su edad. Había bajado hasta siete mujeres, pero eso ya era ser mucho chulo para un tipo de su edad. Top se había asentado en el Oeste.

Llevaba bastante tiempo con Chris, Ophelia y el retaco. Desde el treinta y ocho ya había pillado y perdido entre sesenta y setenta putas y primerizas.

El volumen de iniciaciones era importante. Algunas de ellas sólo fueron al tajo durante un mes y luego desaparecieron. Unas cuantas duraron una semana. Otras sólo un par de horas antes de aligerarse. ¡Cuánta razón había tenido el Dulce años atrás! El del chulo es un juego de pillar y perder.

Pasé el día de Navidad con mamá. Se alegró de veras de verme. No lo hacía desde el treinta y ocho. Cuando me marché, lloró como siempre.

El retaco se estaba hartando y envileciendo. Ya me había espantado a algunas de las primerizas. Yo le llevaba a Chris todas las nuevas para que las pusiera a punto en la carrera.

Empecé a mandar al retaco a pequeñas poblaciones próximas a cuarteles del ejército. Algunas estaban fuera del estado. Ophelia la acompañaba a veces. Una semana antes de conocer a Carmen, el retaco y Ophelia acababan de regresar de un fin de semana en Wisconsin.

El retaco y las otras cinco estaban conmigo cuando pillé a la séptima nena.

Era una copia casi exacta del retaco a los dieciocho. Sólo que más guapa de cara que la otra a esa edad, y mejor proporcionada. El tiempo y la calle habían convertido la cara de pequinés del retaco en la de un bulldog.

Nos encontrábamos en un cabaret. Carmen estaba detrás de mí en una mesa de dados en el salón de juegos. Me levanté de la mesa y fui al tigre. Pasé al lado de Carmen. Me miró relamiéndose descaradamente.

A la vuelta me detuve, arrojé sobre su mesa un cuarto de dólar y lancé los dados esperando sacar un veintiséis. Salió un veintiséis, así que le invité a una copa con el premio. De pie junto a la mesa empecé a sonsacarle. Era de Peoria. Llevaba una semana pululando por la ciudad.

El viejo Party el Juergas era amigo común. Lo conoció en Peoria, donde aún vivía. Tenía una puta trabajando allí en una casa. Ella también había trabajado en esa casa. Se había escabullido de su chulo y estaba más que a punto para que la pillasen ya mismo.

Charlamos durante quince o veinte minutos. Me daba en la nariz que yo le gustaba. Miró el reloj. Era casi la hora de cerrar. La invité a desayunar al apartamento del establo.

Desayunamos. Me disponía a marcharme con Carmen. Íbamos a mi hotel a cerrar el contrato. El retaco nos siguió hasta el pasillo de afuera. Me llamó.

Le di a Carmen la llave del Cadillac y fue hacia el ascensor. No di ni un paso hacia el retaco. Le dije:

—Zorra, si quieres decirme algo, acércate.

Tenía en su jeta una mirada aviesa. Se me acercó caminando lentamente. Top tenía razón. Estas señoras putas, en cuanto empiezan a pudrirse sacan de quicio a cualquiera.

—¿No estarás pensando meter a esa ful de zorra en la familia, verdad? —dijo—. Esa zorra de pega no es más que una mierda.

—¡Ahí va la hostia! —dije—. No me digas que vas a desperdiciar la ocasión de agobiar a insultos a una nueva. Zorra asquerosa, nadie me dice qué zorras puedo traer. ¿Te atreves a piar que una zorra es de pega? Pues a ti casi te mato para hacerte de verdad.

Me fijé que dos de las nuevas estaban asomadas a la puerta. Los ojos les hacían chiribitas con nuestro numerito del pasillo.

—Negro de mierda —gritó—, si no eras más que un espantapájaros harapiento cuando me pillaste, un don nadie. No tenías ni carro. Me sacaste el mío de mala manera. Negro de mierda, yo soy la zorra que te ha hecho grande. Sin mí ahora

mismo te irías al fondo tan rápido como una mierda por un embudo lleno de grasa.

Cometí un grave error. Quizá tendría que habérmela quitado de encima mediante la técnica de Top, convirtiéndole la cabeza en gelatina. En vez de eso, le metí tan fuerte como pude un gancho de izquierda en la mandíbula. Sonó un chasquido parecido a un petardo. Cayó sobre la alfombra quedándose espanzurrada y en silencio como un bulto. Le pateé el culazo una docena de veces. Caminé hacia el ascensor. Miré al fondo del pasillo. Ophelia y a Chris la llevaban arrastrando hacia el apartamento. Tuvieron que sujetarle la mandíbula con alambres. El retaco se largó con Ophelia. Chris me contó que había intentado también llevarse a dos de las nuevas. Yo había cometido el típico error garrafal de un chulo. Había perdido a lo bruto una señora puta pasada de rosca.

Carmen fue fácil de pillar. Un chulo quiere a cualquiera que engorde sus bolsillos dando el callo. Está como en la gloria cuando pilla a una puta joven y guapa que le necesita. Carmen me necesitaba de verdad. Se inició con Chris.

Seis meses más tarde el Dulce me llamó una mañana temprano. Su voz estaba salpicada de nerviosismo. Me puse tieso en la cama. Dijo:

—Berg, me ha llegado un rumor de que el FBI está husmeando por las cárceles de mujeres, interrogando putas. Han mencionado tu nombre más de una vez. Parece que ya tienen una acusación de peso para ir a por ti. Me huelo que intentan echarte encima cinco o seis marrones.

—Dulce, fijo que ha sido ese retaco de mierda. ¡Dios! Dulce, desde que empezó la guerra la he mandado con Ophelia fuera del estado más de una docena de veces. Verás como quieren endosarme tráfico interestatal, Dulce. ¿Tú qué harías?

—Yo que tú iría a ver a uno de esos tipos tan resalados que hay por el West Side, le daría una buena pasta y un martillo de cabeza de bola. Le diría que en cuanto se leyera en los papeles que las han encontrado en un callejón con las cabezas abolladas, le caerían del cielo dos de los grandes.

»Será fácil echarles el guante. Son putas. El tipo no tiene más que hacerse pasar por otro primo salido que quiere darse una fiesta con dos furcias.

»Mira lo que te digo, Berg: saca a tus putas fuera de su cuadra ahora mismo. Cambia de hotel. Vuélvete topo. Haz patear a tus putas por otros territorios y una vez que te hayas movido, manténte lejos de la calle. Llámame en cuanto te hayas instalado.

Colgó. Pensé: «Soy un idiota. Tenía que haberme cargado al retaco a la manera de Top».

Para las siete de la tarde ya me había mudado con mi establo a otros lugares. Chris, mi nueva señora puta, fue la única de la familia que supo la razón de esa mudanza.

Cogí el Cadillac y lo metí en un garaje que alquilé a un viejo viudo. El garaje estaba detrás de su casa en un barrio respetable.

Cogí un taxi para ir a ver a uno de mis camellos. Me estaba metiendo bajo tierra.

Necesitaba por lo menos veinticinco gramos de material. Acababa de pillar y caminaba por la calle en busca de un taxi.

Pasé junto a una barbería. A través del escaparate vi de pasada los zapatos bicolor de un tarra en la silla del barbero. Pensé: «La hostia, ese hortera es para echarse a llorar. No está en la onda. Esos calcos desaparecieron con los botines».

Caminaba deprisa. Llevaba el marrón encima. Necesitaba un taxi como fuera. Ya estaba a media manzana de la barbería. Me pareció oír a alguien que gritaba: «¡Lo mío, lo mío!».

Miré hacia atrás por encima del hombro. En la acera había un tío larguirucho con un babero de peluquería. Lo que más cantaban eran los calcos blanquinegros. Chillaba y hacía aspavientos con los brazos como un negrito de opereta cantando «Mammy».

Se acercó dando zancadas por la acera. Aquel hijoputa chapado a la antigua gimoteaba: «¡Hijo mío, hijo mío!». Galopó hacia mí a través de las luces de neón. Su arrugada piel marrón cambiaba de color como si fuera un camaleón.

Se me echó encima arrollando, agarrándome como si fuera un billete premiado de lotería. Jadeaba y sudaba como una puta el día de la paga del soldado. Pude oler la colonia barata y el pestazo a sudor de la emoción. En la coronilla calva de su cabeza había motas de talco de barbero. No podía verle la cara. La tenía hundida en mi pecho. Balbuceaba entre llantos:

—Oh, hijo, querido hijo. El buen Jesús ha escuchado las oraciones de un anciano. Me ha dejado ver y abrazar a mi único, único hijo antes de que me vaya a descansar a Su lado.

Un pensamiento de lo más raro me pasó por la cabeza mientras me metía mano. ¿Se levantó pintura de la pared cuando me arrojó contra ella a los seis meses de nacer?

Le aparté empujándole con el brazo. Le miré fríamente a la cara. Vi un punto de enfado encenderse en sus apagados ojos pardos.

—Dios —dijo—, no seas grosero, hijo. Acabas de ver a tu padre allí. Me has ignorado, ¿verdad?

—Mierda, no te he visto. Pensaba que la habrías espichado. Mira, tío, me alegro de verte, pero tengo una prisa de la hostia. Ya nos veremos —dije.

—Ya hice mi parte trayéndote al mundo. No me vas a tratar como a un perro. ¿Dónde vives? Se ve que te va bien. ¿A qué te dedicas? ¿Trabajas para alguna empresa importante? ¿Estás casado con alguna chica bonita? ¿Tengo nietos, hijo?

—¿No has oído hablar de Iceberg el Flaco? Es famoso.

—No te juntarás con escoria negra como ésa, espero.

—Mira, tío, yo soy Iceberg. ¿No estás orgulloso de mí? Soy el negro más grande que jamás ha habido en nuestra familia. Tengo cinco putas dando el callo hasta echar chispas por el culo.

Pensé que le iba a dar un infarto. Le latía el babero a la altura de la patata. Se

sujetaba contra una farola. Bajo la luz se veía su cara gris de espanto. Me subí las mangas de la chaqueta y la camisa para que viera el valle del pico. Le arrimé a la napia el brazo marcado de picos. Reculó. Dije:

—Me cago en la hostia, tío. ¿Qué pasa contigo? Ya ves qué mierda, me chuto al día más viruta por este brazo que la que tú sacas en una semana. He recorrido un largo trecho desde que me rebotaste la cabeza contra aquella pared. Saca pecho con orgullo, tío. Ya he estado en dos cárceles. Qué mierda tío, cualquier día de éstos voy camino de la tercera. ¿Es que no te coscas de que soy importante? A lo mejor un día de éstos sí que te hago un padre orgulloso de verdad. Me cargaré a una furcia y terminaré en la silla.

Me alejé de él. Avisté un taxi en la esquina. El taxi dio media vuelta. Miré a mi viejo. Estaba sentado en el bordillo junto a la farola. El blanco de sus calcos se reflejaba en el desagüe de la cuneta. Tenía la cabeza sobre las rodillas. Su espalda daba espasmos arriba y abajo. El pobre capullo lloraba a moco tendido.

Llegué a casa. Llamé al Dulce. Me chuté una dosis de cocaína. Era la mejor que pillaba desde que Brillantina Top había entrado en el trullo.

15. EN EL SUMIDERO

Después de haber llamado al Dulce y chutarme la cocaína, me invadieron pensamientos inquietantes.

«Tengo cinco putas, igual que el pobre Preston cuando el Dulce le dio el palo y acabó con él. Me pregunto si el Dulce estará urdiendo una trampa para robarme las putas. Sabe dónde vivo. Sería tan fácil como descolgar el teléfono. El Dulce jura que me quiere como a un hijo.

»Estos siete años en la vía rápida me han aclarado una gran verdad. Para un chulo no hay nada más importante que pillar putas. Mientras siga escondido, mantendré en secreto mis problemas con el establo. No voy a darle motivos para que me preste su ayuda. Sería una putada que acabara manejando mi establo. Menos mal que Chris es una señora puta fetén.

»¡Oh!, esta presión me está jodiendo el coco. Dulce no me la jugaría. Tengo que dejar de desconfiar del único amigo que tengo. Significo más como amigo para Dulce que cualquier puta. Quizás debiera largarme y levantar el tinglado en otra ciudad. ¡Dios! ¿Por qué me tienen que estar pisando los talones los federales? ¿Por qué no son los municipales o la nacional? En la vía rápida sólo me han arrestado y fichado una vez. Otra docena de veces les he sobornado en la calle.

»Los del FBI son listos de la hostia, mejor será que no salga de la ciudad y esconda mi culo enmarronado en esta pocilga pestilente.

»El retaco es una puta. Podría ser que un nuevo chulo o un primo se la cargase. Entonces yo podría ir al FBI y enseñarles el culo para que me lo besaran. Sin el retaco como testigo no pueden acusarme de nada.

»El retaco se llevó a Ophelia en todas sus salidas fuera del estado. Yo le había dado instrucciones y dinero para gastos al retaco. Nunca le dije a Ophelia que cruzara una frontera. El retaco estaba chuleando a Ophelia. En realidad era su puta.

»Menos mal que me he ocultado en este nido de ratas. El FBI nunca buscaría a un chulo de altura en un sumidero.

Era diciembre de 1945. La guerra había terminado. El mundo se lamía sus sangrantes heridas. Las drogas y el chuleo habían endurecido mi cara de niño. Se me estaba cayendo el pelo. Iba a cumplir veintiocho pero aparentaba cuarenta.

Durante siete años había dedicado mi vida a dominar el libro del chulo. Me había empleado a fondo con el celo de un hermano católico que se muere por llegar a cura. Había pensado y actuado como un dios negro.

Ahora me encontraba atrapado en mi lúgubre cuchitril. Estaba en un edificio muy antiguo de dos plantas. Yo vivía en el primero, al fondo, en el número diez. De noche,

por el pasillo, aparecían ratas que venían del callejón, rascando y dando chillidos. Se colaban por debajo de la puerta trasera que estaba desenmarcada.

Tenía una ligera y preocupante duda en mi cabeza. ¿Era posible que yo no fuera siquiera una pobre imitación de un dios? Puede que sólo fuera un chulo negro pingao camino de su tercera condena al trullo.

Chris era la única del establo que me visitaba. Nos chutábamos cocaína juntos. No quería que supiera lo agobiado que estaba. Dios no podía tener quebraderos de cabeza.

No podía permitir que las demás me vieran en la penuria de mi morada. Después de todo, ¿cómo iba a vivir un dios igual que un muerto de hambre? Chris conocía las razones. Para ella los pedos de su dios seguían teniendo fragancia de rosas. Juntos elaboramos un sistema que iba de perlas. Hasta el mejor de los chulos tiene que mantener algún trato personal con sus putas.

El sistema era simple y, por un tiempo, eficaz. Chris y yo salíamos al teléfono público que había en la pared del pasillo. Ella llamaba al apartamento, siempre entre las tres y las cuatro de la madrugada.

Contestaba una de las chicas. Chris se hacía pasar por una operadora de larga distancia. ¡Menuda suerte que Chris tuviera talento para falsear voces! Ellas nunca se coscaron. Siempre se trataba de una conferencia mía con alguna de ellas. Chris y yo les vacilábamos con que las llamadas eran desde Nueva York, Boston o Filadelfia.

Me ponía al aparato y hablaba con las cuatro a la vez. Había línea en los cuatro dormitorios. Podía engañarlas y mantenerlas firmes en mi juego a todas al tiempo.

La primera llamada que hicimos se suponía que era desde Nueva York. Me llevó casi un minuto que las cuatro tuvieran el auricular en la oreja. Les dije:

—Bueno, chicas, ya sé que echáis de menos a papá. Seguramente os habréis preguntado: ¿cuándo coño volverá papaíto a casa? ¡La hostia! ¿Se habrá olvidado de que una puta necesita ver a su hombre de vez en cuando? Está claro que estamos de su parte. Ya lo demostramos en la calle dando el callo y poniendo el culo. Ya le mandamos pasta a través de Chris.

»Maldita sea, ¿qué habrá tan importante para que se despreocupe de sus putas? Bueno, chicas, voy a deciros cuánta confianza tiene papá en vosotras. Voy a confesaros un secreto muy valioso. Sé que todas vosotras vais a mantener el pico cerrado.

Chris interrumpía bruscamente diciendo:

—Han pasado tres minutos, señor. Por favor, avise cuando haya terminado.

—Sois las putas más afortunadas que hay —continuaba yo—, vuestro hombre tiene un amigo blanco que es falsificador. Antes trabajaba para el gobierno. Ya tenemos algunas planchas acabadas. Hemos imprimido los trescientos billetes de cien pavos más bonitos que jamás se han visto. Son perfectos. Ni el gobierno se coscaría de la diferencia entre ellos y los de verdad, porque no la hay.

»Tenemos un problema que resolver, aunque nos lleve un año. Nos hemos

quedado sin el papel especial que el gobierno utiliza para imprimir billetes. El genio de mi colega blanco sabe hasta cómo se fabrica ese papel. Nos lo estamos tomando con calma, moviéndonos aquí y allá para pillar tintas y otras cosas que nos hacen falta. No es fácil conseguirlas, pero ¿quién abandonaría una pila de viruta? En cuanto tengamos el papel a punto, fabricaremos unos dos millones de pavos o así.

»Volveré a la ciudad tranquilamente siendo el único chulo millonario del mundo. A mi establo le compraré una playa y una mansión en Hawai. Cuando nos quedemos sin viruta, no tendremos más que imprimir otra tanda.

»Así que estad tranquilas y seguid dando el callo. Ah, sí, Chris tomó un taxi al aeropuerto hará una hora. Debería llegar a casa dentro de un par de horas o así. Os lleva una muestra de esas lechugas maravillosas. Gastadla en lo que queráis. Llevadla a cualquier sitio, incluso a un banco. Creedme, es perfecta.

Colgué. Las había electrificado con el cuento. Pude apreciar la excitación nerviosa de sus voces cuando corearon «adiós». Le dije a Chris que les explicase que el genio tenía una forma de hacer que la numeración de todos los billetes fuera distinta. Yo ya sabía qué les iba a contar en cuanto me quitara a la pasma de encima.

Podía tenerlas pendientes toda una vida. Podría decir que al genio le había caído un marrón por cualquier otra cosa. Yo tendría que esperar hasta que saliera. Él nunca me diría dónde había escondido las planchas. Podría hasta espicharla cumpliendo la condena.

Chris llamó al día siguiente. Las putas levitaban. Se habían pasado toda la noche rajando acerca del impecable billete falso. Estaba convencido de haber encontrado la manera de tener amarrado a mi establo. Yo mismo me sentía un genio.

Después de aquello, cada vez que hablaba con ellas, el genio y yo acabábamos de conseguir alguna otra cosa que nos hacía falta. Les aseguraba que ya faltaba poco. El Dulce había corrido la voz de que yo estaba en la Costa Oeste sacándole un montón de viruta a una dama ricachona.

Dormir se estaba volviendo casi imposible. Casi me salía de la piel cada vez que algún residente llamaba a la puerta. Siempre pensaba que era la bofia. Pero sólo me avisaban de que tenía una llamada en el teléfono del pasillo. Cuando conseguía caer en un duermevela tenía pesadillas. Aquellos sueños con mamá me encadenaban a un sudoroso potro de angustia. Tenía pánico de pasarme otra temporada en la trena. Los sueños diurnos de culpa, pisándoles los talones a las pesadillas, atormentaban mi cabeza. Dejé de chutarme cocaína. Sólo magnificaba mi terror y mi pena. Me acordé de lo sereno que parecía Top después de un chute de heroína. Se quedaba sentado, flotando, como si estuviera en un maravilloso y apacible sueño. Puede que tuviera razón. Puede que la marta de la heroína viniera después que el visón de la cocaína.

Chris vino en Nochebuena. Se quedó hasta la tarde del día de Navidad. Me trajo pijamas, colonia y prendas de vestir de parte suya y de las chicas. Les había dado pasta de mi parte.

Mi cuartucho-escondrijo estaba abarrotado de pared a pared de baúles y maletas.

Tenía un montón de trapos finos y no podía ir a ninguna parte. ¡Pues sí que estaba hecho un chulo hijoputa y solitario!

El Dulce vino a verme a medianoche, el 10 de enero, me parece. Se quitó el sombrero Melton con banda de terciopelo. Lo colgó en el diminuto armario. Durante una semana habíamos estado a diez bajo cero o más.

Aquél era un año totalmente nuevo, 1946. Por primera vez en mucho tiempo salieron a la calle nuevos Cadillacs. El alquiler de todo el año por el garaje de mi viejo Cadillac ya estaba pagado. Chris había ido varias veces a ponerlo un rato en marcha. «Hostias, cómo molaría cambiar el viejo Cadillac y surcar el aire fresco en uno nuevo», pensaba yo.

Era la primera vez que el Dulce me visitaba. Le estaban saliendo canas en las sienes. Había menos voltaje de furia en sus grises ojos. Esa heroína y la vía rápida le habían estropeado mucho. Se estaba haciendo viejo de verdad. Se sentó en una maleta junto a la cabecera de la cama. Yo estaba tumbado. La Niña Bonita era una viejecilla, pero seguía despampanante con su abrigo de visón y los botines de piel. Él le quitó el abrigo y los zapatos. Los dejó sobre el tocador. Ella se sentó en el suelo mirándome desde abajo.

—Berg —dijo—, tengo malas noticias para ti. Corre por la calle el rumor de que todos los patrulleros de la ciudad llevan tu foto. Ahora sí que tienes un marrón gordo. También he oído que el chulo Veneno anda por la calle rondando a tus chicas. Como no tengas a Chris bien amarrada, te la va a levantar. Ella le dirá dónde te escondes.

»Quizás debieras abandonar esto esta misma noche. Busca otro escondite. No dejes que Chris ni ninguna de tus putas sepa dónde te metes. Soy tu amigo del alma, cielo, y además te quiero. Me ocuparé de tener tu establo en orden para ti.

»Mientras tanto, ya pensaré en algo para sacarte las pelotas del fuego. Todo lo que tienes que hacer es llamar a tus chicas. Les dices que quieres que el tío Dulce se encargue de ellas durante un par de semanas. Es fácil, colega.

Durante un buen rato estuve ahí tumbado sintiéndome temblar. Si hubiera sido mi querido padrastro, Henry, diciéndome que me odiaba, no me habría sentido peor. Cierto que había conquistado la vía rápida, pero el pardillo que había en mí y que no podía destruir me hacía un daño de la hostia. Le miré. No sé cómo mantuve firme la voz y oculté el dolor en mis ojos.

—Hostias, Dulce —dije—, tardaría un huevo de tiempo hasta encontrar otro amigo como tú. Sólo de pensarlo me entran ganas de llorar. Ya te conté mi vida. Sabes que te quiero como quise a Henry. Dulce, puede que te quiera, incluso más de lo que quiero a mamá.

»No pienses que soy un puto pureta por decírtelo. Dulce, me enseñaste a tener sangre fría. Eres la única persona de la Tierra que podría hacerme daño. Los tíos de la calle me llaman Iceberg.

»Se partirían el culo de risa si se enterasen de que estoy embobado con un tipo al que quiero como a un padre. Dulce, por favor, no les digas que tengo debilidades

ñoñas. No hagas nunca nada que se cargue mi afecto por ti. Dulce, si alguna vez lo haces, todos se darán cuenta.

»A lo mejor me vengo abajo y corro por las calles aullando como una zorra chiflada. Mira, Dulce, esperaré a pensármelo un día o así. Veneno no puede birlarme a Chris. Pondré en orden mi cabeza. Es posible que debas ocuparte de mi establo.

Durante todo el tiempo que hablé, estuvo recorriendo con sus índices los afilados bordes de la raya de sus pantalones. A sus ojos grises, las maletas y la atiborrada habitación resultaron fascinantes obras de arte. Cogió aire, uniendo los enjorjados dedos de sus manos bajo la papada.

—Berg —dijo—, este sitio te está destrozando los sesos. El Dulce se cortaría el brazo derecho antes de jugártela. Eres el único amigo que tengo, cielo. Joder, cariño, como si tienes cien putas y yo ninguna. Te pediría que me dejaras una zorra, no trataría de robártela, querido. ¿Necesitas algo? Me largo. Tengo que pasar por el centro a recoger a dos putas.

—No, Dulce —dije—, no necesito nada. Ya te contaré mañana. Si te enteras de algo, llámame enseguida. Me ha encantado que te dejaras caer por aquí.

Oí sus pesados pies resonando por el linóleo del pasillo. Se detuvieron. De pronto sonaron más fuerte. Volvía otra vez. Miré la maleta donde se había sentado. No vi que se hubiera dejado nada. Golpeó la puerta. La abrí. Llevaba a La Niña en brazos. Por primera vez relucía en su cara esa sonrisa de dientes de oro que jamás había visto antes.

—Berg —dijo—, olvidé decírtelo. Encontraron al viejo Preston el Guapo tieso de frío en el callejón de detrás de La Gallera. El pobre hijoputa se había envuelto en periódicos. El Griego le despidió hace una semana por quedarse junto al fuego en vez de pescar primos por la acera. Ese borracho hijoputa medio blanco creyó que los periódicos serían suficientes para soportar los diez bajo cero.

Dio media vuelta y se fue por el pasillo. Cerré la puerta y me tiré en la cama. A las tres llamó Chris. Le dije que no se acercara hasta mi próxima conferencia encubierta con las chicas. Le dije que Veneno podría intentar seguirle el rastro, incluso el FBI.

Me dijo que de ningún modo. Antes de venir a verme utilizaba las entradas principales de una media docena de edificios y luego salía por las puertas traseras. Cuando llegaba al mío entraba por la trasera y salía por la principal. Atravesaba el callejón y luego volvía a entrar por la de atrás antes de llegar a mi puerta.

Es posible que no pudieran seguirle el rastro. Le dije que no se acercase para estar seguros. También que no me llamara desde el apartamento. Sería una putada que alguna de las chicas lo descubriera por otro teléfono.

El Dulce llamó al día siguiente a la una de la madrugada.

La mujer de al lado cogió el teléfono. Llamó a mi puerta. Me puse un abrigo y salí al pasillo. Parecía que estaba a cero grados.

—Berg —dijo—, acaban de darme un soplo. Veneno te ha quitado a tu joven

zorra, Fay. Espero que ella no sepa nada que pueda delatarte. Berg, tendrás que hacer algo. Mantendré las orejas abiertas.

Colgó. La cosa se estaba poniendo fea. Volví a meterme en la cama. Pensé: «Veneno va a interrogar a esa zorra asquerosa. Ella le largará el cuento del dinero falso. Para metérsela en el bote, él le descubrirá que no es más que un camelo. Le dirá que estoy escondido en la ciudad.

»Menos mal que Chris está metida en el ajo. Si no fuera así, me quedaría sin putas en menos de una hora. Necesito que oculte al resto del establo. Quizás debería haberme aligerado de la ciudad nada más saber que iban a por mí. Tengo que darme prisa en movilizar al resto del establo.

»Fijo que Veneno les descubrirá el pastel de mi jugada. Es el as que necesita para ganarme la mano y quedarse con las otras tres. Se mosquearán mucho conmigo si tiene la ocasión de descubrirme ante ellas. ¡Venga, Chris, llámame de una vez!

Llamó a las tres. Corrí al teléfono en pijama. Casi me muero de frío hablando con ella.

—Papi —dijo—, he tenido que llamarte desde casa. Veneno acaba de llevarse a Fay con su ropa. Ese negro hijoputa se ha chivado a toda la familia de nuestro juego. Dot, Rose y Penny están envenenadas hasta las cejas. Están llorando y haciendo las maletas. No puedo retenerlas. Me odian. Antes de marcharse, Veneno vino a mi dormitorio. Hablaba y actuaba como si yo ya fuera su puta. Si llego a tener una pistola me hubiera cargado a ese bestia hijoputa.

»Me dijo: “Bien, señorita zorra, tu negro de mierda está acabado. Eres la única puta que le queda. Sé que a una zorra guapa y listilla como tú no le mola tener a un chulo que sólo te tenga a ti. Con Fay, ya son ocho putas las que tengo. Manejo los entresijos de este juego. No arrestan a ninguna de mis putas. Soy el chulo más puntero de la ciudad.

»”Tú eres la mejor puta de la ciudad. Soy el único al que puedes escoger como tu hombre. Zorra, ven conmigo y podrás ser la zorra reina que dirija mi establo de ocho putas. Coge tus cosas y al de aquí conmigo y con Fay. Iceberg va a ir a parar a la cárcel federal”.

»¿Qué va a pasar ahora, papi? —me preguntó ella—. Puede que Veneno vuelva y se ponga burro conmigo. Estoy tan desquiciada que en cualquier momento me veo con una camisa de fuerza.

Las frías rachas de aire que soplaban por debajo del burlete de la puerta me mantenían despierto. Sentía cómo el sudor frío chorreaba por mis temblequeantes piernas. Tenía convulsiones en la garganta seca. Mi voz resonaba como si hubiera eco. Tartamudeé:

—Chris, no pierdas los nervios. Soy Iceberg, ¿recuerdas? Pondré las cosas en su sitio, como siempre. Ahora escucha atentamente. Haz la maleta. Ve abajo y busca al encargado del edificio. Págale para que te lleve a un hotel cercano al garaje donde está guardado el Cadillac.

»Regístrate y deja tus cosas. Luego vas a por el Cadillac, vuelves al hotel y recoges tus cosas. Vas al centro y te registras en otro hotel. Vuelves a llevar el Cadillac al garaje y lo dejas allí. Coges el metro y vuelves a tu hotel. Entonces me llamas.

Volví al cuarto y me lavé la cara con agua fría. Me miré al espejo. Parecía como si tuviera puesta una careta para dar sustos en Halloween. Ya no quedaba ni rastro de aquella cara jovial de niño. El blanco de mis otrora brillantes ojos estaba apagado y cargado de sangre. Mis ojeras negras estaban profundamente marcadas, como si algún bromista con mala leche me hubiera tomado el pelo haciéndome mirar por unos anteojos llenos de tinta china.

Me puse a buscar una amarilla. Tenía que calmar mis nervios. Me quedaba un poco de cocaína, pero no necesitaba dispararme. Lo que necesitaba era apaciguar mi coco. Me había quedado sin amarillas.

En alguna parte, dentro de alguna maleta, tenía una agenda. En ella estaba el número de teléfono de un contacto que vivía a no más de quince manzanas. Puede que tuviera amarillas. Si no, qué hostias, pillaría una vaina de heroína. Por una papela no me iba a enganchar. El caballo fijo que me tranquilizaría los nervios y el tarro.

Chris tardaría por lo menos dos horas en volver a llamar. Encontré el número. Le llamé. Le dije en clave que pillaría seis papelas antes de una hora.

Tenía un grueso rollo de viruta en un calcetín cosido al interior de la manga de una gabardina. Me dispuse a llevarlo conmigo. Lo metí en el bolsillo de mi abrigo. Abultaba como un pomelo. Pensaba volver enseguida, así que lo volví a dejar dentro de la manga.

Tenía guardados cerca de seis mil ochocientos pavos. Saqué tres billetes de cien. Me puse los pantalones y la camisa encima del pijama. Me calcé los calcos y un buen abrigo.

Iba apresurado de la hostia. Cerré la puerta de un tirón. Oí saltar el muelle del pestillo. Menos de cinco minutos después de hablar con el camello, ya estaba en camino. Cuando salí eran las cuatro de la madrugada. Los vientos invernales casi me arrancan el sombrero de la cabeza. Sin embargo se estaba bien. Era la primera vez que salía al aire fresco en muchos meses.

El cielo estaba cubierto e inhóspito. Patinando y deslizándome por las heladas aceras, llegué finalmente hasta mi contacto. Vivía en el segundo piso encima de un garito mexicano abierto toda la noche. Estaba atestado de gente. No había nadie por la acera. Subí las escaleras carcomidas y pillé cinco vainas de heroína. Las metió en el chivato de celofán de la cajetilla de tabaco. Lo cerró por el extremo haciendo una bola con el paquete.

Lo cogí y volví a bajar a la calle. Llevaba el marrón en la mano. Pasé junto al garito de chiles. Dos mendas de piel marrón bien trajeados estaban en la acera, frente al garito. Las luces brillantes bañaban todo el pavimento. Era como pasear por una pasarela en una comisaría.

Por el rabillo del ojo vi cómo me miraban. Se pusieron tensos. Uno de ellos se llevó la mano al pecho. Miré hacia atrás. Le estaba enseñando un trocito de papel a su colega. Me puse a caminar deprisa alejándome de ellos.

Me acordé del marrón. Lo aligeré y caminé más rápido. Sabía que en la oscuridad no podrían ver que lo había soltado. Eché un vistazo rápido por encima del hombro. Vi una pipa en la mano del más alto según venían a por mí. Eché a correr.

Bramaban:

—¡Alto! ¡Policía! ¡Alto! ¡Deténte o disparamos!

Alcancé la esquina y ya les iba a dar esquinazo cuando vi un coche patrulla con cuatro detectives blancos que venía hacia mí. Me cegaron con un foco. Me quedé paralizado. Todos me miraban. Por la ventanilla de atrás, que bajaba deprisa, asomó el cañón de un rifle.

Los polis que me perseguían doblaron derrapando por la esquina. En cierto sentido me alegré de verlos. Los chapas del carro probablemente no se habían cepillado a nadie en la última semana. No quería ser la causa de que les cambiara la racha.

Me agarraron entre los dos como si fuera Sutton el asesino. Los polis blancos apagaron el foco y siguieron su camino pasando lentamente por delante de nosotros. El más bajo me esposó las manos detrás de la espalda. Le pasó la foto a su colega. Me miraron.

—Sí, descarado que es este hijoputa. Mírale los ojos —dijo el alto.

Me registraron de la cabeza a los pies. Encontraron el billete solitario de diez pavos. Me empujaron de vuelta al otro lado de la esquina. Pasamos junto a un negro chupado que estaba allí apoyado. Asintió con la cabeza al verme. Le reconocí. Vivía en mi bloque. Le había mandado una docena de veces a por comida y cambio para el teléfono.

Guipé fugazmente la foto cuando el poli se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Era yo. Recordaba el traje gris perla de zapa y la camisa negra. Hacía cuatro años, Top y yo estábamos juntos. Los dos polis que se nos echaron encima odiaban a Top porque tenía putas blancas. No aceptaban sobornos. Nos ficharon por sospecha de homicidio y nos hicieron la foto. Top y yo salimos en menos de dos horas. Ésa había sido la primera y única vez que me habían arrestado por la vía rápida.

Me metieron en el asiento trasero de un Chevy sin matrícula. Ellos iban delante y el alto conducía.

—Caballeros —dije—, encerrarme no les va a reportar ningún beneficio. Permítanme que les ofrezca el precio de dos ternos finos como cantidad para soltarme.

El Largo dijo:

—Y una mierda, con la pasta que llevas no puedes ni pillar un puto terno en una casa de empeño.

—Tengo más pasta en mi casa —dije—. Sabiendo que soy Iceberg podéis creerlo, ¿no? Sólo tenéis que llevarme allí, la cojo, os paso un par de cientos por barba y os largáis. ¿Qué os parece?

El Largo y el Corto se miraron el uno al otro.

—¿Crees que somos giiiipollas? —dijo el Corto—. Tienes una orden de arresto federal por tráfico interestatal de personas. No hemos oído una palabra de esa bagatela de mierda de los cuatrocientos.

—De acuerdo —dije—, pero todos somos hermanos negros. Lo único malo es que el FBI quiere linchar a vuestro hermano en el tribunal. ¿Vais a arrojarme a los blancos para que me cuelguen? Os doy dos de los grandes a cada uno para impedir que el FBI se quede con su libra de carne negra.

—¿Dónde vives? —dijo el Largo.

Pensaba deprisa. Había sido un error hablarles de mi casa. Si se lo decía podrían levantarme toda la viruta y además encerrarme o matarme. Era un fugitivo. Podrían incluso volver al escondrijo después de empapelarme. Tenía la llave del cuarto en el bolsillo. Les tanteé. Dije:

—Sabéis quién es el Dulce Jones. Es amigo mío. Puedo conseguiros cuatro de los grandes de su parte cinco minutos después de llegar a su casa. No puedo llevaros a la mía. Tengo un amigo íntimo allí. Imaginad que después de llegar cambiáis de idea respecto al trato. Tendríais que arrestarle por darme cobijo.

—No podemos soltarte —dijo el Largo—. No podríamos hacerlo aunque nos dieras cuarenta de los grandes. Te recuerdo que hace un momento estabas a la vuelta bajo la luz del foco. Uno de esos tipos de la zona centro podría haberte llevado por delante. Lo siento, hermano, ¿pero qué hostias? Las cárceles federales no están tan mal para comerse una condena. Gracias por aparecer de pronto como lo has hecho. Nos has brindado una captura de las buenas.

16. ALEJADO DE LA VÍA

Me encerraron en la cárcel central. Al amanecer un treno de confianza pasó por la hilera de celdas con una cesta de sándwiches de mortadela. Inmediatamente después, otro interno pasó con una cafetera gigantesca de apestosa achicoria negruzca.

Pasé de esas exquisiteces.

Aquella celda diminuta era demasiado pequeña para dos hombres. Éramos ocho allí dentro. Yo me tumbaba en el suelo de cemento. Utilizaba mi abrigo enrollado como almohada. Con el sombrero me protegía de la deslumbrante bombilla desnuda del pasillo.

Mis compañeros de celda eran vagabundos y yonquis. Dos de ellos se estaban poniendo malos. Potaban por todas partes. Los vagabundos apestaban tanto como los yonquis. Tumbado a mi lado había un borracho que no paraba de escarbarse la cabellera y los huevos con las uñas. También se rascaba la espalda contra el suelo. Fijo que era un piojoso. Aquello no era nada agradable para un chulo. Pensé: «Si alguien llega a decirme hace un año que iba a volver a parar al pudridero del trullo, habría pensado que estaba de la olla. ¡Dios! Espero que a Chris no le pase nada. Es el único vínculo con el exterior en quien puedo confiar para conseguir ropa y viruta.

»Sé que cuando llame y no me encuentre en el cuchitril, me buscará por todos las trenas. Menos mal que no he caído en una celda federal de la cárcel del condado. Aquí Chris podrá untar a algún funcionario para verme. Espero que lo haga antes de que el comisario general aparezca y me trasladen.

A las nueve vino el celador con las llaves voceando mi nombre. Me acerqué a la puerta de la celda. Me miró severamente a través de los barrotes y abrió. Salí al pasillo y le seguí.

Me llevó ante una ventana de cristal blindado con un agujero en medio. Al otro lado estaba Chris. Lloraba. No podía echárselo en cara. Tenía ganas de llorar con ella. Me incliné acercando la boca al agujero. Ella pegó la oreja por su lado.

—Nena —dije—, no hay por qué llorar. Eres la zorra brava de papá, ¿recuerdas? Ahora, escucha. Vas a ir al mostrador de bienes requisados y le vas a dar al que esté allí uno de veinte o así para que te dé la llave de mi cuartucho.

»Luego vas a por la pasta que tengo en la manga de mi gabardina verde. Pilla una caja de seguridad en un banco. Después llévate mis cosas a tu hotel. Los federales van a llevarme con ellos a Wisconsin. Dicen que de allí parte la acusación del retaco.

»Allí también establecerán mi fianza. En Wisconsin pillaré un picapleitos hábil y con labia. Nena, manténte en contacto conmigo. Ve allí con la pasta un día antes de que llegue yo. La necesitaré para pagar al leguleyo y la fianza. ¿Entiendes, cielo? En

cuanto pague la fianza, reuniré al establo y me quitaré de encima este marrón.

Aparté la boca del agujero y pegué la oreja. Me dijo:

—Papi, haré todo lo que me digas. Me hago cargo. Papi, iré a por la llave de tu último escondite. ¿Adónde te mudaste? Creí que ibas a esperar a que te llamara.

Aquello no tenía sentido. Puede que se me estuviera yendo la olla con tanta presión y tanto pesar. A lo mejor es que me había mudado antes de que me arrestaran. Levanté la cabeza y la miré. Sus ojos me observaban interrogantes. Apunté con el índice al agujero. Me arriesgué a seguir la teoría de que no me había mudado.

—¡Me cago en la hostia, Chris! —dije—. ¡No me he mudado! Todas mis cosas siguen en la Avenida Oeste. Vamos, nena, no es el momento para que la zorra chistosa de papá se ande con bromas. Llamaste a la puerta y no estaba. Naturalmente, no podía estar allí porque estaba aquí dentro.

—Papi —me dijo—, no tuve que llamar. La puerta estaba abierta de par en par. Tanto los dos baúles como las maletas habían desaparecido. De hecho, lo único que quedaba era tu cepillo de pelo. Lo guardé en mi bolso. Papi, todo esto es demasiado para mí. Debo estar perdiendo la cabeza.

Me quedé mirándola con odio. Sus ojos estaban muy abiertos, fijos en mí. Pensé: «O Veneno o el Dulce me han robado a esta zorra Judas. Me la están jugando. Uno de ellos la ha aleccionado. Es una actriz de puta madre. Cualquiera acabaría tragándose el anzuelo al ver esa mirada inocente que tiene. Odio a esta zorra mucho más que al retaco. Si pudiera echarle las manos al cuello, me encantaría ver cómo se le pone la lengua negra y le llega hasta la barbilla.

»El caso es que no puedo cargármela a través de este muro de cristal. Da igual, tengo que seguir siendo Iceberg. No puedo ser gilipollas y montarle una escenita dramática para que vaya a contarla. Ella y su nuevo hombre no se van a pitorrear a mi costa».

Di media vuelta y me alejé de ella. El guardia estaba al fondo del pasillo, dándome la espalda. Menos mal que no estaba lo suficientemente cerca como para llevarme de vuelta a la celda. Me encontraba a veinte pasos de Chris cuando me vino de pronto a la cabeza. Pensé: «¡Ha sido el vecino chupado! ¡Ha sido el vecino chupado! ¡Ha sido aquel hijoputa que me señaló cuando me trincaron! Volví corriendo e hizo saltar el pestillo. Tengo que volver e inventarme algo convincente. Si Chris se da cuenta de que no confío en ella, fijo que la pierdo. Ella es la única carta que me queda para jugar».

Me volví hacia ella. Aún estaba allí de pie. Lloraba más que antes. Me acerqué al cristal y hablé por el agujero. Dije:

—Chris, un menda del edificio vio cómo me trincaban. Él me ha limpiado. Nena, estábamos muy unidos. Me ha entrado la locura de que si hubieras estado allí no me habrían robado. Qué hostias, cielo, fui yo el gilipollas que te dijo que no te acercaras. No ha sido culpa tuya en absoluto.

»¡Dios! Tengo ganas de que acabe esto. Busca por la ciudad un leguleyo de

quinientos pavos o así. Llévale a la cárcel del condado y tráeme los papeles que hagan falta para vender el Cadillac. Pilla la documentación en el mostrador de bienes requisados. Está en mi cartera. Deberíamos sacar por él dos mil quinientos por lo menos. Lleva a Wisconsin esa pasta y toda la que saques currando.

Me trasladaron a Wisconsin. Chris vino a la prisión del condado y metió tres mil pavos en mi cuenta carcelaria.

Mamá vino a verme. Estaba destrozada. Pensaba que el gobierno me echaría cincuenta años.

En la vista oral se fijó mi fianza en veinte mil. Un avalista afrontó la cantidad total. Su tarifa era de dos de los grandes. Conseguí el mejor abogado criminal de todo el estado. Le di uno de mil en depósito.

Chris y yo volvimos a la vía. Estuve fuera bajo fianza cuatro meses. Durante ese tiempo tuve dos putas novatas y tres veteranas. Ninguna me duró más de un mes.

En la calle todo el mundo sabía lo de la acusación que pendía sobre mi cabeza. Imagino que las putas no querían engordar una vaca para el arrastre. El Dulce y yo no nos veíamos mucho. Ya no me sentía su colega. Yo era un chulo del arroyo. Veneno estaba en la cima.

Cada pavo que caía en mis manos iba a parar al leguleyo. Tenía que hacerlo. Iba pillando una prórroga tras otra. Finalmente fui a juicio. El retaco y Ophelia estaban allí. Tenían miedo de mirarme a la cara. Le habían puesto en bandeja al gobierno una buena causa penal.

Se sonrieron la una a la otra cuando me cayeron dieciocho meses. Mamá se desmayó. Chris se echó a llorar. A pesar de todo, tenía un buen abogado. Con los cargos que había contra mí me podían haber caído diez años. Chris volvió a la vía. Me juró que aguantaría hasta que ye saliera.

Leavenworth era lo que el gobierno denominaba una trena de categoría A. Era enorme y a prueba de fugas. Estaba dirigida por psicólogos especializados. No había castigos brutales. No eran necesarios. Las invisibles cadenas mentales eran sutiles pero más recias que los barrotes de metal. Alcatraz era la meta inexorable con que nos amenazaban los funcionarios.

En la trena había muchos clanes. El clan más peligroso era el de los convictos del Sur. ¡Aborrecían a los negros!

Tenía buenas referencias como asistente penitenciario en otras trenas. Me dieron una plaza en una celda en la que la mayoría eran chulos, camellos y atracadores.

Por la noche salía hasta las diez, repartiendo periódicos y revistas a los trenos. Ya llevaba dentro unos seis meses. Me paré frente a una celda para charlar con un colega chulo. Estaba excitado agarrándose con fuerza a los barrotes. Era una versión amarilla de Top. Le llamaban el Muñeca. Me dijo:

—Berg, me dijiste que no podría robar a esa preciosa zorra. Pues bien, la zorra me ha escrito esta mañana. La han destinado a la zapatería. Ya tengo el sitio donde se la voy a endiñar.

»Ya te dije que el gilipollas del blanco que tiene como hombre no iba a poder conmigo. Esa zorra tiene cuatrocientos pavos en su cuenta. Ya verás, esta semana me va a conseguir un buen pedido en el economato. Es cojonudo, para el Muñeca da lo mismo chulear en la calle que en el trullo.

Yo había visto a esa preciosa zorra. Era un muchacho blanco y larguirucho con acuosos ojos azules y teñido de rubio seda. Un gordinflón del Sur con la jeta colorada estaba locamente enamorado de él. La preciosa zorra se echaba en los brazos del gordo y le reventaba las espinillas de la jeta. A ese treno le temía todo el mundo. Era el jefe de un clan de trenos camorristas del Sur.

—Oye, Muñeca —dije—, mejor será que pases de esa zorra. Su chorbo es de Mississippi. No le costará nada rajarte el corazón en el patio. No puede permitir que un negro le levante a su querida. Hazme caso, colega. Me caes bien. Sólo te queda un año.

La siguiente vez que salí al patio vi al Muñeca y a su zorra mariposeando en la hierba. El partido de béisbol no les interesaba en absoluto. Acabó el partido. El gordo y su panda de navajeros del Sur habían estado mirando con malicia el numerito del Muñeca. Cuando sucedió yo me encontraba a veinte metros de éste.

Cientos de trenos salían apiñados en fila de las gradas y el campo de juego. Vi al Muñeca agitar los brazos, chillar y desaparecer. La marea gris continuó. Había tres boqueras junto a él. Estaba panza arriba. De su boca brotaba un porrón de sangre. A través de unos agujeros en su chaqueta, también brotaban hilillos de sangre.

Sobrevivió, pero las pasó muy putas para conseguirlo. Tuvo que comerse el resto de la condena sin puta.

Chris ya no me mandaba pasta ni nada de nada. Me llegó un rumor de que se había retirado y casado con un mozo ferroviario. Hasta había tenido un niño. Me preguntaba si el capullo se habría enterado del pedazo de señora puta que tenía.

Una mañana estaba en la fila de la enfermería. Al otro lado de la calle había una fila de trenos que iban a sus faenas. Detrás de un treno de tez oscura vi a otro levantando algo que resplandeció al sol. Era un pincho. Se puso a acuchillar al treno de delante. Finalmente éste se dobló, fiambre. Los boqueras irrumpieron y se llevaron al sicario.

Me faltaban dos meses para el perdón. Me había parado a charlar con un viejo falsificador de dinero que conocía al Dulce. Estuvimos pelando la pava acerca de los atracadores y comparando su nivel de coco con el de los chulos y los timadores. Rajábamos muy alto. Sabía que el celador de noche estaba en su cabina cuatro plantas más abajo. Yo decía:

—Abuelo, un atracador tiene que estar majara. Imagínate que el capullo idiota pasa junto a una verdulería. Ve al dueño comprobando la caja. De pronto se le ilumina en la cabeza una idea estúpida: «Esa viruta es mía».

»El bandido majareta entra. A lo mejor resulta que el tendero es mago o ex acróbata con cinturón de kárate, o peor aún, ex marine. El tonto del hijoputa no

piensa en esos lamentables contratiempos. Su estúpido cerebro no tiene bastante capacidad como para pensar en el trillón de facetas humanas existentes. Cualquiera de ellas podría llevarle a la tumba. El hijoputa suicida fijo que está de espaldas a la calle y con la pipa en la mano. Abuelo, en el mundo del hampa, el atraca es un lunático de traca.

El abuelo asintió y se marchó por la galería. Me chistaron desde la celda contigua a la suya. Un recién llegado estaba de pie en la puerta. Era un cara de rata escuálido. Me detuve. Me sonreía con sorna. Parecía que iba a romper los barrotes de acero laminado con las manos. Tartamudeó:

—Pi-pi piojoso chu-chu chulo hijo de puta. Tú-tú eres un come co-co coños de tu puta madre. Tú-tú no vas a acabar tu con-con condena.

Bajé deprisa a ver a un menda de la planta baja a que me informara del chiflado. Me dijo:

—Ah, Berg, espero que no hayas mosqueado a ese hijoputa venado. Se cargó a un pavo en Lewisburg. Le han echado cincuenta tacos. Es un atracador. Mejor será que no le pierdas de vista. Es carne de la Roca o del manicomio.

Fue una semana después, toda la galería enfilaba hacia el economato. El boquera de la galería había dado la señal a los de la enfermería. Yo estaba al fondo, en la planta baja. Me estaba encendiendo un pitillo antes de ponerme a pasar la fregona y encerar el suelo.

Una voz nerviosa gritó desde arriba: «¡Cuidado, Berg!».

Miré hacia arriba y me quedé de piedra. Una sombra en picado deslumbró mis ojos como un relámpago negro. Escuché un silbido cortante según pasó rozándome la tela de la camisa a la altura del hombro. Sonó como una docena de címbalos cuando se estrelló a mi lado como una granada contra el piso de cemento. Miré al suelo. Un cubo de fregona metálico estaba partido en tres trozos. Había un cráter de Rorschach en el cemento. Su contorno era como la mancha de tinta de un lavacerebros.

Me quedé mirándola y me pregunté tontamente qué podría deducir de ella el lavacerebros del trullo. Era un tipo listo. Unos meses antes me había dicho: «Los chulos padecen odio profundo hacia su madre y tremendos complejos de culpa».

Miré hacia arriba. No hacía falta ningún psiquiatra para resolver el enigma. El atracador cara de rata me miraba sonriente. Estaba en su galería, en la cuarta grada, cerca del techo. Se había puesto en la fila de los enfermos para aplastarme la cabeza. El símbolo del cráter estaba claro. El cara de rata odiaba a los chulos que no estaban atados a complejos de culpa. Esa noche le di una caja de trujas al treno que me dio el queso.

El bombardero majareta fue llevado a aislamiento. Dos semanas más tarde intentó rajar a un treno con un pincho fabricado con una lima. Lo embarcaron a la Roca. Me sentí en éxtasis cuando le vi marchar.

Durante mi condena leí libros como para abarrotar la segunda galería. Había leído montañas de libros de psiquiatría, psicología y psiconeurosis. No podía haber hecho

nada mejor. En el futuro iba a tener que ser mi propio lavacerebros, cuando los blancos me sepultaran durante un año en aquella caja de acero.

Me redujeron por buena conducta. A principios de la primavera de 1947 me dieron la bola. Me pasé una semana en casa de mamá. Después volví a la vía rápida.

Tenía sesenta pavos y el uniforme de treno a la espalda. La ropa que había comprado cuando estaba bajo fianza la tenía Chris. Puede que su mozo ferroviario fuera de mi talla. De todas maneras, no pensaba hacer de Dick Tracy por unos cuantos ternos usados.

El Dulce seguía en su ático. Había caído hasta quedarse con sólo tres putas. Veneno había dado un traspie chuleando. Había hecho ejercer a una pureta blanca y encima le había pisado el culo. Eso era el colmo para los peces gordos de la pasma. Le botaron del cuerpo. Tenía una puta. La seguía como un perrito faldero. Recaudaba su pasta después de cada primo como un chulo de pacotilla.

Alquilé un apartamento por semanas. Estaba en la misma barriada de mala muerte en la que el vecino me había desplumado la pasta y la ropa. Sin fachada y sin glamour no tenía planta de chulo. Sólo era otro chulo más vendido a su suerte. Me moría de hambre por una puta.

En la vida de un chulo, ayer significa nada. Sólo cuenta cómo te lo montes hoy. La fama de un chulo es tan efímera como un carámbano de hielo bajo la llama de un soplete. Las putas jóvenes y guapas están locas por currar para un chulo cotizado. A un chulo en baja forma no le dan ni la hora. El guardarropa de un chulo ha de ser espectacular. Su carro tiene que ser caro, nuevo y flamante. Tenía que hacerme con toda la parafernalia para ponerme a chulear de nuevo.

17. PROBANDO UN NUEVO JUEGO

Tenía tres opciones. Podía pillar fiada una buena postura de material por medio de un contacto que conocí en la cárcel. Así podría trapichear y sacarme nueve o diez de los grandes al cabo de varias semanas. También podía pillar una perra, o sea una puta achacosa con millones de kilómetros a cuestas. A lo mejor pisándole bien el culo llegaría a amasar una pasta.

Me decidí por la tercera opción, es decir, dar un buen palo. En un garito de yonquis conocí a un chulo que se llamaba Ojo Rojo. Hacía una semana que había salido de la penitenciaría del estado. También estaba sin puta y muerto de ganas por ejercer de nuevo. Estuvimos en un bar llorándonos al hombro mutuamente. Me dijo:

—Ice, ¿no te parece una putada? Por muy buen chulo que sea uno, estas zorras casquivanas te exigen una fachada. Nosotros no somos especialistas, vale, pero yo tengo una idea. Ice, tú eres un actor de puta madre y tienes labia de timador. Sé de un tipo que conoce a todos los camellos de jaco y peristas del West Side. Tengo una pipa y una chapa de poli auténtica.

»Lo único que necesitamos es un buga y un tercer pavo que conduzca. A ninguno de nosotros nos conocen bien por allí. Además, ahora hay un montón de jovenzuelos trapicheando que eran puretas redomados cuando dejamos la vía. Yo tengo pinta de poli y, tú, con los kilos que has ganado en la trena, también pareces un pasma genuino.

»Ice, con sólo darle el palo a tres, de ellos podríamos levantarnos hasta diez o quince de los grandes entre los dos. Nuestro santero es un puto yonqui. Él y el chófer se llevarán calderilla. Ice, esos Cadillacs del 47 son el sueño de cualquier chulo. Tengo que conseguir uno. ¿Qué dices? ¿Te apuntas?

—Ojo Rojo —dije—, voy a por ello. Es descarado que no pienso dedicarme a pasar la fregona. No tengo carro, pero sí algo de pasta. Yo pongo el alquiler del buga. ¿Conoces a alguien que tenga uno? ¿Y a alguien que conduzca?

—Ice, pásame uno de veinte para pillar el buga. Conozco a un pavo que nos servirá de chófer. Nos encontraremos aquí mañana por la noche, a las nueve. Sacaremos nuestra primera tajada.

—No le digas mi nombre al chófer. Llámame Tom, Frank, o lo que sea —dije.

Esa noche no dormí ni dos horas. Me preocupaba formar parte de un golpe que requería una pipa. Pensaba: «Quizás debería echarme atrás. A lo mejor podría buscarme a una joven camarera en algún tugurio de comidas y ponerla a ejercer enseguida. Con ella no llegaría muy lejos, pero por lo menos sacaría viruta para ir tirando.

»No se puede empezar a chulear con una novata. Nunca funciona. Un chulo sin puta ni viruta es además idiota si intenta salir adelante con una primeriza terca e inexperta. No, me temo que el asunto con Ojo Rojo es todo lo que tengo.

Ojo Rojo llegó al garito a las diez y media. El chófer era un bigardo con morros de tía. De camino hacia el Lado Oeste, me fijé en cómo le temblaban las enormes zarpas en el volante. Ojo Rojo me puso al tanto de nuestro primer objetivo. Sus ojos cobrizos no paraban de girar. Iba ciego de heroína.

—Paul —dijo—, nuestra primera pieza es un nido de gorriones al pie de un árbol. Es una pava. El santero me la señaló anoche. Ella y su maromo tienen el mejor jaco del lado oeste. Es tan bueno, que peña de toda la ciudad viene a pillar en romería cada noche.

»La pava y él lo pasan fuera de un bar, a tres manzanas de su casa. Sobre todo pasan medios y cuartos. En una noche de fin de semana como ésta pueden sacarse hasta cinco grandes. El maromo tiene fama de tirar de pipa. Pero no tiene conexión directa con el sindicato, que yo sepa.

»Esta noche no tenemos que preocuparnos por él. Está en Nueva York pillando una remesa. La pava dejará el bar a eso de medianoche, cargada de viruta. También llevará algunas vainas de jaco, así justificamos el cacheo. Su verdadero nombre es Mavis Sims.

»Irá a recoger su buga que está aparcado detrás del bar. No tiene miedo de que la atraquen. Todo el mundo está acojonado del maromo. Lleva una pequeña pipa atada al muslo. De todas formas, no va a sacarla contra la policía. Eso somos nosotros, extraños polis de la zona centro. Nos echaremos encima de ella en cuanto llegue al aparcamiento de la parte de atrás. Es una zorra astuta. Tenemos que parecer pasmas auténticos. No podemos dejar que se cosque de que somos de pega. Está fuerte esa zorra. Me vería obligado a hacerle un agujero si echa mano de la pipa.

»En el bar, habrá una manada de tipos chungos. Les encantaría cepillarnos en el aparcamiento por agradar al maromo. La sacaremos de la zona lo antes posible para después levantarle la viruta. Hay que procurar que los patrulleros no se apunten a la fiesta. El maromo tiene a todos los del distrito bien untados.

»Perry dejará el buga en la calle, junto al aparcamiento. Arrestaremos a la pava y tú harás tu parte con ella mientras Perry conduce. Yo no diré ni mu para no meter la pata. Ice, después de trincarla es cosa tuya. Tendrás que convencerla.

Perry estaba nervioso de verdad. Aparcó junto al bordillo a la altura del aparcamiento del bar. Le temblaba la cabezota sobre su cuello de toro como si tuviera parkinson. Yo callaba.

Las palabras de Ojo Rojo me hacían preguntarme dónde veía él ese nido de gorriones. Aquello sería un nido de gorriones a lo mejor para Dillinger. Si la pieza no hubiera sido una tía me habría largado a pillar el metro.

Me preocupaba que me hubiera visto antes de que me trincaran. ¿Qué pasaría si nada más llegar me reconociera como Iceberg y me metiera un tiro en la frente? Su

maromo podía tener amigos matones. Si así fuera, apareceríamos en un callejón con los cojones metidos en la garganta. Estábamos de pie en las sombras, a tres metros del buga de la pava.

—Rojo —dije—, será mejor que lleve yo la pipa. Cuando vayamos a por ella dale con la luz de la linterna en los ojos.

Caminaba deprisa cuando vino hacia el aparcamiento. Su vestido de gasa celeste se hinchaba con la brisa de abril. Andaba patizamba, como una puta después de una larga noche en un lupanar de dos dólares.

Me temblaban las piernas como a un perro enganchado a una perra. Miré en la palma de mi mano la placa pinzada a la cartera. Relucía como plata fundida a la luz de la luna. En mi sudada mano derecha la pistola del treinta y dos pesaba una tonelada.

Venía jugando con un llavero. En el silencio absoluto aquel tintineo sonaba como las esposas del comisario general. Ya tenía las manos en la cerradura de la puerta. Salí de las sombras. Ojo Rojo me siguió. No estaba seguro de si ella oiría los martillazos de mi patata. Ojo Rojo le puso la luz en la cara. Ella frunció el ceño amarillo sorprendida. Su boca sensual se abrió pasmada. La agarré de la muñeca y traté de apretársela. Rugí:

—Policía, ¿cómo te llamas y qué haces merodeando por aquí?

—Gloria Jones —balbuceó—, vengo a por mi coche. Siempre lo aparco aquí. Ahora quitaos de en medio. Me voy a casa. El capitán de este distrito es amigo personal de mi marido.

Ojo Rojo había apagado la linterna y se había colocado a su espalda. Ella miraba hacia la placa, tratando de soltarse la muñeca. En voz baja y grave le dije:

—Zorra trapichera y mentirosa. Tu verdadero nombre es Mavis Sims. Somos de la zona centro. Tu chorbo no es colega nuestro. Vamos a arrestarte, zorra. Apuesto lo que sea a que te hemos pillado de marrón. Venga, zorra, no vayamos a tener que ponernos duros. Si hay algo que me repugna es una asquerosa camella de jaco.

La tiramos en el asiento de atrás de nuestro buga. Rojo se montó a su lado. Yo iba delante con Perry. Me volví mirando hacia el asiento de atrás. Fuimos en silencio mientras Perry conducía fuera del distrito camino del cuartel general de la zona centro. La señorita Sims iba muy agitada en el asiento. Tenía la mano derecha escondida detrás. Se estaba poniendo muy nerviosa. Me acordé de la pistola que llevaba. Empecé a actuar.

—Al —dije—, la sospechosa está actuando de una forma muy peculiar. Quizás deberías aparcar. Puede haber ocultado alguna prueba detrás del asiento.

Aparcó. Rojo se acercó a ella, que arrastró el culo hacia la otra ventanilla.

—Agentes —dijo ella—, estoy limpia. Os doy cincuenta a cada uno si me soltáis. Si me trincáis, saldré en una hora. Llevadme de vuelta al bar. El dueño me pasará los ciento cincuenta pavos.

—No vale, hermana —dije—. Tenemos órdenes precisas de llevarte dentro.

Ahora no le obligues a abofetear a una mujer. Te va a cachear. No tiene por qué esperar a que lleguemos a la central para que lo haga una comadrona. Es lo propio si piensa que vas armada y corremos peligro.

La palpó entre los muslos. Ahí estaba, una veintidós automática encajada bajo la liga. Él se la quitó, guardándosela en el bolsillo. Le metió la mano en el escote, en el bolso, en los zapatos y en el pelo. Estaba totalmente limpia salvo por la pipa.

Me sentí como un verdadero idiota. Todo este lío para nada. Ojo Rojo se rascaba el mentón. El puto yonqui había patinado al señalar a esta tía.

Estaba a punto de empujarla fuera. Entonces tuve un flash. ¿Dónde se escondían la pasta mis putas callejeras? ¡En el conejo! Claro, en el coño, ¿dónde si no? Esa forma patizamba de andar la delataba. Ya me había coscado en el aparcamiento. Ahora estaba echada hacia adelante mirando a la cara de Perry.

—Joe —dije—, tiene que tenerla en el coño. Zorra, échate para atrás y ábrete de patas frente a él.

—Y un cuerno —dijo ella—. Vosotros no sois polis, negros fantasmones. Este grandullón que conduce curraba de gorila en el bar de Mario.

Era lista. Con el de veinte que le había pasado al Rojo me había quedado sin blanca. Teníamos que averiguar si escondía un botín en el conejo.

No sabía cómo iba a montárselo. No tardé mucho en averiguarlo. Se puso bruto. Le metió un puñetazo en toda la napia. Parecía que le había rebanado la garganta. La sangre de ella se desparramó por encima del vestido. Sentí en la cara un ligero chorrillo pulverizado.

Abrió la boca para gritar. Él ahogó el grito con un terrible revés en la boca del estómago. Se quedó flácida. Tiró de ella hacia él. Disparó la zarpa entre sus piernas.

Cuando sacó la mano sonó a beso. Entre los dedos índice y corazón sostenía un tubito de plástico brillante, un plante. Atufaba a pescado podrido.

La pava gemía sujetándose la nariz con ambas manos. Él abrió el paquetito. El plante rebosaba de pasta. En el centro del rollo vi los bordes de celofán de una vaina de polvo.

Salió y abrió la puerta por el lado de la pava. La arrastró hasta la acera. Se vino al asiento de delante. Perry salió disparado. Yo no perdía de vista a Ojo Rojo mientras contaba la viruta en su regazo.

Ojo Rojo y yo sacamos dos de los grandes por barba. También se apalancó las papelas de heroína para él. La camella tenía cuatro mil cuatrocientos pavos en el plante. Perry y el santero yonqui se llevaron doscientos cada uno.

Eso ocurrió una semana antes de que diéramos nuestro segundo palo. No debimos hacerlo. Éste era un camello de hierba y además perista. Pensamos que tendría una pasta gansa. No llevábamos chófer. Teníamos al tipo en el buga. Ojo Rojo iba al volante.

Estábamos en pleno numerito. El tipo estaba en el asiento de atrás, yo en el de delante. Le pedí su documentación. Me pasó la cartera. Vi que sólo tenía unos

cuantos pavos.

Íbamos a aparcar junto a la acera para registrarle, cuando apareció un coche patrulla con dos hombres. El tipo les vio y empezó a chillar. Se detuvieron y a Ojo Rojo y a mí nos sacaron arrastrando a la calle. Nos dieron una manta de hostias y patadas. Nos trincaron.

El tipo era muy listo. Ahí mismo, en la calle, dijo que le habíamos levantado cien pavos. Si hubiera sabido algo de nuestro botín podría habernos acusado de levantarle cuatro grandes.

Los polis nos ligaron los fajos y trataron de endosarnos todas las denuncias de atraco que tenían registradas. Durante una semana salimos en todas las ruedas de reconocimiento que hubo. Nadie nos señaló. Nos acusaron de atracar a aquel perista a mano armada.

18. FUGA DE LA CÁRCEL

Un representante del abogado del perista vino a vernos. Nos aseguró que era posible evitar la pena de cinco a diez años que nos podía caer por robo a mano armada. A cambio de una cantidad podríamos ver reducida nuestra condena en un penal de trabajos forzados.

Apoquinamos y nos cayó un año por barba a trabajos forzados. Era como una prisión sólo que más duro. Una trena siempre es más dura si funciona la mordida y la corruptela. Sólo los trenos con pasta son tratados y alimentados como seres humanos. Los muros eran igual de altos. La mayoría de los internos cumplían pequeñas condenas de entre treinta y noventa días.

El trullo era sucio. La comida indescrutable. Los funcionarios tenían la mala costumbre de poner a los chulos a trabajar en la pila de carbón. Me tiré ahí una semana. Estuve a punto de fugarme a la desesperada por el muro. A lo mejor me las apañaba para trepar con las uñas aquellos diez metros de altura antes de que me disparasen. Estaba desesperado de verdad.

Después de la primera semana superé la impresión. Empecé a maquinara una forma sensata de fugarme. No estaba en condiciones de asimilar otra condena. La anterior era demasiado reciente. Hacia la mitad de la segunda semana, ya contaba con una docena de maneras de hacerlo. Tras pensármelas dos veces, ninguna de ellas se sostenía.

Compartía una celda diminuta con un joven treno. Sólo tenía dieciocho tacos. Me idolatraba. Había oído hablar de mí en la calle. Yo dormía en la parte superior de una litera doble. Había tres recuentos. Uno por la mañana, otro por la noche después de chapar y un tercero a medianoche.

Una noche se me pasó salir a la puerta de la celda para el recuento. Estaba tan machacado de remover carbón que me había derrumbado en la litera. Me desperté una hora después del recuento. Aquello me dio una idea. Le di vueltas al coco. Como todas las buenas ideas empezó a crecer, reclamando mi atención. Pensaba: «¿Qué y cuánto vería de mí el boquera cuando me contó?».

Le puse a prueba durante tres noches seguidas. Me quedaba tumbado en la litera cuando venía haciendo el recuento. Cada vez me tumbaba de manera que pudiera ver menos de mí. La última vez que pasó sólo pudo verme la espalda, el culo y las piernas.

Me dio un subidón. Sabía que era fácil conseguir unos pantalones y una camisa extras. Podría rellenarlos para apañar un muñeco pasable. El mayor problema estribaba en salirme de la fila al volver de la pila de carbón.

El segundo problema era que no podía dejar el muñeco todo el día dentro de la celda en esa postura. Los otros trenos del módulo y los boqueras lo descubrirían al pasar por la galería. Decidí resolver primero el problema del exterior.

Al final de la jornada, un boquera nos alineaba en la pila de carbón para contarnos. Luego marchábamos en fila india unos cien metros hasta el comedor para la cena. Después de eso seguíamos en fila a través de unos pasillos hasta el módulo de celdas para el recuento.

Había varios módulos. Las listas de todos ellos eran transmitidas por teléfono a la oficina central. Si entre todas las listas sumaban el número total de presos de toda la trena, el recuento se daba por bueno. Sonaba un potente silbato y los boqueras de día podían irse a casa.

Entre la pila de carbón y el comedor no había donde esconderse. Un boquera con un rifle de precisión y mira telescópica dominaba el muro que corría paralelo a nuestra fila cuando marchábamos. Parecía imposible. Perdí toda esperanza. En mi vigésimo octavo día en la trena descubrí una cosa.

Por alguna razón me habían dado un pase para salir. Era casi la hora de cenar. Pasé junto a los vestuarios y las duchas. La puerta principal estaba abierta. Eché un vistazo. Un boquera estaba al fondo echándole el candado a una puerta de madera.

Me detuve fingiendo que me ataba el zapato. Entonces subió dos o tres escalones y cerró una puerta corredera de acero por dentro del cuarto de duchas. Luego se puso a alinear a sus trenos para conducirlos al comedor.

Ya me había fijado antes en aquella caseta cuando íbamos a cenar. Estaba a unos diez metros de la cuerda de presos. La puerta siempre estaba cerrada. Pensaba que permanecería así durante toda la noche. Era imposible comprobarlo con aquel francotirador en el muro y el boquera que marchaba a mi lado.

Aquella noche en la celda estaba más excitado que un pimpollo en Navidad. Pensaba: «A lo mejor el boquera de las duchas se olvida alguna vez de echar esa puerta de corredera. Puede que incluso la cierre más tarde que hoy. No he podido ver qué coño había en la caseta. Sé que tiene que haber ropa vieja o algo donde me pueda ocultar cuando venga a echar el candado. Tengo que salir de esta trena. No puedo comerme aquí toda la condena.

»Si el chaval se ocupa del muñeco, me arriesgaré. Hablaré con él del tema. Si me echa un cable, podré escurrirme como una sombra.

Le miré desde lo alto de la litera. Yo le había escrito algunas cartas cursis para su novia. Hasta entonces la tenía contenta y le mandaba chucherías y dinero para tabaco. Era un buen chaval. No tenía pinta de chota.

—Chaval —le dije—, ¿qué pasa si te digo que podría salir de aquí?

—Iceberg —contestó—, te estás quedando conmigo. No se puede salir de aquí. Entre esta celda y la calle hay cinco puertas de acero. ¿Cómo vas a hacértelo?

—Chaval, aunque es un plan muy guapo, no puedo hacérmelo sin tu ayuda. La cosa va así.

Se lo expliqué. Al principio estuvo poco convencido. Le dije que tenía que coger el muñeco de debajo de su litera y ponerlo en la mía. En cuanto sonara el silbato tendría que quitar el relleno de sábanas de los pantalones y la camisa. Después las pondría de vuelta en mi litera. En algún momento, antes del recuento de medianoche, arrojaría los pantalones y la camisa al patio interior de la galería.

Cuando se armara el alboroto a medianoche, él estaría limpio. Nadie podría probar ni sospechar que él había desmantelado el muñeco. Le dije que me diera el nombre de algún pariente de confianza, para mandarle cien pavos de la primera pasta que le sacase a una puta.

Me prometió ocuparse de la parte final del plan en la celda. Una hora después le di a un treno de mantenimiento dos cajetillas de trujas por una sábana extra. Ya tenía el relleno. Me quité la camisa y los pantalones y los rellené para un ensayo. El chico se sentó en la puerta de la celda con un espejo para vigilar la galería a ambos lados. En veinte minutos ya se había aprendido la posición del muñeco y todo lo demás a pie juntillas.

No pegué ojo en toda la noche. A medianoche vi al boquera contando cabezas. Pronto se iba a llevar una sorpresa. Sabía que si algo iba mal probablemente me matarían a palos en el patio. No podía echarme atrás. Ningún convicto echa de menos la libertad como un chulo. Todo él está enganchado a la buena vida.

Al día siguiente me llevé unas cuantas cajetillas de trujas a la pila de carbón. Un contacto del patio me consiguió una camisa y los pantalones. Me los puse sobre lo que llevaba puesto. Aquella noche en la celda construí el muñeco. Lo dejé bajo la litera del chico y le solté a éste una arenga hasta medianoche. Llegué a prometerle que estaría en contacto con él y que cuando saliera le enseñaría a chulear.

Creía que aquel último día en la pila de carbón nunca llegaría a su fin. Estaba perdido si de pronto había un registro de rutina en el módulo. Por fin nos pusimos en fila. Tenía la garganta seca y las rodillas de mantequilla. Nos acercábamos a la caseta. El boquera del muro caminaba veinte pasos delante de nosotros, entonces daba la vuelta y volvía la cara a la cuerda de los trenos del carbón.

Tenía que aligerarme a la caseta en cuanto volviera a darnos la espalda. Una vez allí, tendría que quedarme para que no me viera, si es que estaba abierta. Si él no me disparaba, los boqueras me molerían a palos. El boquera de la fila del carbón iba delante. Podía volverse a mirar en cualquier momento. Ningún otro momento de mi vida fue tan tenso, tan tremendamente atrevido. Ni siquiera contaba con que hubiera algún chota en la fila. De verdad que aquello era tela marinera. Si llego a estar mal del corazón me habría dado un patatús.

El centinela del muro se alejaba. La caseta parecía estar a kilómetros de distancia. Me salí de la fila y corrí hacia ella. Pude escuchar el murmullo nervioso de los trenos de detrás. Agarré el picaporte de la puerta de la caseta. Por un momento vacilé. Temía encontrármela cerrada. Mis sudorosas manos tiraron de ella. ¡Estaba abierta!

Justo antes de meterme dentro miré hacia el muro. El centinela estaba de pie

mirando en dirección a la caseta. Cerré la puerta. ¿Me habría visto? Inspeccioné la caseta. No había donde esconderse ni debajo ni detrás. Podía oír a los trenos en las duchas. Se estaban preparando para la cena.

La puerta de acero estaba medio abierta. El boquera aparecería en cualquier momento para echar el candado y no tenía donde esconderme. Todo había sido en vano. Oí una voz y pasos que se aproximaban a la puerta de acero. ¡El boquera venía hacia la caseta! Miré hacia el techo. Miré por encima de la puerta de acero.

Allí había unas tuberías oxidadas de unos dos palmos adosadas a una ventana sucia. Brinqué y me agarré a un par de ellas. Recogí las piernas y los pies justo en el momento en que el boquera entraba para echar el cierre. Tenía mis piernas plegadas a un palmo de la gorra azul de su uniforme. Parecía un murciélago ahí colgado. Contuve la respiración. Pasó por debajo de mí. Vi escamas de óxido cayendo de las tuberías encima de su gorra. Fue como una eternidad para mis agonizantes brazos y piernas.

Oí cómo se cerraba la puerta de acero. Volví a respirar. Seguí ahí colgado durante un buen rato. Podía volver por cualquier motivo. Bajé mis piernas agarrotadas y me solté de las tuberías. Me senté en los escalones de piedra para recuperar el resuello. La caseta estaba silenciosa como una tumba. Podía oír el *staccato* de mi corazón.

Lo peor aún no había pasado. Tenía que sonar el silbato de «todo en orden». Si no sonaba es que iban a venir a buscarme con puños, palos y pistolas. Guipé por una rendija de la puerta. Pegué la oreja. El patio estaba desierto. Podía oír el choque de las bandejas metálicas en el comedor. Finalmente todo quedó en silencio. El recuento estaba en marcha. Pensaba: «Aunque el chico cumpla con lo suyo, esta noche el boquera del recuento atizará con la porra al muñeco para que salga a la puerta. El silbato no va a sonar. Ya ha pasado mucho rato. Fijo que esos desalmados hijos de puta ya vienen a por mí. Me dejarán lisiado a hostias y a patadas».

¡Sonó el silbato! Aquel sonido maravilloso fue como una ducha refrescante que me inundó los ojos de lágrimas. Ejecuté un viejo baile en el suelo de la caseta. Atardecía. Aún no había terminado. La única manera de saltar el muro era escalar hasta lo alto de un módulo en el ángulo del fondo del patio.

Por suerte para mí, el módulo estaba asentado sobre una hondonada, de otra forma su tejado habría sobresalido como una torre por encima del muro. Era el único edificio próximo a una sección del muro. Todos los demás eran mucho más altos. Puede que fuera demasiado osado para escapar, no me había agenciado una cuerda o un garfio. Tendría que valerme de pies y manos. El módulo quedaba a dos metros del muro y a unos siete por encima de él.

Después del recuento sólo quedaba un boquera en el muro. Estaría en su garita leyendo el periódico o alguna revista. Si levantaba la vista me vería descaradamente, iluminado por los reflectores del patio.

Mi uniforme era verde oscuro, manchado de negro por la carbonilla. Puede que en la calle tuviera el aspecto de un sucio obrero del carbón o de una fundición. No lo

había hecho tan mal teniendo en cuenta lo rápido que lo había planeado.

Tenía hasta medianoche para saltar el muro y escapar de la ciudad. No tenía pasta. Pensaba en la pequeña fortuna que me había dejado en propinas a botones de hotel, señoras de la limpieza y camareros. Ahora todos ellos eran ricos comparados conmigo. Sabía de algunos a los que podría acudir para sacar unos pavos. Los encontraría en sus lugares de trabajo.

Por otro lado, las ruedas de reconocimiento y mi condena habían tenido lugar el mes pasado. Toda la pasma del lugar recordaría mi cara. Pensé en el Dulce. Recordé su comentario en el cuchitril acerca de ocuparse de mi establo. Lo aparté de mi mente.

No podía confiar en ninguno de los chulos que conocía. Siempre fui una amenaza para ellos. Iceberg estaba completamente solo. Tendría que dar con una de las hermanas de mamá, a unos cincuenta kilómetros, en Indiana.

En la caseta ya había oscuridad total. Levanté el pestillo y abrí la puerta empujándola. Sonó un apagado sonido metálico. Tiré de ella. El pestillo volvió a su sitio. La puerta de la caseta se había cerrado por dentro. Pensé: «Ese detalle accidental fijo que les trae de cabeza en la investigación».

Corrí hacia la pared del comedor. Tenía que encaramarme a lo alto de su tejado plano. Me agarré a los barrotes de la ventana y tiré hacia arriba hasta ponerme de pie sobre el alféizar. Alcancé la parte superior y me agarré al tubo del desagüe. Me aupé enganchándome al tejado con las espinillas.

Miré a mi izquierda. Pude ver la silueta del boquera en su garita. Miré hacia arriba al tejado del módulo, donde colindaba con el muro. Había un buen trecho. Caminé por el tejado hasta el siguiente módulo. Estaba cerca del extremo del tejado. Miré atrás hacia la garita. El boquera hacía la ronda por el muro. Llevaba arrullado en sus brazos aquel rifle mortífero.

Me tiré de espaldas contra el tejado negro. Esperaba pasar desapercibido. Jadeaba allí tumbado. Me preguntaba qué diría el manual del boquera respecto a apuntar a un convicto en fuga. Si me descubría, ¿enfilaría el punto de mira a la cabeza, al corazón o a la barriga?

Finalmente volvió a la garita. Tuve suerte de que el tejado del comedor estuviera pegado al edificio de la capilla. El puente era una cornisa de cemento. Tenía menos de un palmo de ancho y unos siete metros de largo. Mis pesados botos reglamentarios eran tan anchos como la cornisa. Patinaban por la superficie pulida. Los salvajes vientos de últimos de abril hacían el paseo tan seguro como caminar por un sube y baja a dos pisos de altura.

Llegué hasta el extremo de la cornisa y miré hacia arriba. Alargué el brazo derecho, quedándome de puntillas. El tejado de la capilla estaba a medio metro de la punta de mis dedos. Tendría que retroceder unos pasos por la escurridiza cornisa, coger suficiente carrerilla, dar un salto de medio metro y engancharme al borde exterior del tubo de desagüe del tejado. Lo que no tenía claro era si el tubo aguantaría

mi peso.

Retrocedí con cuidado un par de metros. Me quedé temblando con la vista clavada en el borde. Miré atrás. El boquera no andaba por el muro. Tenía que olvidarme de lo estrecha que era la cornisa. Lancé una pierna hacia adelante y después le siguió la otra. Apuré la carrera por la endemoniada cornisa. Oía el susurrante siseo de los botos pisoteando la cornisa. Mis brazos se lanzaron hacia el cielo negro. Mis ojos sólo estaban pendientes del tubo del desagüe.

Me impulsé hacia arriba. Sentí los pies despegando de la cornisa. Me trinqué al tubo, quedándome ahí colgado, pendiendo en el vacío. Mis uñas enviaban agujas de dolor al rojo vivo a través de la castigada carne de sus raíces. Aupé la barbilla y lancé una pierna al tejado. Rodé por encima. Me quedé tumbado recuperando el resuello y observando al francotirador haciendo su ronda. Se volvió a meter en su garita.

Subí con esfuerzo por el inclinado tejado hasta lo alto. El borde del techo del módulo quedaba a un metro de distancia. Salté hacia adelante. Caí de barriga. Las puntas de mis botos estaban en el tubo del desagüe. El tejado del módulo era aún más inclinado. Estaba cubierto de planchas de pizarra deslizante. Miré hacia lo alto. Parecía que estaba a una manzana urbana de distancia. Empecé a subir reptando. Iba encajando las puntas de mis botos en las pequeñas rebabas que había entre las planchas.

Palmo a palmo alcancé la cima. Me ardía el pecho. Me tumbé en la finísima arista a caballo de un doble precipicio. Las paredes del tejado formaban una empinada pirámide. Yo estaba en lo alto de ella. La arista superior era tan fina como un alambre. A través de una bruma de aturdimiento vislumbré las luces de la ciudad destellando en un mar de oscuridad.

Me puse de pie. Caminé por el tenso alambre como un equilibrista de circo. El viento soplaba con virulencia ahí arriba. Me golpeaba y zarandeaba, balanceándome, columpiándome sobre el cable. Miré por el precipicio de la derecha hacia la calle, que estaba muy abajo. Mareado por el vértigo vi los faros de los coches iluminando la noche como diminutas luciérnagas. Casi se me va la cabeza. La sacudí y pegué la vista al cable.

Se me hizo una eternidad alcanzar el borde del módulo. Si ahora salía el centinela fijo que me calaba. Incluso desde la garita podía guiparme. Yo tiritaba. Siete metros más abajo estaba el muro de un metro de ancho. No podía volver. Tampoco podía quedarme allí. Estaba claro que no sería capaz de mantener el equilibrio si caía de pie.

Me dejé caer con las piernas muy abiertas. Oí cómo se me rasgaban los pantalones. El borde interior de la cornisa del muro se me clavó en el muslo. Mi culo se estampó contra el cemento. La cabeza me daba vueltas de dolor en aquella fría cabalgadura. Saqué mi pierna herida al otro lado del muro. Me deslicé sobre la barriga hasta quedar enganchado por los dedos.

Permanecí colgado unos instantes. Sentía la sangre corriéndome por la pierna

izquierda hasta el boto. Me solté. Caí con los pies por delante. El culo y la espalda amortiguaron el golpe. Me quedé tumbado de espaldas en medio de una borrachera de agotamiento, dolor y una alegría que cortaba la respiración.

Pasaron por lo menos diez minutos antes de que pudiera levantarme. Caminé unos cien metros cojeando. Me volví a mirar hacia el trullo. Pensé: «Esos asquerosos blancos se van a comer el coco. Les va a parpadear hasta el ojete. Me van a poner de negro de mierda hijoputa para arriba. Pero hay una cosa que no podrán negar en el fondo de sus turbios corazones: soy más listo que ellos. Les va a doler hasta en la mierda de la uñas que un negrata se les haya escapado como un Houdini negro, sin cabezas machacadas de boqueras ni barrotes aserrados.

»Se van a quedar con las ganas de pillarme después del recuento de medianoche. Se tirarán una semana rastreando el patio y la trena. Se les va a congestionar el culo hasta ponérseles azul. No les entrará en la cabeza que un puto negro fue lo bastante listo como para esfumarse como un fantasma.

Me volví y puse rumbo al estado de Indiana a la pata coja.

19. EL PUNZÓN DE HIELO

Tuve suerte. Fui a dedo hasta casa de mi tía, me cogieron cinco coches. Cuando abrió la puerta faltaban cinco minutos para medianoche. Al principio no me reconoció, pero el caso es que me recibió bien.

Al cabo de una semana mi pierna se había curado y me encontraba en forma. Su marido tenía mi talla. Me dio un traje y cincuenta dólares. Fui al barrio de putas de la ciudad. Por allí andaba una cuadrilla de chulos de Nueva Orleans. Iban acompañados de sus putas ladronas. A los tres días me levanté una.

Se llamaba Helen la Sin Pulgares. Por entonces era una de las más hábiles carteristas del país. Rulábamos en un Cadillac del 47. Era una maga. Durante casi un año fue dejando una estela de carteras limpias por cinco estados.

Estábamos en Iowa cuando Helen le levantó siete mil doscientos pavos a un rico terrateniente. Yo estaba acostado cuando los desparramó por la cama. ¿Emocionado? Claro que sí. Mi corazón bombeaba como un bombardeo. Pero ella no se coscó. Yo era frío como el hielo. Lo recogí con indiferencia y lo conté. Puse cara de póquer y dije:

—Ahora escúchame, zorra. Explícame de dónde ha salido esto. Quiero saber cuánto quema esta viruta. ¿Le has quitado al primo todo lo que llevaba encima? Me voy a mosquear mucho como lea en los papeles que te has dejado alguna tacada.

Por lo que me contó, lo mejor era darse el bote. Nos metimos en el Cadillac y tiramos hacia Minneapolis. Al segundo día pillé una puta joven. Quería ser gatera. La llevé a nuestro hotel para presentarle a Helen. Al ver a aquella zorra tan bonita, Helen se mosqueó un montón.

Se le fue la olla. Sacó su cuchillo. La joven puta voló. Desarmé a Helen y le di de hostias. Después se fue a currar. Me dormí. Me desperté bruscamente. Helen me estaba acuchillando. Me aparté rodando. Me había pinchado en el antebrazo y junto al codo. Cogí un palo de golf y la dejé K. O.

Después de aquello pasé de plantearme levantar un establo con ella. Pero no me sentía chulo de verdad con una sola puta. Decidí robarle su técnica para sirlar. Me serviría para entrenar a otras putas cuando me deshiciera de ella. Al final le sorbí el seso. La técnica funcionaba de la siguiente forma.

Se agazapaba en algún portal oscuro o a la entrada de un callejón. Cuando aparecía un primo, Helen montaba el numerito. Se ponía en cuclillas con las piernas muy abiertas como si fuera a mear. Se levantaba la parte de delante del vestido, mostrando abiertamente el imán peludo a los saltones ojos del primo. Potenciaba la atracción acariciándose el conejo.

—Anda, pichoncito mío —le decía al primo—, estoy tan caliente que me quema el coñito. Hace seis meses que no ha visto una polla. Acércate y haz algo con él.

El primo entraba en el portal loco por metérsela gratis. Su sentido de la prudencia había quedado totalmente fuera de combate ante semejante crudeza. Ella le bombardeaba con un aluvión de dulce y apasionada verborrea erótica al tiempo que lo abrazaba con fuerza.

Localizaba la cartera, casi siempre en el bolsillo trasero del pantalón, utilizando las sensibles yemas de sus dedos. Mientras, se frotaba el vientre contra la entrepierna del otro. Se quejaba de que la hebilla del cinturón le molestaba. Se lo desabrochaba sin dejar de jadear haciéndose la apasionada. Así aflojaba la tensión de los bolsillos del pantalón. Luego le acariciaba con los dedos la cabeza de la polla.

También le lamía el lóbulo de la oreja con la lengua. Con las puntas de sus sutiles dedos, índice y pulgar, de la mano libre le desabotonaba el bolsillo. Pinzaba la cartera con el índice y el corazón y la extraía. El primo, salido y nervioso, no notaría ni la brasa de un cigarrillo en el culo.

Después sacaba la pasta de la cartera con ambas manos por detrás del cuello de él, aumentando la verborrea erótica y la presión en los huevos mientras enrollaba los billetes en forma de supositorio fino. A continuación, devolvía la cartera al bolsillo, sin olvidarse de dejarlo abotonado. Ya estaba lista para quitarse de encima al primo. Le decía que necesitaba hacer un pis. En una agachada rápida se metía los billetes enrollados en el coño. Entonces se fijaba en algún coche que pasara por allí y fingía asustarse, diciendo:

—Oh, Dios mío, ahí está Riley, el poli de antivicio. Escucha, cielo, vete al hotel Park, al final de la calle, y regístranos como el señor y la señora Jones. Llegaré en diez minutos, guapetón. No me quiero quedar sin probar tu polla.

El primo se palpaba el reconfortante bulto de la cartera. Aún seguía ahí, en el bolsillo abotonado. Se encaminaba hacia el hotel. La gatera tiraba rumbo a casa. Se cambiaba completamente de aspecto y volvía a la calle a por otro primo. Hubo un accidente. Se quedó preñada. Encontré a un carnicero que le apañó un aborto. Después de eso la cosa continuó como siempre. En una pequeña ciudad de Ohio todo se fue a hacer puñetas.

El cohete cayó en picado cuando me encontré con un viejo amigo. Ahora se llamaba Joe el Neoyorquino. No le veía desde los catorce años. Mamá le había dado cobijo al morir su madre viuda. Se puso enfermo y tuvo que ir al hospital. Yo cogía el autobús para ir a verle y llevarle chucherías. Pasaba ratos con él para consolarle. Me caía bien. Nuestra amistad fue breve. Al salir del hospital dejó la ciudad.

Traficaba con cocaína al por mayor y la muestra que me dio era casi pura. Llegué a un acuerdo para pillarle una postura. No tenía ni idea de que en Nueva York había aprendido a darle el palo a todo el mundo, incluso a los amigos. Me encontré con que el material que me había pasado era una ful. Corrí a buscarle convencido de que se había equivocado y que arreglaríamos las cosas.

—Joe, tío, ha habido un error —le dije.

Me llevó para dentro y me dijo:

—¿Cuál es tu problema, macho?

—Tío, esto es una ful —dije—. Esta mierda no es lo mismo que me pasaste en la muestra.

—Oye, mira —dijo—, mandé a Ronald a por la mercancía. Ese hijo de puta me ha dado el palo.

Sacó su pistola de la sobaquera. No me coscaba de que todo era puro cuento.

—¿Crees que debería cargarme a ese hijoputa? —preguntó—. ¿Qué quieres que haga?

Empezó a representar la escena de los ojos. Se le salían de las órbitas y todo eso montando el numerito.

—No, tío, sólo quiero que me devuelvas la pasta —le dije.

—Estoy tan cabreado que debería mataros a los dos —dijo.

Yo era relativamente joven. No conocía el estilo de Nueva York. Me asusté.

—Olvídalo —le dije.

Empezó a contraerse. Estaba en su ciudad. Yo tenía a una gatera con por lo menos siete cargos contra ella. Había perdido tres de los grandes. También podían haberme matado. Más tarde supe que todo era una ful: ful de Nueva York. Años más tarde caí en la cuenta. Puede que siempre me hubiera odiado por tener más cultura que él.

Una semana más tarde a Helen la arrestaron con siete cargos. Puse el Cadillac a cuenta para un abogado. Le cayeron de cinco a diez años. Tendría que haberle conectado una bomba al motor de arranque antes de dárselo al picapleitos.

Un menda me dijo que Joe había delatado a Helen. Casi me deja en la miseria. Además de desplumarme, había entregado a mi gatera. Literalmente, me había echado de la ciudad arruinado y sin puta.

Había oído que pillar putas en Detroit era fácil. Con el último billete de diez que me quedaba me embarqué en un Greyhound. Fijo que Detroit era la tierra prometida de los chulos. La ciudad estaba a rebosar de putas jóvenes y fáciles. La competencia de chulos locales era escasa.

Iba a pata, pero estaba más espabilado que una loca de Harlem. De todas formas, estas putas eran de diferente casta que las de Chicago. Eran facilonas, no había que hacer mucho el paripé para pillarlas.

El primer paquete que pillé era una preciosa diecisieteañera de ojos verdes, tipo Pepper. Se llamaba Rachel. Aguantaría conmigo trece años.

El siguiente paquete fue una enorme y peligrosa tiarrona negra llamada Serena. Además de ejercer, también regentaba una cuadra de sábana rápida para una docena de fulanas. La cuadra era su casa. Menos de ocho semanas después de pisar Detroit, yo rulaba por la calle en un flamante Fleetwood del 48 nuevecito. Había amasado un buen fajo de viruta.

Menos de noventa días después de pillar a Serena, me hice con dos jovencitas

más. Una semana más tarde, un chulo de ocasión de Rhode Island llegó a la ciudad. Traía con él una putilla guapísima. Era un celoso. Siempre andaba detrás de ella. Yo la aceché. Se olvidó de seguirla y me quedé con ella. Aguantó conmigo unos cuantos meses hasta que la calle se puso fea. La pasma echó a Serena de su casa por la fuerza. La coloqué en la calle.

Entonces oí hablar de una pequeña población en Ohio, Lima, con un mercado creciente y a tope de primos. A lo mejor podía abrir allí un par de casas.

Mi suerte iba en aumento. Con el alquiler de mi apartamento y los de las chicas, uno por pava, necesitaba reajustar el esquema para serenarme el coco. No paraba de darle vueltas a la cabeza mientras conducía el Cadillac para recoger a mi establo. Se montaron. Me dieron la pasta y la eché a la guantera.

Despuntaba el alba, el gran Cadillac rodaba disparado por las calles. Mis cinco putas charloteaban como urracas embriagadas. Olía el tufo que sólo tiene una puta callejera después del tute de una larga noche. El interior de mi napia tenía mono. Suele pasar cuando no eres más que un cerdo esnifador de cocaína.

Me ardía la nariz. El pestazo de aquellas putas y el gángster que se estaban fumando eran como cuchillos invisibles rascándome hasta el cerebelo. A pesar de la pila de pasta que había en la guantera, mi talante era peligroso, estaba de muy mala hostia.

—¡Hostia puta, zorras! ¿Es que alguna de vosotras se ha cagado encima o algo parecido? —dije desgañitándome. Abrí el deflector hacia mí.

Durante un largo momento hubo silencio. Entonces Rachel, mi señora puta, dijo con voz complaciente y pelotera:

—Papaíto, rey, no es a mierda lo que hueles. Hemos estado currando toda la noche. Los coches de esos primos donde damos el callo no tienen baño. Papaíto, fijo que hemos estado empleándonos a fondo para ti. Lo que hueles son nuestros sucios culos de puta.

Sonreí con ganas, por dentro por supuesto. Los mejores chulos guardan sus emociones bajo una carcasa de acero. Yo era de los más gélidos. Las putas soltaron risitas ante el burdo gracejo de Rachel. A un chulo le alegra que sus putas rían. Así sabe que aún están dormidas.

Aparqué el Cadillac suavemente junto al bordillo, fuera del hotel en el que se alojaba Kim, mi más nueva y preciosa adquisición. ¡Dios! Qué ganas tenía de descargar a la última puta. Así podría volver a mi hotel, mimarme la napia con cocaína y estar a solas. Todo buen chulo sabe que él es su mejor compañía. Su vida interior es rica en astucia y maquinaciones para poder dominar a sus putas.

Al salir Kim, le dije:

—Buenas noches, nena, hoy es sábado. Mañana quiero a todo el mundo en la calle al mediodía en vez de a las siete como hoy. He dicho al mediodía, no cinco minutos después o dos minutos después. A las doce en punto quiero que estéis al pie del cañón, ¿te has enterado, nena?

No contestó. Hizo una cosa extraña. Rodeó el Cadillac y vino hasta mi ventanilla. Se quedó mirándome un largo instante. Su hermosa cara aparecía tensa en el oscuro amanecer.

Entonces dijo con su acento cursi de Nueva Inglaterra:

—¿Vas a pasarte a verme esta mañana? Hace un mes que no pasas una noche conmigo. Así que vuelve, ¿vale?

A un buen chulo no le pagan por follar. Se gana su paga por saber siempre qué decirle a una puta a la velocidad de un rayo. Sabía que mis otras cuatro putas habían levantado las orejas para ver cómo reaccionaba con esta preciosa zorra. Un chulo con una zorra refinada en el establo tiene que tener el juego bien amarrado. Las putas siempre están buscando el punto flaco de su chulo.

Me encajé una máscara terrorífica en la cara y le dije con voz lenta y letal:

—Zorra, ¿te has vuelto loca? No hay una sola puta en esta familia que me proponga o me fuerce a hacer nada. Y ahora coge tu asqueroso culo amarillo, llévatelo arriba, mételo en el baño y después, a la piltra. Mañana a las doce en la calle, como he dicho.

La zorra ni se movió. Los ojos se le achinaron con furia. Noté que iba a darme la brasa contándome su vida, ahí en la calle, delante de mis putas. Si hubiera sido diez años más ingenuo, habría saltado fuera del Cadillac para partirle la mandíbula y pisarle el culo. La trena seguía fresca en mi memoria.

Sabía que la zorra estaba intentando meterme en una encerrona cuando escupió su invitación:

—Venga, písame el culo. ¿Para qué hostias necesito a un hombre al que sólo veo cuando viene a por su dinero? Ya estoy harta. No soporto los establos ni los soportaré. Sé que soy la zorra nueva que tiene que demostrar lo que vale. Bueno, qué hostias, estoy cansada de esta mierda. Lo dejo.

Paró a coger aire y encenderse un pitillo. Pensaba bombardearla en cuanto terminase. Me quedé sentado mirándola. Luego prosiguió:

—Me he levantado más primos en los tres meses que he estado contigo que en dos años con Paul. Tengo el coño inflamado y dolorido. ¿Vas a patearme el culo antes de que me largue? Si es así, hazlo ahora porque me vuelvo a Providence en el primer tren que pase echando humo.

Era joven, marchosa y con mucho garbo para los primos. Era el sueño de cualquier chulo y ella lo sabía. Me estaba probando con sus monsergas. Ahora aguardaba tranquilamente una respuesta gilipollas.

Mi fría fachada le había defraudado. La vi marchitarse según le decía con voz gélida:

—Escucha, zorra pijotera, nunca he tenido una puta a la que pudiera echar de menos. Cuando una puta me abandona, yo lo celebro, zorra. Eso deja un hueco para que otra zorra que valga la pena ocupe su lugar y se convierta en estrella. Mira, zorra ruin, si cago en tu cara, tendrás que abrir bien la boca y alegrarte.

Un coche patrulla cargado de polis pasó muy despacio. Puse cara de gilipollas sonriente, congelándola hasta que pasaron de largo. Kim seguía allí clavada aguantando el chaparrón helado. Continué implacable:

—Zorra, no eres más que un cero a la izquierda. Antes de mí tenías un chulo de ocasión sin pizca de reputación. Nadie ha oído hablar de ese hijoputa salvo su madre. Sí, zorra, volveré esta mañana para llevar tu culo de pacotilla a la estación.

Salí disparado de allí. Por el espejo retrovisor vi a Kim caminando despacio hacia el hotel. Iba alicaída. Hasta que descargué a la última puta se podía escuchar a un mosquito cagando en la luna. Les había demostrado a todas que estaba hecho de hielo macizo.

Volví a por Kim. Estaba lista y callada. Camino de la estación, yo iba revolviendo las páginas de ese libro del chulo que guardaba en el coco. Estaba buscando la manera de retenerla sin besarle el culo.

No encontré ni una línea para un caso como éste. Al final resultó que la zorra estaba tanteándome y marcándose un farol desde el principio.

Acababa de echar el freno de mano en el aparcamiento de la estación cuando la zorra se vino abajo. Sus ojos estaban empañados mientras decía haciendo pucheros:

—Papi, ¿de verdad que piensas dejarme marchar? Papi, yo te amo.

Arremetí con la indiferencia para amarrarla bien, mientras le decía:

—Zorra, no necesito una zorra protestona y bocazas. Necesito a una zorra que me quiera de por vida. Tienes que irte. Después de toda esa mierda tempranera, está claro que tú no eres esa zorra.

Mi labia le hizo filetes. Se derrumbó en mi regazo llorando y suplicando quedarse. Yo tenía una teoría sobre las zorras que abandonan. Raramente lo hacen sin llevarse un buen fajo. Así que le dije:

—Dame esa pasta que te has quedado y te daré otra oportunidad.

Ya lo creo que se hurgó en el escote. Sacó cerca de quinientos pavos y me jos entregó. Ningún chulo que se precie dejaría marchar a una hermosa puta con un montón de rodaje por delante. La dejé quedarse.

Por fin conducía camino de mi hotel. Me acordé de lo que Jones el Dulce, el maestro chulo que me instruyó, decía acerca de las putas como Kim.

—Flaco —decía—, una preciosa zorra negra y una puta blanca son la misma cosa. Las dos entrarán en un establo para hundirlo. Dejarán al chulo sin puta y con el culo en el aire. Tienes que hacerles dar el callo rápida y duramente. Sacarles el máximo jugo lo antes posible. Flaco, el chuleo no es ningún juego de amor. Cómeles el tarro y no se te ocurra meterles el nabo. Cualquier pamplinas que se crea que una puta le ama no debería haber salido del culo de su madre.

Mis recuerdos volaron hacia Pepper. Y después más atrás. Entonces me acordé de lo que me había dicho sobre el Georgia. Me había dicho:

—Flaco, espero que todavía no hayas follado con esa bonita zorra. Créeme, Flaco, un chulo no es más que una puta que ha invertido con ellas los papeles del

juego. Flaco, sé amable con ella en proporción a la pasta que te da. Nunca más. Sácale un pastón a la puta antes de practicar el sexo con ella. Para el chulo, una puta no es más que otro primo. No te dejes hacer el Georgia. Exige siempre la pasta por delante, como una puta.

Estaba en el ascensor elevándome hacia mi apartamento. Pensé en la primera zorra que me hizo el Georgia, cuando tenía tres años. Se pasó por la piedra mi cabeza sin pagar. Ahora sería vieja y canosa. Si pudiera encontrarla, fijo que le iba a hacer pagar esa cuenta pendiente en mi conciencia.

Esnifé un par de vainas de cocaína. Dos horas más tarde me tomé una amarilla. Me quedé dormido.

Cuando desperté al mediodía, sabía que tenía que mudarme. Los padres de Rachel querían jugarme una mala pasada. Kim podría volver con el desgraciado de su ex. Todo mi establo, salvo Kim, eran chicas locales. Un chulo que no se decide a cambiar de zona está buscándose problemas.

Lejos del ámbito familiar es más fácil ejercer un control más exhaustivo. Una chica en un entorno extraño depende más de su hombre. Necesita más de su consejo y orientación. A las chicas pilladas en poblaciones pequeñas había que moverlas rápido.

Esa noche fui a Ohio. Dispuse los cimientos del traslado. Alquilé dos casas y las amueblé con buen gusto. Me puse en contacto con un tipo que recaudaba las mordidas para los perros de la pasma. Me dio el visto bueno a cien pavos por semana y casa. Trasladé allí a toda la familia. Lo hice en el momento preciso. Un mes después, Detroit quebró y se acabó el negocio en la ciudad.

Tenía un buen contacto de material en la nueva ciudad. Empecé a espolvorear heroína en mi coca. Las mezclaba y me chutaba *speedballs*. A partir de ese momento, cuando me iba a la cama podía dormir a pierna suelta. Raramente tenía aquellas pesadillas de antes. Me enganché a la heroína. No me preocupaba. Estaba sacando una pasta gansa.

Tenía treinta años. Por segunda vez en mi carrera de chulo veía garantizado el éxito y un horizonte verde. ¿Cómo iba a saber que aquella zorra elefanta de Serena se iba a poner celosa? Desbarató todo mi castillo de naipes levantado con billetes. Me faltó un milímetro para que me buscaran por asesinato. El milímetro estaba en el pecho de Serena.

Durante el año en que llevé ambas casas, primos de todo el condado abrieron una zanja de tanto ir y venir. Estaban locos por catar aquellas sabrosas y perversas jovencitas. Nunca me fue mejor chuleando.

Un día me sentía de maravilla paseando al sol. De pronto vi a Serena venir por la calle con la bolsa de la compra. Ya se había cargado a dos personas en Nueva Orleans. Se me acercó sonriendo. Cuando la tuve delante, sacó de la bolsa un punzón de hielo. Intentó asestarme con él en el pecho. Por entonces yo era bastante rápido, así que salté hacia atrás. La punta del pincho me rasgó el borde del bolsillo, justo encima del corazón. Ella había intentado conducir la punta directamente hasta el

centro de mi patata.

En aquella época yo no llevaba pistola. Podía comprar una en cualquier ferretería. Pillé un 32 y una caja con cincuenta cartuchos. La llevé al apartamento de Serena y me puse a cargarla encima de la mesa de la cocina.

—¿Para qué es eso, papi? —preguntó ella.

—Es para cargarme a cualquier puta que intente hacerme pupa —dije yo.

—Oh, papi —dijo ella—, sabes que sólo estaba mosqueada. Anda, olvídalo.

—No —dije yo—, no pienso olvidarlo. Mataría a mi propia madre si pensara que iba a hacerme daño.

Aquella misma noche, a eso de las doce, las otras chicas y yo regresábamos de un cabaret. Metí la llave en la puerta. Al abrir me vino un fuerte aroma a Tabú, el intenso perfume que solamente Serena utilizaba. Vacilé un momento. Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad. Vi a Serena de pie en un rincón del cuarto de estar con el punzón de hielo en la mano. Se había colado en casa de Rachel a través de una ventana abierta del sótano. Desenfundé la pipa.

—¡Serena! —dije.

—Sí, hijo de puta —dijo—, os voy a matar a ti y a esas guarras ahora mismo.

Empezó a llorar.

—Serena —dije—, no pases de ese extremo de la mesa. Si lo haces, te mato. Sabes que siempre cumplo mi palabra.

—Me importa una mierda —dijo ella.

Arremetió contra mí desde el otro lado de la mesa. Le disparé. Lo único que pudo salvarle la vida fue aquel busto suyo de ciento diez centímetros. Aunque el disparo fue a quemarropa, el tejido graso absorbió la bala.

Al dispararle, la sangre nos salpicó. Le había dado en una arteria. A mí me regó la cara y a ella toda entera. En su vestido había un anillo de llamitas. Disparando desde tan cerca, le había prendido fuego. Ella aguantaba como un elefante. Ni siquiera cayó. La zorra intentó agarrarme. Antes había soltado el punzón.

Se aguantó el pecho y dijo:

—¡Papi, no me mates!

Tuve la tentación. Seguía teniendo la intención de matarla. Estuve a punto de meterle unos tiros en la cabeza. No lo hice. Aún no sé por qué, salvo porque había testigos, las otras cuatro putas. Pasó por la puerta tambaleándose delante de nosotros y salió a la calle. Nos montamos todos en el Fleetwood y salimos pitando de la ciudad dejándolo todo.

Corrí hacia mamá. No la había vuelto a ver desde aquellas navidades. Su pelo estaba blanco como la nieve. ¡Dios! Cómo se puso de contenta y nerviosa al verme. Le conté lo que había pasado. Hizo que una amiga la llevase allí en coche. Metió toda la ropa en un remolque. Fue al hospital a ver a Serena.

Serena le suplicó a mi madre que me dijera que volviese. No iba a denunciarme. Reconoció que todo había sido culpa suya y que me amaba. Yo estaba seguro de que

si volvía con Serena ésta acabaría ensartándome un cuchillo de carnicero mientras dormía.

20. EL ESTABLO SE RESTABLECE

Fue una gilipollez volver a casa de mamá. Afortunadamente ya no vivía encima del salón de belleza. Ahora lo hacía en un vecindario donde casi todos eran blancos. Allí estaba yo con cuatro putas ociosas en un pueblo cerrado donde ya había caído tres veces. Había ido a parar de nuevo al mismo sitio donde me buscaban por tráfico de personas gracias al retaco de corazón despiadado. Allí sólo había un par de lupanares clandestinos de a diez pavos.

Yo no salía de casa de mamá. En la calle todo quisque me conocía. Todos andaban sueltos de la boca. No podía ponerlas en movimiento por las calles de este pueblo tan cotilla. Estaban acostumbradas a la vida fácil de Ohio. Eran comodonas. Sólo podía hacerlas ejercer en una ciudad donde se aceptaran sobornos. Sabía que si las trincaban, ninguna de ellas aguantaría el inquisitivo interrogatorio del FBI.

Tenía un fajo de diez grandes. Estaba manteniendo y alimentando a cuatro putas en un hotel caro. Me chutaba *speedballs* como un cerdo. No entraba nada de viruta. Con un único taco de diez grandes sabía que pronto iba a tener problemas. Debía restablecerme rápido. Tener al establo tirado a la bartola era malo para su moral.

Tras una semana confinado en casa de mamá, salí del pueblo de extranjis para pillar heroína y coca para mí y gángster para las chicas. En la gran ciudad fui a ver al Dulce. Andaba con cuidado porque sabía que toda la pasma del barrio me conocía.

El Dulce insistió en que le contara todos los detalles de mi fuga. Mientras escuchaba, meneaba la cabeza sin dar crédito. La Niña Bonita había muerto de vieja. Se le entristecieron los ojos cuando me lo contó. Brillantina Top seguía en el Oeste, en Seattle. El Pirata se ocupaba de algunos negocios de apuestas de poca monta para el Dulce. Al Duke se le había pasado la gloria. Aparentaba cien años. Su único pilar era la vieja blanca propietaria del edificio.

Acababa de salir airoso de una acusación de asesinato. Se había cargado a un mamarracho guaperas que le había insultado en La Gallera. El pobre capullo había llamado al Dulce feo y puto carcamal. Dulce le apuntó con la pistola. Le empujó con ella hasta el callejón. Le hizo ponerse de rodillas y después le meó encima. Eso ya fue demasiado, así que el pollo perdió los papeles. El Dulce le levantó la tapa de los sesos.

Se partía de risa mientras me lo contaba, estaba de buen humor. Le había costado cinco mil pavos quitarse el marrón de encima. También me contó que había oído que a Ojo Rojo le había caído la perpetua por cepillarse a una zorra en Pittsburgh.

El Dulce encontró una buena solución a mi problema. Dijo que dado que Serena no me había denunciado, debía volver a Ohio. No había ningún otro estado mejor

para llevar casas o hacerse la calle. Antes de marcharme fui al tigre. La puerta estaba cerrada por fuera con un candado.

El Dulce me miró con una sonrisilla y dijo:

—Colega, mi cagadero está fuera de servicio.

Bajé por las escaleras al tigre del local de apuestas. Al salir le pregunté al Pirata por qué el Dulce no arreglaba el retrete.

El viejo ex chulo me respondió sin levantar la mirada:

—Qué cojones, si al cagadero no le pasa nada. El hijoputa cabrón tiene ahí encerradas a dos de sus putas por andar jodiendo con la guita. Ya llevan tres días ahí metidas.

Me encaminé hacia mi coche. Me preguntaba cuánto tiempo las tendría el Dulce allí dentro y cuánto vivirían las putas a base de agua solamente.

Volví de la gran ciudad. Paré en el centro y pasé por la suite de Rachel. Me quedé a dormir. Le expliqué la jugada. A la mañana siguiente estaba mirando por la ventana hacia la calle. Había un menda con el pelo blanco, agachado, volcando los cubos de basura del hotel en un camión enorme. Era Steve. ¡Le reconocería hasta en el infierno!

De pronto me fulminó una descarga eléctrica. No sé lo que ocurrió después de eso. Rachel me contó que corrí al armario y saqué bruscamente el 32 del bolsillo de mi abrigo. Salí corriendo en pijama hacia el montacargas. Ella me siguió hasta la calle. Yo no dije ni mu. Cuando alcanzamos la acera el camión ya se había ido.

Me volvió a llevar arriba. Acababa de cometer una torpeza de la hostia siendo fugitivo. Por suerte para mí, ningún poli se dejó caer por allí. Me vestí y le dije a Rachel que volvería más tarde y que quería ver a todo el establo en su suite.

Pasé por una tienda de artículos de cuero y compré un maletín. Era parecido al que llevan los médicos. Pasé también por algunos bancos para cambiar unos cuantos billetes grandes por la suficiente cantidad de pequeños como para llenar el maletín. Fui a casa de mamá a preparar el tinglado. Lo llené hasta arriba con billetes de un pavo. Puse encima unos cuantos billetes de cien que me quedaban. Me estaba preparando para trasladar a mi establo. Con mi plan podría moverlas sin que me costara mucho. Hasta las putas primerizas se lo piensan dos veces antes de abandonar a un chulo rico.

Aquella tarde estaban todas en la lujosa suite de Rachel. Ella era la jefa. Cada una tenía veinticinco dólares por día y una habitación decentes, todas en la misma planta. Entré. Estaban fumando gángster y tenían ganas de escucharme.

Estaban ansiosas por volver a la vía. Había aflojado el cierre del maletín. Lo tiré casualmente sobre la mesa delante de ellas. Una pila de billetes de cien saltó fuera del maletín.

La hierba exagera lo que ves. Vi en las caras de aquellas putas que lo que ellas veían era cada dólar de la montaña de verdes que me habían ido soltando durante los años en que había sido su hombre.

La confianza irrigó sus ojos. Terminé mi exposición y mis instrucciones. Acababa de reconstruir mis deslumbrantes castillos en el aire. Hermano, podía hasta haberlas mandado en bikini a Siberia en pleno invierno. Ocuparse de sus hermanas-esposas y del control de la pasta en Toledo fue para Rachel la primera prueba de fuego como señora puta.

Me quedé una semana en casa de Mamá. No paraba de darme el coñazo con que me enganchara al Espíritu Santo y al Fuego. Me suplicó que me reformara y arrepintiera de mis pecados. No, ya era un poco tarde para eso. Me fui otra vez a Ohio.

Cleveland estaba a sólo un salto de Toledo. Me monté un apartamento vacilón en la más grande de las dos poblaciones. Cleveland tenía mucho ambiente. Estaba listo para el mejor ejercicio de mi carrera. Kim se largó con un primo blanco acaudalado. No la eché de menos. Ambas ciudades estaban plagadas de estupendas putas jóvenes. El nombre del juego seguía siendo pillar y perder.

En cuatro meses tenía a las tres chicas en Toledo y a cinco nuevas en Cleveland. Estaba chuleando bien. Tenía un contacto de material. Todo era perfecto salvo una cosa. El nombre de Rachel estaba sonando. Todos los chulos, timadores y traficantes ricos le tiraban los tejos. Le hacían proposiciones irresistibles de lujo y confort.

La cabeza se le estaba poniendo como una calabaza. Yo no quería perderla. Tenía otra razón aún más importante para querer retenerla. Si la perdía, podría hacerme la misma jugada que el retaco y presentarse en el FBI. Me llegó el rumor de que un timador sibilino de Nueva York estaba usando a una bollera blanca formidable como cebo para Rachel. Del mismo modo me enteré de que Rachel estaba colada por ella.

Fui a Toledo una mañana a ver a Rachel. Descarado que allí estaban, los tres metidos en su cama. Sin duda no se habían metido ahí para contarse cuentos de hadas. Estuve frío, de hielo, como siempre. Le hice creer a Rachel que me tragaba que se trataba de una fiesta, todo negocio, por supuesto. Gracias al soplo tenía la descripción de aquel hijoputa timador y su tortillera.

Estaba metido en un lío. Si hubiera sido cualquier otra zorra del establo no habría valido la pena ni pensárselo. No podía perder a Rachel, mi señora puta, de esa forma tan rastrera, con un puto timador. Esto podría acabar con mi carrera de chulo. Las noticias volarían por una docena de estados. No, no podía perderla. Seguía teniendo a ese amigo rico en la chepa, el inseparable mono. El Dulce habría encontrado la solución a ese arduo problema en un pispás, pero la semana anterior, el Dulce se había pegado un tiro en la sien.

Dejó una nota amarga: «¡Adiós, puretas, besad mi culo de chulo!».

No sentí nada cuando me lo contaron. Dejé la suite de Rachel y conduje hacia el campo. Puse en marcha la maquinaria del coco. Encontré la llave de la encrucijada. Era cruel pero magistral. Si funcionaba, nunca tendría que preocuparme de que se largara o me entregase al FBI.

Al día siguiente me llamó Rachel. Me contó que acababa de enviarme trescientos

pavos, lo que había sacado por la fiesta en la que irrumpí. Mientras rajaba, supe que tenía que tirar adelante con la pirula. Seguro que esos tres billetes que me enviaba eran de la pasta que se había estado guardando. El hijoputa timador era demasiado guapo y listillo como para dejarse tres billetes en una puta. A partir de ahora tendría que convertirla en una zorra honesta.

Fingí entusiasmo al hablarle de un primo que estaba visitando Akron, una pequeña población a cuarenta y cinco kilómetros de Cleveland. Le conté que había llegado a mis oídos que al primo le habían tocado veinte grandes a la lotería. Lo tenía todo en la habitación de su hotel.

Le hice tragarse que se lo podría hacer de suave y por la cara. Me dijo que vendría a verme al día siguiente para que le ultimara los detalles.

Yo ya había ido a Akron a prepararle el tinglado. Alquilé una habitación en un buen hotel. Contacté con un viejo ex maleante de arrabal, de aspecto honorable, que andaba de capa caída. Para la representación utilizó a un amigo borrachín al que maqueó convenientemente.

Todo el montaje, o sea, la ropa, la habitación y cien pavos por barba para los actores, sumaba quinientos dólares. El maleante arrabalero tenía que esperar mi llamada en unos billares que había cerca.

Rachel vino a mi apartamento a las tres de la tarde. Llegamos a Akron a eso de las seis. Le dije que uno de los botones le había dicho al primo que ella llegaría antes de las siete. O sea, que la estaba esperando.

Le pasé un frasquito de aceite mineral. Le dije que era hidrato de cloro. Con sólo un par de gotas dejaría al primo fuera de combate. Yo la esperaría en el bar del hotel.

Se detuvo en recepción. Efectivamente la estaba esperando. Subió. Al cabo de una hora bajó nerviosa y alterada. El primo estaba inconsciente. Ella había estado revolviendo la habitación. No pudo encontrar la pasta. Volví con ella a la habitación. Registré por mi cuenta. El borrachín estaba allí tirado y sin conocimiento. Dejamos de buscar. Fuimos hacia la puerta. Me volví hacia el borrachín.

—Sabes, nena, me parece que tiene mal aspecto —dije.

Me arrodillé junto a él. Ella no podía ver a través de mi espalda. Me sequé la frente y me volví hacia ella. Puse ojos de asustado.

—Nena, me temo que está muerto —dije.

A la mayoría de las mujeres, incluso a las putas, les aterrorizan los fiambres. Se quedó paralizada.

—No te agobies —dije—. Cierra esa puerta. ¡Ya lo tengo! Conozco a un carnicero de cloaca en este pueblo. A lo mejor él puede reanimarlo. Sé que mantendrá el pico cerrado por un precio, aunque la haya palmado.

Ella sabía que no podíamos dejar allí a un hombre asesinado. La habían visto en recepción antes de subir. Se daba perfecta cuenta del abismo que había entre robo y asesinato. Cogí el teléfono y llamé a los billares. Le di al falso doctor el nombre del hotel y el número de la habitación. Llegó en menos de cinco minutos con su maletín

vacío.

Ella no pudo ver el interior. Hice que se escondiera en el armario. Ya la había visto demasiada gente. El doctor se agachó junto al borrachín. Hizo el paripé tomándole el pulso, abriéndole los párpados y todo eso.

Finalmente se levantó y dijo:

—Está muerto. No puedo ayudarle. Tendré que llamar a la policía.

Casi podía oír el corazón de Rachel bombeando en el armario. Estuvimos regateando durante diez minutos para impresionarla. Al final llegamos a un acuerdo. Por quinientos pavos mantendría el pico cerrado. También contactaría con un calavera que se llevaría el cuerpo para deshacerse de él. Se fue. Rachel y yo nos dimos prisa en salir de allí.

De vuelta a Cleveland en el coche, Rachel iba en trance. Se apretaba con fuerza contra mí. Yo no paraba de decirle que no tenía que preocuparse de nada. Después de todo estábamos unidos de por vida y su secreto estaría siempre a salvo conmigo. Años más tarde descubriría el pastel.

Rachel volvió al redil bajo la presión de aquel asesinato. Toledo estaba al rojo vivo y a mis tres chicas las trincaron nueve veces en total. Me las llevé a Cleveland. Cleveland estaba atiborrada de putas, chulos y chorizos de todo el país.

La maraña de malechores puso Cleveland en llamas. Hacia 1953 las calles estaban tan calientes que una puta tenía suerte si aguantaba una semana entre redada y redada. Yo seguía siendo un fugitivo. Durante casi un año no salí de mi apartamento. No podía arriesgarme a que me arrestaran y me repasaran las huellas dactilares. Sólo tenía cuatro chicas. Aquel año en el apartamento me fui atrofiando.

A mamá le había tocado un premio en la lotería romántica y económica de la vida. Se mudó a Los Ángeles. Me llamaba todas las semanas rogándome que la visitara. Quería que conociese a mi nuevo padrastro y me quedara con ellos una temporada. Yo no hacía más que darle largas. Había oído que el jaco en California sólo tenía el seis por ciento de pureza. Además, los chulos de por allí no eran nada serios. Así no se puede chulear.

Unos cuantos chulos del Este habían llegado a esa costa en buenas condiciones. Volvieron hechos polvo. Contaban que las putas del Oeste eran unas vagas que se contentaban sacando calderilla. Los chulos del Oeste las habían acostumbrado mal.

A base de argumentos lógicos, me convencí a mí mismo de que no debía ir a California. ¿Por qué iba a poner en juego a mis bien adiestradas putas en ese peligroso y poco profesional estadio del Oeste? ¿Qué pasaría si perdiera a mi familia allá en la quinta puñeta?

Ahora tenía treinta y cuatro tacos. En cualquier profesión formal estaría en mi mejor momento. Como chulo me estaba haciendo viejo. Era huraño y estricto con mis mujeres.

Rachel me contó que un menda había llegado a la ciudad con su establo de gateras y un cargamento de estupendos conjuntos Lilli Anne y ternos Petrocelli al

veinte por ciento de su coste. Me dio su número el día siguiente.

Le llamé y acordamos un encuentro para echar un vistazo a la mercancía. Sólo salía del apartamento para asuntos importantes. Decidí pillar una postura de material y una chuta nueva antes de ir a verle.

Se alojaba en un hotel cochambroso del East Side. Me hizo pasar a un cuchitril de tres habitaciones. Me sondeó para convencerse de mi pedigrí.

—Así que tú eres Iceberg, ¿eh? Pasé por tu ciudad no hace mucho. En Filadelfia la cosa está que arde.

Sabía de mi reputación y que era de Chicago.

—Sí, soy Iceberg, de la ciudad de los vientos —dije.

—Dime, tío, ¿qué te parece lo de Ojo Rojo? Le vi en Nueva York el mes pasado. Estaba levantándose una fortuna. Seguro que le conoces.

Le miré de aquella manera, como si le hubiera pillado mamándosela a un marica.

—Escúchame bien, tío —dije—. No tengo tiempo para mamoneos. Conocí a Ojo Rojo. ¿Dices que le has visto el mes pasado, tío? Será mejor que vayas a ver a un lavacerebros. Se te está yendo la olla. A Ojo Rojo le echaron la perpetua en Pittsburgh hace cinco años. Se la está comiendo entera.

Me sonrió como si estuviera tragándose una botella de mocos. Tomó nota de las tallas. Me dijo que le esperara allí mismo. Tenía que ir a su escondite, al otro lado de la calle, para recoger la mercancía.

Eché un vistazo al diminuto dormitorio. Había una tía en bolas tumbada en la cama. Me dije a mí mismo: «¿Qué clase de perra será ésa?».

Me acerqué a la cama y la examiné. Estaba borracha y ciega. Se parecía al retaco. Era pechugona, casi gorda. Había una forma de cerciorarse. Años atrás la había sangrado a latigazos con aquella percha. Todavía conservaría las cicatrices. La puse boca abajo. Allí estaban.

Me quedé mirándola. Me acordé de aquella dura estancia en Leavenworth. Ahí, a mi merced, estaba aquella zorra asquerosa de Phyllis. Sólo de verla me puse enfermo.

Cogí un frasco de colonia del tocador. Quité el tapón metálico. Saqué el material. Eché en el tapón suficiente cantidad de polvo al veinte por ciento como para matar a un yonqui redomado. Ella estaba limpia.

Guipé en el suelo una botella de agua. Llené el tapón y encendí una cerilla. La sostuve bajo el tapón. Sumergí el cañón de mi arma. Extraje la carga hacia la recámara con la dosis que se merecía.

Le metí la jeringa en una vena justo detrás de la rodilla. De súbito la sangre roja invadió la recámara. Estaba a punto de presionar el émbolo apaciguador cuando miré por la ventana. Vi de pasada al menda cruzando la calle a toda prisa. Iba empujando un enorme baúl enfilado hacia la puerta del hotel.

Me congelé, saqué la aguja de su vena. Metí como pude la chuta cargada en el zapato, debajo del arco de la planta del pie. Guardé el material en los calzones. Me dejé caer sobre la silla del salón justo en el momento en que entraba por la puerta. Yo

sudaba de la hostia. Él sospechaba algo. No dejaba de mirar a su pava por el rabillo del ojo.

Pensaba que me la había estado montando durante su ausencia. Yo me preguntaba cuánto tiempo haría que era suya. Éste también era un maleante. Se desharía de ella en cuanto se coscase de lo que tenía. Tarde o temprano alguien le soplaría al oído. Se enteraría de que el retaco me había mandado a la trena. Mientras tanto yo iba apartando lo que me interesaba de su mercancía. Se coló en el dormitorio y le echó un ojo a su conejo.

Me marché con los doce artículos que había comprado. Era consciente de que había comprado «ropa de ir a California». Le había preguntado sobre sus planes. Pensaba quedarse en Cleveland una temporada. Yo tenía que dejar la ciudad ya.

Fijo que Phyllis se enteraría a través de él de que yo andaba por allí. Sabía que no perdería un momento en echar una moneda al teléfono y llamar a la pasma. Seguro que estaba al tanto de mi fuga. Me alejé por la carretera. Intentaba imaginarme la expresión de su cara cuando su hombre le contase que Iceberg había estado allí a solas con ella mientras estaba ciega.

Aquella noche pillé un vuelo a Los Ángeles. Es estupendo cuando a la señora puta de un chulo se le puede confiar el control de su pasta y de sus putas. Ella estaba soldada a mí por aquel camelo del crimen. El establo vendría en el Cadillac más adelante.

Mamá estaba radiantemente feliz, mi padrastro era un pureta maravilloso. Vivían en una casa grande. Los Ángeles era peor de lo que me habían contado. Di alguna vuelta en el Coupe de Ville de mamá. Después de la segunda noche, me moví por el pateado territorio de la puta y el chulo.

Estuve con mamá una semana más y después subí a Seattle. El nombre de Brillantina Top no sonaba. De hecho era bastante desconocido. Un tío me dijo que Brillantina Top la había palmado.

Pillé una pinche de cocina que estaba buenísima. La puse a ejercer esa misma semana. Menos mal que lo hice. Acababa de perder a otra chica en Cleveland. Se le había reventado el apéndice. Me traje a las tres restantes a Seattle.

Tras permanecer seis meses en la ciudad, el destino me dio una buena carta, esta vez desde arriba. Me había pulido el material y el que había en la ciudad andaba al seis por ciento. Tenía que chutarme tres cucharadas por lo menos para ir tirando. Las chicas daban el callo a tope, no había conflictos internos.

Un día que estaba sentado en el Cadillac, un viejo marchito pasó de largo por mi lado. Volvió y se agachó para mirarme. Gritó:

—Ice, mi viejo colega de chuleo.

Me fijé más en él. Era Brillantina Top. Subió al Cadillac. Se aplastó el escaso pelo, malamente tratado, que le quedaba en su cabeza casi calva. Se había comido una larga condena en la prisión del estado. No chuleaba. Una anciana pureta le daba de comer. Era un borracho. Mientras estuve en la ciudad le regalaba botellas y

charlaba con él. La palmó dos días después de marcharme.

Me encontré con el carnicero que le provocó el aborto a Helen. Le habían quitado la licencia y se había comido una pequeña condena por un aborto en el Este. Empezamos a quedar muchas veces para charlar. Teníamos muchos conocidos comunes entre la rufianesca, había de qué hablar. No paraba de decirme que tenía mala cara. Me recordó lo atractivo que era yo en la época que le llevé a Helen.

Se puso pesado. Manifestó sus dudas acerca de si yo tenía cojones para desengancharme. Estaba dispuesto a ayudarme si yo estaba dispuesto a limpiarme. Decidí dejar que me ayudara. Me advirtió que tendría que seguir a rajatabla sus instrucciones. Tenía una casa en la ciudad. Aún sacaba una buena pasta de su viejo oficio.

Rachel era la única chica de la familia que sabía que yo estaba enganchado. Ninguna de las demás tenía ni idea. Me iba a quedar en casa del doctor para limpiarme. Ellas pensaban que estaba fuera de la ciudad.

Utilizó el método de reducción dosificada. Alcanzamos el nivel cero con desgarros y vómitos. Créeme, ese encantador carnicero hijoputa era implacable y duro como una piedra. Probé la treta de los gritos y los llantos. Me metía un pinchazo para tranquilizarme y así no tener que escuchar mis berridos. Te digo una cosa, si alguna vez has tenido una gripe mala de verdad, simplemente multiplica el sufrimiento y la dolorosa tortura por mil; algo así es desengancharse.

Nos llevó dos semanas. Estaba muy débil pero con el apetito de un caballo. En dos semanas más me puse más fuerte que lo que había estado en años. El doctor será siempre mi hombre. Si no hubiera venido en mi rescate y yo hubiera continuado con el hábito hasta 1960, me habría convertido en fiambre a la primera semana de estar encerrado en la caja de acero que me esperaba.

21. LA CAJA DE ACERO

Seattle se había acabado. Era 1958. Mi padrastro murió dejando a mamá completamente sola en California. Sus cartas estaban llenas de pena y soledad. Yo había caído hasta quedarme sólo con Rachel y la pinche de cocina a la que puse a ejercer.

Desde que dejé el hábito había engordado veinticinco kilos. Pesaba más de noventa. El tiempo me había recortado entradas en el pelo. No me parecía mucho a la foto de aquel estilizado fugitivo.

De vez en cuando fumaba un poco de gángster y esnifaba algunas rayas. La verdad es que una vez pillé una vaina de heroína con mi coca. Tenía ganas de hacerme un *speedball*. Me costó mucho tirar la heroína por el retrete.

Con casi cuarenta tacos ya estaba mayor para chulear. Con mi ropa cara parecía una foca negra. Por primera vez en muchos años redescubrí el gusto por la buena comida. Me tomaba las cosas con más calma. Pasaba la mayor parte del tiempo leyendo en la cama. El final de mi carrera de chulo estaba próximo.

Tomé la decisión de volver a la vía rápida. Me mantuve lejos de donde solía moverme antes. Había puesto a mis dos chicas a trabajar por una calle del centro. La mayoría de sus primos eran blancos. Me alojé en un hotel cercano. Ellas vivían juntas en ese mismo hotel. Tres meses después de reincorporarme, un incendio me desbarató todo el tinglado. Este incidente desencadenó los acontecimientos que acabarían con mi arresto por haberme fugado.

Estaba dando un paseo. Me detuve para contemplar las llamas que devoraban un edificio de apartamentos. Un viejo de piel marrón observaba junto a mí. Era un maestro de los dados. También le vendía ropa de faena a putas de casas repartidas por diez estados. Después del fuego nos fuimos juntos a tomar una copa. Nos caímos bien a primera vista. Durante el siguiente mes nos estuvimos viendo a diario. Empecé a acompañarle a las casas de putas a vender su mercancía.

Yo siempre había despreciado a las putas que trabajaban en las cuadras. Le daban el cincuenta por ciento de la pasta a la madame. Siempre creí que una buena puta tenía que buscar al primo en la calle. Incluso cuando tuve las casas en Ohio, mis putas pillaban a los primos en la calle.

Las putas vagas y chapuceras trabajaban en casas y esperaban que los primos aparecieran. Pero, mi amigo, Puja Más, me convenció de que los lupanares eran lo que me iba. Tenía varias razones. El desgaste del chulo es menor. Las casas están protegidas y las madames se responsabilizan de los arrestos. Además, una chica casi no necesita entrenamiento para currar en una casa.

Las putas que se pierden en las casas son, como mucho, la mitad de lo habitual. Me dijo que a mi edad podría reunir una pasta gansa en las cuadras. Después podría abrir un par de ellas por mi cuenta y vivir hasta los cien años. No llegaría a vivir tanto bajo el estrés y la tensión de las calles.

Dos meses más tarde ya tenía colocadas en casas a mis dos chicas. Todos los lunes me llegaba la pasta mediante giros postales. Como él decía, era una forma cómoda de chulear. El cincuenta por ciento del total no podía echarlo en falta puesto que nunca lo iba a ver.

Las chicas trabajaban durante uno o dos meses antes de venir a verme. Entretanto yo pasaba el tiempo con Puja Más. Era un buen colega. Se tiró de los pelos cuando desoí su consejo dilapidando casi toda la pasta en un Cadillac nuevo del 59. Le quería como a un padre. Conocía todas las probabilidades con los dados y la gente. Puede que su amistad y sabiduría me ayudaran a mantenerme lejos de la heroína. Puede que si no hubiera vuelto a la cárcel, yo hubiera vuelto a caer. Estuve tentado montones de veces.

Llevé a Stacy, la más joven, a una casa de Montana. Era marzo. Se iba a quedar durante la temporada ecuestre. Eso implicaba que cada seis semanas o así yo tenía que acercarme para cubrirla y amarrar mi juego. Se encontraba sola. Me llamaba y escribía para decirme lo mucho que me echaba de menos. Tuvo una bronca con la madame y se puso a trabajar en otra casa de la ciudad, regentada por un tarra. Le dije al Pujas que iba a ir a verla. Me dijo:

—Ice, no se te puede aconsejar bien. Ya hiciste el gilipollas arruinándote con ese Cadillac nuevo. Pues ahí va otro buen consejo. Ice, no solamente no deberías ir, sino que además deberías sacar de allí a esa zorra fiel. Conozco a ese tarra. Es una serpiente. ¡Sácala de allí! Sé de un sitio en Pennsylvania que es igual de bueno. No te costará ni dos días sacarla y recolocarla.

No le hice caso. Fui en tren a visitarla. Alquilé una habitación en un motel. Me registré como Johnny Cato. Estaba a las afueras de la ciudad. Los únicos negros que andaban por esa ciudad eran las putas de las casas y los chulos que venían a visitarlas.

Ella se pasaba por el motel de madrugada, después del curro. Me confesó que un día se despertó encontrándose al jefe en la cama. Con el susto, ella le atizó en la cabeza con un reloj de latón. Pero aquello no le disuadió. Se limpió la sangre y le dio cincuenta pavos para aliviarse. Le rogó que pasase de mí y fuese suya. A buenas horas me lo contaba.

Era el tercer y último día de mi visita, domingo por la noche, alrededor de las nueve. Los domingos ella no trabajaba. Estábamos jugueteando. Yo estaba en pijama. Tenía una vaina de coca en el bolsillo. Me iba encendiendo un pitillo cuando llamaron a la puerta al estilo patrullero, haciéndola estremecer a ella y a mí también. Me acerqué sin abrirla.

—Sí, ¿quién es? —pregunté.

—Policía, abra la puerta —respondieron.

La abrí. Eran dos patrulleros tipo sueco de jeta sonrosada. Uno era de aspecto porcino y el otro esquelético. Metí mis manos temblorosas en los bolsillos del pijama. Las yemas de mis dedos tocaron la abrasante vaina de cocaína. Esperaba que no se me notara el miedo en la cara. Les brindé la piñata con una amplia sonrisa. Entraron y se plantaron en medio de la habitación. Stacy estaba boquiabierta en la cama.

—Sí, caballeros ¿en qué puedo servirles? —dije.

—Queremos ver su carnet de identidad —dijo el Esqueleto.

Fui al armario y cogí el carnet falso de John Cato Fredrickson. Se lo puse en la palma de la mano. El sudor frío me corría por la espalda. Le echaron un vistazo y luego se miraron.

—Ha incumplido la ley —dijo el Esqueleto—. No ha firmado correctamente en el libro de registros. ¿Por qué no ha firmado con el nombre completo? ¿Qué trata de ocultar? ¿Qué está haciendo en esta ciudad? Aquí dice que es usted bailarín. No tenemos ningún club por aquí que contrate artistas de variedades.

—Agentes —dije—, mi nombre profesional es Johnny Cato. No tengo nada que ocultar. Mi nombre completo siempre resultó muy largo para las marquesinas. He caído en el hábito de utilizar la versión abreviada.

»Las piernas me fallaron el año pasado. Ya no bailo. Mi esposa y yo hemos decidido abrir un negocio. Estamos recorriendo esta parte del país. Pensamos que en su ciudad hemos encontrado el sitio ideal para un puesto de pollo frito al estilo sureño. Mi esposa tiene una receta secreta que puede que nos haga ricos aquí.

—Maldito negro mentiroso hijo de puta —dijo Porky—. Todos los negros que pasáis por aquí lo hacéis para abrir otra conejera o para comerle el coño a vuestra puta. Tú y esa zorra no estáis casados. Eres un chulo de mala muerte y ella es tu puta. La he visto por ahí. Oye lo que te digo, chico, saca tu culo negro de la ciudad. No te queremos por aquí.

—Sí, señor —dije—, ya que lo dice me olvidaré del restaurante.

Dieron media vuelta y se marcharon. Sabía que el jefe de Stacy me había señalado. Era demasiado tarde para pillar el tren de vuelta a casa. Sólo había uno diario, a las ocho de la tarde. Sabía que iban a volver. Estaba atrapado. Oí por la radio los partes que advertían que las carreteras estaban cortadas por la nieve. No podía ni marcharme a pata. Me esnifé el marrón y me senté a elucubrar una salida.

La tarde siguiente, a las tres en punto, vino el jefe de policía. Le dejé pasar. Dijo:

—Chico, esto no me gusta. Voy a olvidar lo de la firma falsa. Pero tenemos un asunto más serio. Si tú y esta mujer no estáis casados legalmente habéis quebrantado una ley con la que no puedo hacer la vista gorda. ¿Cuándo y dónde os casasteis?

Pensé deprisa. Traté de recordar algún registro civil incendiado que hubiera aparecido en los periódicos. No pude.

—Señor —dije—, nos casamos hace tres años en Waco, Texas. No entiendo cómo puede dudar que estemos casados.

—Os voy a arrestar —dijo—. Voy a cotejar vuestra historia. Si me estás diciendo

la verdad, os dejaré marchar. Si no, os meteré una pena de cárcel.

Nos llevó con él. Nos tiraron la foto y nos sacaron las huellas. Después nos llevaron a su despacho.

—Chico —dijo—, me has mentido. He llamado a Waco. Vuestro matrimonio no está registrado en ninguna parte.

Nos encerraron. Una hora después salimos bajo fianza por doscientos dólares cada uno. Fuimos en taxi al motel. Entendí el porqué del retraso en la fianza. Habían registrado la habitación. Recogimos las cosas de Stacy de la casa de putas y nos sentamos en la estación hasta las ocho de la tarde.

Llegamos a Seattle por la mañana temprano. Sabía que en cuanto mis huellas llegaran a Washington, el FBI les daría la noticia de que yo era un fugitivo. Tenía que salir de la ciudad.

El jefe de policía conocía mi destino una vez abandonase su ciudad. El Pujas llamó a Pennsylvania. Stacy estaba preparada, lista para salir hacia su nuevo destino al día siguiente. El jefe debió de enviar las huellas a Washington por avión.

Unos patrulleros y un capitán de boqueras nos trincaron a Stacy y a mí. Me metieron evasión y a Stacy encubrimiento. Había un detalle que no entendía. Camino de la jaula le di muchas vueltas. ¿Cómo sabían estos polis y el otro cabrón dónde echarme el guante en una ciudad tan grande?

Cuando lo descubrí, ya me habían trasladado a la prisión del condado. Había cometido muchos errores estúpidos en mi vida pero ninguno lo fue tanto como el que me devolvió a la puta trena. Había una carta de Stacy en mi maleta. Los polis que registraron nuestra habitación mientras estábamos en la comisaría tomaron nota de mi dirección. Había subestimado a los polis de pueblo y aquí estaba, con las pelotas al fuego.

Rachel vino corriendo de la casa de putas donde estaba. Recurrí el cargo de evasión. Al fin y al cabo no fueron capaces de demostrar completamente todo lo que le dijeron al tribunal sobre mi fuga. En la primera audiencia le dije al juez que no me había fugado. Le conté que una noche, antes de las doce, un celador me abrió la celda, me llevó a la puerta principal y me dejó ir. Un amigo mío le había untado para que me soltara bajo cuerda.

Era un cuento muy flojo, pero lo suficientemente sólido como para entorpecer mi regreso a la trena. Sabía que allí no me esperaba nada bueno. Pujas vino a verme. Se ofreció a hacer por mí cualquier cosa. Estaba perdido. Nadie podía ayudarme.

Mamá vino desde California. Estaba vieja y enferma. De hecho se estaba muriendo. Tenía problemas de corazón y diabetes. No sé cómo pudo soportar el viaje. Se repitió una vieja escena. Yo me encontraba tras los barrotes de una jaula y ella lloraba por fuera.

—Hijo —dijo entre lágrimas—, ésta será la última vez que nos veamos. Tu madre está muy cansada. El Señor me ha dado fuerzas para hacer este largo viaje y ver a mi pobre niño antes de que vaya a dormir en los brazos de Jesús. Hijo, es una pena que

no me quieras tanto como yo a ti.

Yo lloraba, estrechando sus delgadas y pálidas manos entre las mías tras los barrotes.

—Escucha esto, mamá —dije—, sabes que todos llevamos dentro sangre india. No vas a morir, mamá, vivirás hasta los cien como tu padre, Papa Joe. Vamos, mamá, ya vale. ¿Es que no tengo ya bastantes problemas? Mamá, yo te quiero, en serio. Perdóname por no escribirte a menudo y esas cosas. Te quiero, mamá, te quiero. Por favor, no te mueras. No podría soportarlo estando encerrado. Yo te cuidaré cuando salga. Te lo juro, mamá. Pero no te mueras, ¡por favor!

Apareció el boquera. La visita había terminado. Su rostro severo se ablandó nada más verla, de pura lástima. Él sabía que ella estaba seriamente enferma. La observé alejándose despacio por el pasillo de la cárcel. Llegó al ascensor. Se volvió y me miró. En su cara había tristeza y amargura. Me recordó aquella mañana de tormenta, hacía mucho tiempo, cuando estuvo mirando bajo la lluvia cómo el furgón me llevaba por primera vez a prisión. Aún hoy se me hace un terrible nudo en la garganta cuando rememoro aquel momento.

Pasó una semana después de que mamá viniera a visitarme y se volviera a California.

Fui a juicio por tercera y última vez. El juez ordenó mi custodia al capitán de boqueras. Stacy salió absuelta.

El capitán y su acólito iban siniestramente callados. El sedán de la prisión segaba a su paso un radiante día de abril. Yo iba en el asiento de atrás. Me fijé en los afortunados ciudadanos que pululaban por las calles. Me preguntaba qué utilizarían en este penal, ¿mangueras de goma?, ¿cachiporras? Estaba tan deprimido que no me hubiera importado caerme muerto en el asiento trasero.

Entramos en la trena por la puerta grande. El cálido sol de abril brillaba sobre aquellos edificios sucios y antiguos.

Los trenos del patio se apoyaron en sus escobas. Me miraron a través de la ventanilla. El sedán se detuvo. Salimos. Me quitaron las esposas. Me llevaron a la misma galería de donde me había escapado trece años antes. Me encerraron en la planta baja.

A primera hora de la tarde un boqui me llevó a la oficina del jefe de seguridad del trullo. Detrás de su mesa, parecía un ario puro de las SS. No tenía ni cachiporra ni manguera. Sonreía como debió hacerlo herr Schickelgrüber en aquel vagón en Francia. Su voz era como un susurro letal:

—Vaya, vaya, así que tú eres el mirlo espabilado que voló de la jaula. Anímate, sólo nos debes once meses. Tienes suerte de haber escapado a la nueva ley. Ahora está vigente en el código. Las fugas se penalizan con un año extra.

»Ah, qué lástima que no sea retroactiva. Te voy a meter en una celda de castigo durante algunos días. No es nada personal, ¿sabes? Qué hostia, si apenas me jorobaste al darte el bote. Confidencialmente, dime cómo lo hiciste.

—Señor —dije—, ojalá lo supiera. Soy propenso a tener fugas mentales. Aquella noche volví en mí y estaba andando por la carretera, en libertad. Señor, créame de verdad que desearía poder contárselo.

Sus fríos ojos claros fraguaron convirtiéndose en ágatas azules. Le nació una sonrisa.

—Oh —dijo—, está bien, hijo. Te voy a decir una cosa, no tengo la más mínima duda de que dentro de poco se te va aclarar la memoria respecto a cómo lo hiciste. Cuando eso pase, pídele al funcionario del bloque una solicitud para verme. Bueno, pues buena suerte, hijo, hasta la vista.

Otro boqui me llevó a las duchas. Me di una y me puse un desgastado uniforme de treno. Me examinó un carnicero y me llevaron de vuelta a la galería. El boqui me guió por una hilera de celdas diminutas y sucias que había en la planta baja. La celda en la que me metieron al entrar estaba al otro lado. Se detuvo frente a otra. La abrió. Me empujó dentro. Estaba cerca de la entrada del módulo. Eché un vistazo a mi nuevo hogar.

Era una caja hermética diseñada para destrozar y torturar el espíritu humano. Levanté los brazos. Mis yemas tocaban el frío techo de acero. Los extendí a los lados. Tocaba las paredes de acero. Caminé poco más de dos metros desde la puerta de barrotes al fondo de la celda. Al pasar vi un catre de acero. La colcha estaba manchada y apestaba a mierda seca y vómito rancio. El lavabo y el retrete tenían una costra marrón verdosa. Podía convertirse en una caja mortuoria de acero para cualquier coco débil en un par de semanas. Me preguntaba cuánto tiempo me tendrían castigado en aquella caja. Di media vuelta y caminé hacia los barrotes. Me quedé agarrado a ellos, mirando la pared desnuda del pabellón de enfrente. Pensé: «El Nazi se cree que después de una semana o así en esta mazmorra, estaré llorando y suplicando contarle cómo escapé. No me voy a achantar. Qué hostia, tengo el coco duro. Puedo aguantar aquí un mes si hace falta».

Escuché una palmada contra la plancha de acero que había entre las celdas. Vi una mano blanca y delgada sujetando un trozo de papel. Saqué el brazo entre los barrotes. Cogí el papel. Era una nota que envolvía dos cigarrillos y tres cerillas. La leí:

«Bienvenido al Callejón de la Felicidad. Me llamo Coppola. Me ha dicho un pajarito que eres Lancaster, el pavo que se dio el bote hace trece años. Yo me lo di hace un año y medio. Tenía un destino en las oficinas de la entrada.

»Me devolvieron aquí hace seis meses. He estado a punto de diñarla más de diez veces. Ya sabrás de lo que te hablo. Estoy aquí desde que entré. Todavía me queda el año que me han añadido por la fuga. Además, tengo una pena pendiente en Maine por falsificación.

»Estamos metidos en un buen lío, colega. Desde que llegué, ese cabrón de seguridad ha grillado a cuatro o cinco trenos en estas celdas. Ahora somos seis en esta hilera. Sólo tres somos fugados. El resto está cumpliendo castigos cortos de entre

dos días y una semana. Te pondré al tanto de otras cosas más tarde, sé qué boquis te consiguen lo que quieras por un precio.

Encendí un pitillo y me senté en el catre. Pensé: «Coppola debe de ser un tío de la hostia para haber aguantado el coco firme durante seis meses de estancia en el Callejón de la Felicidad. No sabe que voy a estar aquí nada más que unos cuantos días».

Esa noche nos dieron una cena rancia de arroz a la española. Oí el arrastrar de pies de la fila de trenos entrando en la galería. Iban a sus celdas en las plantas superiores. Los atronadores altavoces y las luces se apagaron a las nueve. Por encima del ruido del agua de los lavabos y de una epidemia de ventosidades escuché mencionar mi nombre. El que hablaba estaba en la grada justo encima de mi celda. Decía:

—Tío, ¿qué te parece lo del viejo Iceberg, el macarra? Tío, van dos pavos contra diez a que los blancos se lo cargan ahí abajo. Un chulo no tiene aguante para comerse el marrón en ese agujero.

—Socio —dijo el otro—, ojalá que ese macarra hijoputa la espiche esta noche. Uno de esos chulos enganchó al pico a mi hermanita.

Me quedé sopa. Me desperté después de medianoche. Alguien estaba chillando. Le suplicaba a alguien más que no le matara. Escuché ruido de golpes. Me levanté y fui a la puerta de la celda. Sonó la cisterna de Coppola. Susurré con vehemencia:

—Coppola, ¿qué está pasando, tío?

—Pasa de ello, Lancaster —susurró él—. Sólo son los boqueras de noche divirtiéndose con sus ejercicios nocturnos. Eligen sus sacos de boxeo entre las celdas del otro lado. Es donde guardan a los borrachos y vagabundos antes de llevarlos al tribunal por la mañana.

»Colega, todavía no has visto nada. Si alguna vez vienen a pincharte, cierra el pico y no les des bola. Son capaces de molerte a hostias. Luego te quitarán la ropa y te meterán en una celda hueca. O sea, una que no tiene nada, sólo el frío cemento del suelo. Colega, hay por lo menos una docena de maneras distintas de morir aquí.

Me pasé toda la noche tumbado contemplando la sucia pared desnuda de enfrente. Me preguntaba qué estarían haciendo Rachel y Stacy. Tenía que contactar con algún boquera para que me echara unas cartas en la calle. Los censores del trullo nunca autorizarían que salieran instrucciones para putas. Cada pocos minutos solía pasar un boqui iluminándome con su linterna.

Aquella mañana vi a los trenos de la galería pasar en fila hacia el desayuno y luego a sus destinos. Los nuevos que habían llegado el día anterior también iban en la fila.

Esa tarde recibí cartas de Stacy y Rachel. También habían mandado unos giros. Echaban de menos a su brazo fuerte. Ejercían en barras de alterne en el centro. El Pujas se ocupaba de ellas en caso de arresto.

Durante la primera semana, Coppola me estuvo poniendo al día de los distintos

modos de sobrevivir. Conseguí a un boqui que les llevaba las cartas directamente a las chicas. Ellas le pagaban y él me traía pasta que le daban para mí.

Recibí una carta de mamá. Apenas era capaz de entender su escritura trémula. Me mandaba también panfletos religiosos. Estaba muy preocupado por ella. La celda de castigo y el miedo a pasarme un año en ella se estaban apoderando de mí. Los pocos ratos que conseguía dormir estaban plagados de pesadillas. Comía bien a un alto precio. Aun así perdía peso.

El primer mes perdí doce kilos. Durante la quinta semana recibí malas noticias en dos ocasiones. Me llegó una carta de Stacy. El Pujas había sido hallado muerto en la taza del wáter de su casa. Me impresionó mucho. Había sido un amigo de verdad. Recibí también unas líneas de Rachel. Estaba en Cleveland. Decía:

«La otra noche me encontré con un médico amigo tuyo. Estaba trompa. Me invitó a una copa. Por suerte para mí el encargado del bar me preguntó qué tal te iba. El médico se puso a hablar por los codos. Me habló de un paciente suyo, muerto, que había resucitado. Mis peores deseos. Posdata: Muérete, por favor. Me quedo con el Cadillac».

La trena había sobreseído la pena de Coppola para que cumpliera su condena pendiente en Maine. Aumentaba la presión en mi coco. Con Coppola fuera al tercer mes las cosas se me pusieron muy feas. Era como si una maldición fuese a destruirme.

Ninguno de los boqueras se prestaba a pillar drogas duras para mí. Me conformé con whisky. Dejé de afeitarme. No quería ver al famélico y feo extraño que había en mi fragmento de espejo. No era sólo por la celda, sino también por las visiones y sonidos de angustia y tormento, tanto en la hilera de celdas como en las pesadillas.

Mamá no podía levantarse de la cama. Estaba demasiado enferma para escribir. Sus amistades me enviaban telegramas y cartas. Todas rezaban para que yo saliera antes de que Mamá se fuera al otro barrio. Me sacaron a la jaula de visitas. Me acompañó un boquera que se quedó junto a mí todo el rato. Era Stacy. Estaba embarazada y vivía con un viejo mangante. Vi en sus ojos mi mal aspecto. A partir de entonces sus cartas se redujeron a una al mes y sin pasta.

Hacia el final del cuarto mes la cabeza me temblaba sobre los hombros como si tuviera perlesía. Una noche a un treno de la hilera se le fue la olla a eso de las doce. Despertó a toda la galería. Empezó por maldecir a Dios y a su madre. Los boqueras se lo llevaron por delante de mi celda.

Verle en ese estado casi me arrastra a la locura. Iba completamente desnudo farfullando un extraño lenguaje demencial con la boca llena de espuma. Era como el babel de lenguas de los beatos fanáticos en trance. Iba cascándose la polla tiesa con ambas manos. Mordí la almohada como el retaco para no chillar.

Al día siguiente presenté una solicitud para ver al Nazi. No me hicieron ni caso. Una semana más tarde estaba sentado en la taza con la cabeza entre mis rodillas. Oí a la fila de la mañana yendo a desayunar. La fila se detuvo un momento justo enfrente

de mi celda.

Levanté la vista y me encontré con un par de ojos casi naranjas hundidos en una espantosa cara marcada. Era Leroy. Yo le había quitado a Chris muchos años atrás. Todavía se acordaba de mí. Me miró fijamente y sonrió con maldad a medida que la fila echaba a andar.

Le pedí a mi boqui que echara un vistazo a su expediente. Él me puso al tanto. Desde 1940, Leroy había sido arrestado más de cien veces por embriaguez. También había sido internado en el manicomio un par de veces. Yo tenía cuarenta y dos tacos. Cuando le robé a Chris tenía veinte. Le pedí al boqui que moviera cables para que lo enviaran a otro módulo. Le conté cómo había sido lo de Chris y lo encoñado que Leroy estaba con ella. El boquera me dijo que no podía hacerlo.

Leroy sólo iba a pasar cinco días en la trena por una borrachera. Tenía que quedarse en este módulo. Me preguntaba cómo trataría de vengarse. Debería estar alerta por las mañanas durante los próximos cinco días. Tendría que mantener los pies y las piernas lejos de la puerta. Leroy podía agenciarse un pincho y rebanarme un trozo al pasar por mi celda. Estuve todo el día dándole vueltas a sus posibles intenciones. ¿Podría agenciarse gasolina y prenderme fuego?

Esa noche oí la voz por primera vez. Las luces estaban apagadas. La galería estaba en silencio. La voz parecía venir de la rejilla de ventilación sobre la cabecera del catre.

Había una luz permanente en el tubo de la ventilación. Las cañerías de todas las celdas pasaban por allí. Me puse a cuatro patas y miré a través de las ranuras de la rejilla. No pude ver a nadie.

Me volví al catre. La voz sonaba más alta y más clara. Parecía amistosa y dulce, como si se tratase de una mujer consolando a un amigo. Me preguntaba si los trenos de alguna de las gradas superiores estarían vacilando entre ellos.

Escuché mi nombre en el curso de la charleta. Me volví a agachar y escuché por la rejilla. Una luz bañó el rincón. Era el boquera. Me volví hacia él rápidamente sobre mis rodillas. La luz me dio de lleno en los ojos.

—¿Qué coño estás haciendo? —preguntó.

—Señor —dije—, he oído una voz. Creí que alguien estaba trabajando ahí detrás.

—Oh, oh, pobre hijoputa —dijo—. No vas a aguantar esta condena. Te estás volviendo majará, Flaco. Venga, déjate de tonterías, vuelve al catre y quédate ahí quietecito.

Las luces de la galería me despertaron. Lo primero que pensé fue en Leroy. Me incorporé, sentándome en el catre. Luego pensé en la voz. Ahora no estaba muy seguro. A lo mejor sólo había sido un sueño.

Me pregunté si debería consultar al boquera al respecto. Fuera o no un sueño, de lo que sí estaba seguro era de que no quería volverme loco. Mi mente se centró en lo que escuché a aquel treno filósofo sobre esa pantalla del coco. Me acordé de lo que los libros de la prisión federal decían acerca de voces e incluso de personas que

solamente existen en la cabeza de un menda.

«Después de esto, cada vez que perciba el primer síntoma de aproximación de un pensamiento o idea preocupante, lo combatiré con mi coco», pensaba. «Puede que no estuviera soñando cuando escuché esa voz. Si vuelvo a escucharla estaré en guardia. Mantendré una voz sana y fuerte en mi interior para apartar de mí cualquier chifladura.

»No bajaré la guardia de mis pensamientos en ningún momento hasta que salga de aquí. Puedo hacerlo. Sólo tengo que entrenar al guardián de mi coco. Deberá ser lo suficientemente zorro para no dejar que los problemas le traspasen. Le haré gritar por encima de esas voces espectrales. Él se coscará de inmediato que no son reales.

Me levanté y me acerqué al lavabo. Escuché el arrastrar de pies de los trenos bajando de sus gradas. Me estaba lavando la cara. Detrás de mí sonaron unos golpes deslizantes en el suelo. Parecía como si hubiera varios repartidores de prensa arrojando periódicos al suelo por tandas. Entonces fue cuando lo oí. Me volví hacia la puerta. Miré a través del jabón de los párpados. Había sido bombardeado con zurullos de mierda que se deslizaban por la pared. Los excrementos sólidos habían rodado a mis pies. Los habían envuelto en hojas de periódico. Los trenos pasaban por delante de mi puerta pitorreándose. Me empecé a marear. Sentí en el pecho cómo se me hinchaba un enorme globo de plomo. Me acordé del guardián de mi cabeza. Era novato y lento en su faena. Vomité. Empecé a chillar sin parar:

—¡Tranquilo, sólo es mierda, sólo es mierda! No es más que mierda. Tranquilo, no puede hacerte daño. ¡Sólo es puta y asquerosa mierda!

Un boquera se plantó en la puerta de la celda tapándose la nariz.

—¡Cállate! —gritaba.

Abrió la celda. Me dio un cubo de agua caliente y un cepillo de raíces. El boquera me preguntó quién me había ensuciado el nido. Le dije que no lo sabía.

Mi boqui vino a verme al mediodía. Me contó cómo Leroy había reclutado a los bombarderos de cagarros. Por lo visto, les dijo que yo le había señalado años atrás cuando le encerraron por la paliza a Papá Tony. El boqui se encargó de que toda la galería se enterase de la verdad. Los bombarderos se pusieron en contra de Leroy. Le quitaron las ganas de volver a molestarme. Estaba a salvo de él.

No sufrí cuando Leroy acabó sus cinco días de condena.

Hacia el final de mi sexto mes, vencí las preocupaciones, las voces y los incontables pensamientos de suicidio con la ayuda del guardián de mi coco.

Una amiga de mamá me mandó un telegrama. Mi madre había sufrido un infarto. Los médicos del hospital la habían desahuciado. Pero de pronto se recuperó. Ahora estaba muy enferma pero seguía viva. Aquel telegrama sometió a una dura prueba a mi esquema mental.

Hacia la mitad del séptimo mes tuve un día muy triste. Un chorizo de Nueva York al que habían pillado a los dos días de llegar a Seattle estaba en la grada justo encima de la mía. Un treno de mi hilera, varias celdas más allá, me llamó una noche para

pedirme un libro. Un momento después escuché mi nombre desde lo alto. A la mañana siguiente bajó y habló conmigo. Estaba destinado en la galería.

El chorizo me preguntó si yo era el mismo Iceberg amigo de Party el Juergas. Le dije que sí. Se quedó callado un rato. Finalmente me dijo que le había hablado mucho de mí como el chaval que una vez fue su compinche y que creció hasta convertirse en Iceberg el Chulo.

Me contó que Party pilló a la preciosa novia de un camello cuando a éste lo enchironaron. Party la puso a ejercer. El camello cumplió su condena. La chica intentó abandonar a Party para volver a la vida fácil.

Party se puso hecho una fiera con ella. Le rompió un brazo. Dos meses más tarde Party pilló algo de heroína. No sabía que su contacto era colega del camello en cuestión. Pilló heroína, pero mezclada con partículas de ácido de batería. Esa noche no dormí.

En aquella espantosa celda tomé una decisión. Se acabaron el chuleo y las drogas. Había adquirido una sabiduría que quizás nunca hubiera alcanzado en el exterior. Jamás habría despertado de haber estado cumpliendo una pena normal. Una vez que conseguí dominar la mente, pude ver el lamentable panorama de mi vida.

La situación de mamá y la culpabilidad de mi conciencia tuvieron mucho que ver con mi decisión. Puede que la edad y la pérdida de mi juventud también hicieran lo suyo. Descubrí que el chuleo era para hombres jóvenes, de casta cretina.

Había malgastado media vida en un oficio peligroso e inútil. Si me hubiera quedado en la universidad, en ocho años de estudios habría llegado a ser médico o abogado. Ahora estaba aquí, en una celda, con mucha picardía pero poca inteligencia. Había superado los cuarenta y mi gloria pasada era papel mojado, me encontraba sin formación laboral, sin futuro. Había sido mucho más panoli que cualquier primo purera. Éste sólo pierde pasta, mientras que yo me había apuntado a un club que me la había jugado metiéndome cinco veces tras la rejas.

Un buen chulo tiene que repartir mucha leña. Pero ya lo dicen las cartas, un día esa leña se volverá contra él. Entonces él será la víctima. Estaba harto de agarrar putas de mercurio y barrotos de trullo.

Acababa el noveno mes de encierro. Conseguí una entrevista. Quería recurrir la fecha de mi libertad. Aún estaba bajo una condena de once meses.

Un funcionario de la trena había estado entre el grupo que me arrestó. Me había tirado treinta días en la prisión del condado antes de ser trasladado a esta trena para cumplir el año entero. Sabía poco o nada de leyes. En la entrevista me dijeron que tenía que cumplir once meses. No es que tuviera miedo de que se me fuera la olla por comerme un mes extra. A estas alturas tenía perfecto control de mi coco.

La cosa es que mamá podía morir en California en cualquier momento. Tenía que verla antes de que se muriera. Tenía que convencerla de que la quería y le guardaba una gran consideración como madre. Que ella era mucho más importante para mí que pillar putas. Tenía que conseguirlo tanto por ella como por mí.

Me pasé dos semanas más en aquella celda. Redacté un papel en el que exponía cuáles eran los motivos legales por los que consideraba que mi liberación debía efectuarse al expirar el décimo mes. En el escrito existía también un soterrado mecanismo de presión. Lo memoricé ensayándolo en la celda. Finalmente sentí que podía exponerlo con suficiente fluidez e intención dramática. Faltaban dos días para el final del décimo mes. Pasaron otras dos semanas hasta que aceptaron mi solicitud para una segunda entrevista.

Debía tener aspecto de espantapájaros delante del director, con barba, sucio y hecho unas trazas. Él, sentado tras su reluciente mesa, estaba immaculado. En su cara había un gesto de desdén.

—Señor —dije—, me hago cargo de que la prioridad y exigencia de sus obligaciones han contribuido, probablemente, a su desatención hacia mi apremiante solicitud de una nueva entrevista. He venido hoy aquí para tratar un tema crucial, la fecha correspondiente a mi excarcelación.

»Corren rumores, totalmente infundados, a propósito de que usted no es un hombre justo, que es un fanático enemigo de los negros. Yo los he desestimado nada más llegar a mis oídos. Soy casi dogmático en mi creencia de que un hombre de su posición social e intelecto difícilmente se permitiría abrazar prejuicios semejantes.

»Sin perder ese espíritu de juego limpio, voy a serle descaradamente franco. Si pasado mañana no soy excarcelado, cierta persona que se ocupa de mis asuntos en la ciudad iniciará un proceso que no solamente me pondrá en libertad, sino que además, posiblemente, saque a la luz ciertas actividades ni muy lícitas, ni mucho menos agradables, que se llevan a diario tras estos muros.

»Me han tenido encerrado en una jaula como a un animal durante diez meses. Y como a un animal los sentidos para ver y oír se me han agudizado. Sólo quiero lo que me corresponde por ley. Lo que sostengo con mi aseveración es que si su capitán de funcionarios, que es por ley un representante suyo, me arrestó y confinó en un sitio tan improbable como la luna durante treinta días, entonces técnica y legalmente estaría bajo la custodia de esta institución. Señor, el razonamiento es irrefutable. Francamente, no tengo la más mínima duda de que mi libertad se concederá a la hora y fecha previstas por la ley. Gracias por la entrevista, señor.

El desdén se filtró bajo su cara hasta desaparecer. Le había convencido de que no me estaba marcando un farol. Sus ojos me cantaron que no podía ni arriesgarse. Después de todo, fijo que estaba al tanto de lo fácil que era hacer contrabando en ambos sentidos de esa trena corrompida. Hacerle llegar una carta a un representante legal sería un juego de niños. No dormí esa noche. Al día siguiente me dieron el aviso por escrito. ¡Sería puesto en libertad según lo previsto por la ley!

22. EL AMANECER

Logré impresionar a trenos y boqueras por igual, sobreviví. Iba a estar fuera en veinticuatro horas. Tenía casi cuarenta y tres tacos, allí, sentado en una celda.

Pensaba: «He estado en una trampa mortal. ¿De verdad voy a escapar de ella? ¿Acaso el destino habrá dispuesto trampas aún más macabras? ¿Puedo aprender a sentirme orgulloso de mi piel negra? ¿Puedo adaptarme a la cruda realidad de que la gente negra de mi tiempo ha tenido pocas posibilidades de escapar a la alambrada de espino hacia el mundo de los blancos?».

Sólo el tiempo y los imponderables dentro de mí me responderían a estas preguntas.

No tenía a nadie más que a mamá. Me devolvieron la ropa. Me quedaba holgadísima alrededor de mi complexión esquelética. Seguía sin haberles contado cómo me fugué. Los trenos me jaleaban según me iba, arrastrando los pies hacia la libertad. Sabían cómo había sufrido y cuántas probabilidades en contra había tenido para sucumbir.

Una amiga de mamá me envió dinero para el billete. Mientras el aeroplano sobrevolaba el mar de neón, miré hacia abajo a la ciudad a la que había venido tantos años atrás en busca de un sueño vacío y lleno de soledad.

Me acordé de Henry y del sonido de aquella prensa de vapor. De mamá cuando era joven y bonita. Qué maravilloso había sido estar en Rockford. Cuando ella entraba en mi habitación a la hora de dormir, como un espíritu cariñoso, me arropaba, abrigándome y dándome un beso de buenas noches. Pasó una eternidad hasta que por fin llegué hasta ella.

Cuando entré en la habitación, la muerte estaba allí, en su cara gris y diminuta. Sus ojos se encendieron, resplandeciendo con el amor inmortal de una madre. Su abrazo fue firme y seguro. Mi aparición fue para ella como un milagro, la magia que le dotó de fuerzas.

Se agarró a la vida otros seis meses. No abandoné la casa durante todo ese tiempo. Nos tumbábamos cama con cama y charlando nos daban las tantas. Me hizo prometerle que viviría el resto de mi vida de una forma decente. Dijo que debía casarme y tener hijos.

Me esforcé en intentar compensarle todos aquellos años que la tuve abandonada. No es fácil pagar una deuda emocional. Aquel triste y último día me miró a los ojos desde la cama del hospital.

Con una voz que apenas pude oír a través de sus labios secos, me susurró:
—Perdóname, hijo, perdóname. Mamá no sabía hacerlo. Lo siento.

Me quedé allí observando sus últimas lágrimas deslizándose desde sus ojos en blanco por sus mejillas muertas. La apreté contra mí.

Intenté traspasar mi último ruego a través del escudo impenetrable de la muerte:

—Oh, mamá, nada ha sido culpa tuya, créeme, nada. Si piensas esa tontería, estás perdonada.

Salí caminando a ciegas del hospital. Fui al aparcamiento. Me tiré encima del capó y rompí a llorar. Acabé de llorar. Pensé que mamá esta vez había pillado hasta la última palabra.

Esas putas apestosas se lo hubieran pasado pipa de haber visto al viejo Iceberg llorando como una magdalena porque se había muerto su vieja.

EPÍLOGO

Estoy tumbado en un amanecer tranquilo, escribiendo este último capítulo para el editor. Pienso: ¿cómo es que un sujeto como yo, que ha dedicado la mayor parte de su vida a la más vil carrera, ha podido regenerarse? Por cálculo de probabilidades, debería haber acabado como un caparazón roto y devorado por enfermedades, o muerto en la celda solitaria de una cárcel.

Supongo que tres razones importantes yacen durmiendo al otro lado del pasillo. Puedo ver sus rostros tranquilos y felices. No saben lo duro y a veces desalentador que resulta ganarme la vida para ellos en un mundo pureta.

Este mundo pureta es un lugar extraño para mí. Durante los últimos cinco años me he esforzado duramente en resolver sus acertijos para encajar en él.

Catherine, mi bella esposa, es maravillosa y valiente. Es una madre perfecta para nuestra adorable niña de dos años y nuestro sanote y encantador hijo de tres.

En este nuevo mundo esto no es nada desdeñable, he tenido demasiadas experiencias amargas. Recuerdo, poco después de casarme, lo optimista que era cuando salía a buscar trabajo como vendedor a través de los anuncios.

Sabía que era un vendedor estelar. Después de todo, ¿no había demostrado mis dones durante treinta años? Los principios del mercado son los mismos en ambos mundos. Los entrevistadores blancos estaban impresionados por mi pose y mi facilidad de palabra. Se percataron de mi conocimiento acerca de la naturaleza humana. Pero no podían afrontar el riesgo del posible efecto que la presencia de un negro causaría en todo el personal blanco de la empresa. Con disgusto y rabia volvía a casa y hacía pucheros. Amargamente trataba de convencerme para volver a la mala vida. Catherine siempre decía lo correcto y me daba su amor y comprensión.

Había otro recurso indispensable de ayuda y valor en estos duros tiempos, una mujer brillante y encantadora. Había sido amiga de mi madre. Ejercía como una especie de psicoterapeuta. Me explicó y me indicó las fases mentales por las que iba pasando. Me enseñó cómo enfrentarme a la batalla. A ella siempre le estaré agradecido.

La historia de mi vida demuestra que mis verdaderos amigos fueron pocos. Poco antes de empezar este libro me encontré con un hombre al que respetaba. Creí que era un amigo de verdad. Me llevé una amarga decepción al descubrir que no era así. Por un lado me alegro de que las cosas sucedieran de esa forma. Siempre me he vuelto más fuerte después de una buena patada en el culo.

He tenido muchas experiencias interesantes y hasta divertidas en esta nueva vida. Por ahora tendrán que esperar. Veo que mi pequeña familia se ha despertado. Tendré

que encender la calefacción. No puedo permitir que se levanten con el frío mañanero.
Un Iceberg con corazón caliente, ¿qué te parece?

GLOSARIO

Aligerar/se: soltar o marcharse.

Baranda: mandamás, cabecilla, jefe.

Bola: dar la bola en prisión es concesión de libertad. Dar bola en general es dar motivo.

Boleta (darse): suicidarse.

Boquera: funcionario de prisiones.

Bujarra: homosexual.

Calcos: zapatos.

Carnicero: médico.

Chapa: policía de paisano.

Chapar: cerrar (normalmente la tienda, a la hora del cierre).

Chota: chivato.

Chuta: jeringuilla.

Consorte: compinche de un carterista, gancho que distrae al primo que va a ser robado.

Flipar: impresión alucinante.

Gángster: variedad de marihuana muy potente.

Gatera: prostituta carterista, ladrona.

Georgia (Hacer el): mantener un chulo relación sexual con una prostituta por primera vez sin haber recibido dinero previamente.

Grillar: volver loco.

Jaco: heroína.

Julái: primo, tonto. También puede ser homosexual.

Julandrón: homosexual.

Jumeo: olor intenso.

Lechuga: billete.

Macarroni: italiano.

Machaca: que trabaja para alguien.

Maquear: vestir bien, muy arreglado.

Mono: síndrome de abstinencia.

Murphy: modalidad de timo para engañar a primos que buscan prostitutas.

Pachas (A): amedias.

Palquista: ladrón que utiliza el sistema de escaló.

Patata: corazón.

Pepas: pastillas.

Piltra: cama.

Piñata: dentadura.

Piños: dientes.

Piquero: carterista.

Pirula: engaño, jugarreta, encerrona.

Plante: recipiente ovalado y hueco para ocultar dinero o droga en la vagina o en el ano.

Potar: vomitar.

Pureta: puritano, gente normal, o sea, que no pertenece al mundo del hampa.

Queo: aviso.

Rajar: hablar.

Rular: deambular.

Salir de naja: huir a toda velocidad.

Santero: compiche que informa o da el «santo» (el aviso).

Speedball: mezcla de cocaína y heroína.

Tarra: viejo.

Tarro: cabeza.

Tigre: W. C.

Tolái: persona muy trajeada.

Truja: cigarrillo de tabaco.

Vainas: cápsulas con pequeñas dosis de droga.

NOTAS

[*] Peter A. Muckley, coautor de esta introducción y de la traducción, está trabajando desde hace años en una biografía de Iceberg Slim. (*N. del e.*) <<